

LA MUJER DE MI MARIDO

JANE CORRY


ESPASA

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

PRÓLOGO

RECORTE DEL PERIÓDICO

PRIMERA PARTE. Quince años antes

1. Lily
2. Carla
3. Lily
4. Carla
5. Lily
6. Carla
7. Lily
8. Carla
9. Lily

10. Carla
11. Lily
12. Carla
13. Lily
14. Carla
15. Lily
16. Carla
17. Lily
18. Carla
19. Lily
20. Carla
21. Lily
22. Carla
23. Lily

SEGUNDA PARTE. Doce años después

24. Carla
25. Lily
26. Carla
27. Lily
28. Carla
29. Lily
30. Carla
31. Lily
32. Carla
33. Lily
34. Carla
35. Lily
36. Carla
37. Lily
38. Carla
39. Lily
40. Carla

41. Lily
42. Carla
43. Lily
44. Carla
45. Lily
46. Carla
47. Lily
48. Carla
49. Lily
50. Carla
51. Lily
52. Carla
53. Lily
54. Carla
55. Lily
56. Carla
57. Lily
58. Carla
59. Lily
60. Carla
61. Lily
62. Carla
63. Lily
64. Lily

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Cuando la abogada Lily se casa con Ed, está dispuesta a empezar de nuevo, a dejar los secretos de su pasado atrás. Pero en su primer caso criminal empieza a sentir cosas por su cliente, un hombre que ha sido acusado de asesinato, un hombre por el que pronto estará dispuesta a arriesgarlo todo. Pero ¿es realmente inocente?

JANE CORRY

LA MUJER DE MI MARIDO

Traducción de Santiago del Rey



*Este libro va dedicado a mi increíble segundo marido, Shaun.
¡A tu lado, no hay ningún momento aburrido!
No sólo me haces reír, sino que además me dejas margen para escribir.
Esta dedicatoria se hace extensiva a mis maravillosos hijos,
que me llenan de motivación todos los días.*

PRÓLOGO

Un destello metálico.

Un rugido en mis oídos.

«Las noticias de las cinco.»

La radio gorjea alegremente desde el aparador de pino, donde hay un montón de fotografías (vacaciones, graduación, boda); un precioso plato de color azul y rosa, y una botella pequeña de Jack Daniel's, parcialmente tapada por una felicitación de cumpleaños.

La cabeza me está matando; también mi muñeca derecha. El dolor que siento en el pecho es alarmante. Lo mismo, la sangre.

Me desplomo en el suelo y noto con alivio el frescor de las baldosas negras. Estoy temblando.

En la pared, hay un cuadro de una casa blanca en Italia, salpicada de buganvilla morada. Un recuerdo de la luna de miel.

¿Puede un matrimonio terminar en asesinato? ¿Aunque ese matrimonio ya esté muerto?

Este cuadro será lo último que vea. Pero, en mi interior, estoy reviviendo toda mi vida.

Así que es verdad lo que dicen de la agonía. El pasado vuelve para irse contigo.

THE DAILY TELEGRAPH
Jueves, 20 de octubre de 2015

El pintor Ed Macdonald ha aparecido muerto a puñaladas en su casa. Se cree que...

PRIMERA PARTE

Quince años antes

1

Lily

Finales de septiembre de 2000

—¿Nerviosa? —pregunta Ed.

Está sirviéndose sus cereales favoritos. Rice Krispies. A mí por lo general también me gustan. (Crujientes, sin leche.) De niña, estaba obsesionada con las figuras con cara de elfo que hay en el paquete; y esa magia no se ha desvanecido del todo.

Pero hoy no tengo estómago para comer nada.

—¿Nerviosa? —repito mientras me pongo los pendientes de perlas ante el espejito que hay junto al lavamanos. Nuestro apartamento es pequeño. Hubo que hacer concesiones.

«¿Por qué, nerviosa?», estoy a punto de añadir. Quizá por ser el primer día de nuestra vida de casados. De vida matrimonial propiamente dicha, en el primer año de un nuevo siglo. O quizá porque deberíamos habernos tomado más tiempo para encontrar un apartamento mejor, y no uno en la parte mala de Clapham, con un vecino borracho en el mismo rellano. Tiene un dormitorio y un baño tan diminutos que mi único tubo de base de maquillaje (beige suave) y mis dos barras de labios (rosado y rojo rubí) se apretujan juntos en el cajón de los cubiertos.

¿O nerviosa por la perspectiva de volver al trabajo tras nuestra luna de

miel en Italia? Una semana en Sicilia, vaciando botellas de Marsala y zampano sardinas asadas y lonchas de queso pecorino en un hotel pagado por la abuela de Ed.

Quizá estoy nerviosa por todas estas cosas.

En general, me encanta mi trabajo. Hasta hace poco estaba en derecho laboral ayudando a gente —mujeres, sobre todo— que había sido despedida de forma injusta. Defendiendo a los desvalidos. Así soy yo. Estuve a punto de hacerme asistente social como papá, pero gracias al empeño de una profesora de orientación del colegio y, digamos, a ciertos hechos ocurridos en mi vida, aquí estoy, convertida en una abogada recién licenciada de veinticinco años con un sueldo mínimo. Luchando para abrocharme el botón de atrás de mi falda azul marino. Nadie lleva colores vistosos en un bufete de abogados, aparte de las secretarias. Envía un mensaje equivocado; o eso me dijeron cuando empecé. La abogacía puede ser una gran profesión, pero a veces parece ridículamente anticuada.

—Vamos a trasladarte a Criminal —me anunció mi jefe, a modo de regalo de boda—. Creemos que se te dará bien.

Así que ahora, el primer día después de nuestra luna de miel, me estoy preparando para ir a la cárcel. Para ver a un hombre acusado de asesinato. Nunca he entrado en una prisión. Ni ganas. Es un mundo desconocido para mí. Un mundo reservado para quienes se han portado mal. Y yo soy la clase de persona que se apresura a volver al quiosco si me dan una moneda de más en el cambio cuando compro un ejemplar de *Cosmopolitan*.

Ed ahora está dibujando. Con la cabeza un poco inclinada hacia la izquierda, trabaja en un bloc junto a sus cereales. Mi marido siempre está dibujando. Fue una de las primeras cosas que me atrajeron de él. «Publicidad —dijo, encogiéndose de hombros con tristeza cuando le pregunté a qué se dedicaba—. En la parte creativa. Pero un día seré pintor a tiempo completo. Esto es sólo temporal, para pagar las facturas.»

Eso me gustó. Un hombre que sabía adónde iba. Aunque, en cierto sentido, me equivocaba. Cuando está dibujando o pintando, Ed no sabe en qué planeta está. Ahora mismo, incluso se le ha olvidado que me ha hecho una pregunta. Pero para mí es importante responderla enseguida.

—¿Nerviosa? No, no estoy nerviosa.

Mueve la cabeza, como asintiendo, pero no estoy segura de que me haya oído. Cuando Ed está concentrado, el resto del mundo no importa. Ni siquiera mi mentirijilla.

¿Por qué, me pregunto mientras cojo su mano izquierda —la mano con la reluciente alianza de oro—, no le explico cómo me siento de verdad? ¿Por qué no le confieso que tengo náuseas y que necesito volver al baño, aunque acabo de salir de allí? ¿Es porque quiero fingir que nuestra semana lejos del mundo todavía existe en el presente, y no sólo entre los recuerdos que nos hemos traído de Italia, como ese precioso plato azul y rosa que Ed está dibujando ahora con más detalle?

¿O es porque pretendo fingir que no estoy aterrorizada por lo que me espera esta mañana? Me recorre un escalofrío mientras me echo Chanel n.º 5 del duty-free en el interior de ambas muñecas. (Un regalo de Ed pagado con otro chequeregalo de boda.) El mes pasado, un abogado de una firma rival recibió una puñalada en cada pulmón cuando fue a ver a un cliente a Wandsworth. Son cosas que pasan.

—Venga —digo con una voz más ronca de lo normal a causa de la angustia—. Vamos a llegar tarde los dos.

De mala gana, Ed se levanta de la inestable silla que dejó el anterior inquilino. Mi recién estrenado marido es un hombre alto y larguirucho, con una forma de andar pesarosa, como si prefiriese estar en otra parte. De niño, al parecer, tenía el pelo tan rubio como el mío («Supimos que eras una “Lily” nada más verte», ha dicho siempre mi madre), pero se le ha vuelto de color ceniza. Y tiene unos dedos gruesos que no se corresponden para nada con los de un artista, como ansía ser.

Todos necesitamos nuestros sueños. Se supone que las Lilies son hermosas. Elegantes. Yo tengo buena pinta del top para arriba, gracias a mi pelo rubio natural y a lo que mi difunta abuela llamaba amablemente «cuello de cisne». Pero si miras para abajo, lo que te encuentras es un resto de adiposidad infantil, y no un talle esbelto. Por mucho que me esfuerce, estoy atascada en la talla 44; y eso con suerte. Ya sé que no debería importarme. Ed dice que mi complexión es «parte de mí». Lo dice con buena intención.

Supongo. Pero la verdad es que mi peso me preocupa. Siempre me ha preocupado.

Mientras salimos, mis ojos se detienen en el montón de felicitaciones de boda apoyadas contra el tocadiscos de Ed. Señor y señora Macdonald. El nombre me resulta muy extraño.

«Señora de Ed Macdonald.»

«Lily Macdonald.»

Me he pasado una eternidad intentando perfeccionar mi firma, ligando el rabo de la «y» con la «M», pero todavía no acaba de resultar. Los dos nombres no encajan tan bien. Espero que no sea una mala señal.

Por otro lado, cada tarjeta de felicitación requiere una carta de agradecimiento, a más tardar a finales de esta semana. Si algo me ha enseñado mi madre es educación.

Una de las felicitaciones está firmada con un garabato especialmente llamativo en tinta turquesa. «Davina fue novia mía —me explicó Ed antes de que ella se presentara en nuestra fiesta de compromiso—. Pero ahora sólo somos amigos.»

Pienso en ella, en su risotada caballuna y en esos mechones con tonos castaños y rojizos ondulados con todo cuidado que le dan el aire de una modelo prerrafaelita. Davina, que trabaja en Events organizando fiestas a las que asisten todas las «chicas guapas». Davina, que entornó sus ojos de color violeta cuando nos presentaron, como preguntándose por qué se interesaba Ed por esa chica demasiado alta y demasiado rolliza, y de pelo alborotado, cuya imagen veo cada día en el espejo.

¿Es posible que un hombre y una mujer sean amigos cuando se ha terminado la relación?

Decido que dejaré para lo último la carta de agradecimiento a mi predecesora. Ed se ha casado conmigo, no con ella, me recuerdo a mí misma.

La cálida mano de mi recién estrenado marido estrecha la mía, como si percibiera que necesito un poco de ánimo.

—Todo irá bien, ya verás.

Por un instante, me pregunto si se refiere a nuestro matrimonio. Y luego lo recuerdo: mi primer cliente criminal. Joe Thomas.

—Gracias. —Es reconfortante que Ed no se haya dejado engañar por mis fanfarronadas de antes. Y preocupante también.

Cerramos juntos la puerta principal y, tras revisarla dos veces porque aún nos resulta extraña, recorremos a paso ligero el pasillo de la planta baja hacia la salida del bloque de apartamentos. Mientras lo cruzamos, se abre otra puerta y aparece, acompañada por su madre, una niña con el pelo largo, oscuro y reluciente que oscila en una coleta. Ya las he visto otras veces, pero cuando digo «hola», no responden. Ambas tienen una preciosa piel olivácea, y caminan con tanta gracia que casi parece que vayan flotando.

Salimos todos al fresco aire otoñal. Los cuatro vamos en la misma dirección, pero la madre y la hija se han adelantado un poco porque Ed está dibujando algo en su bloc mientras caminamos. Parecen copias al carbón la una de la otra, me digo al mirarlas, con la diferencia de que la mujer lleva una falda negra demasiado corta y la niña (que gimotea por algún motivo), en cambio, va con un uniforme azul marino. Cuando tengamos hijos, pienso, les enseñaremos a no gimotear.

Me estremezco cuando nos acercamos a la parada: el pálido sol otoñal es muy distinto del calor ardiente de la luna de miel. Pero es la perspectiva de nuestra separación lo que me oprime el pecho. Tras una semana de unión constante, la idea de resistir ocho horas sin mi recién estrenado marido es casi espeluznante.

Lo cual me inquieta. No hace tanto tiempo, yo era una persona independiente. Satisfecha con mi propia compañía. Pero desde que Ed y yo empezamos a hablar en aquella fiesta hace seis meses (¡sólo seis meses!), me he sentido fortalecida y debilitada a la vez.

Nos detenemos. Me preparo para lo inevitable. Mi autobús va en una dirección. El suyo, en la otra. Ed se dirige a la empresa de publicidad donde se pasa el día inventando eslóganes para que la gente compre cosas que jamás había tenido la intención de comprar.

Y yo me dirijo a la prisión con mi traje azul marino y mi impecable bronceado.

—No será tan intimidante una vez que estés allí —me dice mi marido para animarme. ¡Nunca había creído que pronunciaría esta palabra!

Y me besa en la boca. Sabe a Rice Krispies y a ese dentífrico suyo tan fuerte al que todavía no me he habituado.

—Ya lo sé —le digo antes de que él se aleje hacia la parada de la acera de enfrente.

(Ya tiene los ojos fijos en el roble de la esquina, en su color y en su forma peculiar.)

Son dos mentiras. Dos mentirijillas destinadas a tranquilizarnos mutuamente.

Pero así empiezan algunas mentiras. Simples mentirijillas. Bienintencionadas. Hasta que se vuelven demasiado gordas y ya no hay modo de manejarlas.

2

Carla

—¿Por qué? —gimoteó Carla, que iba rezagada y tiraba de la mano de su madre en un intento de detener ese avance constante y decidido hacia el colegio—. ¿Por qué tengo que ir?

Si seguía armando alboroto, su madre se daría por vencida de puro agotamiento. La semana pasada había funcionado, aunque eso fue el día de su santo. Mamá estaba más llorosa de lo normal. Los cumpleaños y los santos, así como las Navidades y la Pascua, le producían siempre ese efecto.

—¡Cómo ha pasado el tiempo! —gemía mamá en tales ocasiones, con ese fuerte acento suyo que la distinguía tanto de las madres de sus compañeros—. Nueve años y medio sin tu padre. Nueve largos años.

Porque, hasta donde le alcanzaba la memoria, Carla siempre había sabido que su padre estaba en el cielo con los angelitos. Y todo porque había roto una promesa cuando ella había nacido.

Una vez preguntó qué clase de promesa había roto.

—Era una de esas cosas que no se pueden arreglar —le contestó mamá, sorbiéndose la nariz.

Como la preciosa taza azul de asa dorada, pensó Carla. La otra semana se le había escurrido de las manos cuando se ofreció a secar los platos. Mamá se había echado a llorar porque esa taza la habían traído de Italia.

Era una pena que papá estuviera con los angelitos. Pero ¡todavía tenía a

mamá! Una vez, en el autobús, un hombre las había tomado por hermanas. Mamá se había echado a reír. «Sólo quería halagarme», le había dicho con las mejillas coloradas. Pero luego, como un favor especial, le había dejado que se quedara levantada hasta más tarde. Lo cual le enseñó que cuando mamá estaba muy contenta era el momento ideal para pedirle algo.

También funcionaba si ella estaba triste.

Como ahora. El comienzo de un nuevo siglo. Eso lo habían estudiado con todo detalle en el colegio.

Desde que había empezado el curso, Carla se moría por tener un estuche con forma de oruga y de suave peluche verde, como todo el mundo en el colegio. Así dejarían de burlarse de ella. Ser diferente era malo. Diferente quería decir ser más bajita que todos sus compañeros de clase. «¡Canija!» (Una palabra rara que no estaba en el Diccionario para niños que su madre le había comprado, tras mucho insistir, en la tienda de segunda mano de la esquina.) Diferente quería decir tener las cejas negras y tupidas. «¡Peluda!» Diferente quería decir llamarse como no se llamaba nadie.

Carla Cavoletti.

O «Espagoletti», como le decían los demás niños.

«¡Carla Peluda Espagoletti!»

—¿Por qué no podemos quedarnos hoy en casa? —continuó. «En nuestra casa de verdad», estuvo a punto de añadir. No en la casa de Italia, de la que mamá hablaba continuamente y que ella nunca había visto.

Cuando pasó la vecina del pelo dorado lanzándole una mirada de desaprobación, se detuvo un instante.

Carla conocía esa mirada. Era la misma que le dirigían los profes del cole cuando no se sabía la tabla de multiplicar. «A mí tampoco se me dan bien los números —decía mamá con desdén cuando le pedía que la ayudara a hacer los deberes—. Tampoco importa, siempre y cuando no comas muchos pasteles y te pongas gorda. A las mujeres como nosotras nos basta con ser guapas.»

El hombre del coche reluciente y del gran sombrero marrón siempre estaba diciéndole a mamá que era guapa.

Cuando él iba de visita, mamá nunca lloraba. Se soltaba sus largos rizos

oscuros, se rociaba con su perfume favorito, Apple Blossom, y sus ojos saltaban de alegría. Sonaba música en el tocadiscos y los tres bailaban dando fuertes taconazos en el suelo, aunque a Carla no la dejaban bailar mucho rato.

—A la cama, cara mia —canturreaba mamá.

Y entonces Carla tenía que dejar que su madre y el invitado siguieran taconeando solos por la diminuta sala de estar, bajo la severa mirada de los abuelos y parientes italianos cuyos retratos cubrían las paredes agrietadas. A veces, esas caras gélidas se le aparecían en sueños, en esas pesadillas que interrumpían el baile y ponían a mamá de muy mal humor. «Ya eres demasiado mayor para esos sueños. No debes preocuparte por Larry y por mí.»

No hacía mucho, Carla había tenido que preparar un trabajo escolar titulado «Mi mamá y mi papá». Al volver a casa llena de entusiasmo, su madre había chasqueado la lengua unas cuantas veces y había acabado sollozando con la cabeza sobre la encimera de la cocina. «Tengo que llevar un objeto para el mural de la clase —había insistido Carla—. No puedo ser la única que no lleve nada.»

Finalmente, mamá había descolgado de la pared la foto de ese hombre tieso, con camisa blanca y mirada estricta. «Llevarás la foto del abuelo», anunció con una voz ahogada, como si se le hubiera atascado un caramelo duro en la garganta. A Carla le encantaban los caramelos duros. A veces, el hombre del coche reluciente le llevaba unos cuantos en una bolsa de papel blanco. Pero a ella se le pegaban en la mano y luego tenía que pasarse horas lavándoselas.

Carla había sujetado la fotografía con veneración.

—¿Es mi abuelo?

Ella ya conocía la respuesta. Mamá se lo había dicho muchas veces. Pero era bueno saberlo, asegurarse una vez más de que tenía un abuelo como sus compañeros, aunque el suyo viviera muy lejos, en las montañas junto a Florencia, y nunca respondiera a las cartas.

Su madre había envuelto la fotografía en un pañuelo de seda roja y naranja que olía a naftalina. Ella aguardó con impaciencia el momento de llevarla al colegio.

—Éste es mi nonno —había anunciado con orgullo.

Pero todos se habían puesto a reír.

—Nonno, nonno —había coreado un niño—. ¿Por qué no tienes un abuelo como todos? ¿Y dónde está tu padre?

Eso había ocurrido justo antes de su santo, cuando había logrado convencer a su madre para que llamara al trabajo y dijera que estaba enferma. ¡Uno de los mejores días de su vida! Se habían ido de pícnic a un sitio llamado Hyde Park, y mamá le había cantado canciones y le había hablado de cuando ella era niña y vivía en Italia.

—Mis hermanos me llevaban a nadar —le había explicado con voz soñadora—. A veces pescábamos un pez para la cena y luego cantábamos y bailábamos, y bebíamos vino.

Carla, ebria de alegría por haberse librado del cole, la escuchaba atentamente y se iba enrollando alrededor del meñique un mechón del pelo de su madre.

—¿Y papá también estaba allí?

Los ojos oscuros de mamá de golpe habían cesado de bailar.

—No, pequeña. Él no estaba —le respondió, empezando a recoger el termo y el queso del mantel de cuadros rojos—. Venga. Hemos de volver a casa.

De repente, había dejado de ser el mejor día de su vida.

Ese día tampoco prometía. Iba a haber un examen a primera hora, les había advertido la profesora. Mates y ortografía. Las peores materias para ella. Carla apretó con más fuerza la mano de su madre cuando se acercaron a la parada del bus.

—Quizá seas bajita para tu edad —le había dicho el hombre del coche reluciente la otra noche, cuando ella se resistió a irse a la cama temprano—, pero eres muy decidida, ¿verdad?

«¿Por qué no?», había estado a punto de replicar.

—Tienes que ser amable con Larry —le decía siempre mamá—. Sin él, no podríamos vivir aquí.

—¿Podemos quedarnos en casa las dos? ¿Por favor? —le suplicó ahora.

Pero mamá no estaba para historias.

—Tengo que trabajar.

—Pero ¿por qué? Larry lo entenderá si no puedes ir a almorzar con él.

Normalmente, no lo llamaba por su nombre. Prefería llamarlo sólo «el hombre del coche reluciente». Así no acababa de formar parte de su vida.

Mamá dobló la esquina y a punto estuvo de chocar con la farola. Durante un instante, pareció casi furiosa.

—Porque aún me queda orgullo, pequeña —respondió con los ojos encendidos—. Y, además, me gusta mi trabajo.

El trabajo de mamá era muy importante. Tenía que hacer que las mujeres poco agraciadas parecieran guapas. Trabajaba en una tienda enorme donde vendían pintalabios, rímel y lociones especiales que te dejaban la piel de un «beige precioso» o un «blanco melancólico», o algo a medio camino entre ambas cosas, dependiendo de tu tez. A veces, mamá le llevaba muestras a casa y la maquillaba de tal modo que parecía mucho mayor de lo que era. Había que aprender a ponerse guapa. Algún día también encontraría a un hombre con un coche reluciente que bailarían con ella en la sala de estar.

Así era como mamá había encontrado a Larry. Ella estaba aquel día en el mostrador de la perfumería porque otra de las empleadas se había puesto enferma. Lo cual no dejaba de ser una suerte, le había dicho mamá, porque le permitía a una ofrecerse para ocupar el puesto. Larry había entrado para comprarle a su esposa un perfume. Ella también estaba enferma. Y mamá ahora le estaba haciendo un favor a la esposa porque había vuelto a hacer feliz a Larry. Y él era bueno con Carla, ¿no? Le llevaba caramelos en cada visita.

Sin embargo, mientras seguían caminando hacia la parada del autobús, donde esperaba la mujer del pelo dorado (la vecina que, según decía mamá, debía de comer demasiados pasteles), Carla quería algo más que unos caramelos.

—¿Puedo pedirle a Larry un estuche-oruga?

—No. —Mamá hizo un gesto taxativo con sus largos brazos y sus uñas pintadas de rojo—. Ni hablar.

No era justo. Carla acariciaba el estuche en su imaginación, y casi sentía su tacto mullido. Casi oía la vocecita de la oruga: «He de ser tuya. Y entonces

caeremos bien a todo el mundo. Vamos, Carla. Seguro que encuentras la manera de tenerme».

3

Lily

Para ir a la prisión hay que tomar la línea District hasta el final y luego hacer un largo trayecto en autobús. El verde bosque de esa línea en el mapa del metro me inspira cierta sensación de seguridad; no como el rojo de la línea Central, que tiene un tono chillón alarmante. Ahora el tren se detiene en Upminster, y yo me pongo rígida y examino el andén a través de las ventanillas manchadas de lluvia buscando alguna cara conocida de mi infancia.

Pero no hay ninguna. Sólo multitudes de oficinistas con ojeras, que parecen cuervos arrugados con sus impermeables, y una mujer que lleva de la mano a un crío con uniforme gris y rojo.

Hubo un tiempo en que yo llevaba una vida normal no lejos de aquí. Aún veo en mi mente la casa: un edificio de los años cincuenta, con muros enguijarrados y unos marcos amarillos en las ventanas que contrastaban con el ortodoxo tono crema de las casas vecinas. Todavía me veo trotando por la calle mayor, de la mano de mi madre, en dirección a la biblioteca. Recuerdo con asombrosa claridad a mi padre diciéndome que pronto tendría un hermanito o una hermanita. ¡Al fin! Así sería como los demás compañeros de clase, que disfrutaban del excitante ajetreo de sus familias numerosas. Tan distintas de nuestro silencioso trío.

Por alguna razón, me viene a la memoria la quejosa cría que he visto salir

de nuestro bloque esta mañana, con su uniforme azul marino, y también la imagen de su madre: esa mujer de labios carnosos, cabellera negra y perfecta dentadura blanca. Hablaban en italiano. He sentido la tentación de pararme y decirles que acabamos de estar en su país de luna de miel.

Con frecuencia, fantaseo sobre la vida de la gente. ¿Qué tipo de trabajo tendrá esa mujer tan guapa? ¿Será modelo, quizá? Aunque hoy mis pensamientos no dejan de centrarse una y otra vez en mí misma. En mi propia vida. ¿Cómo sería mi vida si me hubiera convertido en asistente social y no en abogada? ¿Y si, justo después de mudarme a Londres, no hubiera asistido a aquella fiesta con mi nueva compañera de piso? Un tipo de invitación que yo suelo rechazar. ¿Y si no hubiera derramado mi vino en la moqueta beige? ¿Y si ese hombre amable de pelo rubio ceniza («Hola, me llamo Ed»), con su pañuelo azul marino y el acento refinado, no me hubiera ayudado a limpiar el estropicio diciéndome que la moqueta era muy sosa, de todos modos, y que le iría bien «un poco de colorido»? ¿Y si yo no hubiera estado tan borracha (de puros nervios) como para hablarle de la muerte de mi hermano cuando él me preguntó por mi familia? ¿Y si ese hombre tan divertido, capaz de hacerme reír, pero también de escucharme, no me hubiera propuesto que nos casáramos en la segunda cita? ¿Y si su mundo artístico y privilegiado (tan radicalmente distinto del mío) no hubiera representado una escapatoria de todos los horrores de mi pasado...?

«¿Me estás diciendo la verdad sobre tu hermano?» La voz de mi madre se abre paso entre las hordas de cuervos con impermeable y me arrastra con un cable invisible desde Londres hasta Devon, adonde nos trasladamos dos años después de la llegada de Daniel.

Me envuelvo en mi abrigo de persona adulta y arrojo esa voz a las vías por la ventanilla. Ahora no debo escucharla. Ahora ya soy mayor, una mujer casada. Tengo un empleo serio, con responsabilidades. Unas responsabilidades en las que debería centrarme, en lugar de ponerme a rememorar el pasado. «Debes averiguar las intenciones de la acusación — está diciendo siempre el socio principal del bufete—. Y moverte un paso por delante en todo momento.»

Haciendo un esfuerzo para conseguir un hueco entre dos pares de rodillas

robustas enfundadas en pantalones grises —uno a cada lado de mi asiento—, abro mi abultado maletín negro. Cubro con la mano el resumen del caso (se supone que no debemos leer documentos privados en público) y le echo un vistazo para refrescarme la memoria.

CONFIDENCIAL
Caso Pro bono

Joe Thomas, treinta años, vendedor de seguros. Condenado en 1998 por asesinar a Sarah Evans, de veintiséis, dependiente de moda y novia del acusado, metiéndola en una bañera de agua hirviendo. Causa de la muerte: fallo cardíaco y graves quemaduras. Los vecinos confirmaron el alboroto de una violenta discusión. Morados en el cuerpo compatibles con inmovilización por fuerza en la bañera.

Lo del agua hirviendo es lo que me parece más espeluznante. Un asesinato debería cometerse con un objeto brutal, como una hoja afilada, o una piedra, o un veneno, igual que los Borgia. Pero un baño debería ser algo seguro, reconfortante. Como el verde bosque de la línea District. Como una luna de miel.

El tren va dando sacudidas imprevisibles y de pronto me veo impulsada contra las rodillas de mi izquierda y luego contra las de la derecha. Mis papeles acaban esparcidos sobre el suelo húmedo. Los recojo horrorizada, pero ya es demasiado tarde. El propietario de los pantalones de la derecha me devuelve el resumen del caso, no sin antes reparar en el encabezado pulcramente mecanografiado.

«Mi primer juicio por asesinato», querría decir, aunque sólo fuera para suavizar su expresión recelosa.

Pero lo que hago es sonrojarme furiosamente y volver a meter los papeles a presión en el maletín, consciente de que si mi jefe estuviera aquí, me despediría de inmediato.

Casi demasiado pronto para haber tenido tiempo de recomponerme, el tren se detiene. Es hora de bajar y de intentar salvar a un hombre al que ya aborrezco —¡un baño, por Dios!—, cuando lo único que querría es regresar a Italia y vivir de nuevo nuestra luna de miel.

Para aprovecharla bien esta vez.

Siempre que pienso en una cárcel, me imagino algo así como el castillo de Colditz. Lo cual me trae a la memoria la laberíntica hacienda de los padres de Ed en Gloucestershire. Sólo he estado allí una vez, pero fue más que suficiente. El ambiente era gélido, y no me refiero sólo a la falta de calefacción central.

—¿Está seguro de que es aquí? —le pregunto al taxista.

Él asiente, y yo capto su sonrisa aunque no pueda verla desde el asiento trasero.

—Todo el mundo se lleva una sorpresa al ver este lugar. Era una residencia privada hasta que lo adquirió el Servicio de Prisiones de Su Majestad. —Su tono se vuelve más sombrío—. Ahora hay una pandilla de chiflados ahí dentro. Y no hablo sólo de los criminales que tienen encerrados.

Me echo hacia delante en el asiento. Mi inquietud inicial sobre si incluir un taxi en la cuenta de gastos (al final ha resultado que el autobús no llegaba hasta aquí) queda disipada por ese comentario más bien intrigante. Por supuesto, yo ya sabía que la prisión Breakville tiene una elevada proporción de psicópatas y que está especializada en atención psicológica. Pero un poco de información local podría resultarme útil.

—¿Se refiere al personal? —apunto.

Suena un bufido mientras subimos por la carretera de acceso y pasamos frente a lo que parece una serie de edificios de protección oficial.

—Y que lo diga. Mi cuñado era guardia de esta cárcel hasta que sufrió una crisis nerviosa. Vivía por aquí.

El taxista señala los edificios con un gesto. Doblamos otra esquina y aparece a la izquierda una de las casas más bonitas que he visto en mi vida, con preciosas ventanas de guillotina y con los muros cubiertos por una impresionante enredadera roja. A ojo, diría que es eduardiana. Desde luego, contrasta totalmente con la hilera de módulos prefabricados de la derecha.

—Pregunte ahí dentro —dice el taxista, señalando la casa. Yo rebusco en el monedero; me siento obligada a darle propina por la información adicional.

—Gracias. —Su tono es amable, pero sus ojos parecen inquietos—. Es

visitadora de prisiones, ¿no?

Titubeo un momento. ¿Por quién me ha tomado? ¿Por una de esas almas bienhechoras que consideran su deber hacerse amigas de los malvados?

—Más o menos.

Él meneaba la cabeza.

—Vaya con cuidado. Esos tipos... Si están ahí es por algo, ¿sabe?

Dicho lo cual, arranca. Observo cómo desciende el taxi por la carretera de acceso: mi último vínculo con el mundo exterior. Sólo al echar a andar hacia la casa caigo en la cuenta de que se me ha olvidado pedirle un recibo. Si ni siquiera soy capaz de eso, ¿qué esperanza le queda a Joe Thomas?

Y lo que es más importante: ¿se merece albergar alguna esperanza?

—¿Azúcar? ¿Cinta adhesiva? ¿Patatas fritas? ¿Objetos punzantes? —suelta el hombre al otro lado del panel de cristal.

Por un momento, me pregunto si he oído bien. Mi mente aún no se ha recuperado del extraño trayecto que acabo de hacer. He caminado primero hacia la preciosa casa de la enredadera, aliviada al ver que la cárcel no era tan terrorífica después de todo. Pero, una vez allí, me han indicado que volviera a cruzar el jardín, dejando atrás los módulos prefabricados, y me dirigiera a un alto muro rematado con alambre de espino en el que antes no había reparado. Con el corazón palpitante, he seguido el muro hasta llegar a una pequeña puerta.

LLAME AL TIMBRE, decía un rótulo.

He obedecido, casi sin aliento. La puerta se ha abierto automáticamente y he entrado en un cuartito no muy diferente de la zona de espera de un aeropuerto nacional. En un lado, había un panel de cristal. Ahí es donde estoy ahora.

—¿Azúcar? ¿Cinta adhesiva? ¿Patatas fritas? ¿Objetos punzantes? —repite el hombre. Luego echa un vistazo a mi maletín—. Se ahorra tiempo si uno lo saca antes de que lo registren.

—No llevo nada de eso... Pero ¿qué problema habría si llevara las tres primeras cosas?

Sus ojillos relucientes se clavan en los míos.

—El azúcar pueden usarlo para hacer licor; la cinta adhesiva para amordazarla. Y las patatas fritas pueden servir para sobornarlos. Ha ocurrido otras veces, créame. ¿Satisfecha?

Él, desde luego, lo parece. Conozco bien a los de su calaña. Es como mi jefe. El tipo de individuos que disfrutan incomodándote. Lo ha conseguido, pero algo en mi interior —una energía que no sabía que tenía— me induce a mantenerme firme.

—Si lo de los sobornos se refiere a sus internos, me temo que no ha tenido suerte —replico—. No tengo nada de su lista.

Él masculla algo así como «abogados sensibleros» y toca un timbre. Se abre otra puerta y aparece una celadora.

—Levante los brazos —me ordena.

Vuelvo a acordarme del aeropuerto, sólo que esta vez no suena ningún pitido. Durante un instante, me veo de nuevo en Roma, donde mi pulsera de plata —el regalo de boda de Ed— disparó la alarma de seguridad.

—Abra el maletín, por favor.

Hago lo que me dice. Hay un fajo de documentos, mi estuche de maquillaje y un paquete de pastillas de menta Polo.

La mujer alza los dos últimos como si fueran trofeos.

—Me temo que estas cosas habremos de confiscárselas hasta que salga. También el paraguas.

—¿El paraguas?

—Un arma potencial.

Habla con sequedad, pero capto un punto de amabilidad del que carecía el tipo de la ventanilla.

—Por aquí, por favor.

Me escolta a través de otra puerta y, para mi sorpresa, accedo a un patio ajardinado bastante bonito. Hay hombres con pantalones de deporte verde Robin-Hood y camisetas a juego que plantan alhelíes. Mi madre está haciendo lo mismo en Devon; me lo explicó anoche por teléfono. Se me ocurre que muchas personas distintas pueden estar haciendo exactamente lo mismo en todo el mundo, pero que esa coincidencia en una tarea concreta no

significa que tengan nada en común.

Uno de los hombres echa un vistazo al cinturón de cuero de la celadora, del que cuelgan un manajo de llaves y un silbato. ¿Serviría de algo el silbato si esos hombres nos atacaran?

Cruzamos el patio hasta el otro edificio. Mi acompañante saca el manajo de llaves, escoge una y abre la puerta. Entramos en otro pasillo. Tenemos delante dos puertas más. Puertas dobles y rejas dobles, separadas un par de centímetros. Las abre y vuelve a cerrarlas cuando las hemos atravesado.

—Cuidado, no se pille los dedos.

—¿No le entran dudas alguna vez sobre si ha cerrado bien? —pregunto. Ella me clava la mirada.

—No.

—Yo soy de las que han de volver y comprobar si han cerrado bien la puerta de casa —digo.

Por qué hago exactamente esta confesión, no lo sé. Quizá es para poner una nota de humor en este mundo tan extraño en el que me veo metida.

—Aquí una ha de estar muy alerta —contesta con severidad—. Por ahí.

El pasillo se extiende ante nuestros ojos. Hay algunas puertas a los lados con distintos rótulos: MÓDULO A, MÓDULO B, MÓDULO C.

Un grupo de hombres con mono naranja camina hacia nosotras. Uno de ellos, un calvo con el cráneo reluciente, le hace una seña a la celadora.

—Buenos días, señora.

Luego me mira a mí. Los demás también me miran. Yo me sonrojo. Profunda, ardientemente.

Aguardo a que hayan pasado.

—¿Tienen permitido pasearse por aquí?

—Sólo cuando hay libre circulación.

—¿Eso qué es?

—Cuando los hombres salen de su módulo y se dirigen a alguna dependencia como el gimnasio, la capilla o el centro de educación. En ese caso se requiere menos supervisión que cuando se produce alguna situación en la que los celadores escoltan a un preso de forma individual.

Quiero preguntar de qué clase de situación estamos hablando. Pero, en

parte por nerviosismo, me sorprendo formulando una pregunta distinta.

—¿Pueden escoger los colores de la ropa? Como ese naranja fosforito, por ejemplo.

—El color indica de qué módulo son. Y no les haga preguntas de ese estilo o creerán que está interesada en ellos. Algunos de estos hombres son peligrosamente inteligentes. Si no anda con cuidado, intentarán condicionarla. Hacerse amigos suyos para ponerla de su lado o para que baje la guardia. Y acto seguido, le sacarán información sin que se dé cuenta siquiera, o la inducirán a hacer cosas que no debería hacer.

¡Qué absurdo! ¿Qué clase de idiota se dejaría engañar así? Ahora nos hemos parado. Módulo D. Otra tanda de puertas y rejas dobles. Las cruzo y espero a que la celadora las cierre. Una amplia pasarela, flanqueada a ambos lados por habitaciones, se extiende ahora ante nosotras. Hay tres hombres parados, como si merodeasen en una calle. Todos nos miran. Un cuarto hombre, de espaldas a nosotras, está limpiando una pecera. A mí eso me resulta incongruente —¿asesinos que cuidan pececitos de colores?—, pero antes de que pueda preguntar entramos en una oficina que está a mano izquierda.

Hay dos jóvenes ante un escritorio. No parecen muy distintos de los del corredor —pelo corto, ojos inquisitivos—, salvo que éstos llevan uniforme. Noto que se me clava en la cintura el elástico de la falda y lamento de nuevo no haber sido un poco más disciplinada en Italia. ¿Es normal comer por ansiedad durante una luna de miel?

—Asesoría legal para el señor Thomas —dice mi acompañante. Lo de señor lo subraya. Suena sarcástico.

—Firme aquí, por favor —indica uno de los celadores.

Sus ojos se pasean de mi maletín a mi pecho un momento y vuelven al maletín. Observo que encima del escritorio hay un tabloide con una modelo ligerita de ropa. El celador consulta su reloj.

—Llega cinco minutos tarde.

«No es culpa mía —quisiera responder—. Sus medidas de seguridad me han retrasado.» Pero algo me dice que me muerda la lengua. Que la reserve para cosas más importantes.

—He oído que Thomas iba a hacer una apelación —comenta el otro celador—. Algunos no se dan por vencidos, ¿verdad?

Suena un carraspeo a nuestra espalda. Un hombre alto y musculoso, de pelo oscuro y barbita recortada, está en el umbral de la oficina. Observo que es uno de los que merodeaban en el corredor. Pero ahora, en lugar de mirar, esboza una sonrisa. Tiene la mano extendida. Su apretón me estruja los nudillos. Es un experto vendedor, me recuerdo a mí misma.

Sin embargo, no parece el preso arquetípico, o al menos el tipo de preso que yo me imaginaba. No tiene tatuajes evidentes, a diferencia del celador que está a mi lado, que luce en el brazo una cabeza de dragón azul y roja. Mi nuevo cliente lleva un reloj de aspecto caro y unos zapatos de cuero calado que destacan entre las zapatillas deportivas de los demás y desentonan claramente con su mono verde. Me da la sensación de que es un hombre acostumbrado a andar con chaqueta y corbata. Es más, ahora veo que por debajo de la sudadera reglamentaria asoma el cuello almidonado de una camisa blanca. El pelo lo lleva corto pero arreglado, dejando a la vista una amplia frente sobre un par de cejas oscuras. La expresión de sus ojos habla de una persona recelosa, esperanzada y algo nerviosa a la vez. Su voz, cuando se presenta, es grave, aplomada, con un acento ni ordinario ni refinado. Podría ser un vecino mío. Otro abogado. O el encargado de la charcutería.

—Yo soy Joe Thomas —dice, soltándome la mano—. Gracias por venir.

—Lily Macdonald —respondo.

Mi jefe me ordenó que utilizara el nombre y el apellido. («Aunque debes guardar las distancias —empezó—, no te conviene parecer superior. Es un delicado equilibrio entre abogado y cliente.»)

La expresión con la que me mira Joe Thomas es silenciosamente admirativa. Vuelvo a sonrojarme, aunque esta vez no tanto por temor como por incomodidad. Nunca sé cómo reaccionar en las pocas ocasiones en las que soy objeto de atención. Y menos ahora, cuando resulta tan inapropiado. No logro librarme de esa vocecita de la época del colegio que resuena en mi cabeza: «Gorda. Rellenita. Corpulenta». Pensándolo bien, aún no puedo creer que lleve un anillo de boda en el dedo. Me viene de repente una imagen de Ed en la cama, durante nuestra luna de miel en Italia. El sol cálido se cuele

entre las persianas de color crema. Mi recién estrenado marido abre la boca para decir algo; luego se vuelve hacia el otro lado, dándome la espalda...

—Sígueme —indica con firmeza uno de los celadores, devolviéndome con brusquedad a la realidad.

Joe Thomas y yo caminamos por el corredor. Dejamos atrás a los curiosos y al hombre que está limpiando la pecera con un cuidado que sería conmovedor en otro contexto. Nos dirigimos a una habitación marcada con el rótulo VISITAS. Es muy pequeña. La ventana con barrotes mira a un patio de hormigón. Todo es de color gris: las paredes, la mesa, las sillas metálicas colocadas a cada lado. Con una sola excepción: un póster que muestra un arco iris y la palabra «ESPERANZA» impresa con grandes mayúsculas moradas.

—Me quedaré junto a la puerta —informa el celador—. ¿Le parece bien? —Cada una de sus palabras está impregnada de una repugnancia que parece apuntarnos a los dos.

«Los guardias de la cárcel no sienten mucha simpatía por los abogados defensores —me había advertido mi jefe—. Piensan que les estás arrebatando las presas de las manos. Ya me entiendes. Que estás intentando sacarlos del atolladero cuando a la policía y a la fiscalía les ha costado sangre, sudor y lágrimas atraparlos y encerrarlos.»

Cuando me lo expuso así, lo entendí a la perfección.

Joe Thomas me mira inquisitivo. Yo me armo de valor para devolverle la mirada. Yo soy alta, pero él todavía lo es más.

«Las visitas suelen realizarse a la vista del guardia, pero no necesariamente al alcance de sus oídos —había añadido mi jefe—. Los presos suelen revelar más cosas si el guardia no está presente en la habitación. Las normas varían según el centro penitenciario. Algunos no te dan ninguna opción.»

Aquí sí que me la dan.

«No, no me parece bien —quisiera decir—. Quédese conmigo, por favor.»

—Perfecto, gracias. —Mi voz parece pertenecer a otra persona. Una persona más valiente, más experimentada.

El celador está a punto de encogerse de hombros, pero al final no lo hace.
—Dé un golpe en la puerta cuando haya terminado.
Dicho lo cual, sale de la habitación.
Dejándonos solos.

4

Carla

El tiempo se arrastraba lentamente. Parecía que hiciera siglos desde que había visto a la mujer del pelo dorado esa mañana, pensó Carla. Pero el estómago ya empezaba a rugirle de hambre. Tenía que ser la hora del almuerzo, ¿no?

Miró desanimada el reloj de la clase. La manecilla grande estaba en el diez y la pequeña en el doce. ¿Quería decir que eran las doce y diez? ¿O las diez y doce? O algo distinto por completo, porque, como decía mamá: «En este país, todo es diferente».

Los ojos de Carla se pasearon por los pupitres. En cada uno había una abultada oruga verde llena de lápices, rotuladores y estilográficas con tinta de verdad. Cómo odiaba su barato estuche de plástico, con esa cremallera rebelde y con sólo un bolígrafo dentro, porque mamá no se podía permitir más gastos.

No era de extrañar que nadie quisiera ser su amigo.

—¡Carla!

La voz de la maestra le hizo dar un respingo.

—¡Quizá tú nos lo puedas decir! —Señaló una palabra en la pizarra—. ¿Qué crees que significa?

¿Puntual? Era una palabra con la que no había tropezado, pese a que se quedaba todas las noches hasta muy tarde leyendo en la cama el Diccionario para niños. Ya iba por la C.

C de caballo.

C de *calor*.

C de *caprichoso*.

Acurrucada bajo la almohada, Carla había anotado cuidadosamente el significado de cada palabra, añadiendo al lado un dibujito para recordarla bien.

Caballo era fácil. *Caprichoso*, más difícil.

—¡Carla! —La voz de la maestra sonó más aguda y estridente—. ¿Otra vez estás en la luna?

Hubo una oleada de risas a su alrededor. Carla se puso roja.

—No lo sabe —canturreó a su espalda un niño que tenía el pelo de color zanahoria. Y luego, más bajito, para que la maestra no le oyera—: ¡Carla Peluda Espagoletti no lo sabe!

Las risas se redoblaron.

—Kevin —dijo la maestra, aunque no con el mismo tono que había empleado con Carla—, ¿qué has dicho?

Luego volvió a clavar la mirada en ella, que estaba en la segunda fila. Había escogido ese lugar para poder aprender. Pero los que se sentaban detrás armaban alboroto y siempre se salían con suya.

—A ver, deletréala, Carla. ¿Por qué letra empieza?

—Por la P. —Eso lo sabía—. Y luego U. Y luego...

—Vamos, Carla.

—Pun..., punki... —empezó.

Los gritos y las risas a su alrededor se volvieron ensordecedores. «Sólo he llegado a la C en casa», intentó decir, pero no sirvió de nada. Su voz quedó ahogada no sólo por las burlas, sino también por el timbre del final de la clase. Al momento sonó un revuelo de libros y de pies que se arrastraban, y la maestra explicó algo sobre una nueva norma durante el recreo del almuerzo.

¿El almuerzo? Entonces debían de ser las doce y diez, y no las diez y doce. Carla inspiró hondo, saboreando el silencio de la clase, que ahora se había quedado vacía.

El chico del pelo de color zanahoria se había dejado el estuche encima del pupitre.

La oruga verde le hizo un guiño. «Charlie —dijo—. Me llamo Charlie.»

Casi sin atreverse a respirar, se acercó de puntillas y acarició su pelaje. Luego, muy despacio (muerta de miedo), se metió a Charlie dentro de la blusa. Ya estaba «casi lista» para llevar su primer sujetador, había dicho mamá. Mientras tanto, tenía que arreglárselas con una camiseta. Pero aun así podía esconder cosas dentro, igual que mamá se escondía billetes a menudo, «por si hay una urgencia».

—Ahora eres mío —susurró mientras se arreglaba la chaqueta de punto sobre la blusa—. Él no te merece.

—¿Qué haces aquí? —Una profesora asomó la cabeza por la puerta—. Deberías estar en el comedor. Baja ahora mismo.

Carla prefirió sentarse aparte del resto de la clase, consciente de que tenía a Charlie acurrucado sobre su pecho. Sin hacer caso de los comentarios malintencionados («¿No te has traído tus propios espaguetis, Carla?»), se fue comiendo su cuenco de carne correosa. Después, cuando llegó la hora de salir al patio, se abrió paso hasta la parte del fondo, se sentó sobre el asfalto y procuró volverse invisible.

Normalmente, se sentía mal. Marginada, dejada de lado. Pero ahora no. Ahora que tenía su propia oruga verde, tan cálida y reconfortante sobre su piel, no sentía nada parecido.

—Cuidaremos el uno del otro —susurró.

«Pero ¿qué pasará cuando descubran que te has quedado conmigo?», respondió Charlie.

—Ya se me ocurrirá algo.

¡Au!

El pelotazo fue tan repentino que ni siquiera vio cómo llegaba la pelota por el aire. La cabeza empezó a darle vueltas. Tenía la sensación de que el ojo derecho ya no era suyo.

—¿Estás bien? ¿Estás bien, Carla? —La voz de la maestra parecía llegar de muy lejos. Borrosamente, vio que otro profesor reñía al niño pelirrojo. El verdadero dueño de la oruga Charlie.

—¡Kevin! Ya han explicado bien claro esta mañana cuál es la nueva norma. Nada de juegos de pelota en esta parte del patio. Mira lo que has

hecho.

«Aprovechemos la ocasión —cuchicheó Charlie—. Diles que quieres irte a casa, y así podremos escapar antes de que descubran que he desaparecido.»

Carla se levantó tambaleante, procurando no hacer ningún movimiento brusco que pudiera desalojar a su nuevo amigo de su escondrijo. Cruzándose de brazos para disimular la silueta de Charlie, consiguió esbozar una sonrisa. Una de esas sonrisas valientes que había practicado ante el espejo. Ese truco lo había aprendido de su madre. Ella, por la noche, antes de que llegara el hombre del coche reluciente, ensayaba una serie de miradas frente al espejo del tocador. Había sonrisas para todas las ocasiones. La sonrisa alegre, cuando él llegaba con puntualidad. La sonrisa un poco triste, cuando llegaba tarde. La sonrisa con la nariz algo torcida, cuando ella le preguntaba si quería otra copa. Y luego estaba esa otra sonrisa que le dirigía a Carla, sin mirarla del todo a los ojos, cuando le decía que se fuera a la cama para que ella y Larry pudieran escuchar solos un poco de música.

En ese momento, Carla adoptó la sonrisa un poco triste.

—Me duele el ojo. Quiero irme a casa.

La maestra frunció el ceño mientras la llevaba a las oficinas.

—Tendremos que llamar a tu madre para comprobar que está en casa.

Aiuto! ¡Socorro! Eso no lo había pensado.

—Es que nuestro teléfono no funciona porque no hemos pagado la factura. Pero mamá está en casa.

—¿Seguro?

La primera parte era verdad. Mamá iba a explicarle lo del teléfono a Larry la próxima vez que fuese a verla. Y entonces él pagaría la factura para que volviera a funcionar. Pero la segunda parte —que su madre estaba en casa— no era verdad. Mamá debía de estar en el trabajo.

Pero ella tenía que arreglárselas para volver a casa antes de que Charlie fuera descubierto en el interior de su blusa.

—Aquí está el número del trabajo —dijo la maestra, abriendo una carpeta—. Vamos a probar, por si acaso.

La habían pillado. Escuchó temblorosa la conversación.

—Ya veo. —La maestra colgó al terminar y se volvió hacia Carla,

suspirando—. Bueno, parece que tu madre se ha tomado el día libre. ¿Tú sabes dónde está?

—Ya se lo he dicho. ¡Está en casa! —La mentira acudió a sus labios con la misma facilidad que si alguien se la hubiera dictado—. Yo puedo volver sola a pie —añadió. Miró fijamente con el ojo bueno a la profesora—. No queda lejos.

—Me temo que eso no lo podemos permitir. ¿No hay alguien más a quien podamos llamar? Una vecina quizá que pueda ir a avisar a tu madre.

Pensó un instante en la mujer de pelo dorado y en su marido. Pero la verdad era que nunca habían hablado con ellos.

—Hemos de mantenernos al margen —decía siempre mamá. Larry lo prefería así. Las quería para él solo.

—Sí —dijo Carla a la desesperada—. El amigo de mi madre. Larry.

—¿Tienes su número?

Ella negó con la cabeza.

—¡Señorita, señorita! —Uno de los niños de su clase estaba llamando a la puerta—. ¡Kevin le ha dado un pelotazo a otro!

La señorita soltó un gemido.

—¡Ya voy!

De camino hacia el patio, se cruzaron con la mujer que ayudaba a la maestra en la clase. Era nueva y siempre andaba con sandalias, aunque lloviera.

—Sandra, ¿puedes acompañar a esta niña a casa, por favor? Vive al final de la calle. La madre está allí, al parecer. ¿Kevin? ¡Deja esa pelota ahora mismo!

Cuando llegó a su calle en compañía de la mujer de las sandalias, Carla empezaba a sentirse mareada de verdad. El ojo le hacía tanto daño que no veía muy bien. Y, además, notaba por encima un dolor palpitante que se le extendía por toda la cabeza. Pero lo peor no era eso, sino la certidumbre de que mamá no estaría en casa y de que tendría que volver a ese colegio horrible.

«No te preocupes —siseó Charlie—. Ya se me ocurrirá algo.»

¡Pues debía darse prisa!

—¿Sabes cuál es el código? —preguntó la mujer de las sandalias cuando llegaron a la entrada principal del edificio.

Por supuesto. Las puertas se abrieron. Pero, tal como temía, nadie acudió cuando llamaron al número 7.

—Quizá ha bajado a comprar leche —dijo desesperada—. Podemos entrar y esperar a que vuelva.

Era lo que hacía siempre, antes de que mamá regresara del trabajo. Se cambiaba, lo ordenaba todo un poco (porque mamá siempre salía escopeteada por las mañanas) y empezaba a preparar risotto o pasta para la cena. Una vez, ya aburrida de esperar, había mirado debajo de la cama de mamá, donde tenía guardadas sus «cosas especiales». Ahí había encontrado un sobre con fotografías. En todas aparecía el mismo hombre joven con un sombrero torcido y una sonrisa aplomada. Algo le dijo que volviera a dejarlas en su sitio y no dijese nada. Pero ahora, a veces, cuando mamá estaba fuera, les echaba de nuevo un vistazo.

Ese día, sin embargo, la llave no estaba en el sitio de siempre, o sea, sobre el marco de la puerta del número 7. Ese número daba suerte, le había dicho mamá cuando se habían mudado. Ya sólo tenían que esperar a que llegara la suerte.

Ojalá hubiera tenido la llave de la puerta de atrás, la que daba al patio de la basura. Pero esa llave la tenía Larry; así podía entrar cuando quería y descansar un ratito con mamá. Ella decía bromeando que ésa era la entrada particular de Larry.

—No puedo dejarte aquí —dijo la mujer de las sandalias con voz quejumbrosa, como si la culpa fuera de Carla—. Tendremos que volver.

No, no, por favor. Kevin le daba miedo. Y los demás niños también. ¡Charlie, haz algo!

Y entonces oyó el redoble de unos pasos que se aproximaban.

5

Lily

APELACIÓN.
A PEL ACCIÓN.
A PIEL ACIÓN.

Joe Thomas escribe frente a mí en un trozo de papel.

Me aparto el pelo de la cara —normalmente me lo recojo detrás de las orejas—, procuro no pensar en el olor a col que entra desde el corredor y echo otro vistazo a esas tres líneas solitarias que quedan en mitad de la mesa, entre Joe Thomas y yo. El hombre encantador de hace una hora ha desaparecido. Este hombre apenas ha dicho una palabra desde entonces. Deja el bolígrafo junto al papel, como esperando a que yo diga algo. Decidido a imponerme sus propias reglas.

Para cualquier otra persona, la situación sería desconcertante.

Pero toda la experiencia que adquirí mientras crecía me resulta ahora de gran utilidad. Cuando Daniel vivía (todavía he de hacer un esfuerzo para decir estas palabras), solía escribir frases y palabras de todas las formas posibles. Al revés. Con errores intercalados. En un orden extraño.

No puede evitarlo, decía mi madre. Pero yo sabía que era deliberado. Cuando estábamos los dos solos, mi hermano escribía con regularidad. «Es un juego —decían sus ojos con un brillo travieso—. ¡Juega conmigo!

¡Nosotros contra ellos!»

Sospecho que Joe Thomas está jugando ahora conmigo. Lo cual me provoca una inesperada inyección de energía. Ha escogido a la persona equivocada. Me sé todos los trucos.

—Apelación —digo con firmeza—. Hay muchas formas de entender la palabra, ¿no?

Joe Thomas va entrechocando los tacones de sus zapatos. Toc, toc, toc, toc.

—Claro que las hay. Pero no todo el mundo lo ve así.

Suelta una breve risa. Como si todos los que no piensan de ese modo se estuvieran perdiendo algo importante.

Me pregunto quién ha colgado ese póster de «ESPERANZA». ¿Un guardia compasivo, quizá? O un visitante bienintencionado. Empiezo a descubrir que aquí hay todo tipo de personas.

Como mi cliente.

A mí tampoco me vendría mal un poco de esperanza. Echo un vistazo a mis documentos.

—Tomemos «A-PIEL-ACIÓN», por ejemplo. Según el informe, el agua hirviendo de la bañera le escaldó la piel a su novia y se la dejó completamente pelada.

Joe Thomas ni siquiera parpadea. ¿Qué me esperaba? Ya debe de estar acostumbrado a las acusaciones, las recriminaciones y los sermones. Ésa es la especialidad de esta prisión. O quizá puedes llamarlo *análisis* también: un ejército de psicólogos preguntan a los internos por qué cometieron sus crímenes. O los propios presos en sesiones por parejas. Un violador le pregunta a un asesino por qué le rebanó el pescuezo a su madre. Y el asesino le pregunta a su vez por qué participó en la violación en grupo de una niña de trece años.

Mi jefe disfrutó contándome los detalles del caso. Casi como si pretendiera asustarme. Pero ahora que estoy aquí, siento que se apodera de mí una curiosidad creciente. ¿Por qué asesinó Joe Thomas a su novia en una bañera de agua hirviendo?

Suponiendo que lo hiciera.

—Vamos a repasar la tesis de la fiscalía en el juicio —digo.

Su rostro permanece impassible, como si estuviéramos a punto de revisar la lista de la compra.

Echo un vistazo a mis notas, aunque lo hago más para evitar esos ojos oscuros que para refrescar mis ideas. Un buen abogado necesita una memoria fotográfica; la mía retiene cada detalle. A veces me gustaría que no fuera así. Pero ahora mismo es algo de vital importancia.

—Usted y Sarah se fueron a vivir juntos unos meses después de conocerse en el pub del barrio. Los amigos de Sarah dijeron en el juicio que la suya era una «relación con altibajos». Y los padres declararon que ella misma les había dicho que usted era muy controlador y que temía que le hiciera daño. El informe de la policía confirmó que Sarah había presentado en una ocasión una denuncia contra usted por empujarla por los escalones de la puerta trasera y romperle la muñeca derecha. Luego, sin embargo, retiró la denuncia.

Joe Thomas asiente.

—Sí, así es. Se cayó porque había estado bebiendo, a pesar de que había prometido dejarlo. Pero en un principio me acusó a mí porque no quería que su familia se enterase de que había vuelto a las andadas. —Se encoge de hombros—. Los alcohólicos llegan a ser unos terribles mentirosos.

Vaya novedad.

—Pero una novia anterior también formuló acusaciones contra usted. Declaró que la había acosado.

Él suelta un gruñido de irritación.

—Yo no lo llamaría *acoso*. Simplemente la seguí algunas veces para comprobar si iba a donde decía. De todos modos, retiró la denuncia.

—¿Porque usted la amenazó?

—No. Porque se dio cuenta de que si la seguía era porque me importaba. —Me dirige una mirada impassible—. En todo caso, me la quité de encima poco después.

—¿Por qué?

Me lanza una mirada del tipo «¿no es evidente?».

—Dejó de importarme porque no vivía según mis principios.

Menudo obseso del control.

—Y entonces conoció a Sarah.

Él asiente.

—Un año y dos días después.

—Parece muy seguro.

—Los números y las fechas se me dan bien.

No lo dice en plan presuntuoso, sino como si fuera algo obvio que apenas vale la pena mencionar.

—Los vecinos —continúo— declararon haber oído gritos la noche de su muerte.

Joe niega con la cabeza.

—¿Los Jones, dice? Esos dos habrían dicho cualquier cosa en contra mía. Ya se lo dije a mi abogado. Tuvimos infinidad de problemas con ellos desde que nos instalamos allí.

—Entonces ¿cree que se lo inventaron? ¿Con qué fin?

—Yo no estoy en su piel, así que no lo sé. Pero, como le digo, no nos llevábamos bien. Ponían la televisión a toda pastilla. No teníamos un momento de paz. Nos quejábamos, pero ellos no hacían caso. Y al viejo Jones le sentó mal que le echara un día en cara el estado de su jardín. ¡Menuda pocilga tenía allí! Y eso se reflejaba en el nuestro, que, debo añadir, yo mantenía primorosamente. Después de aquello, se pusieron muy desagradables. Empezaron a amenazarnos. Arrojabán basura a nuestro jardín. —Su boca se tensa—. Aunque, la verdad, acusarme de asesino fue pasarse un poco de la raya.

—¿Qué me dice de sus huellas dactilares en la caldera? —Le señalo las líneas correspondientes del informe—. La fiscalía dijo que usted subió al máximo la temperatura del agua.

Sus ojos oscuros ni siquiera parpadean.

—Ya se lo expliqué al abogado en su momento. ¿Tengo que repetir todo eso? La luz del piloto se apagaba todo el tiempo, así que yo volvía a encenderla una y otra vez. Por eso estaban mis huellas en la caldera.

—Entonces, dígame, ¿cómo murió Sarah si usted no la asesinó? ¿Cómo explica los cardenales que tenía?

Empieza a tamborilear con los dedos sobre la mesa, como siguiendo el ritmo de una música inaudible.

—Mire. Voy a contarle cómo sucedió exactamente. Pero tiene que dejarme que se lo explique a mi manera.

Advierto que este hombre necesita llevar la batuta. Quizá se lo permita un rato, a ver qué averiguo así.

—De acuerdo.

—Ella se había retrasado a la vuelta del trabajo. Eran las ocho y dos minutos cuando llegó. Solía llegar a las seis. A las seis en punto.

Meto baza sin poder evitarlo.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Su expresión sugiere que acabo de decir una estupidez.

—Porque para llegar a pie desde la tienda se tardaban exactamente once minutos. Es uno de los motivos por los que la animé a coger ese trabajo justo después de que nos fuéramos a vivir juntos. Era muy práctico.

En mi mente reviso el perfil de Sarah. «Dependiente de moda.» Lo cual ofrece una imagen estereotipada. Al momento me reprendo a mí misma. Yo no soy la típica abogada. Ed no es el típico publicitario. ¿Y qué hay de Joe? ¿Es el típico vendedor de seguros? No estoy segura. Desde luego, es muy preciso con las cifras.

—Continúe —digo con tono alentador.

—Estaba borracha. Era evidente.

—¿Por qué?

Otra mirada del tipo «¿usted es idiota o qué?».

—Apenas se tenía derecha. Apestaba a vino. Resultó que se había tomado también media botella de vodka, aunque es difícil captar el olor de esa clase de bebida.

Reviso el informe. Tiene razón. Su nivel de alcohol en sangre era elevado. Pero eso no demuestra que no la matara.

—¿Qué pasó entonces?

—Tuvimos una discusión por su retraso. Yo había preparado la cena, como hacía siempre. Lasaña con ajo, albahaca y salsa de tomate. Pero ya estaba todo reseco y asqueroso a aquellas alturas. Así que tuvimos una pelea.

Levantamos la voz, lo reconozco. Pero no hubo gritos, como afirmaron los vecinos. —Su rostro se contrae con repugnancia—. Entonces ella se puso a vomitar por todo el suelo de la cocina.

—¿Porque estaba borracha?

—Es lo que le pasa a la gente cuando ha bebido mucho, ¿no? Una cosa asquerosa. Luego pareció recuperarse. Pero estaba cubierta de vómito. Le dije que se diera un baño. Que yo se lo preparaba, como siempre hacía. Pero ella no me hizo caso. Me cerró la puerta en las narices y encendió la radio del baño. Radio 1. Su emisora favorita. Así que dejé que se bañara mientras yo limpiaba el estropicio.

Lo interrumpo.

—¿No le preocupó dejarla sola en una bañera si estaba tan borracha?

—Al principio no. Como le acabo de decir, parecía más recuperada después de vomitar, más sobria. Además, ¿qué podía hacer? Me inquietaba que volviera a denunciarme a la policía. Sarah podía llegar a ser muy imaginativa.

—¿Y cuándo fue a ver cómo estaba?

—Al cabo de una media hora, me preocupé. No se oía ningún chapoteo, y no respondió cuando la llamé. Así que entré en el baño. —Su rostro se queda inexpresivo, vacío—. Fue entonces cuando la encontré. Casi no la reconocí, aunque estaba boca arriba. Tenía la piel morada. Granate y morada. Una parte completamente pelada. Y con esas ampollas enormes.

Me estremezco sin poder evitarlo.

Joe se queda callado un minuto. Agradezco la pausa.

—Debió de resbalar y caer dentro. Y el agua estaba muy caliente — continúa—, mucho más caliente de lo que cabría esperar después de media hora, así que no puedo ni imaginar cómo estaría cuando ella entró en la bañera. Yo mismo me quemé al levantarla. Intenté reanimarla, pero nunca he hecho un curso de primeros auxilios. No sabía si estaba haciéndolo bien. Así que llamé a emergencias.

Dice esto último con tono firme. No afligido. Pero tampoco del todo distanciado. Como quien procura aguantar el tipo.

—La policía dijo que, cuando llegó a su casa, usted no parecía demasiado

afectado.

Vuelve a fijar sus ojos en los míos.

—La gente demuestra la emoción de formas muy diferentes. ¿Quién puede asegurar que la persona que más llora es la más afligida?

En eso tiene razón.

—Le estoy diciendo la verdad —añade con aplomo.

—Pero el jurado lo declaró culpable.

Capto un indicio de tensión por detrás de su mirada.

—Se equivocaron. Mis abogados eran unos idiotas.

El póster de «ESPERANZA» parece burlarse desde lo alto.

—Una apelación se interpone normalmente cuando hay pruebas nuevas. El meollo de lo que acaba de contar ya está en los informes. Aunque lo que usted me cuente sea cierto, no tenemos nada con que demostrarlo.

—Lo sé.

Empiezo a perder la paciencia.

—Entonces... ¿tiene alguna prueba nueva?

Él me mira con dureza.

—Eso debe descubrirlo usted.

Vuelve a coger el bolígrafo. «APELANDO, APLICANDO, REPLICANDO, REPICANDO, REPICANDO, REPICANDO», escribe una y otra vez.

—Señor Thomas, ¿tiene alguna prueba nueva?

Él sigue escribiendo. ¿Será una especie de clave?

—¿Usted qué cree?

Quisiera dar un golpe exasperado en la mesa. Pero espero. El silencio es otro de los trucos que aprendí de mi hermano.

Suena el tictac regular de un reloj en el que no había reparado hasta ahora. Tiene una nota escrita a mano pegada debajo: «QUE NO SE LO LLEVE NADIE». Incapaz de contenerme, suelto una risotada. Basta para romper el silencio.

—Uno de los chicos robó el último. —Joe Thomas también lo encuentra divertido—. Desmontó todas las piezas para ver cómo funcionaba.

—¿Y lo consiguió? —pregunto.

—No, qué va. Ya estaba hecho polvo. —Su expresión vuelve a endurecerse. Se pasa un dedo por la garganta—. Kaput.

El gesto pretende a todas luces intimidarme. Y lo consigue. Pero algo dentro de mí me incita a mantenerme firme y a no demostrarlo. Examino con atención el trozo de papel que ha dejado sobre la mesa.

—Y «REPICANDO», ¿a qué viene?

—Rupert Brooke —dice, como si fuese obvio—. Ya sabe: «¿Y todavía hay miel para el té?». Las campanas de la iglesia repicando sobre el prado del pueblo, etcétera.

Me deja sorprendida.

—¿Le gustan los poetas de la guerra?

Él se encoge de hombros y mira el patio por la ventana.

—No los conocí. ¿Cómo voy a saber si me gustan? Pero creo que comprendo cómo se sentían.

—¿Cómo?

Vuelve el rostro hacia mí.

—No ha hecho muy bien los deberes, ¿verdad, señorita Hall?

Me quedo paralizada. ¿Acaso no me ha oído cuando me he presentado como Lily Macdonald? ¿Y cómo sabe que mi apellido de soltera es Hall? Me viene la imagen de la cálida mano de Ed sujetando la mía ante el altar. Esta reunión se concertó antes de mi boda; así que es posible que le dieran a Joe Thomas mi nombre de soltera. Y quizá no estaba escuchando con atención cuando me he presentado. El instinto me dice que será mejor no corregirle ahora. Una corrección quizá no contribuiría a empezar con buen pie.

Además, me preocupa más la alusión a los deberes. ¿Qué es lo que se me ha escapado? Un abogado no puede permitirse un error, nos dice y nos repite siempre mi jefe. Hasta ahora, he salido airoso. No como uno de los abogados recién licenciados a los que contrataron al mismo tiempo que a mí y que fue despedido por no presentar una apelación dentro del plazo.

—No lo encontrará entre sus notas —añade, observando que bajo la vista—. Pero yo creía que su gente habría hecho más averiguaciones. Piénselo. Los poetas de la guerra. ¿Qué experiencias sufrieron? ¿Cómo se comportaban al volver a casa?

Me siento como una concursante de «University Challenge».

—Estaban en estado de shock —digo—. Muchos se negaban a hablar a causa del estrés postraumático.

Asiente.

—Continúe.

Desesperada, trato de desenterrar mis recuerdos del examen de ingreso a la universidad.

—Algunos eran violentos.

Joe Thomas se arrellana en la silla, con los brazos cruzados y una sonrisa satisfecha.

—Exacto.

Esto es absurdo.

—Pero usted no estuvo en el ejército.

—No.

—Entonces ¿por qué mató a su novia?

—Buen intento. Me declaré inocente, ¿recuerda? El jurado se equivocó. Por eso estoy apelando. —Señala mis notas con un dedo alargado de artista que no concuerda con su físico fornido—. Está todo ahí. Aparte de esta pista adicional, claro. Ahora le toca a usted.

Joe Thomas se levanta de repente y su silla chirría en el suelo. Por un momento, todo me da vueltas. Se me seca la boca. ¿Qué está ocurriendo? Lo único que sé es que esos ojos oscuros, casi negros, parecen taladrarme hasta el fondo. Saben lo que hay en mi interior. Ven cosas que Ed no ve.

Y lo más importante: no juzgan ni condenan.

Se inclina hacia mí. Percibo su olor. No sabría identificarlo. Desde luego no es el aroma a limón o pino de la colonia de mi marido. Es un olor crudo, húmedo, terroso: un olor animal. Noto que me quedo sin aliento.

¡PUM!

Doy un brinco. Él también. Nos volvemos atónitos hacia la ventana donde ha sonado el golpe. Afuera, hay una gran paloma gris que parece suspendida en el aire. Una pluma blanca flota bajo la brisa: el pájaro debe de haber chocado contra el cristal. Y, milagrosamente, ahora se aleja volando.

—Está viva —dice Joe Thomas inexpresivo—. La última se mató. Uno

más bien diría que los barrotos deberían disuadirlas, ¿no? Pero es como si ellas vieran más allá. Y quizá es cierto. Al fin y al cabo, los pájaros alcanzan alturas de las que nosotros no sabemos nada.

«Los criminales —me advirtió mi jefe— pueden ser muy tiernos en algunos aspectos. No te dejes engañar.»

—Ahora quiero que se vaya y que vuelva dentro de una semana. —Las instrucciones salen con sequedad de sus labios, como si esa escena no se hubiera producido—. Para entonces, tiene que haber averiguado la conexión que hay entre los poetas de la guerra y yo. Eso le proporcionará la base de mi apelación.

Hasta aquí hemos llegado.

—Esto no es un juego —digo con brusquedad para ocultar la inexplicable mezcla de temor y excitación que siento palpitar en mi caja torácica—. Usted sabe tan bien como yo que las visitas legales necesitan su tiempo para concertarse. Quizá no pueda volver tan pronto. Debe aprovechar ésta al máximo.

Él se encoge de hombros.

—Si usted lo dice. —Sus ojos se detienen un momento en mi muñeca todavía bronceada, en la que llevo la pulsera de plata, y luego descienden hasta la reluciente alianza de oro, que salta a la vista que es nueva—. Por cierto, creo que me he equivocado hace un momento. Es señora Macdonald, ¿verdad? Espero que haya pasado una buena luna de miel.

Todavía estoy temblando cuando el taxista me deja en la estación. ¿Cómo sabía Joe Thomas que he estado de luna de miel? ¿Es posible que mi jefe se lo hubiera dicho a alguien mientras preparaban en mi ausencia los documentos de la visita? Si fuera así, entraría en abierta contradicción con otro de los consejos que él mismo me ha dado: «Asegúrate de que no das ningún dato personal. Eso es vital para mantener claros los límites con el cliente».

Ese consejo, semejante a la advertencia de la celadora de que no hay que dejarse «condicionar», me pareció en su momento tan obvio como

innecesario. Como a la mayoría de la gente (supongo), a mí me han escandalizado las historias que han aparecido de vez en cuando en los periódicos sobre visitadoras o celadoras que tenían aventuras con los presos. Pero ni una sola vez he leído que una abogada hiciera nada parecido. En cuanto a los extraños pensamientos que circulan ahora mismo por mi cabeza, hay que atribuirlos a los nervios. Nada más. Y a la decepción del viaje a Italia.

Respecto al «error» de Joe sobre mi nombre, no puedo dejar de preguntarme si no habrá sido deliberado. ¿Para descolocarme quizá? Pero ¿por qué?

—Cinco libras con treinta, señorita.

La voz del taxista me saca de mis cavilaciones. Agradecida por la distracción, busco suelto en mi monedero.

—Eso es un euro. —Me lo dice con suspicacia, como si yo pretendiera jugársela expresamente.

—Disculpe —digo sonrojándome, y encuentro una moneda correcta—. Acabo de viajar al extranjero y se me debe de haber mezclado el dinero.

Él toma mi propina a regañadientes, nada convencido. Un error, un simple error. Pero un tipo de error que puede interpretarse con facilidad como una mentira. ¿Es así como se siente Joe Thomas? ¿Es posible que él cometiera un error y que esté tan harto de que lo malinterpreten que ha decidido jugar conmigo? Aunque en realidad eso tampoco tiene sentido.

Echo un vistazo a mi reloj. Es más tarde de lo que pensaba. Seguramente aprovecharía mejor el tiempo si volviera a casa, y no a la oficina, y redactara allí mis notas. Además, así podría investigar sobre Rupert Brooke. Mi cliente quizá me ha desconcertado con todo lo que sabía sobre mi vida privada. Pero también ha logrado intrigarme y dejarme con esa sensación incómoda que te entra cuando tienes la impresión de que deberías conocer la respuesta a una pregunta.

—Sácale todo lo que puedas —me había ordenado mi jefe—. Ha sido él quien ha acudido a nosotros para hacer la apelación. Lo cual significa que tiene que haber pruebas nuevas. A no ser que sólo pretenda llamar la atención. Es algo muy frecuente. En todo caso, quizá busquemos asesoría

legal.

En otras palabras, consultaremos a un abogado litigante.

Pero soy del todo consciente de que no he llegado muy lejos. ¿Con qué argumento podemos apelar? ¿Alegando locura, quizá? ¿O su conducta es simplemente excéntrica? ¿Cuántos clientes plantearán un enigma similar a sus abogados? Aun así, hay algo en su historia que suena verídico. Los borrachos mienten, cierto. Los vecinos cuentan historias falsas. Los jurados se equivocan.

Los distintos argumentos que me dan vueltas en la cabeza hacen que el trayecto de regreso en tren sea mucho más rápido de lo que me ha parecido esta mañana. En un periquete, o ésa es mi impresión, estoy en el autobús que me lleva de nuevo a casa. ¡A casa! Me recorre una oleada de excitación. No a la casa de Devon, sino a nuestra casa de casados en Clapham. Así podré preparar la cena. ¿Espaguetis a la boloñesa, quizá? No, demasiado complicado. Podré quitarme esta ropa, ponerme ese caftán azul que me regaló mi madre para la luna de miel; ordenarlo todo un poco, hacer que el apartamento tenga un aspecto acogedor cuando Ed llegue a casa... Y, sin embargo, hay algo que sigue reconcomiéndome por dentro.

En las pocas ocasiones en las que he salido más pronto del trabajo, siempre me he sentido como una colegiala traviesa. Y yo no soy así. En mis calificaciones académicas los profesores siempre usaban la palabra *concienzuda* (como si fuera un recurso elegante para no emplear elogios más convincentes, como *inteligente* o *perspicaz*). No es ningún secreto que todo el mundo —empezando por mí misma— se quedó pasmado cuando conseguí entrar en una de las universidades más prestigiosas del país a base de tesón y esfuerzo. Y lo mismo cuando, pese a la competencia, me escogieron en un bufete importante. Cuando estás siempre esperando que las cosas salgan mal, te quedas estupefacta si salen bien.

—¿Por qué quieres ser abogada? —me había preguntado mi padre.

La pregunta se había quedado flotando en el aire más tiempo del necesario.

—Por Daniel, claro —había respondido mi madre—. Lily quiere arreglar el mundo. ¿Verdad, cariño?

Ahora, al bajar del autobús, caigo en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no pensaba tantas veces en mi hermano. Debe de ser por Joe Thomas. La misma actitud defensiva. La misma arrogancia que, a la vez, trasluce una evidente vulnerabilidad. El mismo amor a los juegos. El mismo rechazo a acatar las normas pese a tenerlo todo en contra.

Pero Joe es un criminal, me recuerdo a mí misma. Un asesino. Un asesino que ha podido contigo, me digo irritada mientras subo la escalera de nuestro apartamento, después de hacer un alto para recoger la correspondencia del buzón. ¿Será una factura? ¿Tan pronto?

Siento una punzada de temor. Ya le dije a Ed que no deberíamos haber pedido una hipoteca tan alta, pero él me alzó en brazos y me dijo simplemente que ya nos las arreglaríamos... Me detengo de golpe. Hay una mujer y una cría discutiendo frente al número 7. Estoy segura de que es la niña del uniforme azul marino que he visto esta mañana. Pero la adulta que la acompaña no es la madre, con su espléndida cabellera rizada, sino una mujer poco agraciada de treinta y tantos, diría yo, que va con unas sandalias rojas a pesar de que no hace el tiempo adecuado para semejante calzado.

Al acercarme, veo que la cría tiene un gran morado en el ojo.

—¿Qué pasa aquí? —digo con brusquedad.

—¿Usted es la madre de Carla? —me pregunta la mujer.

—Soy una vecina. —Vuelvo a mirar el tremendo morado—. ¿Y usted quién es?

—Una ayudante del colegio de Carla.

Lo dice con cierto orgullo.

—Me han dicho que la trajera a casa porque ha sufrido un pequeño accidente en el patio. Pero la señora Cavoletti no parece estar en casa, y su jefa ha dicho que no había ido al trabajo, así que tendremos que volver al colegio.

—No. ¡No!

La niña (¿Carla, ha dicho que se llama?) me tira del brazo.

—Por favor, ¿puedo quedarme con usted? Porfa, porfa.

La mujer parece indecisa. Da la impresión de estar desbordada. Reconozco esa sensación. Por supuesto, tiene motivos para dudar. Yo no

conozco a esta niña, aunque ella se comporte como si me conociera. Pero es obvio que le han hecho daño en el colegio. Y yo sé lo que es eso.

—Creo que debería ir a urgencias —apunto.

—¡A mí ya no me da tiempo! —La mujer abre los ojos con alarma—. He de recoger a mis propios hijos.

Esto, desde luego, no es asunto mío. Pero hay algo en la angustia de la niña que me impulsa a echar una mano.

—Entonces, la llevaré yo.

Le doy mi tarjeta.

—Supongo que querrá mis datos.

«Lily Macdonald. Abogada.»

La tarjeta parece tranquilizarla. Aunque quizá no debería.

—Bueno, vamos —digo—. Tomaremos un taxi para ir al hospital. ¿Quiere que la dejemos en alguna parte?

Ella menea la cabeza, aunque la propuesta parece tranquilizarla aún más.

Se me ocurre que resultaría muy fácil llevarse a una criatura si las circunstancias fueran propicias.

—Me llamo Lily —me presento cuando la ayudante se ha ido. Deslizo una nota bajo la puerta del número 7 para explicarle a la madre lo que sucede—. Aunque en realidad ya sabes que no deberías hablar con desconocidos.

—Charlie ha dicho que no había problema.

—¿Quién es Charlie?

Ella se saca de debajo de la blusa un plumier verde.

¡Qué monada! Yo tenía uno de madera cuando iba al colegio, con un cajoncito secreto para la goma.

—¿Qué te ha pasado exactamente en el ojo?

La niña desvía la mirada.

—Ha sido un error. Él no quería hacerlo.

—Un error..., ¿de quién, cariño?

Mientras lo estoy diciendo, oigo una serie de voces.

«El jurado cometió un error», ha dicho Joe Thomas.

«Tiene que ser un error», sollozó mi madre cuando encontramos a Daniel.

«¿Estoy cometiendo un error?», me he preguntado a mí misma mientras

recorría el pasillo.

Basta de errores, me digo, y entro con Carla en mi apartamento para llamar a la compañía de taxis.

A partir de ahora, tengo que ser buena.

6

Carla

—Un error..., ¿de quién, cariño? —preguntó Lily, la del pelo dorado, mientras entraban en el número 3. Tenía una voz muy clara. Como esas actrices de la televisión. Un acento pijo, habría dicho mamá.

—De Kevin. Un niño de mi clase. Me ha dado un pelotazo.

Carla restregó la nariz sobre el pelaje de Charlie. Era cálido y mullido. Echó un vistazo al apartamento. Tenía la misma forma que el suyo, pero había más cuadros en las paredes. También estaba más desordenado, con papeles sobre la mesa de la cocina y un par de zapatos marrones debajo, que alguien debía de haberlos olvidado ahí. Parecían de hombre, con esas suelas tan gruesas y esos cordones. Los zapatos, decía siempre mamá, eran una de las armas más importantes del guardarropa de una mujer. Y cuando Carla decía que no lo entendía, mamá se echaba a reír.

—Si tu madre no está en el trabajo, ¿dónde crees que puede estar?

Carla se encogió de hombros.

—Quizá con Larry, su amigo. A veces la lleva a almorzar cerca de la tienda. Mamá vende cosas bonitas para que las mujeres estén guapas.

—¿Y dónde está esa tienda?

—Es un sitio que se llama Night Bridge.

La mujer sonrió como si hubiese dicho algo gracioso.

—Querrás decir Knightsbridge, ¿no?

—Non lo so. —Cuando estaba cansada, siempre pasaba al italiano, a pesar de que ella procuraba que su madre hablara en inglés en casa.

—Bueno, le hemos dejado una nota para explicarle dónde estamos. El taxi llegará dentro de un minuto.

Carla seguía acariciando el suave peluche verde.

—¿Charlie puede venir también?

—Puedes traértelo, claro.

—Puede venir. Charlie es una persona.

La mujer sonrió.

—Me parece muy bien.

«¿Lo ves? —le susurró Charlie—. Ya te he dicho que encontraríamos una salida.»

En el hospital fueron amables con ella. Una de las sonrientes enfermeras le dio un caramelo que se le quedó enganchado en el paladar. Tuvo que meterse el dedo para sacárselo. Mamá no le dejaba comer caramelos en casa, a menos que se los diera Larry. Te ponían gorda, como los pasteles, y entonces ya no podías encontrar un novio que pagase el alquiler.

Esperaba que la mujer del pelo dorado no se chivara.

—Llámame Lily —le dijo su nueva amiga, cogiéndole la mano, mientras la enfermera le ponía en la ceja algo que picaba.

¿Lily? Le gustaba el nombre. Cuando Larry iba a su casa, a veces llevaba un ramo de lirios.* En una ocasión, cuando ella ya estaba acostada, su madre y Larry se pusieron a bailar con tanto brío que los lirios se cayeron al suelo y dejaron una mancha amarilla en la moqueta. Y cuando ella salió a ver qué había pasado, Larry dijo que no pasaba «nada». Que él se encargaría de que la limpiasen. Y quizá, pensó Carla, también de que le arreglaran la blusa a mamá, porque los tres botones de arriba estaban esparcidos a sus pies, como diminutos caramelos rojos.

Le contó esta historia a Lily mientras subían al taxi para volver a casa.

Lily se quedó un rato callada.

—¿Y a tu papá... lo ves alguna vez? —preguntó.

Carla se encogió de hombros.

—Se murió cuando yo era un bebé. Mamá llora si hablamos de él. —Miró por la ventanilla los neones parpadeantes—. ¡Uau!

—Esto se llama Piccadilly Circus —dijo Lily.

—¿En serio? —Carla pegó la nariz al cristal. Empezaba a lloviznar. Se imaginó que el agua de la lluvia le salía de la nariz—. ¿Y dónde están los leones?

—¿Qué leones?

—Has dicho que era el «circo» no sé cuántos. Yo no veo ni leones ni chicas con faldita caminando por una cuerda.

Sonó una risa ahogada. Era el mismo ruido que hacía mamá cuando Larry iba a verla. Carla lo oía a través de la pared que separaba su habitación de la de su madre.

—¡No te rías! Es verdad. Yo sé cómo es un circo. He visto fotos en los libros.

Quizá no debería haber gritado. La sonrisa de Lily había desaparecido; ahora sus labios formaban una línea recta. Pero, lejos de enfadarse, como hacía mamá cuando ella no se portaba bien, Lily parecía amable, buena y simpática.

—Perdona. Es que me recuerdas a alguien.

La curiosidad de Carla se despertó en el acto.

—¿A quién?

Lily miró para otro lado.

—A alguien que conocí.

Ahora estaban pasando bajo un puente. El taxi se quedó a oscuras. Carla oyó que Lily se sonaba la nariz. Cuando salieron al otro lado, tenía los ojos brillantes.

—Me gusta tu plumier.

—No es un plumier. Es una oruga. —Carla acarició el peluche verde con ternura; primero en una dirección, luego en la otra—. Charlie entiende todo lo que dices.

—Yo sentía lo mismo con una muñeca que tenía. Se llamaba Amelia.

—¿Aún la tienes?

Lily volvió otra vez la cara.

—No, ya no.

Lo dijo exactamente con el mismo tono que empleaba mamá cuando decía que sólo había cena para una y que no importaba porque ella no tenía hambre. Y tal como hacía en esos casos, Carla se quedó callada, porque a veces los adultos no querían que siguiera haciendo preguntas.

Entretanto, el taxi avanzaba dando sacudidas por avenidas anchas llenas de tiendas bonitas y luego por otras calles más estrechas, con cajones de fruta en la acera. Al final, pasaron junto a un parque que reconoció, doblaron una esquina y entraron en su calle. A Charlie se le erizaron los pelos. Carla sintió que le palpitaba el corazón. Quizá mamá estuviera en casa ahora. ¿Qué iba a decirle?

«Nunca hables con desconocidos.» ¿Cuántas veces se lo había dicho? Y ella no sólo se había ido con una desconocida, sino que además había robado a Charlie.

—Yo se lo explicaré todo a tu madre —dijo Lily-pelo-dorado, como si pudiera leerle el pensamiento. Luego le dio al taxista un billete nuevecito de diez libras. ¡Qué rica debía de ser!—. ¿Tú crees que ya estará en casa? Si no, puedes...

—Piccola mia!

Captó el intenso perfume de mamá antes de verla.

—¿Dónde te habías metido? Estaba loca de angustia. —Luego fulminó a Lily con ojos relampagueantes—. ¿Cómo se atreve a llevarse a mi hija? ¿Y qué le ha hecho en el ojo? La denunciaré a la policía...

Carla se dio cuenta de pronto de que Lily no debía de entender nada, porque mamá estaba hablando en italiano: en lo que ella llamaba «la lengua de los poetas, los artistas y los grandes pensadores». A saber lo que quería decir con eso. Desde luego, Lily se había quedado desconcertada hasta que oyó la palabra polizia. Entonces puso una expresión irritada.

—Su hija ha recibido un pelotazo en el colegio —dijo muy despacio, como haciendo un esfuerzo para mantener la calma. Pero Carla vio que tenía el cuello rojo—. Una ayudante la ha traído a casa, pero usted no estaba en el apartamento. Iba a llevársela otra vez al colegio, pero casualmente yo llegaba

del trabajo y me he ofrecido a acompañar a Carla al hospital para que le examinaran el ojo.

—¿Y por qué no la profesora lo ha hecho?

Ahora mamá hablaba en inglés. Lo cual siempre inquietaba un poco a Carla, porque a veces se equivocaba en el orden de las palabras. Y entonces la gente se echaba a reír o trataba de corregirla. No quería que mamá se sintiera herida.

—Ella tenía que ir a buscar a sus propios hijos, al parecer.

—Te han llamado a la tienda desde el colegio —intervino Carla—. Pero han dicho que hoy no habías ido.

Mamá abrió mucho los ojos.

—Pues claro que he ido. El jefe me ha mandado a un curso de formación. Pero alguien debería haberme avisado. Mi dispiace. —Mamá casi la estaba ahogando entre sus brazos—. Lo siento mucho. Gracias por cuidar de mi pequeña.

Todavía abrazadas, madre e hija se mecieron juntas durante unos momentos sobre los escalones de la entrada. Aunque el abrazo era un poco incómodo, Carla sintió que su corazón se llenaba de alegría. Así eran las cosas antes de que apareciera en sus vidas el hombre del coche reluciente: sólo ella y mamá. Nada de risitas al otro lado de la pared que la excluían y que resonaban luego en sus pesadillas.

—¿Es italiana? —Al sonar la suave voz de Lily, mamá la soltó y el vacío volvió a descender sobre ella—. Mi marido y yo pasamos nuestra luna de miel en Italia. En Sicilia. Nos encantó.

Los ojos de mamá se llenaron de lágrimas. De lágrimas de verdad, observó Carla. No de esas lagrimillas que ensayaba ante el espejo.

—El padre de mi hija..., él era de allí...

Carla sintió un hormigueo en la piel. Eso ella no lo sabía.

—Pero ahora..., ahora...

Pobre mamá. La voz se le atragantaba. Necesitaba ayuda.

Carla se oyó a sí misma decir:

—Ahora estamos solas mamá y yo.

No digas nada de Larry, tenía ganas de decir en voz alta. No hables de ese

hombre.

—Es muy duro —prosiguió mamá—. No me gusta a mi pequeña dejar sola, pero a veces no me queda otro remedio porque he de ir a trabajar. Los sábados, sobre todo, son los peores días, porque entonces no hay colegio.

Lily-pelo-dorado asintió.

—Si le sirve de ayuda, mi marido y yo podríamos cuidarla alguna vez.

Carla sintió que se quedaba sin respiración. ¿De veras? Así ya no habría de quedarse sola en el apartamento, con la puerta cerrada. ¡Y tendría a alguien con quien hablar hasta que mamá volviera a casa!

—¿Cuidaría de mi pequeña? Es muy amable.

Ahora las dos estaban ruborizadas. ¿Quizá Lily se arrepentía de su oferta? Carla esperaba que no. Los adultos a veces insinuaban algo y luego se echaban atrás.

—Ahora las dejo. —Lily bajó la vista a su maletín—. Yo tengo trabajo y usted querrá estar con su hija. No se preocupe por ese corte. En el hospital han dicho que se le curará enseguida.

Mamá chasqueó la lengua.

—Ese colegio, yo le digo, no es bueno. Ya verá mañana cuando hable con los profesores.

—Pero ¡no podrás, mamá! Estarás en el trabajo.

—Chist.

Ya la estaba arrastrando adentro.

—Nosotros estamos en el número tres, por si nos necesita —le dijo Lily cuando se alejaban. ¿Lo habría oído mamá? Carla tomó una nota mental por si acaso.

En cuanto se quedaron solas, mamá se revolvió contra ella. La reluciente sonrisa de sus labios rojos se transformó en un rictus ceñudo y severo. ¿Cómo podían cambiar los adultos tan deprisa de una cara a otra?

—Nunca más vuelvas a hablar con desconocidos: nunca más —dijo, agitando una uña pintada de rojo ante sus narices. Tenía un puntito donde le había saltado el esmalte, observó Carla. En la parte derecha de la uña—. Esta vez has tenido la suerte de encontrar a un ángel. Pero la próxima vez podría ser el diablo. ¿Lo has entendido?

No del todo, pero Carla sabía que no le convenía hacer muchas preguntas ahora.

Igual una sí.

—¿De verdad papá era de Sicilia?

Mamá se puso toda roja.

—Ahora no quiero hablar de eso. Ya sabes que me pone triste. —
Entonces se fijó en la blusa de Carla—. ¿Qué tienes ahí escondido?

De mala gana, Carla sacó a Charlie.

—Es una oruga.

Las palabras le salieron con esfuerzo por el miedo.

—¿Es ese estuche con el que me has estado dando la lata?

Carla no tuvo más remedio que asentir.

Su madre entornó los ojos.

—¿Lo has cogido? ¿Se lo has quitado a otro niño? ¿Por eso tienes ese morado?

—¡No! ¡No! —Ahora hablaba en italiano. Rápida, fluida, desesperadamente—. Ya te lo ha dicho Lily. Un niño me ha dado un pelotazo. Y cuando íbamos hacia el hospital, ella me ha comprado a Charlie para que me sintiera mejor.

La expresión de mamá se ablandó.

—Qué amable. Tengo que darle las gracias.

—No.

Carla notó que se le escurría por las piernas un hilo de pis. Le pasaba a veces cuando se ponía nerviosa. Y era otro de los motivos de que le hicieran burla en el cole. Le había sucedido una vez en educación física. «¡Carla Meona Espagoletti! ¿Por qué no llevas pañales como un bebé de verdad?»

—Lily se sentiría incómoda —añadió—. Igual que Larry. Ya sabes cómo son los ingleses.

Aguardó, conteniendo el aliento. Era verdad que cuando el hombre del coche reluciente les regalaba cosas, su madre decía que no debían hablar mucho de ello para no incomodarle.

Mamá asintió al fin.

—Tienes razón.

Carla dejó escapar un suspiro de alivio.

—Ahora ve a lavarte las manos. Los hospitales son lugares muy sucios — dijo mamá, mirándose al espejo y pasándose las manos entre sus espesos rizos negros—. Larry va a venir a cenar. —Sus ojos centellearon—. Has de acostarte temprano.

7

Lily

Principios de noviembre de 2000

—¿Azúcar? ¿Cinta adhesiva? ¿Objetos punzantes? ¿Patatas fritas? —suelta el hombre del otro lado del panel de cristal.

Es verdad lo que me han dicho en la oficina. Te acostumbras a la cárcel. Incluso en la segunda visita. Miro imperturbable, al guardia. Tiene la piel rasurada. Casi como un bebé.

—No —contesto con un aplomo que no reconozco. Luego me hago a un lado para que me cacheen.

¿Qué sucedería, me pregunto, si consiguiera esconderme algo ilícito: drogas, por ejemplo, o tan sólo un inocuo sobre de azúcar de una cafetería? La idea me resulta extrañamente excitante.

Cruzo el patio con mis nuevos zapatos rojos de tacón bajo. Para reforzar mi confianza, me dije al comprarlos. Hoy no hay hombres de uniforme cuidando el jardín. Hace un día gris bastante frío. Me envuelvo bien en mi chaqueta azul marino y sigo a la celadora por las dobles puertas.

—¿Cómo es la cárcel por dentro? —me preguntó Ed la noche de mi primera visita.

A decir verdad, a mí ya casi se me había olvidado después del drama de llevar a la niña italiana al hospital y de afrontar luego la ira de la madre hasta

que logré calmarla. Su reacción me pareció comprensible. La mujer estaba angustiada.

«Gracias desde el fondo de mi corazón por cuidar de mi Carla», escribí en una notita que hallé más tarde bajo la puerta.

Todavía tengo dudas sobre si fue sensato por mi parte intervenir. Pero eso es lo que pasa cuando tienes una conciencia desarrollada en exceso.

—Es un lugar mal ventilado —le dije a mi marido, en respuesta a su pregunta—. No puedes respirar bien.

—¿Y qué hay de los hombres? —Me estrechó más fuerte con el brazo.

Estábamos en el sofá viendo la televisión; un poco apretujados, pero deliciosamente juntitos. Acurrucados con esa intimidad conyugal que casi (pero no del todo) compensa la otra parte de una relación.

Yo pensé en los presos que había visto en el corredor: esos ojos penetrantes, esas camisetitas arremangadas por las que asomaban unos brazos musculosos. Y pensé en Joe Thomas, en sus observaciones tan inteligentes (aunque algo extrañas) y también en el enigma que me había planteado.

—No son como te los imaginarías. —Me removí en el sofá, acercándome más a mi marido, de tal modo que mi nariz quedó instalada junto a su cuello—. Mi cliente podría ser el vecino de al lado. Y es muy inteligente.

—¿De veras?

Noté que su interés aumentaba.

—Pero ¿qué aspecto tiene?

—Fornido. Con barba. Alto, más o menos de tu estatura. Con unos ojos castaños muy oscuros. Y unos dedos largos y delgados, sorprendentes en un hombre como él.

Ed asintió. Noté que ya lo estaba dibujando en su cabeza.

—Se me ha puesto a hablar de Rupert Brooke, el poeta de la guerra —añadí—. Dando a entender que tiene algo que ver con su caso.

—¿Estuvo en el ejército?

En la familia de Ed era una tradición pasar por la academia militar de Sandhurst para hacer a continuación una brillante carrera en el ejército. En nuestra primera cita, me explicó la decepción que se habían llevado sus padres cuando se negó a seguir el ejemplo familiar. ¿Una escuela de arte?

¿Acaso se había vuelto loco? Un empleo como es debido era lo que necesitaba. El diseño gráfico en una empresa publicitaria venía a ser una desdichada solución intermedia. La gente no se rebelaba en su familia, me contó Ed. Acataban las normas. Curiosamente, esa actitud me gustó en su momento. Me hizo sentir a salvo. Segura. Pero parece haber convertido a mi marido en un resentido. En las pocas reuniones familiares a las que he asistido, él siempre ha tenido la sensación de estar de más. No es que lo haya expresado en voz alta. No hace falta. Me doy cuenta.

—¿En el ejército? —respondí—. No; que yo sepa, no.

Entonces, Ed se incorporó en el sofá y yo capté entre nosotros una corriente de aire frío. No sólo por dejar de notar su calor, sino también por esa distancia que se crea cuando alguien está en otro plano. Hasta que nos casamos, yo no sabía que un artista puede trasladarse con facilidad de la vida real a un mundo imaginario. La familia de Ed podía haberse negado a sufragarle la escuela de arte, pero nadie podía impedir que él hiciera lo que mejor se le daba en su tiempo libre. Ya había aparecido un cuaderno de dibujo en sus manos y se había puesto a esbozar los rasgos de uno de los hombres cuyos retratos nos miraban desde la repisa de la chimenea. Esta vez estaba dibujando a su padre, de joven.

Su padre...

Y ahora, aquí estoy, caminando por el patio de la cárcel con la respuesta al enigma de mi condenado en el maletín.

—Su padre estuvo en el ejército —digo en el cuarto de visitas, deslizando una carpeta por encima de la mesa.

La cara de Joe Thomas permanece impasible.

—¿Y qué?

—Que lo licenciaron. Y no de forma honorable.

Hablo con tono cortante apostado. Quiero provocarlo, hacerle reaccionar. Algo me dice que es la única forma de ayudarlo. Suponiendo, claro, que quiera ayudarlo.

—Según su declaración, él trató de protegerse cuando un hombre

amenazó con apuñalarlo en un pub. —Consulto las notas que he tardado días en reunir, con la ayuda de un becario entusiasta—. Su padre le dio un empujón y el agresor cayó por una ventana y estuvo a punto de morir desangrado. Creo que hay una relación entre esa historia y su propio caso. ¿Acierto?

Los ojos de Joe Thomas se vuelven más oscuros un instante después. Echo un vistazo alrededor.

—Aquí no hay botón de emergencia —dice.

Noto la piel pegajosa de sudor. ¿Me está amenazando?

Luego se arrellana en la silla y me observa como si fuese yo la que estuviera en el punto de mira, y no él.

—Mi padre fue castigado por actuar en defensa propia. Fue deshonrado. Nuestra familia quedó en ridículo. Tuvimos que mudarnos a Civvy Street. A mí me acosaban en el colegio. Pero aprendí una gran lección. La defensa propia no es una buena defensa, porque nadie te creerá nunca.

Miro a este hombre que está sentado frente a mí. Luego saco una fotografía de la carpeta. Una pelirroja flaca. La mujer muerta, Sarah Evans. La novia de Joe Thomas.

—¿Me está diciendo que actuó en defensa propia contra una mujer que apenas parecía tener la fuerza suficiente para levantar un ladrillo?

—No exactamente. —Vuelve la cara hacia la ventana.

Afuera, están pasando de largo dos guardias, enfrascados en una conversación. ¿Me oirían si las cosas se pusieran feas? Sospecho que no. Entonces ¿por qué ya no tengo miedo?

Joe Thomas mira a los guardias también, con una sonrisa divertida bailándole en los labios.

Empiezo a impacientarme.

—Bueno, ¿en qué quiere basar su apelación exactamente?

—Ha pasado la primera prueba. Ahora debe pasar la segunda. Y entonces lo sabrá.

Está escribiendo algo en un trozo de papel que llevaba encima.

Y la lista continúa.

Nunca he sido muy brillante con los números. Mi fuerte son más bien las palabras. También hay letras junto a algunos de los números. Pero no tienen ningún sentido para mí.

—¿Qué es esto?

Él sonríe.

—Tiene que averiguarlo usted.

—Escuche, Joe. Si de verdad quiere ayudarme, tiene que dejarse de jueguecitos. —Me pongo de pie.

Él también se levanta. Nuestras caras están cerca, demasiado cerca. Una vez más, percibo su olor. Me imagino un instante lo que sería inclinarse hacia delante... Pero esta vez estoy preparada y aplasto la imagen de mi mente, dejándola tan espachurrada como aquella paloma que chocó contra la ventana. Casi veo las plumas flotando.

—Si quiere ayudarme, señora Macdonald, ha de comprenderme. Considérelo un test, si prefiere, para comprobar que está a la altura del trabajo. Esta apelación lo es todo para mí. Quiero convencerme de que cuento con la persona adecuada. Hasta entonces, no soy «Joe». Soy el señor Thomas. ¿Entendido?

Luego me mira de arriba abajo. Con lentitud.

—Es muy alta, ¿no?

Cada centímetro de mi piel parece arder en llamas.

Se dirige hacia la puerta.

—Nos vemos cuando haya averiguado la respuesta.

El tipo no sólo se toma demasiadas libertades, me digo mientras cruzo otra vez el patio. Actúa como si fuese él quien llevara la batuta, y no yo.

Pero, entonces..., ¿por qué tengo una sensación creciente de excitación y también de enfado?

—¿Todo bien? —me pregunta el guardia con cara de bebé mientras firmo en el registro de salida.

—Sí, perfecto —respondo. Algo me dice que no añada nada más.

—Un tipo algo raro, ¿no?

—¿En qué sentido?

—Ya me entiende. Arrogante. Como si todo el mundo estuviera por debajo de él. Frío como un témpano también. Aunque al menos no nos ha dado ningún problema. No como el otro.

El guardia sonrío con maldad, como tratando de asustarme.

—¿A qué se refiere?

—¿No se ha enterado? Uno de los chicos atacó a su abogado el otro día. No le hizo daño. Sólo le dio un susto. —Su rostro se endurece—. Pero si ustedes se empeñan en defender a asesinos y a violadores, ¿qué esperan?

—¿Tú a qué te dedicas? —me pregunta el hombre que se acaba de sentar a mi lado («¿Me permites?»).

Estoy instalada en el borde del sofá verde lima de Davina, en ese apartamento suyo de Chelsea, con paredes pintadas de rosa e iluminación difusa. La música suena demasiado fuerte y me ruge el estómago.

«No te molestes en cocinar nada —me ha dicho Ed antes de salir—. Habrá comida en la fiesta.» Pero lo único que hay son volovanes de champiñones y vino. A espuestas, eso sí. Mi nuevo acompañante parece simpático y de conversación fácil. Sólo que ahora mismo lo último que me apetece es charlar.

—Soy abogada —respondo.

Él asiente con respeto. Es un gesto, he observado, que hace mucha gente cuando digo cuál es mi profesión. A veces resulta halagador. Otras veces, casi degradante, como si dieran por supuesto que una mujer no es capaz de hacer ese trabajo.

Hace cuatro horas estaba en la cárcel. Ahora estoy rodeada de gente que habla ruidosamente mientras se emborracha. Algunos incluso bailan. Todo lo cual me resulta extraño.

—¿Y tú? —digo, aunque no me interesa mucho la respuesta. Lo que en realidad quiero saber es dónde se ha metido Ed.

Yo no quería venir aquí, para empezar. De hecho, no sabía nada de esta

fiesta hasta que he llegado a casa y me he encontrado a mi marido en la puerta, con su nueva camisa sin cuello de color crema. El olor a pino de su loción de afeitar era patente. «Vamos a salir», me ha dicho. He sentido una oleada de alegría. Las dos últimas semanas han sido bastante duras, sí. Pero ¡mi recién estrenado marido me estaba proponiendo salir!

«Me ha llamado Davina. Ha invitado a algunos viejos amigos a su casa y quiere que vayamos nosotros también —me ha dicho, recorriendo con la vista mi traje azul marino de abogada—. Será mejor que te cambies.»

Y aquí estamos ahora. Yo, con mi vestido de espiga azul claro de Marks and Spencer. Y Davina, con una ceñida falda de intenso color rojo. Un atuendo que a todas luces le ha llamado la atención a mi marido (mucho más que el mío) cuando ella ha salido a recibirnos. Eso ha sido hace cosa de una hora. ¿Dónde está Davina? ¿Y dónde está Ed?

—Soy actuario de seguros —responde mi acompañante, sacándome de mis cavilaciones.

—¿Cómo?

Aparece en su rostro una triste sonrisa.

—No te preocupes. Mucha gente no sabe lo que es. Calculo cuánto tiempo vivirá la gente a partir de las estadísticas. Cuánta morirá de asfixia o de leucemia antes de los sesenta. Ya lo ves, una actividad muy alegre. Pero es importante para los seguros, ¿sabes? —Me tiende la mano—. Me llamo Ross. Encantado. Conozco a tu marido. De hecho...

—¡Ahí están! —Me levanto casi de un salto del sofá y me voy hacia Ed. Tiene la cara congestionada y el aliento le huele a vino—. ¿Dónde estabas?

—¿Qué quieres decir? —Su tono es brusco, defensivo—. Sólo he salido a tomar el aire.

—¿Sin decirme nada?

—¿Tengo que avisarte cada vez que salgo de la habitación?

Empiezan a escocerme los ojos.

—¿Por qué te pones así?

Un Ed distinto de aquél con el que me acurruco en el sofá me mira fijamente.

—¿Y tú por qué te pones así?

«Porque no veo a Davina», quisiera decir. Pero sería una estupidez.

—Porque no veía a Davina —me oigo decir.

La expresión de Ed se endurece.

—Y creías que estábamos juntos.

El corazón me da un brinco.

—No. No quería decir...

—Vale. Se acabó. —Me sujeta del brazo.

—Espera. ¿Qué...?

—Nos vamos. —Me arrastra hacia la puerta.

—Pero he de recoger el abrigo —protesto.

La gente nos mira; incluida Davina, que está entrando en el salón del brazo de un hombre mucho mayor que ella al que no había visto hasta ahora.

—¿Ya os vais? —nos pregunta con voz sedosa—. Qué pena. Quería presentaros a Gus. —Vuelve la vista con adoración hacia su acompañante—. Debo disculparme por no ser una buena anfitriona. Pero Gus y yo estábamos... ocupados.

Ed me aprieta tanto la mano que me hace daño. Luego me la suelta y se aparta.

—Lily tiene dolor de cabeza.

«No, qué va», estoy a punto de soltar. Pero me oigo dar las gracias por esta velada tan deliciosa, y yo misma me horrorizo por la facilidad con que me sale la mentira.

—Tenéis que venir a casa la próxima vez —añado.

Los ojos de Davina destellan divertidos.

—Nos encantaría. ¿Verdad, Gus?

Se acerca a mi marido y apoya la cabeza en un punto intermedio entre su brazo y su pecho. Un gesto espontáneo, natural, para recordarme que habían salido juntos. Me lanza una sonrisa, como diciendo «¿Lo ves? Fue mío antes de ser tuyo».

Miro a Ed, horrorizada, esperando que se aparte. Pero él se queda ahí plantado durante un minuto, como si estuviera sopesando sus opciones.

Quiero decir algo. Pero me dan demasiado miedo las consecuencias. Afortunadamente, Gus rompe el silencio incómodo que se ha creado

alrededor de nosotros, pese a la música.

—Creo que deberíamos dejar que los recién casados se vayan. ¿No te parece?

Ed se niega a hablarme durante todo el trayecto de vuelta. Así que es una conversación unilateral la que mantenemos.

—No entiendo por qué te pones así —digo, corriendo para ponerme a su altura—. Yo sólo quería saber dónde te habías metido. Estaba preocupada. Y no conocía a nadie...

Cuanto más digo, más estúpida sueno.

—Estás celosa de ella.

Bueno, al menos ahora me habla.

—No. No lo estoy.

—Sí lo estás —afirma, abriendo la puerta de casa.

—Vale. Lo estoy.

Ya no puedo pararme.

—La has seguido como un perrito faldero desde que hemos entrado en ese apartamento tan sofisticado. No podías quitarle los ojos de encima. Y luego desapareces durante una eternidad...

—¡Para tomar el aire, joder!

Retrocedo consternada. Pese a sus altibajos, Ed nunca me ha gritado hasta ahora.

—Ya la has oído. —Ahora me habla en voz más baja, pero la rabia sigue ahí presente—. Tiene un novio. Y nosotros estamos casados. ¿No te basta para estar satisfecha?

—¿A ti te basta para estar satisfecho? —murmuro.

Se hace un silencio. Ninguno de los dos se atreve a hablar.

Al fin, me permito pensar en nuestra luna de miel y en lo que sucedió. Mejor dicho, en lo que no sucedió. Mi mente se remonta aún más atrás, a la noche de aquella segunda cita en un pequeño restaurante del Soho, después de la inesperada propuesta de matrimonio de Ed. Al revolcón que nos dimos más tarde en la cama de mi diminuto apartamento compartido. A mi petición

susurrada de que, si no le importaba, yo prefería «esperar» hasta que estuviéramos casados.

Él había abierto los ojos con incredulidad.

—¿No lo has hecho nunca?

Yo esperaba que me dijera que era absurdo. Que casi nadie seguía siendo virgen a los veinticinco. Me preparé para devolverle el anillo, para reconocer que todo había sido un sueño.

Pero Ed, estrechándome en sus brazos, me había acariciado el pelo.

—Lo encuentro encantador —murmuró—. Imagínate la increíble luna de miel que pasaremos.

¿Increíble? Un completo desastre, más bien.

Tal como me temía, mi cuerpo se negó.

—¿Qué pasa? —preguntó Ed.

Pero yo no podía..., no quería decírselo. Aun sabiendo que él pensaba que era culpa suya.

No es de extrañar que acabara dándome la espalda.

El ambiente entre nosotros se volvió tan nefasto que me obligué a hacerlo la última noche.

—Cada vez será más fácil —me aseguró después, a media voz.

Éste es el momento de contárselo, pienso ahora. No quiero perder a este hombre. Curiosamente, me encanta cuando me achucha. Me gusta hablar con él. Estar con él. Pero soy consciente de que eso no puede bastarle; no por mucho tiempo. No es de extrañar que Davina le resulte tentadora. La culpa sólo la tengo yo.

—Ed, hay algo que debo...

Me interrumpo porque oigo un crujido extraño. Hay una nota bajo la puerta. Ed se agacha y me la pasa en silencio.

Soy Francesca, la vecina del número 7. He de trabajar el domingo. Lamento tener que pedirlo, pero ¿podría por favor cuidar de mi pequeña? No le causará ningún problema.

Ed se encoge de hombros.

—Tú decides. Al fin y al cabo, yo estaré pintando. —Da media vuelta para dirigirse al baño, pero se detiene—. Perdona, ¿qué ibas a decirme?

—Nada.

Siento un gran alivio. Gracias a esta oportuna distracción, el momento ha pasado. Me alegro. Si le hubiera hecho mi confesión, lo habría perdido para siempre.

Y eso no puedo permitirlo.

8

Carla

Mamá estaba contenta, observó Carla con una sensación de ligereza en su propio corazón. Cantaron juntas hasta la parada de autobús. Anoche, mamá y el hombre del coche reluciente habían bailado con tanto ímpetu que temblaba el suelo. Pero Carla se había portado como una buena niña y no había ido a decirles que pararan, pese a que le costaba dormirse. En vez de levantarse, se había abrazado a la oruga Charlie.

Ahora caminaba dando saltos. Era fundamental, se dijo, que se cuidara incluso más de lo normal de no pisar las grietas de la acera, que daban mala suerte. Debía asegurarse de que no pasaba nada malo después de todas las buenas noticias.

—Sentimos que te hayan lastimado —le había dicho uno de los profesores, el único amable, cuando los demás habían salido al recreo—. El niño que te dio el pelotazo también ha hecho daño a otros. Pero no volverá a suceder.

Kevin no estaba. ¡O sea, podía llevar a Charlie al cole! Una cálida sensación de gratitud la envolvía como una lanosa nube blanca. Grazie! Grazie! Ahora sería como los demás.

Bueno, no del todo. Carla examinó su reflejo en el espejo del conductor cuando subió con su madre al autobús. Ella siempre sería diferente por su piel olivácea, por su pelo negro y sus cejas, más tupidas que las de nadie. «¡Carla

Peluda Cavoletti!»

—Carla —dijo mamá con severidad, interrumpiendo sus pensamientos—. Deja de dar saltos. Por mucho que saltes el autobús no va a arrancar antes.

Pero ella estaba mirando a ver si llegaba Lily...

Poco después del pelotazo en el ojo, el encargado le había dicho a mamá que tenía que trabajar un domingo. «¿Qué voy a hacer? —se había lamentado ella, con unos ojos cargados de angustia—. No tengo a nadie con quien dejarte, *cara mia*.»

Su mirada se había detenido en la foto de la mujer encorvada del chal: la que tenía esa cara que parecía cubierta de miles de olas convertidas en piedra.

—Ojalá estuviera aquí tu nonna para echar una mano.

Carla ya tenía una idea preparada.

—La señora que me llevó al hospital, ¿te acuerdas?, la del número tres. Dijo que podía ayudarte algún día si lo necesitabas.

Mientras lo decía, pensó en Charlie. ¿Y si Lily, la del pelo dorado, le explicaba a mamá que la oruga no era un regalo suyo?

Demasiado tarde. Mamá ya había escrito una nota y la había deslizado bajo la puerta de Lily. Durante toda la noche, Carla se removió inquieta en su estrecha camita, presidida por una sencilla cruz de madera (una madera que procedía de Tierra Santa). El pobre Charlie también estaba muy asustado. «Yo no quiero dejarte», decía.

Por la mañana, Carla vio al despertar que su madre la miraba desde lo alto con unos ojos relucientes de alegría.

—La amable señora y su marido se van a quedar hoy contigo. Tienes que portarte bien. ¿Sí?

A Charlie le palpitaba el corazón mientras caminaban por el pasillo. A ella también.

Por favor, que no los descubrieran.

—Volveré lo antes posible —estaba diciéndole mamá a Lily—. Es usted muy amable. Y debo darle las gracias también por el regalo que le compró.

Se hizo un silencio. Tan atronador que cualquiera podía darse cuenta.

Poco a poco, Carla alzó la vista y se encontró con la mirada de Lily. Ese día iba con unos tejanos que le resaltaban las caderas en exceso y no tenía los labios pintados. De forma instintiva, Carla comprendió que ésa no era una mujer que dijera mentiras.

—¿Un regalo? —dijo Lily con lentitud.

—El estuche de la oruga. —A Carla le tembló la voz mientras la miraba fijamente a los ojos y cruzaba los dedos por detrás—. Me lo compraste al salir del hospital para que me sintiera mejor. ¿Recuerdas?

Otro largo silencio. A Carla los dedos se le agarrotaron de tanto querer apretarlos. Entonces Lily asintió.

—Claro. Bueno, ¿por qué no pasas? He pensado que podríamos hacer juntas un pastel. ¿Te gusta amasar?

La voz de mamá sonó aliviada. La de Carla también.

—¡Le encanta cocinar!

—¡Me encanta, me encanta!

Ahora nada de colegio, se dijo Carla mientras entraba en el apartamento. ¡Y había sido un día maravilloso! Entre ella y Lily dejaron el suelo perdido de harina al pesar los ingredientes del pastel. Pero su nueva amiga no se enfadó como mamá. Ni tampoco fue a echarse una «siestecita» con su marido, un hombre alto llamado Ed que estaba muy concentrado en un rincón con un bloc de dibujo. Al principio, le daba miedo porque se parecía a esos actores famosos de las revistas que Larry le llevaba a mamá. Por el pelo, le recordaba un poco a Robert Redford, uno de los ídolos de su madre.

También se alarmó porque Ed le preguntó a Lily con un tono hastiado por qué había cambiado «otra vez» sus pinturas de sitio: el mismo tono que empleaba Larry cuando llegaba y veía que ella todavía estaba levantada.

Pero después Ed preguntó si podía dibujarla, y entonces su expresión cambió. Ahora parecía mucho más contento.

—Tienes un pelo precioso —le dijo mientras alzaba los ojos del papel para mirarla y volvía a bajarlos.

—¡Mamá me lo cepilla cada noche! ¡Cien veces! Cento!

—Chento? —preguntó Ed titubeante, como si estuviera probando por primera vez un plato exótico. A ella le entró una risita floja por su gracioso

acento.

Nadie puso reparos cuando Lily preguntó si querían almorzar, aunque Carla contó que el pollo no le gustaba. ¿Por qué? Porque, en Italia, mamá había tenido de mascota una gallina llamada Pequeña, y el abuelo, el día que mamá cumplió ocho años, cogió a la gallina y le retorció el pescuezo.

Descartado el pollo, Carla enseñó a Lily y a Ed a preparar pasta de verdad, no con esos espaguetis resacos que tenían en el armario. Tardaron mucho rato, pero cómo se rieron cuando les enseñó cómo debían estirla usando el colgador de los trapos que había por encima de los fogones.

—¡Quietas! —ordenó Ed, alzando las manos—. ¡Tengo que dibujaros a las dos tal como estáis! Venga, Carla, vuelve a coger a Lily del brazo.

—Charlie también tiene que salir en el dibujo.

Nada más decirlo, Carla se dio cuenta de que debería haber mantenido la boca cerrada.

La cara de Lily se quedó inmóvil de golpe, como si le hubieran pasado por encima una varita mágica.

—¿Cómo conseguiste realmente ese muñeco, Carla?

—No es un muñeco. —Carla lo abrazó con aire protector—. Es de verdad.

—Pero ¿cómo lo conseguiste?

—Es un secreto.

—¿Un secreto feo?

Carla pensó en los demás niños de la clase: niños que tenían padre y no dependían de hombres con sombrero y coche reluciente. ¿Eso no le daba derecho a quitarles lo que tenían?

Meneó la cabeza con lentitud.

—Lo robaste, ¿no?

Algo le dijo a Carla que no tenía sentido empeñarse en negarlo. Asintió en silencio.

—¿Por qué?

—Porque todos tienen uno. Y yo no quería ser diferente.

—Ah. —El ceño de Lily se desarrugó—. Ya veo.

Carla le cogió la mano.

—Por favor, no lo cuentes.

Hubo un silencio. Ed no se había enterado de nada; su cabeza seguía subiendo y bajando para mirarlas y volver al papel.

La respiración de Lily era tan ruidosa y agitada que le transmitió un hormigueo a Carla a lo largo del brazo.

—Muy bien. Pero no debes volver a robar. ¿Prometido?

Un globo de esperanza se elevó de su pecho.

—Prometido —repitió. Luego alzó a Charlie para que Ed pudiera verlo mejor—. Charlie dice que gracias.

Cuando mamá fue a buscarla, Carla no se quería marchar.

—¿No puedo quedarme un ratito más? —suplicó.

Pero Ed sonreía y le rodeaba la cintura a Lily con el brazo. A lo mejor querían bailar.

—Toma —le dijo él, poniéndole una hoja en las manos—. Te lo puedes quedar.

Ella y mamá sofocaron un grito.

—¡Ha dibujado a mi hija a la perfección! —exclamó mamá—. ¡Qué talento tiene usted!

Ed se metió las manos en los bolsillos, con la misma expresión que Larry cuando mamá le daba las gracias por el perfume, las flores o el regalo que le hubiera llevado esa noche.

—Es sólo un esbozo. Está hecho al carbón. No lo toque porque se emborronará.

Carla no lo hubiera tocado por nada del mundo. Sólo miraba. ¿Ella era así en realidad? Aquello era el retrato de una niña, no de la señorita casi adulta que ella ansiaba ser. Y lo peor de todo: Charlie no aparecía en el dibujo.

—¿Qué se dice? —la reprendió mamá.

—Gracias. —Y, entonces, recordando el libro que estaban leyendo en el cole sobre los reyes y las reinas de Inglaterra, hizo una reverencia doblando la rodilla—. Gracias por cuidarme.

Para su sorpresa, Ed estalló en carcajadas.

—Qué graciosa es. Vuelve otro día, Carla. La próxima vez te haré un cuadro de verdad. —Entornó los ojos, como estudiándola—. Quizá un

acrílico.

Y ahora estaban en el autobús que había de llevarla al colegio, esperando a ver si Lily subía también.

«Quizá no vendrá —dijo Charlie desde su regazo—. Quizá todavía está enfadada con nosotros porque me robaste.»

Carla se puso rígida.

«No digas eso nunca más. Yo merecía tenerte. Igual que tú merecías tenerme a mí. ¿O preferías quedarte para siempre con ese abusón?»

Charlie meneó la cabeza.

«Vale, pues —cuchicheó Carla—. No volvamos a hablar del asunto, ¿de acuerdo?»

—Cuidado. —Su madre se dispuso a sujetarla cuando el autobús dio una sacudida—. Por fin está arrancando.

Arrellanándose en su asiento, Carla miró cómo desfilaban los árboles con sus mantos amarillos y verdes oscilando sobre la calle. ¡Y entonces la vio! ¡Lily! Corría por la acera. Corría con todas sus fuerzas, tan deprisa como ella intentaba correr en sus pesadillas; sólo que los pies, en ese otro mundo, siempre se le quedaban pegados en el suelo.

—¡Corre! —gritó—. ¡Puedes sentarte a mi lado!

Pero el autobús aceleró y siguió adelante. En la acera de enfrente atisbó a Ed esperando a otro autobús. Él hacía otro trayecto para ir al trabajo, según le había explicado. Carla dio un golpe en la ventanilla y agitó la mano. ¡Sí! Ed le estaba devolviendo el saludo. Y, aunque le daba pena que Lily hubiera perdido el autobús y no pudieran viajar juntas, se sentía contenta y reconfortada porque ahora tenía unos amigos. Unos amigos de verdad. Era un paso más para dejar de ser diferente.

—Creo que estabas equivocada, mamá —dijo.

Su madre, que estaba mirándose en el espejito que siempre llevaba en el bolso, la contempló de soslayo.

—Equivocada..., ¿en qué, Carla?

—Tú dijiste que las mujeres que no se cuidan no consiguen un marido

guapo. Y también que Lily está gorda. Pero Ed es como un actor de cine.

Su madre soltó una risita parecida a un gorjeo. El hombre del otro lado del autobús se volvió y la observó con admiración.

—Es verdad, mi ratita lista —dijo ella, pellizcándole la mejilla—. Lo que yo dije es que las mujeres como Lily pueden conseguir un marido, pero deben andarse con mucho cuidado. Porque, si no, lo pueden perder.

¿Cómo podían perderlo?, se preguntó Carla mientras se disponía a bajar: ésa era su parada. ¿Se les caía por la calle? ¿O lo extraviaban en el autobús, tal como ella había extraviado la semana anterior una horquilla rosa para el pelo? Además, Lily quizá estuviera gorda, pero era buena. Había guardado su secreto. Y le había dejado preparar un pastel. ¿Bastaba con ser buena para retener a Ed? Carla no quería que Lily tuviera que buscarse otro marido.

Iba a preguntar, pero mamá estaba dándole instrucciones para esa tarde, cuando terminara el colegio.

—Espérame ahí, pequeña. ¿Me has oído? Al lado de la verja. Aunque me retrase.

Asintiendo alegremente, Carla se bajó del autobús, le dijo adiós con la mano, cruzó el patio corriendo y se abrió paso hasta su clase. Tras el incidente de la semana pasada, había comprobado decepcionada que los demás niños no habían estado más simpáticos con ella. Pero ahora que tenía a Charlie, seguro que pronto cambiarían. Estaba convencida.

A la hora del recreo, envolvió a Charlie con todo cuidado en su jersey para que no se enfriara y lo dejó en su casillero. Luego salió al patio.

—¿Puedo jugar? —preguntó a las niñas que estaban saltando a la rayuela. Nadie le respondió. Como si no hubiese abierto la boca.

Lo intentó con un grupo de niñas que estaban lanzando a la pared una pelota de tenis.

—¿Puedo jugar yo también? —preguntó.

Ellas miraron para otro lado.

Carla notó en el estómago la misma sensación que cuando lo tenía vacío, aunque ahora no lo tuviera vacío.

Lentamente, volvió a la clase. No había nadie. Ni siquiera la ayudante que la había acompañado a casa cuando Kevin le dio el pelotazo. Y, pensándolo

bien, no la había visto desde ese día. Había oído decir a uno de los profesores que le habían dado «el pasaporte», pero a saber lo que eso significaba.

Con entusiasmo, corrió a su casillero y empezó a desplegar el jersey. Charlie le explicaría por qué los demás no querían dirigirle la palabra. Charlie haría que se sintiera mejor...

No. ¡NO!

Charlie estaba muerto. Abierto de arriba abajo con una raja dentada. Con todo su precioso peluche desgarrado. Sobre él, había una nota. Con grandes mayúsculas rojas.

LARDRONA

9

Lily

Tengo que correr más deprisa. O se me escapará el autobús. Si estuviera más delgada, me costaría menos correr. Plo-plop, plo-plop, hacen mis pechos sobre mi caja torácica. Los mismos pechos que Ed empezó a acariciar anoche, cuando se me puso encima inesperadamente. Después, sin embargo, cuando por fin abrió los ojos, apareció en él una expresión de sorpresa al ver a la persona que tenía debajo.

Yo.

También yo me sorprendí. En mi duermevela, me había imaginado a otra persona. Sus suaves manos en mis pechos. Su boca en la mía. Su erección contra mi cuerpo...

—He de lavarme —murmuré mientras me dirigía tambaleante a nuestro diminuto baño y me secaba los ojos. Cuando volví, Ed estaba dormido por completo.

¿A qué había venido aquello? ¿Por qué me había imaginado a Joe en la cama conmigo? Un hombre que me repelía tanto...

¿Y con quién soñaba Ed? Ya me lo imagino. Quizá no haya nada concreto, aparte de ese gesto tan familiar de la otra noche. Pero me lo huelo. Tal como huelo a Joe. Si algo he aprendido con los años es a hacer caso de mi intuición.

Mientras todos estos pensamientos me daban vueltas en la cabeza, Ed

dormía. Tenía un aspecto tan apacible... Roncando con suavidad, con la mandíbula cubierta de pelillos rubios. Con sigilo, para no despertarlo, me he levantado de la cama, he entrado de puntillas en la cocina y he sacado la fregona.

Me he quedado tan ensimismada mientras limpiaba que no he oído venir a Ed.

—¿Por qué estás fregando el suelo a estas horas?

Se estaba atando la corbata al tiempo que me lo decía. En la cual (aunque él no parecía haberse dado cuenta) tenía una manchita de sangre del rasguño que se ha hecho al afeitarse.

Yo, medio arrodillada, he levantado la vista.

—Está todo lleno de mugre.

—¿No llegarás tarde al trabajo?

¿Y qué? Necesitaba dejar el linóleo reluciente. Si no podía ser la mujer perfecta en mi matrimonio, tenía que serlo al menos en la limpieza de la cocina.

Por eso estoy corriendo ahora. Si no me hubiera vuelto loca limpiando, no habría salido quince minutos más tarde de lo normal. Y no estaría mirando cómo desaparece el autobús calle arriba. Ni estaría angustiada pensando en las excusas que tendré que darle a mi jefe.

Cuando me detengo jadeando, veo a Carla con la nariz pegada al cristal, haciéndome señas frenéticamente. «Vamos», dice con los labios. Y luego parece añadir algo más.

«¿Gorda?» No, no, seguro que no. Carla es un cielo. Aunque he observado que Francesca me mira con lástima. Y también que la hija copia todo lo que hace la madre.

Además, no sería la primera vez que me llaman *gorda*.

Mientras me siento a esperar el siguiente autobús, no puedo evitar pensar en Carla. En ella y en su oruga verde.

—Lo robaste, ¿no? —le dije cuando la tuvimos en casa la semana pasada—. ¿Por qué?

Ella meneó la cabeza, avergonzada pero también desafiante. Una pose de turbadora madurez, lo que indicaba que la había adoptado otras veces.

—Porque todos tienen uno. Y yo no quería ser diferente.
«Yo no quería ser diferente.» Justo lo que solía decir Daniel.
Mi instinto acierta. Debo ayudar a esta niña.

Mi jefe me está esperando en su despacho. Me lleva como treinta años y tiene una esposa que dejó su trabajo cuando se casaron. Percibo claramente que no me mira con buenos ojos.

Poco después de entrar en el bufete, cometí la tontería de decirle a uno de mis colegas que quería dedicarme al derecho para poder «hacer el bien».

Mi jefe oyó la conversación.

—¿El bien? —se mofó—. No estás en la profesión idónea para eso, te lo aseguro.

Yo me puse como un tomate (¡ojalá tuvieran cura estos sofocones!) y procuré pasar desapercibida a partir de entonces. En ocasiones, sin embargo, sobre todo cuando se me pone a gritar, me dan ganas de contarle lo que pasó con Daniel.

Claro que no me atrevería, en realidad. Ni siquiera Ed lo entendería si le contara toda la historia. Sería una auténtica locura explicársela a mi jefe. Ahora lo tengo sentado frente a mí, tras un gran montón de documentos, con una sonrisa gélida en los labios.

—Bueno, ¿cómo te va con Joe Thomas?

Cruzo las piernas por debajo de la mesa y las vuelvo a descruzar. Todavía noto la huella de Ed dentro de mí. Grabada en mi cuerpo como la sorpresa de su rostro.

—Él sigue jugando conmigo.

Mi jefe se echa a reír. No es una risa simpática.

—Está en una cárcel con una elevada proporción de psicópatas, Lily. ¿Qué te esperabas?

—Me esperaba un informe más completo. —Las palabras salen de mi boca antes de poder contenerme. El miedo, con razón o sin ella, me da coraje para defenderme—. No creo tener los datos suficientes —continúo, tratando de enderezar la situación—. ¿Por qué ha iniciado una apelación después de

pasar dos años encarcelado? ¿Y por qué no habla conmigo abiertamente y se empeña en hacerlo con enigmas?

Saco el papel que me dio Joe con esa extraña serie de letras y cifras.

—¿Qué crees que significan estos números? —pregunto, con un tono más conciliador—. Él me los dio el otro día.

Mi jefe apenas echa un vistazo al papel arrugado.

—Ni idea. El caso es tuyo, Lily. ¿Una prueba nueva, quizá, que acaba de conseguir? Eso explicaría la tardanza en presentar la apelación. —Entorna los ojos—. Te estoy arrojando a los leones, tal como hicieron conmigo a tu edad. Es tu ocasión para demostrar lo que vales. No nos decepciones: ni a ti ni a mí.

Me paso el resto de la semana haciendo lo que puedo. Pero también hay otros casos sobre mi mesa. Y se van amontonando con una regularidad intencionada, o eso parece. Es evidente que mi jefe me está poniendo a prueba. Igual que Ed, con esa manera de darme una de cal y una de arena.

—Aún estoy luchando con el caso de ese cliente —empiezo a decir una noche durante la cena: un pastel de carne poco cocida, por no decir cruda, que no se parece mucho a la fotografía del sobado libro de cocina de Fanny Cradock que la madre de Ed me pasó.

Él va masticando despacio, y bien que hace. Mi comida es todo un desafío. Davina, por cierto, estudió en una de esas escuelas de cocina de Suiza.

—Ese cliente que... ¿Ed? ¿Te encuentras bien?

Me levanto de un salto. Ed jadea y tiene toda la cara roja. Algo se le ha atragantado. Impulsada por la angustia, le doy un fuerte golpe en la espalda. Un trozo de carne sale despedido. Él tose y escupe y coge el vaso de agua.

—Perdona. Quizá estaba demasiado cruda —me disculpo.

—No. —Todavía sigue tosiendo, pero me coge de la mano—. Gracias. Me has salvado la vida.

Durante un minuto, hay conexión entre ambos. Pero luego desaparece. A ninguno de los dos nos apetece comer más. Tiro la carne culpable al cubo de la basura y pienso, demasiado tarde, que había que estofarla a fuego lento

antes de meterla en el hojaldre. Pero se me ocurre algo más.

Qué fácil habría sido dejar que Ed se muriera asfixiado. Qué fácil fingir que se había tratado de un accidente.

Me quedo consternada, no, horrorizada de mí misma. ¿De dónde me ha venido semejante pensamiento?

Pero es entonces cuando se me ocurre la idea.

Ross. El actuario al que conocí en esa fiesta horrible, cuando Ed y Davina desaparecieron. ¿No hablamos justo de este tema? «Calculo cuánto tiempo vivirá la gente a partir de las estadísticas. Cuánta morirá de asfixia o de leucemia antes de los sesenta. Ya lo ves, una actividad muy alegre. Pero es importante para los seguros, ¿sabes?»

Así que le pedí el número a Ed. Y sí, Ross estaba libre al día siguiente. ¿Qué tal un almuerzo en su club?

—Estas cifras —empiezo a decir, pasándole la hoja a Ross mientras nos hallamos en una mesa con un mantel blanco almidonado y con un camarero rondando continuamente— las ha obtenido un cliente mío. Que está..., bueno, en la cárcel por asesinato.

Ross me lanza una mirada de sorpresa.

—¿Tú crees que es inocente?

—Te sorprenderías si lo conocieras.

—¿De veras?

Esperamos a que el camarero nos sirva el vino. Sólo una copa, me digo. Últimamente, me temo que estoy bebiendo más de lo que solía, lo cual no es bueno ni para la concentración ni para mi ingesta de calorías. Lo que ocurre es que a Ed le gusta tomar un par de copas cada noche y me parece una descortesía no acompañarle.

—Tengo que averiguar a qué se refieren las cifras —suelto con cierta desesperación—. A Joe se le dan bien los números.

—¿Joe? —Arquea las cejas.

—Es frecuente que nos llamemos por el nombre de pila con los clientes —me apresuro a contar—. Ese hombre sufre algún tipo de trastorno. Es muy

metódico en algunos terrenos y, sin embargo, tiene dificultades para hablar con la gente. Prefiere hacerlo usando enigmas. Y éste... es uno de ellos.

Capto un destello de interés en los ojos de Ross.

—Lo estudiaré. —Su tono es tan tranquilizador que me dan ganas de abrazarlo—. Dame unos días y te digo algo.

Y así lo hace.

—Una combinación de temperaturas de agua y de marcas de caldera, incluida su antigüedad —me explica sonriendo—. Y, si no me equivoco, las implicaciones son enormes. Le enseñé las cifras a un amigo ingeniero..., pero no te preocupes, sin darle ningún detalle..., y él me dijo que en esta secuencia hay un patrón definido. Así que tuve una corazonada e investigué un poco en nuestro Departamento de Recursos.

Me pasa un recorte de periódico. Es de The Times, del pasado mes de agosto, cuando yo estaba metida en los preparativos de mi boda. Una temporada llena de emociones en la cual, seguramente, no leí el periódico con la atención de siempre.

ESCÁNDALO POR CALDERAS DEFECTUOSAS

Leo el artículo con creciente excitación.

—O sea —digo, resumiendo su contenido—, que se sospecha que una serie de calderas fabricadas durante los últimos diez años podrían ser defectuosas. Hasta el momento, siete clientes han presentado demandas relacionadas con temperaturas anómalas causantes de graves lesiones. Se está llevando a cabo una investigación, pero por ahora no hay planes para retirar los modelos afectados.

Ross asiente.

—Se han presentado siete denuncias, pero seguro que tiene que haber más casos.

—Pero el problema lleva años presente. ¿Cómo es que nadie se había dado cuenta hasta ahora?

—Estas cosas no son tan inmediatas. Hace falta tiempo para identificar un patrón en una serie de hechos aislados.

Claro que hace falta tiempo. A los abogados también se les escapan cosas. Pero yo no puedo ser una abogada cualquiera.

—Ya he descifrado esos números —suelto al entrar en el cuarto de visitas a la semana siguiente.

Es curioso cómo todo esto se va volviendo natural. Hasta las dobles puertas y las rejas me resultan familiares. Y lo mismo digo de la pose aparentemente despreocupada de mi cliente, arrellanado en la silla con los brazos cruzados y con esos ojos oscuros fijos en mí. Este hombre tiene treinta años (los mismos que mi marido: Ed los cumplió poco después de regresar de nuestra luna de miel), y, sin embargo, me da la sensación de estar tratando con un adolescente agresivo.

Una cosa es segura: no voy a permitir que se me pasen por la cabeza esas absurdas fantasías.

—¿Dice que ha descifrado los números? —Parece algo irritado—. ¿En serio?

—Sé lo de las calderas. Lo de las demandas. Usted va a decirme que el fabricante de la caldera es el culpable de la muerte de Sarah. Según me contó, el agua estaba mucho más caliente de lo que esperaba al cabo de media hora. Su caldera era defectuosa. Ésa su defensa; o su «defensa propia», si quiere.

Él ladea la cabeza con aire indeciso, como considerando mis palabras.

—Pero ya se lo dije la otra vez. La defensa propia no te salva.

—Tal vez sí, con el abogado idóneo —replico.

—Felicidades. —En unos segundos ha pasado de una expresión decepcionada a una abierta sonrisa. Extiende la mano como para estrechar la mía.

Yo no hago caso. Estoy enfadada. Desconcertada, también.

—¿Por qué no podía explicarme de entrada lo de las calderas? Nos habría ahorrado un montón de tiempo.

—Ya se lo expliqué. Sólo tenía que ofrecerle unas pistas para ver si era lo

bastante lista como para llevar mi caso. Necesito a alguien que esté a mi nivel. Alguien que se entere de verdad.

Gracias, Ross. Gracias.

Vuelve a arrellanarse en la silla, se da unas palmadas en los muslos y suelta otra risotada.

—Y usted lo ha logrado, Lily. ¡Buen trabajo! Está contratada.

¿Contratada? Creía que ya lo estaba.

—No me ha contado lo que sucedió exactamente. —Hablo con frialdad, trazando una barrera entre él y yo—. Y ya me he cansado de juegucitos —añado—. Si quiere que yo le represente, he de saberlo todo sobre usted. Basta de pistas. Basta de juegos. Los hechos desnudos. Por ejemplo, ¿por qué hacía usted siempre la cena?, ¿por qué solía prepararle un baño a Sarah? —Inspiro hondo—. ¿Tenía razón Sarah cuando le dijo a su familia que usted era muy controlador?

Su rostro se mantiene rígido.

—¿Por qué necesita saberlo?

—Porque creo que podría sernos de ayuda.

Durante un rato, no dice nada. Dejo que el silencio flote entre nosotros. Un silencio que podría cortarse con un cuchillo.

Sospecho que Joe Thomas también lo siente. Ahora mira por la ventana. No hay nadie a la vista, a pesar de que hace otro precioso día de otoño. A lo mejor los demás están trabajando; todos tienen una tarea asignada en la prisión. Veo la lista en el vestíbulo cuando entro. Apellidos y tareas anotados con tiza.

Smith – Cocina.

White – Lavabos.

Essex – Pecera.

Thomas – Biblioteca. (¿Por qué será que no me sorprende?)

Junto a cada apellido figura también la palabra «Educación». Me pregunto qué les enseñan en la cárcel. Lectura básica tal vez, si hay que dar crédito a las estadísticas sobre analfabetismo. ¿O quizá algo más avanzado? (Más adelante descubro que muchos internos se sacan títulos de la Universidad a Distancia.)

—El baño, Joe —repito—. ¿Por qué solía preparárselo?

Empieza a hablar con un tono más bajo de lo normal. Apenas le oigo.

—Para asegurarme de que ponía primero el agua fría. Es lo que siempre he hecho. Así no te quemas. —El golpe que asesta en la mesa me hace dar un respingo—. ¡La muy idiota! Debería haberme hecho caso.

—Muy bien. El agua estaba demasiado caliente. Pero eso no importa. La acusación demostró que usted la empujó dentro.

Su rostro se endurece.

—No lo demostraron. Lo argumentaron con éxito. Ya se lo expliqué. Yo no la toqué. Debió de caerse dentro. Los morados debió de hacérselos así.

—¿Y por qué no volvió a salir de la bañera si el agua estaba tan caliente?

—Porque... ella... estaba... demasiado... borracha.

Pronuncia cada palabra muy despacio, con un largo intervalo entremedias, como si yo necesitara que me lo deletrease.

—Si me hubiera dejado que le preparara el baño, no habría sucedido nada —vuelve a decir. Parece obsesionado con esta idea. Y hay algo en su obsesión que me impulsa a creerle. En este punto, al menos—. Y no suponga que no me siento culpable, porque sí que me siento culpable.

Empiezo a notar un hormigueo en la piel.

—No debería haberla dejado sola tanto rato. Debería haber ido a echar un vistazo antes. Yo tenía siempre mucho cuidado con ella. Pero esa única vez...

Joe Thomas es indudablemente un maniático del control. Pero eso no lo convierte en un asesino, como tampoco lo somos los demás, por muchas manías que tengamos. ¿Acaso yo no friego el suelo cada mañana antes de irme al trabajo, como una parte de mi ritual diario? Daniel tenía que doblar las sábanas de la cama en las esquinas de una forma especial. Mi jefe siempre cuelga el abrigo de una cierta manera junto a la puerta de su despacho. Joe Thomas sitúa su pedazo de papel justo en el centro de la mesa. (Le gustaría tener un cuaderno, ya me lo ha dicho; pero en la cárcel escasean los suministros.)

—Usted necesita hacerlo todo a su manera —digo en voz baja—, porque así las cosas no se tuercen.

Él me mira con furia.

—¿Y...?

—No pasa nada. Lo entiendo.

Joe sigue taladrándome con sus ojos, como si quisiera obligarme a desviar la mirada. Si cedo, pensará que he dicho eso para ganarme su confianza.

Pero hay algo que sigue inquietándome.

—Si la caldera era defectuosa, ¿cómo no se dio cuenta la siguiente vez que la encendió?

—Para entonces me habían detenido, ¿recuerda?

Seré estúpida.

—¿Y la gente que se mudó después al apartamento? ¿No se dieron cuenta de que el agua salía hirviendo?

Se encoge de hombros.

—Renovaron todo el baño, al parecer. Incluida la caldera. Usted habría hecho igual, ¿no?, si alguien hubiera muerto allí.

—Entonces ¿cuándo comprendió que tal vez había habido un problema de fabricación?

—Alguien me mandó esas cifras por correo hace unas semanas, junto con una sola palabra: «caldera».

—¿Quién se las envió?

—No lo sé. Pero a mí no se me dan mal los números. Investigué en la biblioteca de la cárcel y deduje que ésa era la explicación. —Le brillan los ojos—. Esta vez tienen que creerme. Yo no soy el culpable de la muerte de Sarah.

Le tiembla la voz mientras me mira fijamente.

Reflexiono un momento. Tanto los abogados como los criminales, según nos explicaron en la facultad, reciben a veces soplos anónimos. Normalmente, procedentes de gente impulsada por el rencor contra otra persona o por el deseo de llamar la atención sobre un problema concreto. ¿Es posible que alguien del sector de las calderas quiera hacer justicia?

Me pongo de pie.

—¿Adónde va? —Lo pregunta en un tono de súplica casi infantil, del todo vulnerable. Pienso en la niña italiana, con esos rizos negros y esas cejas

tupidas que corresponden sin duda a una adolescente, no a una cría de nueve años.

—He de encontrar un abogado litigante que se haga cargo del caso.

Una lenta sonrisa se dibuja en la cara de Joe Thomas.

—O sea, que considera que tenemos base para la apelación, ¿no?

Ya tengo la mano en el pomo de la puerta. Un guardia espera fuera, mirando por el panel de cristal. Sus ojos entornados indican un profundo disgusto ante mi intención de liberar de la cárcel a otro interno.

—Quizá sí —replico con cautela—, suponiendo que lo que usted está diciendo pueda comprobarse. Pero se acabaron los juegos. Tenemos que trabajar juntos. ¿Prometido?

«Prometido», dijo Daniel hacia el final.

«¿Prometido?», le dije a Carla cuando le exigí que no volviera a robar más.

—Prometido —contesta Joe Thomas.

Salimos de la habitación. El guardia mira su reloj.

—Vaya usted sola a firmar el registro —me pide con sequedad—. Yo tengo que ir a otro sitio.

Así que me sorprendo caminando por el corredor hacia la oficina junto a mi cliente.

Pasamos al lado de un grandullón con chándal naranja.

—¿Sigues dispuesto para lo de esta tarde? —le pregunta a Joe.

—A las tres en punto —responde él—. En la sala comunitaria. Ya lo estoy deseando. —Luego se vuelve hacia mí—: Un torneo de fútbolín.

La primera vez que vine aquí, el guardia me contó que era un tipo frío y arrogante, pero esta breve conversación me ha sonado bastante amistosa. Lo cual me da ánimo para sacar una cuestión que me ha estado rondando la cabeza.

—¿Cómo sabía el primer día que yo me acababa de casar?

Se encoge de hombros.

—Me leo The Times cada día de cabo a rabo. Y tengo una memoria fotográfica, Lily. Macdonald es un apellido militar. Y aparece de vez en cuando.

Aunque yo me presenté ante Joe (siguiendo las instrucciones de mi jefe) como Lily Macdonald, siento la acuciante necesidad de establecer cierta distancia entre nosotros; de decirle que se dirija a mí como «señora Macdonald» para que deje de tratarme con más familiaridad de la cuenta. Pese a los pensamientos que me vienen a la cabeza.

Afortunadamente, a diferencia del azúcar, la cinta adhesiva, las patatas fritas y los objetos punzantes, los pensamientos puedo esconderlos.

Debo esconderlos.

10

Carla

LARDRONA.

Lo habían escrito mal. Carla lo sabía porque había saltado a la L en el *Diccionario para niños*.

Si gritaba con la fuerza suficiente, se dijo, Charlie volvería a aparecer entero. Igual que Jesús, después de que lo clavarán en la cruz. El cura había explicado toda la historia en la misa de las anteriores Navidades. (Ella y mamá no iban mucho a la iglesia, pero mamá se pasaba todo el tiempo rezando. Aunque también decía que había cosas que ni siquiera Dios era capaz de comprender.)

LARDRONA.

Si seguía gritando, esas horribles letras rojas desaparecerían y el cuerpo desgarrado del pobre Charlie volvería a estar entero de golpe como el de nuestro Señor. Ese ojo negro que le faltaba estaría otra vez en su sitio, y le lanzaría un guiño. «¿Creías que iba a abandonarte?», diría.

Entonces ella lo abrazaría y su suave pelaje verde haría que se sintiera otra vez reconfortada.

Pero lo de gritar no estaba funcionando. No funcionaba como en casa, cuando ella quería algo y mamá se apresuraba a ceder, porque las paredes eran muy delgadas o porque el hombre del coche reluciente estaba a punto de llegar.

—¿Qué demonios ocurre aquí?

Una mujer alta y flaca irrumpió en la clase. A Carla no le gustaba esa profesora. Tenía la costumbre de quitarse las gafas y mirarte como si en realidad supiera lo que estabas pensando.

—¿Por esto estás llorando? —Señaló los restos de Charlie con un dedo huesudo—. ¿Por este viejo chisme?

Carla farfulló de forma entrecortada:

—No es un viejo chisme. Es Charlie. Mi oruga. Alguien lo ha apuñalado. Mire.

—¿Apuñalado? Pero ¡qué forma tan melodramática de hablar!

Las gafas la miraban fijamente desde la mano de la profesora. Dos ojos de cristal con una montura metálica azul.

—Y ahora deja de llorar.

—Charlie. ¡CHARLIE!

Demasiado tarde. La espantosa profesora de las gafas y de la nariz huesuda se lo había arrebatado de las manos y ya se alejaba. Entonces sonó la campana y entró en la clase una marea de críos; entre ellos, una niña que había sido amiga de Kevin, el antiguo propietario de Charlie.

—Has sido tú, ¿verdad? —siseó Carla, esgrimiendo la nota de las letras rojas ante sus narices.

La niña la miró sólo un momento.

—Ladrona —dijo en voz alta—. Eso es lo que eres. Sabemos lo que hiciste.

—Ladrona, ladrona —dijo alguien.

Y enseguida todos se pusieron a repetirlo.

—Ladrona, ladrona. ¡Carla Espagoletti es una ladrona!

Sintió que le iba a estallar la cabeza.

—¿Qué es este alboroto? —La profesora de nariz huesuda había vuelto a entrar.

—¿Qué ha hecho con mi Charlie? —Carla sollozó.

—Si te refieres a ese viejo plumier roto, está en el cubo de basura de ahí fuera. Estoy segura de que tu madre te comprará otro. Y ahora, señorita, compórtate, o te quedarás castigada después de clase.

Charlie no estaba muerto de verdad. Lo que sí estaba era rebozado de cáscaras de huevo, coles de Bruselas y bolsitas de té usadas. Se vio obligada a hurgar a fondo en el cubo de la basura para encontrarlo, y cuando por fin dio con él tenía todo el uniforme manchado y apestoso.

—No te preocupes —susurró—. Todo saldrá bien.

Y, entonces, con cuidado, con mucho cuidado, lo estrechó entre sus brazos mientras esperaba a mamá en la esquina. (Si se hubiera quedado junto a la verja del colegio, alguien le habría preguntado qué hacía allí.)

No importaba que Charlie no pudiera hablar. Sólo debía esperar tres días; entonces todo se arreglaría. Ocurriría lo mismo con todo el mundo. El cura lo había dicho.

Pero ahora, mientras se removía con inquietud, desplazando el peso de un pie a otro, empezó a preguntarse si ella y mamá no se habrían entendido mal. Todos los demás niños se habían ido a casa. Y los profesores también.

El cielo estaba oscuro. Ya casi sería invierno en el valle de Italia. Los meses fríos allí, decía muchas veces mamá con melancolía, eran maravillosos. Siempre había un gran fuego encendido, con todos tus seres queridos sentados en derredor. Y sus canciones y sus cuerpos te abrigan, te llenaban la barriga de calor. No como aquí, donde los contadores eléctricos no paraban de engullir monedas para seguir funcionando.

«Empieza a caminar.» Al principio, la voz de Charlie era tan apagada que apenas la oyó. Luego cobró fuerza.

—Ya sabía que te pondrías bien —dijo Carla, acariciando con suavidad su pobre pelaje desgarrado y manchado.

Pero ¿hacia dónde debía ir? Quizá hacia la derecha en la intersección. Y, ahora, ¿dónde estaba? Quizá debía girar a la izquierda. Normalmente, cuando mamá iba a buscarla, bailoteaban tan deprisa por las calles que era difícil llevar la cuenta de los giros a la izquierda y a la derecha. Además, charlaban todo el rato sobre cómo les había ido el día. («Ha salido un perfume nuevo. La encargada me ha dejado un frasco nuevito para probarlo. Mira, pequeña, huele. ¿Qué te parece?»))

Y ella, con los dedos cruzados detrás, le explicaba a mamá cómo le había ido en el colegio. («He vuelto a sacar la mejor nota en mates.»)

Ahora estaban pasando junto a un parque. ¿Era otro diferente del que había cerca de casa? Quizá sí. Quizá no. Si seguían adelante, tal vez encontraría la tienda donde ella y mamá se paraban a veces a ojear las revistas. «Tienen que comprarla si quieren mirarla», les decía el hombre del mostrador. Pero hasta ahora no había ni rastro de la tienda o del hombre. Carla sintió que se le encogía el estómago. Tenía las manos sudorosas. ¿Dónde estaban?

«Mira —susurró Charlie con voz débil—. Allí.»

¡Un coche reluciente! ¡El mismo coche azul reluciente que a veces estaba aparcado delante de su casa los martes o los jueves por la noche, e incluso algún domingo!

Pero ese día era lunes.

«Es Larry —susurró Charlie—. ¿No ves el sombrero?»

Pero la señora sentada a su lado no era mamá. Tenía el pelo incluso más rubio que Lily —rubio platino— y los labios de un rojo más intenso.

Ahora Larry estaba apretándole los labios con los suyos. La profesora les había puesto una película sobre eso. Si una persona dejaba de respirar, debías mezclar tu propio aliento con el suyo para devolverla a la vida.

Carla se puso a golpear febrilmente la ventanilla del coche.

—¿Se encuentra bien?

La señora con el pelo rubio platino y Larry se separaron de inmediato. Él también tenía los labios de color rojo ahora. Carla sintió que el corazón le palpitaba acelerado.

—Pero ¡¿qué demonios haces tú aquí?! —gritó Larry.

Debió de ser un grito muy fuerte, porque atravesó el cristal y le resonó en los oídos.

—Me he perdido. —Ella no quería llorar, pero ahora que estaba a salvo debía reconocer que se había asustado mientras caminaba en la oscuridad por esas calles—. Charlie me ha entretenido y mamá no estaba en la verja. Igual se ha ido a casa. O ha vuelto a retrasarse por el trabajo...

—¿Qué está diciendo, cariño? —preguntó la mujer.

Sólo entonces advirtió Carla que se había puesto a hablar en su lengua materna.

—Tú espérame aquí.

Por un segundo, Carla pensó que Larry estaba hablándole a ella. Pero enseguida comprendió que se dirigía a la señora de la boca roja. Y de golpe se vio arrastrada lejos del coche, hacia la esquina de la calle.

—¿Qué has visto? Dime.

La voz de Larry no sonaba como los martes y los jueves y algún que otro domingo. Ahora parecía más dura, igual que esa piel correosa que sale en los pies y que debes raspar cada noche, tal como hacía mamá con una piedra gris en la ducha. («Sólo los ingleses se bañan, pequeña. ¡Qué guarrada!»)

Carla tenía la boca tan seca que le costó un momento que le salieran las palabras.

—He visto cómo le apretabas la boca a esa señora con la tuya. Tienes todos los labios rojos, igual que ella.

—¿Qué quieres decir? —Ahora le sujetaba el brazo con fuerza.

Carla se sintió aún más asustada.

—También tienes rojo el cuello de la camisa —susurró.

Él bajó la vista y se limpió la mancha. Respiraba tan cerca que Carla notó que la boca le olía a whisky. A veces, mamá no cenaba para que pudieran comprar el whisky de Larry. Era algo importante. Un hombre tenía que sentirse agasajado. Whisky y baile. A cambio, el alquiler quedaba pagado. También la calefacción. Larry había vuelto a pagar incluso la factura del teléfono. «Vale la pena, cara mia. Créeme.»

—Qué graciosa.

Él acercó más la cara a la suya. Le veía los pelos de la nariz.

—Eres muy lista —dijo, volviendo a arrastrarla por la acera—. Y ya que eres tan lista, ¿por qué no me dices qué regalito puedo comprarte para que no tengas que contárselo a tu madre?

«¿Te acuerdas de la película?», cuchicheó Charlie.

Claro. Ella y mamá habían visto una película en la tele la otra noche. Era tarde y no se dormía, así que se había levantado y se había acurrucado con mamá en el sofá. La película iba de un chico que había visto a una pareja

robando en una tienda. La pareja le había dado dinero para que no dijera nada.

«Esto es igual —susurró Charlie—. Se llama *chantaje*.»

—¿Esto es un chantaje? —preguntó ahora.

La cara de Larry empezó a cubrirse de sudor.

—No me vengas con juegucitos. ¿Qué quieres?

Eso era fácil. Le mostró a Charlie.

—Que se ponga bien.

Él frunció el ceño.

—¿Qué es esto?

—Mi oruga. Le han hecho daño.

Notó otra vez la presión en el brazo.

—Te compraré lo que quieras si mantienes la boca cerrada.

¿Lo que quisiera? Carla sintió un hormigueo de excitación.

—Mira lo que vamos a hacer. —Ahora Larry la arrastró otra vez hacia el coche—. Te voy a llevar a casa. Y por el camino pararemos en alguna tienda de juguetes. Le diré a tu madre que te he encontrado vagando por las calles y te he comprado un regalo. A cambio, tú no contarás nada. Y quiero decir «nada»... No querrás apenar a tu madre, ¿verdad?

Carla meneó la cabeza con energía. De lado a lado. De manera que sus rizos le azotaron la cara.

Él abrió la puerta del coche.

—Fuera. —Esto último iba dirigido a la rubia platino sentada en el asiento de delante.

—Pero, Larry, qué...

—He dicho que fuera.

Larry dio marcha atrás con tanta brusquedad que embistió un pilar de piedra de la cuneta. Luego estuvo soltando maldiciones durante todo el camino a casa, como si el topetazo hubiera sido culpa de Carla y no de su propia impaciencia.

—¡La has encontrado! ¡Has encontrado a mi preciosa pequeña! —gimió su

madre cuando llegaron—. Estaba preocupadísima. No la he visto en la verja del colegio y he pensado que ella había venido a casa...

Sin decir nada, Carla dejó que su madre abrazara a Larry y subió a su habitación. En la cartera tenía un nuevo Charlie para reemplazar al antiguo.

El cura estaba equivocado. No hacían falta tres días para que una persona resucitara.

Bastaban tres horas.

Me duele la cabeza.

Mis pensamientos son confusos.

A veces pienso que tengo quince años menos.

A veces pienso que no estoy aquí: que estoy mirando desde lo alto todo lo que sucede.

Quizá sí que existe la resurrección.

Pero no como nos lo explicaban en la iglesia.

Quizá sea la oportunidad de volver a hacerlo todo de nuevo. Pero bien, esta vez.

O quizá todo esto son los desvaríos de un alma agonizante.

Que no regresará jamás.

11

Lily

EL ASESINO DEL BAÑO HIRVIENDO PRESENTA UNA APELACIÓN DESDE LA CÁRCEL

Joe Thomas, que fue condenado a cadena perpetua en 1998, va a apelar contra su sentencia de asesinato. Thomas alega que la muerte de su novia, Sarah Evans, se produjo a causa de una caldera defectuosa.

Los padres de la señorita Evans se han declarado «consternados» al conocer la noticia. «Ese hombre nos quitó a nuestra pequeña —ha dicho Geoff Evans, un profesor de cincuenta y cuatro años de Essex—. Merece pudrirse en el infierno.»

La señora Evans, de cincuenta y tres años, se halla actualmente sometida a quimioterapia por un cáncer de pecho.

Mi jefe contiene el aliento mientras ojea el reportaje de la página 2 de *The Times*.

—¡Bueno! Ya están pidiendo tu cabeza. ¿Estás segura de tu abogado litigante?

—Completamente. Tony Gordon ha accedido a hacerlo de forma gratuita como nosotros. Dice que podría ser un caso de trascendencia nacional.

Mi jefe muestra una expresión del tipo «bueno, ¿quién sabe?».

—No quiero a una mujer —me había dicho Joe con firmeza—. Sin ánimo de faltarle al respeto. Los jurados pueden distraerse mirando cómo se pasea e imaginándola desnuda. Son los argumentos de un hombre los que pueden decantar su criterio a nuestro favor.

Yo me mordí la lengua.

—He visto a Tony ante un tribunal varias veces —le aseguré a mi cliente—. Es capaz de hipnotizar a las masas.

También ayuda lo suyo que sea guapo (en algunos aspectos, me recuerda a Richard Burton), y que tenga el don de hacer sentir a las mujeres del jurado que ellas son las únicas presentes en la sala, y a los hombres, que son unos privilegiados por la responsabilidad que se les ha otorgado sobre la vida del reo sentado en el banquillo.

Con un poco de suerte, conseguiré llevarse el gato al agua. Primero, al parecer, tenemos que presentar una solicitud a la Comisión de Revisión de Casos Criminales para que se autorice la apelación. Si ese organismo considera que hay base para apelar, remitirán el caso al Tribunal de Apelación. Y si ese tribunal admite el recurso, dice Tony, pediremos un nuevo juicio. Por el momento, tiene la confianza suficiente como para ponerse a hacer «un montón de trabajo preliminar» con el fin de ahorrar tiempo. Los tribunales están agilizando la tramitación de los casos. Hemos de estar preparados.

Vuelvo a mi escritorio para seguir con mis informes para Tony. Debo compartir despacho con otro abogado recién licenciado, otro *novato*, como suelen llamarnos; pero mi colega, un joven que acaba de salir de Oxford, está superestresado.

Es frecuente en el mundillo legal. Resulta muy fácil cometer un error. Fallarle a un cliente. Fallarle al bufete. Vivimos bajo la amenaza constante de que nos demanden por dar un paso en falso. Lo cual me recuerda algo que nos dijo una de nuestras profesoras de primer año: «Lo creáis o no, la ley no siempre es justa. Algunos criminales salen impunes. Algunos van a la cárcel por crímenes que no han cometido. Y un cierto porcentaje de esos “inocentes” habrán cometido antes otros crímenes impunemente. Así que puede decirse que al final la cosa queda compensada».

Soy consciente de todo eso mientras me inclino sobre la pantalla del ordenador. Sin embargo, como en un acceso de rebeldía, mis pensamientos regresan sin querer a Ed.

—¿Por qué no montamos una cena? —le propuse la otra noche sin apartar

los ojos de la tele.

Mi marido desde hace dos meses levantó la vista de su bandeja. Sí, así es. Hemos empezado a cenar frente al televisor: una costumbre que es indudable que la madre de Ed no aprobaría.

Pero ayuda a llenar los silencios. El hombre amable y divertido que conocí hace menos de un año parece haber perdido el sentido del humor. En lugar de pasar sus altibajos, ahora está de bajón permanente. Ya no intenta acurrucarse conmigo en la cama. Aunque a veces me asalta en mitad de la noche, cuando ambos estamos medio dormidos, con una ansiedad que me deja sin aliento.

—¿Una cena? —repitió al terminar de masticar un bocado de macarrones con queso.

Ed, si no otra cosa, es educado. Mi última imitación de un plato de Delia Smith había quedado fatal, una masa apelmazada y pegajosa, pero él lo iba engullendo valerosamente. Voy haciendo «progresos»: he pasado del pastel de carne cruda a los macarrones demasiado hechos. A pesar de los dos sueldos, nuestro presupuesto es muy ajustado.

—Sí —respondí con firmeza.

La idea había sido de Ross.

—¿Cómo te va? —me preguntó por teléfono cuando me llamó para ver si su información había funcionado.

Al oír su voz recordé avergonzada que ni siquiera le había enviado un mensaje para darle las gracias. Y la amabilidad de su tono hizo que se me saltaran las lágrimas. Es curioso el efecto que un poco de consideración puede tener. O la falta de consideración.

—Un poco tensa —dije con voz ahogada.

—¿Por Ed?

—No, ¿por qué? —Se me encogió el estómago—. ¿Es que te ha dicho algo?

—No...

—¿Qué, Ross? —Las manos me empezaron a sudar sobre el teléfono—. Dime. Ya sé que es tu amigo, pero tengo que saberlo. —Me salía una voz llorosa. Estaba recurriendo a una persona que apenas conocía, pero necesitaba

saber la verdad. Ya estaba harta de mentiras.

—¿Estás segura de que quieres saberlo? Dudo que sea algo serio, en realidad. Sólo comentarios de la gente.

—Ross, dímelo, por favor. —Él no pudo dejar de captar la nota de desesperación de mi voz, supongo.

Hubo un suspiro al otro lado de la línea.

—Davina anda diciendo por ahí que se tomó una copa con Ed el martes pasado. Estoy seguro de que no es nada.

¿El martes pasado? Mi mente empezó a girar a toda velocidad mientras trataba de recordar la semana. Él se había quedado a trabajar hasta muy tarde. De repente, me sentí furiosa. Era de mi marido de quien estábamos hablando. Quizá no habíamos logrado resolver nuestros problemas, pero todavía teníamos tiempo. No iba a permitir que esa mujer se interpusiera en mi deseo de emprender una nueva vida. Esa nueva vida que había planeado incluso antes de conocer a Ed.

—Escucha, quizá no debería haberte dicho nada. Pero yo en tu lugar haría algo.

—¿Qué? —Me salió una especie de graznido.

—Invítala a cenar. Invita a un montón de gente. Demuéstrale que sois una pareja. —Su voz se endureció—. Davina no es una buena persona. Tú vales diez veces más que ella.

Y luego, antes de que pudiera responder, añadió:

—Y no te olvides de invitarme.

Con franqueza, una cena es lo último que necesito ahora que el caso empieza a tomar velocidad.

—Si podemos demostrar que hubo negligencia por parte del fabricante de la caldera, el caso tendrá un enorme impacto en el sector —me había dicho Tony, una vez que accedió a trabajar con nosotros—. Pero debemos investigar a fondo y hacer un montón de entrevistas. Yo empezaré con los testigos periciales. Mientras, quiero que tú entrevistes a toda esta gente. — Me pasó una lista de teléfonos—. Son otras personas que han informado de

cambios extremos de temperatura en sus calderas.

—¿De dónde has sacado estos teléfonos?

—Eso no importa. Tenemos que ponernos las pilas.

Apenas he tenido un respiro. Y no debería tomármelo ahora. Y, sin embargo, aquí estoy: ocho personas apretujadas en la mesita de nuestro diminuto apartamento, que he logrado dejar bastante mono con lirios y farolillos de papel. Lirios por todas partes. Los he comprado a docenas en el mercado: para que se vea una Lily multiplicada. La fragancia resulta abrumadora.

También, siguiendo el consejo de Ross, me he cuidado de usar el posesivo *nuestro* a cada paso. *Nuestro* nuevo sofá, que compramos juntos. *Nuestros* planes para Navidad. *Nuestras* fotos de boda. El mensaje es claro. Ahora somos una pareja.

Salta a la vista que he logrado hincharle las narices a Davina. De hecho, no ha parado de estornudar desde que ha llegado.

—Me temo que soy alérgica al polen —dice, entre estornudos, cuando retiro el gran jarrón del centro de la mesa, justo delante de su sitio. Obviamente, de haberlo sabido, no las habría comprado. Creo.

La cara de Ed es todo un poema cuando mira a su ex. Él es un artista. Le gustan las cosas con buen aspecto. Y, ahora mismo, Davina no da la talla.

Incluso mi coq au vin está bastante pasable.

Me siento victoriosa.

—Gracias por esta deliciosa velada —farfulla, antes de retirarse del brazo del tipo aburridísimo que se ha traído. Uno distinto de la otra vez.

Ross me hace un guiño cuando me roza la mejilla con un leve beso de despedida.

—Gracias —le susurro al oído.

—Cuando gustes.

Sus ojos me recorren de arriba abajo. ¿No se estará fijando en mí? En todo caso, por una vez creo que tengo bastante buen aspecto. Llevo un sencillo vestido blanco que tapa las curvas que prefiero no mostrar e insinúa las que resultan más aceptables.

—Estás preciosa —dice Ed, en cuanto se cierra la puerta—. Al menos,

Ross parece haberse fijado.

Se me ocurre que una pizca de celos por parte de mi marido quizá no iría mal.

—A lo mejor vamos a tomar una copa la semana que viene —digo a la ligera mientras me pongo los guantes para lavar.

—¿Una copa? —pregunta, con voz estridente—. Pero ¿por qué?

—Me ha estado ayudando en un caso. —Cojo una copa manchada de carmín y la friego con saña en el agua espumeante de jabón—. Sólo somos amigos, ¿sabes? No como tú y Davina. Sé que quedaste con ella para tomar una copa la otra noche, no me lo vayas a negar.

—¡Por el amor de Dios! —exclama Ed, arrojando el trapo de cocina—. Es contigo con quien me he casado al final. No con ella.

—¿Qué quiere decir «al final»?

Él no me mira a los ojos.

—Estábamos prometidos —confiesa lentamente—. Ella rompió el compromiso. No te lo conté porque no quería que te sintieras amenazada cuando la conociste.

¿Amenazada? ¿Está de broma? Ahora aún me siento peor.

—¿Cuándo rompió el compromiso? ¿Cuánto tiempo antes de que nos conociéramos?

—Dos... —Titubea.

¿Dos años?, ¿dos meses?

—Dos semanas —murmura.

—¡Dos semanas! ¿Empezaste a salir conmigo dos semanas después de que tu prometida rompiera contigo y no se te ocurrió contármelo?

—Ya te he explicado por qué. —Tiene la cara roja—. ¿Acaso no hay cosas de tu vida que tú no me has contado?

Ahora me entran calores a mí; y luego un escalofrío mientras me viene a la cabeza la imagen de las cuerdas. ¿Qué es lo que sabe? ¿Cómo puede saberlo? No seas tonta, me digo. Sólo está dando palos de ciego. Cierra la boca. No digas nada.

Ed se me acerca. Me pone las manos en las caderas.

—Davina y yo tomamos una copa para ponernos al día. —Su tono es

suplicante—. No hubo nada más.

Tengo los ojos llenos de lágrimas.

—¿Te casaste conmigo por despecho, Ed?

—No. Me casé contigo porque... porque eres amable, cariñosa y guapísima...

—¿Guapísima? Ahora sí sé que estás mintiendo.

—No, qué va. —Me sujeta de los hombros—. Para serte sincero, parte de tu atractivo está en que no eres consciente de lo preciosa que eres.

—¡Estoy gorda! —digo, casi escupiendo las palabras.

—No. Tienes una silueta femenina. De mujer de verdad. Pero lo que es más importante aún: eres una persona hermosa por dentro. Quieres arreglar el mundo.

Si él supiera, me digo mientras me besa suavemente.

¿No tiene derecho a saberlo?

¿Le creo cuando me dice que no hay nada entre él y Davina?

¿Tengo derecho a preguntar siquiera cuando yo le he ocultado tantas cosas a él?

Y, otra cosa también crucial, ¿quién puede con honestidad declarar «culpable» o «inocente» a Joe Thomas cuando todos somos en mayor o menor medida capaces de hacer el mal?

Suena el timbre cuando estoy en la cama en brazos de Ed. Casi lo he conseguido, me digo. Amor honesto entre marido y mujer. Bueno, o al menos afecto...

Vuelve a sonar el timbre. Envolviéndome en la bata y echando un vistazo al reloj —¿ya son las diez?— me voy hacia la puerta. En el umbral hay una mujer preciosa de ojos almendrados, con un vestido de seda negro y naranja y una melena de rizos oscuros sobre los hombros. Estoy todavía tan embelesada que tardo un instante en reconocer quién es.

—Lo siento mucho —dice Francesca—, pero he de trabajar otra vez y no tengo a quién pedírselo.

La pequeña Carla ya se ha colado por la puerta como si viviera aquí. Y no

para de dar saltos.

—¿Podemos cocinar como la otra vez? —canturrea.

Esto es una intrusión, no cabe duda. Una alarma en mi cabeza me dice que si sigo permitiéndolo, se convertirá en una costumbre. Y yo tengo mucho trabajo. Pero mientras estoy tratando de improvisar una excusa aparece Ed, con el teléfono en la mano y una expresión consternada.

—Era el novio de Davina. Han tenido que llevarla al hospital por un ataque de asma. Provocado por esos lirios.

—¿Está bien?

—Sí, pero podría haber sido mucho peor, por lo visto.

Para mi vergüenza, además de alivio siento una pizca de decepción. Luego la abogada que hay en mí pasa al ataque.

—Deberías haberme dicho que era alérgica al polen antes de que colocara esas flores. Seguro que tú lo sabías, ¿no?

Él se encoge de hombros.

—Se me había olvidado hasta que le entró la alergia.

La intimidad de anoche se está evaporando a toda velocidad. Bruscamente, volvemos a tomar conciencia de la realidad: de la cría danzando por el apartamento y de Francesca, que espera con impaciencia en la puerta.

—La madre de Carla tiene que trabajar hoy —digo en voz baja.

Ed asiente. Su expresión de alivio es idéntica a la mía. Necesitamos una forma de distraernos el uno del otro. Y esta niña de rizos negros y cejas tupidas es la excusa perfecta. Podemos volver a jugar a mamá y a papá.

—Perfecto —dice Ed, volviéndose hacia Francesca—. Con mucho gusto. Carla no molesta. No molesta en absoluto.

12

Carla

—¿Puedo rebañar el cuenco? ¡Porfa, porfa! —suplicó Carla, con la cuchara de palo a medio camino entre su boca y la deliciosa mezcla de huevo, harina, mantequilla y azúcar.

Mamá no le dejaba probar nada antes de que estuviera cocinado. Pero algo le decía que a Lily sí conseguiría convencerla. A veces, sólo debías encontrarle el truco a cada persona.

—Porfa...

—¡Pues claro! —Lily estaba a su lado con un delantal rosa de lunares blancos—. Yo hacía lo mismo con mi hermano cuando tenía tu edad.

Mmmm. De rechupete.

—Pero no tanto o te empacharás —advirtió Lily, poniéndole la mano con suavidad en el brazo.

Carla hizo un puchero: igual que mamá cuando Larry decía que quizá volvería a llegar tarde. Luego recordó que Larry se enfadaba a veces cuando le veía esos mohínes. Y ella no quería que Lily se enfadase.

—¿Cómo se llama tu hermano? —preguntó, con la intención de cambiar de tema.

Se hizo un tenso silencio mientras Lily metía el pastel en el horno. Carla lo captó con claridad: algo así como esa pausa que se producía cuando ponías la aguja sobre el disco, pero aún no había empezado a sonar la música.

Ed, que se había sentado en cuclillas en el suelo para dibujar, dejó el carboncillo. Lily tardó mucho en ajustar la posición del pastel en el horno antes de volver a la mesa. Tenía la cara roja. El horno debía de estar muy caliente.

—Se llamaba Daniel.

Ella conocía ese tono cantarín. Era el que empleaba mamá cuando decía algo que era muy importante, pero no quería que Carla se preocupara demasiado. «Tu abuelo no quiere verme más.» O bien: «Quizá algún día vuelvas tú a Italia por tu propia cuenta. A tu abuela le gustaría conocerte».

El idioma inglés era muy raro. Pero, aunque odiara el colegio, Carla ponía mucho interés en la gramática. Le gustaba. Los ejercicios se parecían a las canciones infantiles que mamá le cantaba a veces en italiano. Ahora estaban dando los tiempos verbales. Presente. Pasado. Futuro. «Ella anda por la calle. Él andaba por la calle. Mi hermano se llama Daniel. Mi hermano se llamaba Daniel.»

Lo cual quizá quería decir que el hermano de Lily había cambiado de nombre. En el colegio habían leído una historia sobre un personaje que se cambiaba el nombre.

—¿Y cómo se llama ahora?

El carboncillo de Ed volvía a raspar la hoja con rapidez. Pero Lily había vuelto al horno y le daba la espalda a Carla.

—No quiero hablar más de él. —Su voz sonaba inesperadamente enojada.

A Carla se le quedó la boca seca de golpe. El sabor dulce de la mantequilla, la harina y el azúcar se habían esfumado. Pero, al mismo tiempo, sentía un hormigueo de excitación. Esa excitación que sientes cuando pasa algo malo... pero no a ti.

—¿Alguien le hizo daño? —Le vino a la cabeza la imagen del pobre Charlie con todo su peluche desgarrado y con la nota de «Lardrona» en letras rojas.

—Ya basta por hoy de preguntas. —Ed se puso de pie—. Ven a ver esto, Carla. ¿Qué te parece?

¡La niña que había dibujado era igual que ella! Se llevaba a los labios la cuchara embadurnada de masa de pastel y tenía los ojos relucientes. Pero, al

mismo tiempo, había en ella un atisbo de tristeza. ¿Cómo sabía Ed que aún estaba apenada por Charlie? El nuevo estuche no olía igual. Y no la quería tanto como el de verdad. Lo notaba.

—¿Dónde está Lily? Ella no sale en el cuadro.

Sonó una risa más ronca de lo normal. Habitualmente, Lily tenía una risa aguda y tintineante.

—Por eso no debes preocuparte, Carla. Ya estoy acostumbrada.

Ella sintió una oleada de incomodidad. ¿Mamá no decía ese tipo de cosas cuando Larry se retrasaba o no se presentaba siquiera? «Ya estoy acostumbrada. Tu esposa es lo primero. No te preocupes por mí.»

—Basta —gruñó Ed—. Delante de la cría, no.

—No soy una cría —protestó ella, pero Ed le estaba poniendo el dibujo en las manos—. Puedes quedártelo, si quieres.

¿De veras? ¿Era suyo? Lo guardaría en la caja especial donde tenía el primer dibujo que le había dado. Debía de caerle muy bien, pensó, para que se lo regalase.

—¿Por qué no? Mejor así que conservarlo en el apartamento. No vaya a ser que mi querida esposa se ponga también celosa por esto, además de estarlo con todo el mundo.

—Creía que habías dicho que delante de la cría no.

Lily se había puesto a fregar platos furiosamente. Los grumos de espuma salían volando en todas las direcciones. Uno aterrizó en el zapato de Carla. Esos zapatos le apretaban mucho, pero mamá no cobraba hasta final de mes. «No puedo pedirle a Larry nada más», había dicho.

Pero ella sí podía. Desde que se lo había encontrado con la señora de los labios rojos, tenía la sensación de que podía pedirle un montón de cosas. El nuevo Charlie era sólo el principio.

—¿Salimos a dar un paseo? —preguntó, cogiendo de la mano a Ed con la izquierda y a Lily con la derecha. Entonces recordó una cosa que le había oído decir a mamá a través de la pared, después de bailar un rato con Larry—. Porfa. Por favorcito.

Carla ya tenía cinco dibujos más. Carla en el parque, montada en el columpio. Carla dando de comer a los patos. Carla corriendo. Carla pensativa con la mano en la barbilla. Carla comiéndose la copa de helado con salsa de frambuesas que Lily le había comprado en la heladería.

—¿Por qué no tienes ningún dibujo de Lily? —le preguntó un día a Ed en el parque.

En cuanto las palabras salieron de sus labios, comprendió que debería haberse callado. Lo único que ella pretendía era averiguar por qué estaba disgustada Lily.

Ésta soltó una risa extraña.

—Porque no vale la pena pintarme.

Ed no dijo nada. Pero cuando Carla volvió el domingo siguiente, había un lienzo nuevo apoyado en la pared.

Lily mirando por la ventana. ¡Parecía como si fuera a salirse del cuadro en cualquier momento!

Y fue entonces cuando lo comprendió. Mamá estaba equivocada. Lily podía tener una figura distinta de la de su madre. Pero era guapa. Amable. Cariñosa. Carla sintió que se le henchía el corazón. ¡Cuánto la quería!

—Es fantástico —dijo sin aliento.

Ed parecía complacido. Y Lily también. Ahora se rodeaban el uno al otro con el brazo, y los veía más felices que nunca. Lo cual hacía que ella también se sintiera mejor y que se muriera de ganas de volver cada vez. De no haber sido por esos domingos, no habría podido soportar el transcurso de la semana. Lunes... Martes... Miércoles...

Mamá ya no tenía que deslizar una nota bajo la puerta de Lily. Parecía algo establecido que el día del Señor fuera a pasarlo con ellos mientras mamá iba a trabajar.

—Un día de éstos te volveré a dibujar —le prometió Ed.

Pero su preferido no era él, sino Lily. Lily siempre tenía tiempo para ella, en vez de pasarse las horas dibujando o haciendo bocetos en su cuaderno mientras paseaban.

Una tarde, sin embargo, resultó que Lily también estaba ocupada.

—He de revisar unos documentos del trabajo —le dijo—. ¿Puedes leer un

ratito tú sola?

Carla se mordió el labio inferior. Era un truco que solía darle resultado para salirse con la suya.

—Es que me he dejado el libro en casa.

—¿No tienes la llave?

—Hay una encima de la puerta.

—¿Puedes ir a buscarlo? —Lily apenas levantó la vista mientras hablaban.

—Vale.

—Gracias.

Lily le sonrió y ella volvió a sentirse reconfortada.

—¿Te acompaño?

—Tú estás ocupada —contestó, deseosa de complacerla—. Ya puedo yo sola.

En cuanto giró la llave en la cerradura, oyó los gemidos. ¡Alguien se encontraba mal! ¿Habría vuelto mamá del trabajo porque estaba enferma? Los ruidos provenían de su habitación.

Carla abrió la puerta y se detuvo en seco. El sombrero de Larry yacía en el suelo. Y el resto de Larry estaba encima de mamá. Sólo que no parecía ella. Tenía la cara roja. El pelo húmedo. Y los ojos tan abiertos como si fueran a salirse de las órbitas. ¿Larry estaba haciéndole daño? Pero mamá no parecía triste. En realidad, no parecía mamá en absoluto.

Dio media vuelta y salió corriendo.

—¿Dónde está tu libro? —preguntó Lily cuando volvió.

—No lo he encontrado.

—¿Estás bien? Te has quedado muy callada.

—¿Puedo ver la televisión?

—Claro.

—¿Y me puedo quedar a dormir aquí?

Lily le dio un achuchón.

—Sólo tenemos una habitación, chiquitina.

¿Chiquitina? No conocía la palabra, pero sonaba bien.

Lily cerró sus carpetas.

—¿Sabes qué? Ya terminaré esto más tarde. ¿Por qué no volvemos a preparar dulce de azúcar? Así podrás darle un trozo a tu madre cuando vuelva del trabajo.

Entonces sonó el timbre y una voz ronroneante a través de la ranura del buzón.

—Piccola? Soy yo.

A Carla se le cayó el alma a los pies. Dedujo instintivamente que mamá había ido a buscarla porque ella la había sorprendido en casa cuando se suponía que debía estar en el trabajo. Y aunque su voz sonase amable ahora, seguro que iba a enfadarse en cuanto se quedaran solas.

—Vaya —dijo Lily con alegría—, parece que hoy ha regresado más temprano.

13

Lily

Estoy persiguiendo a Davina por el parque. Ella sujeta algo y yo debo quitárselo o mi matrimonio con Ed se irá al garete. Parece que reduce la marcha, pero cada vez que acelero ella vuelve a salir zumbando. Luego empieza a estornudar. Con tal fuerza que el objeto que sujeta se le cae al suelo. Me agacho a recogerlo, pero se me escurre una y otra vez de la mano. Al final, a la luz de la luna, consigo atraparlo. Es un anillo de boda. Como el que Ed me regaló. El que había pertenecido a su bisabuela. Pero, cuando lo recojo del suelo, el anillo se desintegra entre mis dedos. Intento recomponerlo, en vano. Los trozos se convierten en polvo. Y entonces Davina empieza a reírse. Con una risa aguda, estridente...

—¿Puedes apagarlo?

La voz soñolienta de Ed viene del otro lado de la cama. Lentamente me doy cuenta —¡menudo alivio!— de que la risa de Davina es el timbre del despertador. La claridad que entra por la ventana es la luz de la luna, en realidad; pero, aun así, ya es hora de levantarse. Son las seis de la mañana. Tengo que tomar más temprano el autobús porque he quedado con Tony Gordon. El hombre que tal vez me ayude a sacar a Joe Thomas de la prisión.

—Vamos a repasar una vez más los hechos.

Tony Gordon es ese tipo de hombre alto e imponente que se sentiría tan a sus anchas en una pantalla de cine como lo está en su despacho del Lincoln's Inn, el colegio jurídico más importante de Londres. No sólo por sus recios hombros o por la forma aplomada que tiene de lucir su traje gris oscuro. También por esa voz grave y algo rasposa. Por ese modo de moverse que trasluce una seguridad innata. Por sus lujosas camisas almidonadas (hoy una de rayas rosa que resultaría afeminada en cualquier otro hombre). Y también por la parsimonia con la que responde al teléfono, incluso bajo presión. Apostaría a que esa actitud consigue tranquilizar a su comunicante. Desde luego, me tranquiliza a mí.

Cuanto más trabajo con él, más me convengo de que es un hombre que sabe lo que hace en todo momento, ya sea conduciendo, colgando un cuadro, luchando por la liberación de un asesino convicto o haciendo el amor con una mujer.

¿De dónde ha salido este último pensamiento? Mientras escucho cómo Tony repasa los datos —temperaturas de la caldera, la secuencia temporal del «incidente»— me viene la imagen de la mejilla de Ed, que he rozado apenas con los labios esta mañana, en un beso de despedida.

Ya empieza a darme miedo volver a casa con mi marido. De puertas afuera, parecemos estar bien. Vamos juntos al supermercado los viernes por la tarde, vemos nuestros programas favoritos sentados juntos en el sofá y cuidamos de la pequeña Carla los domingos. Yo procuro dejarle espacio para que pueda pintar en su tiempo libre, porque eso es lo que le gusta de verdad. A él le fastidia enormemente tener que trabajar para una «pandilla de idiotas» durante la semana. Por detrás de las apariencias, sin embargo, resulta difícil no advertir que sus dos copas de vino por la noche se han convertido en tres o cuatro. O que ya apenas intenta tocarme.

Soy consciente, mientras enumero estas quejas, de que suenan como la letanía contrariada de una pareja casada desde hace muchos años. Y, de hecho, nosotros apenas llevamos casados tres meses. ¿Adónde iremos a parar?

—¿Qué te parece?

De repente, me doy cuenta de que Tony Gordon me está mirando. Siento

una oleada de vergüenza. Tony es un abogado litigante famoso. Podría ser clave para salvar a un hombre inocente (mi instinto, por lo menos, me dice que Joe es inocente, aunque a mí no me caiga muy bien). Y, no obstante, yo estoy aquí abstraída, pensando en el fracaso de mi matrimonio.

—No estoy segura. —Es lo que resulta menos comprometedor.

—Vamos, Lily, no te distraigas. Según el informe psicológico adicional que pedí, nuestro hombre muestra signos de Asperger y presenta conductas obsesivas. —Tony Gordon revisa sus notas—. Son dos etiquetas muy amplias y significan cosas distintas según quién las utilice. Pero, en este caso, uno de los rasgos de nuestro hombre es que le gusta que todo esté limpio y pulcro. Se pone nervioso si las cosas no están en su sitio. Interpreta las palabras literalmente. No reacciona frente a las situaciones de la misma forma que los demás. Tiene dificultades para comunicarse con la gente. Le disgustan los cambios de cualquier tipo. Y se le dan bien los números, además.

—Mi hermano es un poco así —me oigo decir. Ya mientras estoy hablando, me doy cuenta de que debería haber dicho «era», no «es». Aunque la verdad es que lo hago a menudo. Así resulta más fácil fingir que Daniel todavía sigue vivo.

—¿De veras? —Noto que el interés de Tony Gordon aumenta en el acto—. ¿Y eso hace que actúe de forma extraña?

—Cuando era más joven —explico con lentitud— sólo nos dijeron que era un chico complicado. No le pusieron ninguna etiqueta. Pero él podía ser de entrada encantador y, al cabo de un momento, volverse grosero o arisco. No le gustaban los cambios... —En mi mente, acaricio el cuero de la silla de montar; huelo a madera; acuno a Amelia en mis brazos. «¡No!»

—¿Te encuentras bien, Lily?

Bajo la vista a mis manos temblorosas.

—Sí.

Sí, Daniel hacía cosas extrañas. No, no me encuentro bien.

Pero Tony Gordon ya ha pasado a otra cosa.

—Debemos tener en cuenta este aspecto —musita para sí—. Hemos de subrayar los hechos y las cifras más que las emociones. En mi opinión, la defensa no subrayó lo suficiente esa parte durante el juicio. También sería útil

que el jurado estuviera compuesto por personas aficionadas a las estadísticas. Deberían ser de ese tipo de personas en las que la cabeza manda sobre el corazón, y no al revés. Debemos mostrar también que, aunque la gente con síndrome de Asperger tiene una serie de rasgos y conductas en común, cada caso es diferente. Único. Cada uno tiene una personalidad propia que ejerce tanta influencia en su conducta como el síndrome mismo. Según lo que he investigado, ese comportamiento frío, insensible y obsesivo que aparece en los informes de nuestro hombre no es necesariamente una consecuencia del Asperger. En fin, es complicado. Sobre todo si algún miembro del jurado tiene una experiencia personal que no encaja con la de Joe, o se siente ofendido por nuestra forma de presentar el caso.

Empiezo a preguntarme si mi presencia aquí es necesaria siquiera. Al fin y al cabo, yo ya he informado al abogado litigante. Ahora el caso está en sus manos.

—Pide por favor en tu bufete que se aseguren de que estás presente cuando yo vaya a ver al cliente —me dice—. Tu experiencia podría resultar muy útil. Este caso va a despertar mucha atención mediática, ¿sabes? —Me dirige una mirada amable, casi paternal—. Todo el mundo nos mirará mal —añade—. Seremos el demonio, tú y yo. Un asesino siempre es un asesino para la opinión pública, incluso si se prueba su inocencia. Este caso tiene una enorme trascendencia nacional. Si autorizan un nuevo juicio y ganamos, se abrirán las compuertas para todo tipo de demandas. Debemos tener mucho cuidado.

—Lo sé —respondo, tomando conciencia mientras lo digo de que en realidad no lo sé. Pero no debo mostrar mi ignorancia. Quiero actuar como una adulta. Quiero ser buena en mi trabajo. Quiero ser buena en mi matrimonio. Sólo que no sé cómo lograrlo.

Abandono el Lincoln's Inn, con sus preciosos muros de ladrillo y su exuberante césped, que está de un verde reluciente después de la lluvia, y me abro paso entre la multitud de turistas del mediodía. Me gusta caminar por Londres. Es agradable respirar aire fresco después de estar encerrada en una oficina mal ventilada. Además, me ayuda a pensar.

Doblo a la derecha, hacia Westminster Bridge, y me detengo un momento

a contemplar el horizonte de rascacielos. «La Tierra no tiene nada más bello que mostrar...»

A Daniel le encantaba la poesía. Admiraba ese orden, la forma que tenían las palabras de quedar situadas exactamente donde debían. A veces, cuando se sentía angustiado por algún motivo —una pieza extraviada del rompecabezas o un zapato que no estaba en su sitio de siempre—, yo le leía unos poemas. Tenía que ser un poema con métrica y con un punto de extravagancia. Alguno de Edward Lear siempre resultaba una buena elección.

—Perdón —le digo a alguien que choca conmigo.

Me froto el codo dolorida. Típico de mí disculparme por la grosería de otra persona. Eso lo hacía siempre con Daniel. El hombre, por su parte, ni siquiera se ha parado a mirarme. Me vuelvo, pero ya ha desaparecido entre la multitud.

Y entonces me doy cuenta. El bolso. No el que llevo colgado del hombro, sino el otro más pequeño: el que tenía sujeto bajo el brazo, con todos los documentos sobre Joe Thomas. Con las cifras que él me había dado y las notas que acabo de tomar en nuestra reunión. Ha desaparecido.

Mientras camino hacia la oficina, me vienen a la memoria las palabras de Tony Gordon. «Este caso tiene una enorme trascendencia nacional. Si autorizan un nuevo juicio y ganamos, se abrirán las compuertas para todo tipo de demandas. Debemos tener mucho cuidado.»

Yo las había interpretado más bien en el sentido de que debíamos esforzarnos para ganar. Ahora me pregunto si se refería a nuestra seguridad personal. ¿Es posible que me hayan señalado expresamente como objetivo? ¿Tal vez ese hombre del puente —cuya cara apenas recuerdo— ha chocado conmigo a propósito para poder robarme unos documentos vitales?

Ahora voy casi corriendo por High Holborn. El dolor que siento en el codo se intensifica por momentos. Tengo que avisar a mi jefe. Y a Tony Gordon también...

Mientras subo a toda prisa la escalinata, con su elegante barandilla victoriana de caoba, estoy a punto de tropezar con una de las secretarias.

—Tengo dos mensajes para ti.

El primero es de Tony. En el breve lapso desde que he salido de su despacho, ha recibido noticias de la Comisión de Revisión de Casos Criminales sobre nuestro recurso al Tribunal de Apelación. Fantástico. Ahora ya sólo necesitamos el visto bueno de ese tribunal, y luego, si todo va bien, se volverá a celebrar el juicio.

—Ahora no, por favor —le pido a la secretaria, que agita ante mis narices el segundo mensaje.

—Es muy urgente —dice, poniéndomelo en la mano—. Tiene que llamarla de inmediato.

«Sarah Evans.»

¿Por qué me suena ese nombre?

Y bruscamente caigo en la cuenta. Es el nombre de la novia muerta de Joe Thomas.

14

Carla

Carla tiraba de la mano de su madre. Tiraba y tiraba hacia atrás. No quería ni acercarse a la parada del autobús. No quería hacer ese trayecto hasta el colegio. No quería volver a soportar las miradas y las risotadas desagradables que la hacían sentir aún más idiota.

Y tampoco ayudaba que el nuevo Charlie no dijera nada.

—Venga, date prisa —decía mamá, bordeando ya esa nota aguda que sólo le salía cuando cantaba o cuando estaba histérica. Ahora, esto último, sin duda—. Vamos a llegar tarde.

Mientras lo decía, el autobús dobló la esquina.

—¡Ahí viene! —La preciosa cara de mamá se crispó de tal modo que parecía una vieja—. Rápido.

A regañadientes, dejó que la arrastrara por la acera. Los zapatos nuevos de charol que Larry le había pagado rechinaban sobre las hojas húmedas y resbaladizas. El fin de semana, sin Lily y Ed, había sido un rollo. «No puedes pasar cada domingo en su casa», le había dicho mamá, como si no hubiera sido ella la que había organizado las cosas así.

Pero Carla se daba perfecta cuenta de cuál era el verdadero motivo. Era porque ella la había visto con Larry en casa cuando se suponía que debía estar trabajando. Mamá se sentía culpable. Lo cual, de entrada, le había parecido estupendo, porque así se vería obligada a hacer todo lo que ella

quisiera. Pero luego ya no le pareció estupendo, sino todo lo contrario, porque su madre había suspendido los domingos con Lily. ¡Nada de preparar pasteles y de rebañar el cuenco! ¡Nada de hacer figuritas con castañas y agujas! ¡Ni pompones con lana, como Lily solía hacer de niña! Nada de sentarse frente a Ed, sintiéndose especial, mientras él la dibujaba. Nada de retozar por el parque, o de columpiarse empujada por Lily o por Ed.

Ahora tocaba quedarse en casa con mamá, esperando a Larry. Aunque él no se había presentado ese domingo; y eso que habían preparado lasaña para la ocasión.

—Venga, sube —dijo su madre con alivio. Habían conseguido entrar en el autobús, después de todo. Carla subió los escalones y se sentó como siempre en la parte de delante.

Últimamente, Lily no subía con ellas al mismo autobús. «Tengo que salir hacia el trabajo más temprano», le había explicado. Pero Ed sí estaba ahí. Esperando en la otra acera, con el cuaderno en la mano. Dibujando. ¡A lo mejor la estaba dibujando a ella! Empezó a aporrear la ventanilla.

—¡Carla! —gritó mamá irritada—. ¡Ya te he dicho otras veces que no hagas eso!

Pero ¡Ed la había oído! ¡Estaba agitando su cuaderno! Carla sintió un calorcito en el corazón. Ed sentía debilidad por ella. Lo notaba en la forma que tenía de observar cada detalle de su cara. A veces le dejaba mirar los dibujos. ¡Ed había conseguido que esas espesas cejas suyas casi parecieran bonitas! Ojalá los niños del colegio la vieran así. Entonces quizá no serían tan malos y tan antipáticos.

Cuando la figura de Ed se perdió de vista, sintió una especie de vacío.

—¿No piensas recoger a Charlie? —le preguntó mamá, señalando el suelo sucio del autobús. Se le había caído entre las colillas y una lata vacía, y aún no se había molestado en recogerlo.

—No se llama Charlie. Es sólo una oruga —dijo Carla con el mismo tono que empleaban los demás niños cuando ella decía una tontería en clase.

Su madre se quedó desconcertada.

—Pero si tú lo querías mucho...

Eso era el viejo Charlie, habría querido decirle. El que le había quitado a

un abusón de la clase y que luego había sido asesinado cruelmente por otro abusón. Pero no podía decirlo. Éste, el que le había comprado Larry, no olía igual. Era demasiado callado. Y no escuchaba sus confidencias.

—¡Ya estamos! —Mamá pareció animarse en cuanto apareció a la vista el colegio. Como si estuviera deseando dejarla cuanto antes para quedarse libre y llegar al trabajo, para divertirse y ponerse perfumes, y tal vez para ver a Larry a la hora del almuerzo.

Carla miró a la riada de niños que cruzaban la verja del colegio. Las caras de los chicos, duras e implacables. Las niñas le enseñaban los dientes como ratas rabiosas.

—Vamos, Carla, por favor.

Su madre trataba de hacerle bajar los escalones del autobús. Charlie, al que ahora llevaba bajo el brazo, no hacía el menor intento de resistirse.

—Sólo si le pides a Lily que me cuide este domingo.

Mamá la miró parpadeando.

—¿Prefieres estar con unos extraños que conmigo?

—No son unos extraños. Son mis amigos. Yo quiero estar con ellos igual que tú quieres estar con Larry.

—¡¿Bajan o no?! —rugió el revisor.

Una mujer con una bolsa de la compra estaba esperando detrás. También las chicas de uniforme marrón de ese otro colegio más bonito del final de la calle. Un colegio sin chicos, donde nadie te escupía ni era maleducado. Mamá decía que era un colegio religioso, con monjas como profesoras. De hecho, había intentado conseguirle allí una plaza, pero no la habían admitido porque ellas no iban a misa con regularidad.

—¿No podríamos empezar a ir ahora? —le había dicho Carla.

—Eso les dije yo. Pero las monjas me contestaron que ya era demasiado tarde.

Carla confiaba en que no fuera demasiado tarde también para volver a pasar los domingos con Lily y Ed.

—Está bien, se lo pediré —le dijo ahora mamá con un curioso suspiro, como si suspirase al revés, de manera que el aire entraba en su gran boca roja en vez de salir—. Pero tienes que irte de inmediato al colegio. ¿Prometido?

Carla asintió.

—Prometido.

Mamá puso la cara para que le diera un beso, pero Carla se bajó sin hacer caso y se dirigió hacia la verja del colegio, hacia otro día penoso y deprimente.

—¡Italiana!

—¿Por qué hablas tan raro?

—¿Por qué tienes pelos en el brazo como un hombre?

—¡Los tiene tan peludos como las cejas!

Las burlas se sucedían una tras otra, como cada día últimamente.

—¿Qué vas a robar ahora? Mi padre dice que todos los italianos son ladrones. En Roma le birlaron el bolso a mi tía.

Este último comentario procedía de un chico rechoncho con una cara como de perro al que había visto en el parque. Un bulldog, lo había llamado Ed.

—Yo robo nada.

—Se dice «yo no robo nada», Carla —dijo la profesora de nariz huesuda, interviniendo en la conversación—. ¿Y qué es toda esta historia de birlar y de robar?

—Carla le robó el plumier a mi amigo. Ya se lo dije. Pero nadie me creyó porque luego él le dio un pelotazo en el patio.

Ella no pudo evitar que le subieran los colores.

—No es verdad.

La profesora entornó los ojos.

—¿Estás segura?

Carla se irguió en su silla.

—Muy segura.

—Ya veo. —La profesora asintió y siguió avanzando entre las mesas del comedor.

—¡Mentirosa, mentirosa! —corearon los demás.

Si hubiera estado allí Charlie —el auténtico Charlie—, le habría dicho

que no hiciera caso. Pero lo que tenía ahora era un simple impostor (ahora iba por la I en su diccionario), que se limitaba a permanecer en su regazo sin decir nada.

—¡Mentirosa, mentirosa!

—Si no paras, Dios te castigará —dijo Carla, lanzándole una mirada relampagueante a Jean, la niña que tenía más cerca y que más chillaba—. ¡Te morirás!

Se hizo un silencio lleno de espanto. La propia Carla se quedó espantada de sí misma. Ni siquiera sabía de dónde habían salido esas palabras.

—¡Carla Cavoletti! Levántate de la mesa ahora mismo.

Mejor. Eso era lo que quería. Con la cabeza muy alta, abandonó el comedor y salió al pasillo.

—Te quedarás ahí toda la tarde.

Mejor, también. Si no estaba en la clase, no se meterían con ella. Fue entonces cuando se le ocurrió la idea. Ya sabía lo que tenía que pedirle a Larry la próxima vez.

—Odio el colegio —repitió Carla una y otra vez esa tarde.

La profesora, por supuesto, le contó a mamá que la había tenido castigada. Ella intentó explicar su versión de la historia. Pero mamá estaba enfadada con ella.

—Ya te lo he dicho, cara mia. Tienes que aprender a integrarte con estos ingleses.

Por primera vez, al menos que ella recordara, Carla se sorprendió deseando que Larry se presentara esa noche para poder seguir adelante con su plan. Mamá lo estaba esperando porque se había puesto el vestido rosa y se había rociado el pecho con Apple Blossom. Pero luego había sonado el teléfono. Al final, Larry tenía que atender a su esposa. Mamá se quedó desolada. Y Carla también.

A la mañana siguiente, cuando cruzó la verja del colegio arrastrando los pies, captó un extraño silencio en el patio. Todos estaban en corrillos, lanzándole terribles miradas.

Oyó cuchicheos, el nombre de Jean repetido varias veces.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a una de las niñas que se sentaban en las primeras filas de su clase y que no era tan antipática como las demás.

Pero la niña se apartó como si ella fuera un perro peligroso.

—No te acerques.

Cuando hicieron formar a todos los alumnos, Carla comprendió por fin lo que ocurría.

—Desgraciadamente, tenemos una mala noticia —empezó la directora. Tenía los ojos rojos igual que mamá el día anterior, después de la llamada de Larry—. Anoche, Jean Williams fue atropellada por un coche cuando volvía a su casa. Está en el hospital y, lamento decirlo, en un estado muy grave.

¿En el hospital? ¿Jean Williams? ¿La niña que se había portado el día antes tan horriblemente? ¿La niña a la que le había espetado que se iba a morir?

Carla notó con incomodidad que las chicas que tenía a su lado empezaban a apartarse. Muchos se volvían y la miraban con recelo. Ese día nadie se burló de ella en el patio. Nadie le dirigió la palabra.

Hacia el final de la semana, Carla no comía ni dormía. Cuando al final daba una cabezada, soñaba que Jean caía bajo las ruedas del coche reluciente de Larry. Y entonces despertaba dando gritos.

—¿Qué te pasa, cara mia? —preguntaba su madre, acariciándole la frente—. ¿Es por esa pobre niña?

Todos los padres estaban enterados. El colegio había enviado una carta recomendando prudencia al cruzar la calle.

«La culpa ha sido mía», quería decir Carla. Pero algo la frenaba. Si lograba que mamá siguiera compadeciéndola, su plan acabaría funcionando.

—Los demás no se portan bien conmigo —confesó—. Jean..., Jean era la única amable.

Esa mentira le salió con tanta facilidad que parecía que era verdad.

—Mi dulce criatura. —Los ojos de mamá se llenaron de lágrimas—. ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

¡Ésa era su ocasión!

—Quiero ir a otro colegio. A ése donde llevan uniforme marrón y no

aceptan chicos.

—Pero ya te lo dije, piccola. Las monjas no nos dejan entrar.

Carla la miró entornando las pestañas.

—Pídeselo a Larry. Él puede conseguir cualquier cosa.

Mamá se sonrojó.

—Ni siquiera él podrá solucionarlo. Pero quizá podría considerar la posibilidad de enviarte a una escuela privada...

Esa noche, cuando Larry se quedó a cenar, Carla no necesitó que le dijeran dos veces que fuera a acostarse. Pegando el oído a la pared, oyó sus voces amortiguadas.

—Ya sé que es mucho pedir, pero...

—¡Imposible! ¿Qué diría mi mujer si averiguase que cada trimestre sale una suma tan grande de nuestra cuenta?

Más voces amortiguadas.

—Hay algo que quizá sí podría hacer, de todos modos, respecto a ese colegio de monjas del que hablabas ahora. Nuestra firma reserva una cantidad anual para donaciones locales. No puedo prometerte nada. Pero tal vez sea posible mover algunos hilos. Incluso por una mala católica no practicante como tú, querida mía...

La música terminó antes de que Carla pudiera oír nada más. Sonó el clic de una puerta. Se iban al dormitorio. Muy pronto, Larry saldría y se metería en el baño.

Ahí estaba. Saltó de la cama y abrió la puerta.

—Larry —susurró.

Y de repente se detuvo. Horrorizada. En lugar del traje, Larry llevaba una camisa abierta y, por debajo... ¡Ag! Él, a la desesperada, se tapó con las manos. Su rostro delataba que estaba tan consternado como ella.

—¡Deberías estar durmiendo!

Sonaba enfadado.

Carla echó un vistazo a la puerta cerrada del dormitorio.

—Si no me ayudas a entrar en el colegio del uniforme marrón, le contaré a mamá lo de la mujer del coche.

Él la miró ceñudo.

—¡Maldita renacuaja...!

—¡Larry! —Era mamá, que lo llamaba desde el dormitorio—. ¿Dónde estás?

Carla lo miró con ferocidad.

—No te lo volveré a repetir.

«No te lo volveré a repetir» era una de las frases que decían los profesores cuando no atendía a lo que estaban diciendo en clase. Ahora le tocaba a ella ponerse dura.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, mamá era toda sonrisas.

—¿Sabes qué, cielo? Le he explicado a Larry lo mal que te sientes y va a averiguar si puede meterte en ese colegio de monjas. ¿A que es maravilloso?

¡Sí! ¡Sí!

Carla miró a Larry a los ojos.

—Gracias —musitó.

—¿No vas a darle un besito de agradecimiento?

Armándose de valor, Carla se acercó y le rozó con los labios la piel de la mejilla. Parecía vieja, reseca.

—Mamá —dijo dulcemente al volver a sentarse—, ¿has pensado en lo que te pedí? Ya sabes. Lo de trabajar el domingo para que yo pueda ir a ver a Lily y Ed.

Su madre y Larry intercambiaron una mirada rápida.

—¿Es eso lo que te gustaría? —dijo mamá, con un deje de excitación en la voz.

—Sí, porfa.

—Entonces les preguntaré si no les importa cuidarte.

Por supuesto que no les importaba. A Carla le llegó la voz de Lily desde el fondo del pasillo.

—Nos encanta tenerla en casa. Tráela cuando quieras.

Algo había cambiado. Lo notó nada más entrar en el apartamento. Ed apenas le dirigía la palabra a Lily. Y Lily, en lugar de recibirla con la receta de un nuevo pastel o con una bola de lana para hacer más pompones, estaba sentada

a la mesa de la cocina y rodeada de libros.

—Está trabajando en un caso —le contó Ed mientras le indicaba cómo debía sentarse en el sofá para posar—. No debemos molestarla, ¿verdad?

—Igual que nosotras no debemos molestarte cuando tú estás pintando —le espetó Lily.

Carla empezó a sentirse incómoda.

—Yo creía que los domingos eran para descansar.

Ed dio un trago del vaso que tenía delante. Contenía un líquido marrón que olía como el whisky que mamá le servía a Larry siempre que iba a verla.

—Es que aquí estamos muy atareados últimamente —explico Ed.

—Me parece que ya basta, ¿no? —Las palabras salieron de los labios de Lily con energía, pero sus ojos estaban ausentes.

—Claro. —Ed se volvió hacia Carla—. Y, ahora, quédate ahí sin moverte y piensa en algo bonito.

Ella hizo lo que le decía. Imaginó cómo sería ir a un colegio nuevo en el que nadie se burlara de ella. Y también pensó en la postal de un autobús de Londres que ella y mamá le habían mandado al nonno de Italia, aunque no esperaban que contestara. Y se preguntó si...

¿Qué era ese crujido bajo la puerta? ¡Un sobre! Ansiosa por complacer, corrió a recogerlo y se lo llevó a Lily. Ed pareció irritarse. ¡Glups, se le había olvidado que no podía moverse!

—Ed... —La voz de Lily sonó como la de mamá cuando Larry llamaba para decir que no podía ir a verla—. Mira esto.

La expresión de Ed se tensó con brusquedad.

—Hemos de llamar a la policía.

Luego contempló a Carla.

—¿Vamos a ver si tu mamá ya ha vuelto del trabajo?

15

Lily

Mi primer pensamiento, cuando Carla me da la nota, es que procederá de Sarah. Mi mente se retrotrae a toda velocidad al mensaje que me dio la secretaria la semana pasada.

—¿Cómo sonaba al teléfono? —había preguntado yo.

La chica se había encogido de hombros.

—No sé. Normal.

«¿No como una muerta?», estuve a punto de preguntar.

Temblando, marqué el número.

—Sarah Evans al aparato.

No cabía ninguna duda. Estaba hablando con Sarah Evans. ¿Cómo era posible?

—Soy Lily Macdonald —dije, acordándome de usar mi nuevo apellido en el último momento—. Usted me ha llamado para hablar sobre...

Ella me cortó, airada.

—Sobre mi hija.

Sentí una oleada de alivio. A la joven Sarah Evans le habían puesto el nombre de su madre.

—¿Cómo puede defender a ese hombre? —siseó con furia—. ¿Cómo puede?

El alivio fue reemplazado por una repentina opresión en el pecho. ¿Acaso

no me sentiría igual si tuviera una hija? Hasta ese momento, a mí sólo me había preocupado si conseguiría sacar de la cárcel a Joe Thomas o no.

Pero aquella voz desconsolada me trajo a la memoria las palabras de mi propia madre tantos años atrás. «¿Cómo has podido, Lily? ¿Cómo has podido?»

Empezaron a sudarme las manos. Pobre mujer. Recordé el artículo del periódico y aún me sentí peor. Tenía cáncer.

—Lo siento, señora Evans, pero no puedo hablar del caso con usted.

Luego, odiándome a mí misma, colgué el auricular y fui a darle a mi jefe la mala noticia de que había «perdido» ciertos documentos que eran vitales para la liberación de Joe Thomas.

Ahora, en nuestro apartamento, al leer la nota que ha aparecido bajo la puerta, doy por supuesto que es de ella.

—¿Cómo me habrá localizado esa mujer? —digo temblando—. ¿Cómo sabe dónde vivimos?

—¿Esa mujer? —pregunta Ed, con rictus sombrío—. ¿Es que sabes quién la ha escrito?

Le explico brevemente lo ocurrido.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—Porque nosotros no tenemos ese tipo de relación. —Las palabras me salen de los labios a borbotones, como un violento chorro de agua de la bañera. Es una imagen que me viene atormentando desde que asumí el caso de Joe—. Tú nunca me preguntas cómo me ha ido el día. Lo único que haces cuando llegas es volver a ponerte a dibujar.

—Por favor, no discutáis.

La vocecita que suena a mi lado me recuerda que hay otra persona presente. Una niña de la que nos hacemos responsables, aunque sólo sea durante unas horas cada vez.

—Perdona, chiquitina. —La rodeo con un brazo—. Ed tiene razón. Hay que ir a ver si tu madre ya ha vuelto. Yo he de hacer una llamada importante.

—¿Puedo quedarme mientras llamas?

Sus profundos ojos castaños me miran suplicantes.

—Hoy no —dice Ed con firmeza. Luego me mira a mí—. ¿Quieres que

llame yo a esa mujer?

—¿Por qué?

—Soy tu marido.

Pero ¿qué clase de marido no le explica a su esposa hasta después de la boda que había estado comprometido hasta hacía poco? No puedo decir nada semejante delante de la cría, sin embargo. No estaría bien.

—Venga, vamos —le dice Ed a Carla.

Los oigo caminar por el pasillo: Ed con paso lento y medido, Carla con esos saltitos suyos. Luego vuelvo a mirar la nota. Está mecanografiada con varias faltas de ortografía. No parece el tipo de nota que una mujer educada como Sarah Evans (al menos, sonaba así al teléfono) escribiría. Pero nunca se sabe.

SI INTENTA AYUDAR A ESE HOMBRE, SE AREPENTIRÁ

Hago un esfuerzo para dejar de temblar, pero es inútil. Ed tiene razón. He de poner una denuncia antes de que la cosa empeore.

Estoy tumbada en la cama, procurando no pensar en esta nueva realidad. Hay alguien que quiere hacerme daño. Es una sensación espeluznante.

—Explícame otra vez lo que ocurrió —me pidió Tony Gordon cuando lo llamé al día siguiente.

Y así lo hice. Tal como se lo había explicado a la policía y a mi jefe. La niña que estábamos cuidando en casa oyó que pasaban la nota por debajo de la puerta. No, no vimos a la persona, pero yo había recibido unos días antes una llamada de la madre de la víctima. El mismo día que me robaron esos documentos vitales.

Cuanto más repetía la historia, más me sentía como si fuera yo la acusada. También tenía la tentación de adornarla un poco; de hacerla más interesante o más fácil de creer. ¿Era así como se sentían los criminales? ¿Era así como se enterraban ellos mismos en una tumba todavía más profunda? ¿Igual que Daniel?

Naturalmente, nadie podía hacer nada. ¿Cómo iban a rastrear una nota mecanografiada y enviada de forma anónima, sin matasellos siquiera? Lo único que podían hacer era advertirme que tuviera «cuidado», como si eso pudiera servir de algo. Más bien ha servido para lo contrario. Incluso cuando camino hacia la parada del autobús y oigo pasos a mi espalda, de forma deliberada me niego a volverme.

No me voy a asustar. No me voy a dejar intimidar. Ésa era la idea esencial al convertirme en abogada. Debo creer que hay algo capaz de imponerse al mal. Si me dejo apabullar, estoy perdida.

Me revuelvo en la cama y contemplo el techo iluminado fugazmente por los faros de un coche.

Entonces lo oigo. Con claridad.

—Por favor, Davina —dice Ed. Y luego más fuerte—: Davina.

Está hablando en sueños.

—Yo no soy Davina —digo, sacudiéndolo.

Él se despierta sobresaltado.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Me has llamado Davina.

—No seas absurda.

—De eso nada. Aún sientes algo por ella, ¿verdad?

—Por el amor de Dios, Lily. Vuelve a dormirte y deja de imaginarte cosas.

Pero yo sé que no me he imaginado nada.

Esta vez, es él quien está mintiendo.

Después de este incidente, se establece entre nosotros una nueva frialdad. Actuamos como si el otro no existiera; procuramos esquivarnos al cruzarnos en nuestro diminuto apartamento y dormimos cada uno en un extremo de la cama, como si cualquier roce involuntario pudiera ser letal para ambos.

Nunca he sido de esas mujeres que tienen amigas íntimas. Siempre he rehuido el exceso de intimidad, porque entraña demasiado riesgo de entrar en confidencias. Pero ahora siento la necesidad desesperada de tener a alguien con quien hablar. Alguien que tal vez pueda aconsejarme.

Sólo se me ocurre una persona.

Llamo a Ross a la hora del almuerzo. Le cuento que Ed ha repetido en sueños el nombre de Davina. Luego, como es tan amable y comprensivo, me sorprendo explicándole también lo de la carta anónima amenazadora y añado que la policía se ha limitado a decirme que «vaya con cuidado».

Ross se dedica a escuchar, más que a proponer soluciones rápidas (¡como si las hubiera!). Pero no deja de ser un alivio poder formular mis temores ante otra persona que no sea yo.

Esa noche, Ed llega tarde a casa.

—He ido a tomar una copa —dice.

—¿Con Davina? —pregunto, con el corazón palpitante.

Así que va a dejarme, después de todo. Pese a su comportamiento, estoy aterrorizada. Ahora voy a tener que empezar de nuevo otra vez. ¿Quién va a enamorarse de mí?

—Con Ross. —Me coge las manos—. Escucha, sé que nuestro matrimonio no ha empezado de la mejor manera, pero yo te quiero, Lily. Y estoy preocupado por ti. La carta..., el hombre que te robó el bolso..., tus visitas a un criminal en la cárcel... No me gusta nada todo esto. Estoy asustado.

—Mala suerte. Es mi trabajo.

Las palabras me salen con aspereza, pero me siento aliviada por dentro al ver que aún parezco importarle.

—Ya sé que es tu trabajo, y te admiro por ello. Ross dice que eres una chica entre un millón. Y es cierto.

¡Si supiera!

—Simplemente hablando con él —prosigue Ed— me he dado cuenta de lo afortunado que soy. —Me estrecha las manos entre las suyas. Las tiene calientes, a pesar del frío gélido que hace fuera—. Volvamos a empezar, ¿de acuerdo? Por favor.

—¿Y qué hay de Davina?

—¿Qué pasa con ella? —Me mira a los ojos—. Yo ya he terminado con ella, Lily. Es contigo con quien me he casado. Y quiero seguir así. ¿Crees que podemos volver a empezar?

Al terminar la semana, estoy agotada. Ha sido un no parar en la oficina, con llamadas constantes de Tony Gordon. Por suerte, él tenía copias de los documentos que me robaron (dice que siempre saca al menos dos fotocopias de cada documento), aunque no deja de ser una «desgracia» que alguien tenga en su poder los originales.

También han sido unos días intensos con Ed.

Es como si ahora realmente me viera. A mí. Y a nadie más. Dice mi nombre, no el de ella. Y a medida que voy confiando en mi marido, mi cuerpo empieza a reaccionar ante el suyo. No obstante, a veces todavía tengo alguna recaída y me imagino que Ed está con otra.

Lo cual me llena de culpa. Y la presión constante de mi trabajo nos vuelve irritables a los dos.

—Tienes que desconectar —dice Ed cuando me ve revisar otro expediente mientras ceno—. Apenas he podido hablar contigo durante toda la semana.

Echo un vistazo a su bloc de dibujo, junto al salvamanteles.

—Al menos, a mí me pagan. No es un hobby.

Una pulla mezquina. Provocada por mi irritación ante lo que estoy leyendo. Pero ya es tarde para retirarla.

—Algún día —empieza Ed, con una voz que parece como si se la sacaran a presión por la boca—, me pagarán mucho más por hacer lo que me gusta que por cualquier otra cosa. Entretanto, me flagelo a mí mismo durante la semana en un trabajo que aborrezco para poder traer dinero a casa.

—Yo también contribuyo.

—Como si no lo supiéramos.

Quiero que este matrimonio funcione. Pero, a pesar de lo que pasa ahora en la cama, empiezo a preguntarme si es posible. Quizá sólo se trata del caso de Joe Thomas. Cuando esté resuelto, podré volver a pensar con claridad. Pero ahora no. Hay demasiadas cosas en juego.

Y, en el fondo de mi mente, siento cómo se aproxima la fecha fatídica. El 24 de noviembre. Ocho años atrás. Cada año llega más deprisa de lo que me espero.

—Tengo que ir a ver a mis padres —le digo a Ed unos días después mientras estamos el uno en brazos del otro.

Ya ha sonado el despertador. Ambos estamos reuniendo fuerzas para abandonar nuestra cálida cama (el apartamento es como una nevera) y salir hacia el trabajo. Pero yo debo enfrentarme a lo que he venido postergando.

—Es el aniversario de la muerte de Daniel —añado.

Su brazo se tensa.

—Deberías habérmelo dicho. ¿Te acompaño? Puedo llamar al trabajo y decir que estoy enfermo.

Basta de mentiras.

—Gracias. Pero es mejor que vaya sola.

Vuelvo a pensar en la versión de los hechos que le di a Ed cuando nos conocimos. No hemos vuelto a hablar del tema.

Informé a mis padres para que estuvieran sobre aviso.

Coincidieron conmigo.

Hay cosas que ninguno de nosotros desea que conozca el resto del mundo.

Después de lo de Daniel, albergué la esperanza de que mamá y papá se mudaran. Pero no. Se quedaron allí. Una casa de campo avejentada pero aún encantadora, de estilo georgiano, comprada en su momento por mis abuelos. Acurrucada en lo alto de los acantilados, con sus arbustos primorosamente recortados con formas de animales en el jardín delantero y su sendero para bajar a la playa en la parte trasera.

Con cuadras también.

Y fantasmas.

—No queremos perder nuestros recuerdos —me había dicho entonces mi madre.

¡Los recuerdos! ¿No era de ellos justo de lo que necesitábamos deshacernos?

—También hay algunos buenos, ¿sabes? —me recordó mi padre con delicadeza.

Mientras recorro el sendero de grava hacia mi antiguo hogar, me sorprendo deseando que Ed estuviera aquí cogiéndome de la mano. Deseando, también, habérselo contado todo cuando tuve la oportunidad de hacerlo.

Pero si se lo hubiera contado, seguro que me habría dejado.

—¡Lily! —Mi padre me envuelve en un abrazo de oso. No hay forma de resistirse. Vuelvo a ser una niña. De nuevo en aquella época en la que me sentía segura.

—Lily. —La voz apagada de mi madre, cargada de coraje, nos interrumpe—. Ha pasado mucho desde tu última visita.

—Lo siento —empiezo.

—No importa. Ya sabemos que has estado muy ocupada.

Mi padre ya me arrastra hacia la sala de estar. Me siento en el gastado sofá. Mis padres pueden haber heredado esta casa preciosa, pero tienen poco dinero para mantenerla. La calefacción central raramente se enciende. Me estremezco, y lamento no haber traído un suéter más grueso.

—Estaba leyendo sobre este nuevo caso tuyo —dice papá—. Suena muy interesante.

Esgrime un ejemplar de *The Daily Telegraph* y a mí se me acelera el corazón. Ahí está. Un gran artículo en la segunda página.

LA MADRE DE LA VÍCTIMA DE LA BAÑERA HIRVIENDO CONTRAATACA

Le echo un vistazo rápido. Los detalles truculentos habituales del crimen, una foto de Sarah Evans que procuro no mirar y una frase de su madre: «No comprendo cómo alguien puede defender a ese monstruo maligno...».

Debajo, hay dos fotografías. Una mía y otra de Tony Gordon. Ambos con una sonrisa en la cara. Una expresión no muy adecuada dadas las circunstancias. Genial. ¿De dónde las habrán sacado? ¿Quizá del formulario oficial de inscripción en el Colegio de Abogados, que es de dominio público?

—Da la impresión de que has asumido un caso gordo de verdad.

La voz de mi padre parece henchida de orgullo mientras me sirve un gin-

tonic.

—¿Cómo sabes que ese hombre es inocente? —pregunta mi madre con poco vigor, sentándose a mi lado en el sofá con un vaso en la mano.

Está contemplando melancólicamente por la ventana el jardín con sus árboles pelados y con el prado que se extiende más allá.

En tiempos, yo era la niña de sus ojos. La recuerdo cocinando conmigo, tal como yo preparo pasteles con Carla. Nos acurrucábamos juntas y cantábamos canciones. Dábamos largos paseos para recoger castañas. Pero luego apareció Daniel, y ya no volvió a haber tiempo para esas actividades normales.

¿Cómo sé que Joe es inocente? La pregunta de mi madre me pilla desprevenida.

Porque hay similitudes con Daniel, quisiera decir. Porque Joe no puede evitar decir la verdad aunque sea grosero. Y porque mi instinto me dice que debo salvarlo.

Selecciono sólo la parte que suena lógica.

—Ha surgido una prueba nueva que... —Me interrumpo.

—No puede hablar del caso. Ya lo sabes, cariño.

Mi padre está retirado (después de lo de Daniel le resultó imposible continuar), pero como asistente social tuvo que trabajar mucho con abogados. Conoce las normas profesionales. Para mí, de todos modos, siempre será papá. El hombre que me leía cuentos por las noches y me aseguraba que no había nadie escondido debajo de la cama.

—¿Te quedas a dormir? —Es mi madre otra vez.

—Lo siento. He de volver para no dejar solo a Ed.

La decepción de ambos es palpable.

—El almuerzo casi está listo —dice mi madre levantándose del sofá. De camino a la cocina, vuelve a llenarse el vaso.

La comida es un tormento. Hablamos de todo menos del motivo por el que he venido. Mi madre se llena el vaso una y otra vez. Yo picoteo con desgana el pastel de pescado, el plato preferido de mi hermano.

Después, mi madre se escabulle para «reposar». Mi padre parece cansado del esfuerzo por mantener la paz.

—¿Te importa si subo un rato arriba? —pregunto.

Él asiente agradecido.

La escalera cruje igual que cuando Daniel bajaba en mitad de la noche y yo lo seguía para asegurarme de que no le pasaba nada. La habitación está tal como la dejó. Cochecitos de juguete alineados a la perfección en los estantes, junto con el Golden Treasury, de Palgrave —la popular antología de poesía inglesa—, y con viejos ejemplares de Beano, la revista de historietas que leía incluso en sus años adolescentes. Carteles de modelos ligeritas de ropa. Ropa doblada con pulcritud en el cajón: jerséis, sobre todo, y alguna camiseta. Cojo una y me la llevo a la nariz.

Al principio olía a Daniel. Pero el olor se ha ido disipando con los años.

Incapaz de contenerme, me vuelvo hacia el cajón donde mi hermano guardaba sus «cosas especiales». El montón de álbumes de cromos —desde océanos del mundo hasta las estrellas del cielo— está ordenado impecablemente. Lo mismo las figuras de Lego que se pasaba horas construyendo. ¡Ay del que se atreviera a tocarlas! A una mujer de la limpieza, recuerdo, se le ocurrió una vez «poner un poquito de orden». Hubo que darle después una generosa propina para que no pusiera una denuncia por el morado que le quedó en el brazo, cortesía de mi hermano.

Con actitud reverente, saco un álbum de cromos. Es sobre pájaros. Daniel ahorraba toda su semana para comprar paquetes de cromos. Se pasaba horas colocando con gran cuidado cada cromo en la posición exacta dentro del recuadro del álbum. Petirrojos. Tordos. Mirlos. Palomas.

Deslizo el álbum en mi bolso. Y otros dos. Luego observo por la ventana a Merlin, el viejo caballo marrón, que está pastando entre las hierbas invernales. Debería bajar a verlo. Restregar la cara sobre su cuello. Pero no me siento con fuerzas.

Suena un ruido en la puerta. Es mi padre.

—Tenía ganas de charlar contigo a solas.

Se me encoge el estómago. ¿Qué pasa ahora? ¿Qué nueva mala noticia me espera?

—¿Cómo va la vida de casada? —pregunta.

Titubeo. Lo suficiente para que él lo note.

—Ya veo. —Suspira y me atrae hacia sí. Vuelvo a ser una adolescente. Rebotante de dolor—. ¿Recuerdas lo que te dije? —continúa—. Tienes que volver a empezar. Dejar atrás el pasado. Si no, acabarás como nosotros.

No le hace falta entrar en detalles. Sus palabras me retrotraen a una conversación que mantuvimos hace menos de un año, cuando yo le reconocí que no salía mucho y que me pasaba la mayor parte del tiempo en la oficina.

—Debes relacionarte —me aconsejó—. Ahora está empezando un nuevo siglo. Ya es hora de seguir adelante. Es lo que querría Daniel.

Y fue entonces cuando mi compañera de piso me propuso que la acompañara a una fiesta. La fiesta en la que conocí a Ed. Yo apenas podía creerme que ese hombre alto y apuesto se pusiera a hablar conmigo y que luego, milagrosamente, me invitara a salir. ¿Qué veía en mí? Pensé en decirle que no. Sólo me iba a servir para llevarme una decepción.

Pero, en aquel momento, su propuesta parecía una ruta de huida hacia la salud mental.

—¿Patatas fritas? ¿Cinta adhesiva? ¿Azúcar? ¿Objetos punzantes? —suelta el guardia a la semana siguiente.

Observo cómo se somete Tony Gordon a todo el proceso. Es evidente que está familiarizado con este ritual, como yo empiezo a estarlo. La cárcel, me decía Tony cuando veníamos hacia aquí, puede llegar a gustarte. Incluso, ha añadido con una mirada de advertencia, puede resultar extrañamente adictiva.

De eso ya me he dado cuenta. Seguimos al guardia por el patio, cruzamos las dobles puertas y las rejas, caminamos por el largo corredor entre hombres con pantalones de deporte verdes, y al final llegamos al módulo D.

El póster de «ESPERANZA» tiene un gran desgarrón en la esquina inferior derecha. Joe Thomas nos espera con los brazos cruzados, como si él nos hubiese convocado aquí.

—Éste es Tony Gordon —digo, adoptando una rígida sonrisa para disimular mi nerviosismo.

Después de este fin de semana, ya sólo veo a Daniel sentado ahí. La misma cara inteligente, que a veces consigue parecer vulnerable al mismo

tiempo. Esa forma de mirarte de soslayo, como calculando si eres o no eres de fiar.

—Es su abogado litigante —añado innecesariamente, porque Joe ya ha sido informado.

—Bueno, ¿qué tiene usted que decirme?

Esa falta de desenvoltura de Joe casi me produce vergüenza ajena. Pero Tony, sin inmutarse, recita de carrerilla los argumentos de la defensa —los datos del fabricante de la caldera, la propuesta de un nuevo interrogatorio a los Jones (los vecinos que testificaron la otra vez contra él), la opinión de los peritos— y luego empieza a hacerle más preguntas. Algunas de ellas habría querido hacérselas yo, pero no me he atrevido. Otras, ni siquiera se me habían ocurrido.

—¿Por qué solía prepararle el baño a Sarah en vez de dejar que lo hiciera ella?

Reaparece esa expresión tipo «¿no es evidente?»: la misma que me lanzó Joe la primera vez que nos vimos, cuando se puso a proclamar su inocencia.

—Es lo que hago siempre. Tengo que hacerlo.

Me vienen a la memoria los comportamientos y rituales obsesivos sobre los que he estado leyendo. Por un instante, me pregunto si Tony le prepara el baño a su esposa. No para controlar, sino por amabilidad. Pero no acabo de imaginármelo.

—¿Diría que tiene algunos hábitos que otras personas encontrarían extraños?

Joe lo mira con expresión desafiante.

—Lo que a usted quizá le parezca extraño no es extraño para mí. Y viceversa. Mis hábitos son completamente normales según mi criterio. Son mis normas. Me mantienen a salvo. Si alguien quiere formar parte de mi vida, tiene que aceptarlas.

—¿Le dijo eso al abogado defensor en el primer juicio? —Tony echa un vistazo a sus notas—. Porque aquí no consta.

Joe se encoge de hombros.

—A él le pareció que sonaría demasiado controlador. Que me volvería antipático para el jurado.

—¿Pegó a Sarah durante la discusión que tuvieron cuando ella volvió a casa borracha?

—No.

—¿Subió usted la temperatura de la caldera?

—No. Ya se lo he dicho. Pero el agua seguía muy caliente cuando la encontré, lo que indica que ya estaba casi hirviendo cuando ella abrió el grifo. Por eso sufrí quemaduras en las manos. Me las quemé al sacarla de la bañera.

Las preguntas se suceden una tras otra, como si ya estuviéramos en el tribunal. Una preparación vital para cuando llegue el momento.

Si a Tony le irrita que Joe responda siempre mirándome a mí, no lo demuestra en modo alguno.

—Muy bien —dice, levantándose—. Me parece que ya tenemos suficiente para seguir trabajando.

—¿Sólo «le parece»? —Por primera vez desde que hemos llegado, la intensa mirada de Joe Thomas se dirige a mi colega—. Con esto no bastará para sacarme de aquí, créame.

—Créame usted a mí —replica Tony Gordon con un ronco gruñido. Es un gruñido de advertencia, del tipo «déjame en paz», y me trae el recuerdo de nuestro viejo perro, que solía seguir a Merlin por el prado, renqueando.

Daniel estaba obsesionado con los caballos y, después de dar mucho la lata, mis padres le compraron uno en una granja vecina cuando nos mudamos a Devon. A ese animal pesado, tranquilo y seguro no le parecía que Daniel fuese «diferente» de los demás. Desde el primer momento forjó un vínculo especial con mi hermano. Era a Daniel a quien acariciaba primero con el morro cuando bajábamos a las cuadras por la mañana para darle de comer y cepillarlo. Y cuando nos turnábamos para montarlo por las colinas, Merlin parecía tomarse un especial cuidado con Daniel, que fue adquiriendo así mucha más confianza. Incluso lo montábamos por la playa. Y una vez Daniel consiguió que le dieran permiso, como favor especial, para meter a Merlin en la cocina por la puerta trasera.

Recuerdos agridulces que me impidieron bajar al prado, y no digamos ya a las cuadras, cuando fui a ver a mis padres.

Joe me mira a mí con nerviosismo. Yo deseo tranquilizarlo, aunque me

sienta asustada y todavía esté bajo los efectos de esa nota que deslizaron por mi puerta. Tony me ha advertido de antemano que éste no es el momento adecuado para hablarle de esa nota al cliente.

—Es muy bueno en su trabajo —le susurro a Joe mientras salimos—. Si alguien puede sacarle de aquí, es él.

Y entonces lo hago.

Abro el bolso y saco uno de los álbumes de cromos de mi hermano. Ya lo he calculado y creo que es lo bastante pequeño como para que le quepa en el bolsillo. Aunque también me he dicho que quizá no se lo daría, que sólo se lo enseñaría. Cuando él se dispone a cogerlo, su mano roza la mía. Me recorre una descarga eléctrica tan violenta que apenas consigo mantenerme en pie. ¿Qué estoy haciendo?

Acabo de cruzar la línea divisoria sobre la que me advirtieron mi jefe y la celadora. He cometido un delito. Darle un regalo a un preso por el simple hecho de que me recuerda a mi hermano. Mi razonamiento es del todo defectuoso: como ya no puedo ayudar a mi hermano, voy a ayudar a este hombre. Pero, al seguirlo, estoy arriesgando toda mi carrera. Mi vida...

En cuanto al roce de la mano, ha sido puramente accidental. O al menos eso me digo a mí misma. Joe mira para otro lado, además, como si no hubiese ocurrido nada.

Mientras Tony y yo firmamos en el registro de salida de la oficina y cruzamos los corredores y las dobles puertas, tengo la convicción de que van a decirme que vuelva atrás. Alguien vendrá y me dará unos golpecitos en el hombro. Me retirarán la licencia. La apelación fracasará.

Entonces ¿por qué ahora, cuando cruzamos la verja principal, siento que me recorre una viva excitación?

—Me parece que ha ido bastante bien, dadas las circunstancias —dice Tony Gordon, pasándose las manos por el pelo cuando llegamos por fin al aparcamiento exterior.

Aspiro una bocanada de aire fresco.

—A mí también.

Por segunda vez en mi vida, me digo que soy una criminal.

16

Carla

—¡Carla! ¡Carla! ¡Ven a jugar!

La niña que daba saltos frente a ella en el patio tenía todos los dientes salidos, con unos gruesos hierros plateados encima, y unas orejas que le sobresalían a ambos lados de la cabeza, como si Dios se las hubiera colocado mal.

En su antigua escuela, pensó Carla, a esa niña la habrían acosado y cubierto de burlas. ¡En cambio, aquí era de las más populares de la clase! Y lo más importante: ella también era amable con todo el mundo. Incluida la propia Carla.

Al principio, cuando empezó en el colegio de monjas, estaba tan aterrorizada que apenas se atrevía a dar un paso. ¡Ella era la única nueva! El trimestre había empezado hacía una eternidad. Todas las demás se conocían. Seguro que la odiarían. Sin embargo, en cuanto cruzó la verja, rematada por una figura de la Santísima Virgen María, se tranquilizó.

Nadie escupía. Nadie hacía garabatos en las paredes. Nadie se ponía a imitar su acento italiano. De hecho, el padre de la niña de los hierros, a cuyo lado la habían sentado en la clase, también había llegado de Italia muchos años atrás.

—Mi papá está con los angelitos —le había explicado Carla.

—Pobrecita.

Después de lo cual, su nueva amiga se aseguró de que la incluyeran en los juegos del recreo. Era como si todos sus sueños se hubieran hecho realidad, pensó llena de felicidad mientras se sumaba al corro para saltar a la comba.

Hasta las monjas eran buenas, aunque sus hábitos ondearan como los mantos de las brujas de un libro que estaba leyendo. A las monjas les complacía ver que sabía cómo debía santiguarse al formar por la mañana en el patio. «¡Qué voz tan bonita!», comentó una de cara dulce y amable cuando la oyó cantar El Señor es mi pastor con un ligero trémolo. Y otra monja, cuando se quedó atascada con una larga división, se sentó a su lado y le explicó detalladamente lo que había que hacer.

—Ah, ya lo veo —exclamó Carla—. ¡Ahora se entiende todo!

Nadie le dijo que era tonta. O que era una retrasada.

Sólo había dos problemas.

—Ahora estamos en paz —le había susurrado Larry cuando se presentó la noche anterior—. Tuve que pedir un montón de favores para meterte allí. Así que no vayas a reclamar nada más. ¿Entendido?

¿Una plaza en un nuevo colegio equivalía a una mujer en el coche que no era mamá? No estaba del todo segura. Pero no era el tipo de operación aritmética sobre la que podía preguntar a sus nuevas profesoras.

El otro problema no era tan gordo, pero había que hacer algo para solucionarlo. ¡Nadie tenía un Charlie en el colegio! Los estuches-oruga eran una moda del curso pasado. Ahora todas tenían estuches Kitty: una Kitty de peluche rosa con bigotes de plástico y unos ojitos que se movían.

«No vayas a reclamar nada más», le había dicho Larry. Pero ¡ella quería una Kitty! La necesitaba. De lo contrario, volvería otra vez a ser Diferente, con D mayúscula.

—Si mi papá estuviera vivo, me compraría una —le contó en confianza a su nueva amiga, Maria, mientras sorbían la sopa, cuidando de inclinar el cuenco hacia el centro de la mesa, como les habían enseñado.

En el colegio nuevo, tenían un comedor de verdad, con mesas de madera, y no con mesas de plástico bamboleantes. Aquí debían sentarse bien erguidas y esperar a que todo el mundo estuviera servido. Y una debía comer con la boca cerrada, no abierta.

Maria se inclinó hacia delante —el crucifijo dorado que llevaba colgado del cuello oscilaba graciosamente— y se santiguó.

—¿Cuánto tiempo hace que tu papá está en el cielo?

—Desde que yo era bebé. —Carla le lanzó otra mirada melancólica al estuche Kitty que su amiga tenía en el regazo. Incluso se decía que la hermana Mercy tenía uno en su despacho.

»Rompió una promesa, ¿sabes? —añadió.

—¿Qué tipo de promesa?

—Yo creo que era la promesa de seguir con vida.

Su nueva amiguita la miró compasiva.

—Yo me rompí el brazo el trimestre anterior. Me dolió mucho. —Le dio una palmadita en la mano—. Y mi tío me regaló una Kitty por mi cumpleaños sin saber que ya tenía una. La tengo de repuesto en casa. Pero, si quieres, puedes quedártela.

—¿De veras? —Carla sintió de entrada una oleada de nerviosismo, pero enseguida se le encogió el estómago—. Aunque todo el mundo pensará que la he robado.

—¿Por qué habrían de pensarlo? —dijo Maria frunciendo el ceño—. Si es así, yo diré que es un regalo. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

Eso lo sabía muy bien. ¿Acaso no había ido marcando los días en el calendario que tenían colgado en la cocina? Ese calendario con fotografías del pueblo donde vivía el nonno, con sus calles empedradas y su fuente en mitad de la plaza.

—El 9 de diciembre —respondió.

—Pues ¡no queda mucho! —exclamó su amiga, con una sonrisa llena de hierros—. Entonces puede ser un regalo. A mí me regalaron una bicicleta nueva por mi cumpleaños.

Maria cumplió a rajatabla su palabra. Al día siguiente, le llevó un estuche nuevecito, de suave peluche rosa y ojos negros móviles.

—¡Mi propia Kitty! —Tan suave, tan cálida, tan reconfortante junto a su mejilla. Tan guay.

Charlie se enfurruñó. Vale, muy bien, pero él debería haber hablado más, como el antiguo Charlie. Ya era hora de cambiar. ¡Ahora podría ser como las

demás!

Esa tarde tenían clase de arte. En este colegio había más pinturas y lápices de cera. Ella estaba encantada. Quizá, si escuchaba con mucha atención las explicaciones, podría llegar a ser una pintora de verdad como Ed.

Por el momento, sin embargo, estaban haciendo un collage a base de recortar fotos de revistas y pegarlas sobre un rollo gigante de papel. El collage iba a formar parte del plafón de Adviento. ¡Todos los padres iban a acudir a verlo! Incluso mamá procuraría conseguir unas horas libres para no perderselo.

—¿Puedo usar las tijeras? —preguntó Carla con tono informal.

La monja, una de las más jóvenes, se las pasó con cautela, sujetándolas por la punta.

—Ve con mucho cuidado, querida.

Carla la obsequió con una de sus mejores sonrisas.

—Claro, hermana Agnes.

Esperó un ratito antes de levantar la mano.

—¿Puedo ir a los servicios, por favor?

La hermana Agnes, que estaba recortando una imagen de la Virgen María para otra alumna, asintió. ¡Ahora era la ocasión!

Con rapidez, Carla cogió a Charlie con una mano y sujetó las tijeras con la otra. Conteniendo el aliento, corrió por el pasillo hacia los servicios. Una vez encerrada en uno de los cubículos, le cortó la cabeza a Charlie. Él no hizo ningún ruido, aunque su cara, separada del resto, la miraba con aire acusador. Luego le cortó el cuerpo en dos mitades. Tampoco emitió ningún sonido. Al final, metió a presión los tres trozos en un cubo que había junto al retrete con el rótulo RESIDUOS SANITARIOS. (Nadie sabía qué era eso exactamente, aunque se rumoreaba que las chicas mayores dejaban sangre ahí dentro en castigo por pecados como besar a los chicos.)

Después, tiró de la cadena para fingir que había usado el inodoro, se lavó las manos y volvió a la clase, sujetando las tijeras junto a su ondeante falda plisada marrón. Con sigilo, se deslizó en su asiento y empezó a recortar una figura del niño Jesús en la cuna.

Luego se puso en la cola para coger otra fotografía del montón de revistas

y periódicos.

—¿Qué significa esta palabra? —preguntó la niña que iba delante. Estaba señalando una fotografía de un chico con unas palabras escritas debajo: ASESINATO.

Carla prestó atención. Le gustaba la costumbre que tenían en este colegio de animarlas a preguntar. Nadie se burlaba porque hicieras preguntas. Así aprendías un montón.

—Ay, Dios. Esa foto no debería estar aquí. Vamos a quitarla.

—Asesinato —metió baza otra niña que estaba entre las primeras de la cola—. Eso es lo que dice.

—¿Qué significa?

—Asesinato, querida, es cuando alguien le quita la vida a otro, tal como le quitaron la vida a nuestro Señor. Es un pecado. Un pecado muy grave.

Carla oyó cómo se elevaba su propia voz en medio de un silencio consternado.

—¿Tiene que ser la vida de una persona?

La hermana Agnes negó con la cabeza.

—No, querida. Se aplica a la vida de todas las criaturas del Señor. Piensa en san Francisco de Asís y en el amor que sentía incluso por los seres vivos más diminutos.

Carla sintió que le subía la bilis a la boca. El nuevo Charlie también era un ser vivo. Y ella lo había asesinado sólo porque estaba «pasado de moda», porque su amiga la había compadecido por tener un peluche tan anticuado.

—¿Y qué puede hacer una persona para pedir perdón por un asesinato? —preguntó en voz baja.

La frente de la hermana Agnes se frunció en un montón de pliegues.

—Puede rezar. —Soltó un largo suspiro—. Pero hay crímenes que Dios no nos puede perdonar —añadió, santiguándose—. Recordadlo, niñas. Los asesinos van al infierno.

Las pesadillas empezaron de nuevo. A veces veía cómo se arrastraban los tres pedazos de Charlie por el cielo, la cabeza buscando el otro extremo de su

cuerpo. A veces veía cómo la miraba fijamente. «Tú me asesinaste. Tú me asesinaste.»

A veces era el viejo Charlie, lo cual resultaba aún peor.

—¿Qué te pasa, pequeña? —le preguntó mamá—. Estás contenta con el colegio, ¿verdad?

Ella asintió.

—Muy contenta.

—Tus amigas son buenas contigo, ¿no? —Mamá cogió el estuche Kitty que Carla iba a meter en su cartera—. Y las monjas te enseñan buenos modales. Ahora tienes que dejar de soñar con el antiguo colegio. Ya es cosa del pasado, gracias a Larry.

Si mamá quería creer que sus pesadillas eran sobre el antiguo colegio, no había necesidad de corregirla. Al menos, eso fue lo que le dijo Kitty. «Ahora yo soy tu amiga. No tienes que preocuparte más por Charlie.»

Ella lo intentó. Pero no era tan fácil como sonaba. Ya había notado otras veces que, cuando aprendías una palabra nueva, ésta empezaba a aparecer por todas partes. Lo mismo ocurría con esta palabra. *Asesinato*. Carla la veía en los carteles de los periódicos. La oía en la televisión. Y también seguía apareciendo en sus sueños, noche tras noche.

Últimamente tomaban más temprano el autobús. Así mamá podía llegar al trabajo antes que nadie y coger prestadas algunas barras de labios nuevas para «probarlas en casa».

Una mañana, Lily subió al mismo tiempo que ellas. Carla estaba fuera de sí de alegría.

—¿Te gusta mi nuevo uniforme? —le preguntó, alisándose el blazer marrón—. Es de una tienda especial y cuesta un montón de dinero. Por suerte, Larry...

—Chist —dijo mamá con aspereza—. No molestes a Lily. ¿No ves que está trabajando?

—No importa. —Lily dejó el enorme montón de papeles que tenía en las manos y le dirigió a Carla una sonrisa encantadora, que incluía también a mamá—. Sólo son deberes. Como los que tú tienes que hacer en casa.

Carla echó un vistazo a los papeles.

—¿Son de aritmética? Yo te podría ayudar, si quieres. En el antiguo colegio no entendía nada, pero ahora las monjas me lo han explicado... —Su voz se apagó de golpe.

—¿Qué te pasa? —preguntó mamá.

Pero Lily sí lo sabía. Carla lo notó, porque enseguida empezó a guardar los papeles en el bolso. Sólo que ya era tarde. Otra vez aquella palabra horrible.

Asesinato.

¿Qué clase de deberes hacía Lily? ¿Aquello quería decir que su amiga había matado a alguien? ¿A una persona de verdad, y no sólo a un plumier de peluche?

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—La gente simpática no siempre es tan buena como parece —les había dicho la madre superiora justo el día anterior—. El demonio se les puede meter en el cuerpo. Debemos estar alerta.

Carla no había entendido qué significaba *alerta* hasta que lo había mirado en el Diccionario para niños. Ahora se apartó con aprensión. ¿Sería posible que Lily, la Lily que la ayudaba a preparar pasteles y que le dejaba lamer el cuenco, fuese una persona mala de verdad? ¿Por eso estaba siempre discutiendo con Ed? ¿Acaso él también pensaba que era mala?

—¿Qué pasa? —repitió mamá.

—Nada. —Carla contempló el parque por la ventanilla. Habían caído las últimas hojas rojas y amarillas de los árboles y ahora, llevadas por el viento, danzaban sobre la hierba embarrada.

De repente, Lily no le parecía tan buena, al fin y al cabo.

Tal vez —qué idea tan espeluznante— se hacía la simpática para poder asesinarla también a ella.

Desde entonces, empezó a dolerle la barriga los domingos.

—Quiero quedarme en casa —le dijo a mamá la primera vez.

—Pero Lily y Ed te están esperando...

Carla se dio la vuelta en la cama y soltó un gemido.

—Lily siempre está haciendo deberes y Ed me obliga a sentarme sin moverme para dibujarme. No quiero ir.

Mamá rogó y suplicó, trató de engatusarla, pero no hubo manera. «Tú mantente firme —la animó Kitty, moviendo sus ojillos negros—. Al final, tendrá que creerte. ¡Mira! Ya ha funcionado. Está al teléfono con Larry, le está diciendo que no puede verle porque te has puesto enferma.»

A media tarde, Carla se sintió mejor, o al menos lo suficiente para ir al parque. Pero mamá no estaba contenta.

—Veo que el dolor se te ha pasado muy deprisa —comentó—. Ahora ya puedes correr y saltar.

El siguiente domingo, la barriga empezó a dolerle de nuevo. Esta vez, aunque estuviera enferma, Larry se presentó en casa y se sentó en el borde de su cama con aire solemne.

—¿Crees que habría alguna cosa que ayudaría a que te sintieras mejor de la barriga? —le preguntó en voz baja.

«Quizá una bici —dijo Kitty a su lado—. Una rosa, como la de Maria.»

—Quizá una bici —repitió Carla—. Una rosa. Con un timbre. Y una cesta.

Larry asintió.

—Bueno, veremos qué pasa el martes en tu cumpleaños.

Carla sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Entonces cumplirás diez años, creo.

Ella asintió.

—Ya eres lo bastante mayor para dejarte de jueguecitos infantiles. —Larry hablaba con voz baja, pero firme—. Y, a partir de ahora, se acabaron las tonterías. ¿Me oyes?

17

Lily

Diciembre de 2000

Pese a las valerosas palabras que pronuncié ante mi marido —«Yo puedo cuidar de mí misma, gracias»—, estoy alterada por la nota anónima y por todo lo que ha ocurrido desde entonces. Esta mañana, a primera hora, me he sorprendido rompiendo mi promesa mientras caminaba hacia la parada del autobús. Algo me ha impulsado a volverme. Las calles están oscuras en estas frías mañanas invernales y ofrecen muchas posibilidades a quien quiera ocultarse entre las sombras de los arbustos.

Pero no he visto a nadie.

También hace tiempo que no veo a Carla. Espero que sus dolores de barriga hayan mejorado. Ed y yo la echamos de menos el otro domingo. La echamos de menos porque se ha convertido en un amortiguador entre nosotros, en una distracción que nos permite no tener que dirigirnos la palabra. Y también porque es una fuente de inspiración para Ed —el nuevo retrato le está quedando de maravilla— y un pretexto perfecto para que yo, entretanto, pueda trabajar en el caso sin interrupciones.

Apenas me queda tiempo ahora mismo para otra cosa.

—El tribunal ha aceptado la apelación y habrá un nuevo juicio —me explica Tony Gordon por teléfono—. Ya han fijado la fecha. —Parece

contento, pero también atareado y algo inquieto—. Será en marzo. Lo cual no nos deja mucho tiempo, pero parece que están poniéndose al día con los casos atrasados. Ya puedes ir anulando las vacaciones de Navidades.

Me temo que no bromea. No falta mucho para Navidad. Ya están saliendo las bayas rojas de los arbustos de acebo que veo cada mañana al salir.

Rojo de sangre. Rojo de ira. Rojo de la chaqueta que Daniel llevaba aquella noche.

—La Navidad es como un campo de batalla con pastelillos de frutas esparcidos aquí y allá —me dijo una vez mi hermano.

Yo tuve la impresión de que debía de haber sacado la frase de alguna parte, pero Daniel la dijo como si se le hubiera ocurrido a él.

En todo caso, tenía razón. Ed quiere que vayamos a pasar el día con sus padres. Yo quiero que vayamos con los míos.

—Ellos no tienen a nadie más —le señalo.

Todavía no hemos llegado a un acuerdo.

Me pregunto cómo pasará Joe Thomas estas fiestas (por así llamarlas). ¿Irá alguien a verle? Ahora me arrepiento —pero demasiado tarde— de haberle dado el viejo álbum de cromos de Daniel en nuestra última reunión. He cruzado una línea peligrosa. ¿Qué demonios me pasó?

La visita de hoy tiene que ser diferente.

Los ojos de Joe Thomas llamean. Me hacen pensar en un tigre. «Tigre, tigre, ardiente resplandor.» Uno de los poemas favoritos de Daniel. Joe habla casi gruñendo.

—¿Que alguien deslizó un anónimo bajo su puerta?

De camino a la prisión, Tony ha dicho esta mañana que ya había llegado el momento de contárselo.

—Hemos de exprimirlo ahora que tenemos fecha para el juicio —dice, con un rictus tenso—. Hay que sacudirlo, provocarle, ver si es posible sacar algo más, comprobar si quedan lagunas.

Y lo del anónimo surte efecto. Los músculos de su mandíbula se crispan visiblemente. Sus manos, apoyadas sobre la mesa, entre Tony y yo, se cierran

en dos puños apretados. El póster de «*ESPERANZA*» se está despegando de la pared.

—¿Qué decía la nota?

—«Si intenta ayudar a ese hombre, se arrepentirá.»

Tony pronuncia cada palabra con lentitud y claridad, como si estuvieran muy separadas entre sí.

—Debo añadir —dice Tony, con una risa seca— que había algunas faltas de ortografía.

—Déjelo en mis manos. —Los ojos de Joe se vuelven aún más negros si cabe. Había oído hablar de los ojos que cambian de color, pero creía que era una licencia poética. Y, sin embargo, tengo delante un ejemplo tangible—. Sacaré las antenas, a ver.

Tony asiente.

—Gracias.

Así que era para eso, comprendo de golpe: para saber si Joe tiene contactos fuera. Jugando con lo que el propio Tony ha descrito como «la evidente empatía que el cliente tiene contigo», Joe acaba de confirmar sus sospechas.

—¿De qué otras maneras podrían ayudarnos sus «antenas»? —pregunta Tony, inclinándose sobre la mesa metálica, que se balancea inestablemente. Una de las patas me roza la pierna y me hace una carrera en la media.

Joe se arrellana en la silla y se cruza de brazos.

—¿A qué se refiere?

—Esas cifras que le enviaron por correo —le dice Tony en voz baja— procedían de un topo, ¿no? No pueden haber salido de otro lado. Tiene que ser alguien que trabaja en la compañía de gas, o en la fábrica de calderas, o en algún escalón del sector. ¿Ha pagado por la información, o le debían un favor?

La cara de Joe es todo un ejemplo de un rostro desprovisto de emociones. Lo he visto a veces en los lienzos de mi marido. Un simple boceto. Nada más. Luego, Ed va introduciendo los sentimientos: una curva en la ceja que indica incredulidad o diversión; un rictus en el labio que delata irritación o nostalgia. La cara de Joe, ahora mismo, no trasluce nada parecido.

—¿Por qué habría de hacer eso? —pregunta—. ¿Y por qué da por supuesto que se lo diría si fuera cierto, aunque no lo es?

—Porque —replica Tony— usted debe ayudarnos para ayudarse a sí mismo. Le voy a dar un tiempo para que se lo piense, Joe. Cuando vuelva la próxima vez, me gustaría que me explicara quién es su topo, y entonces quizá tengamos la posibilidad de ganar su apelación. Y antes de que empiece a protestar y a aducir el código de honor entre ladrones, voy a preguntarle una cosa: ¿realmente quiere pasar otras Navidades aquí?

Tony recorre de un vistazo la habitación desnuda, con su triste reloj (QUE NO SE LO LLEVE NADIE) y con su linóleo raído.

—Porque yo, en su lugar, no querría.

Mientras salimos, le lanzo a Joe una mirada de «lo siento». No puedo evitarlo. Su reacción ante el anónimo me ha convencido de una vez por todas de que es inocente. Ese tipo de cosas no pueden fingirse.

—Gracias por los cromos —susurra cuando paso por su lado.

Me quedo helada. Espero que el guardia apostado junto a la puerta no lo haya oído.

—No recibo muchos regalos aquí.

No me atrevo a responder.

Luego, sus ojos descienden a mis piernas. Se ha fijado en la carrera que tengo en las medias. Frunce el ceño.

—Tiene que arreglar eso.

Y acto seguido se aleja en la dirección opuesta, como si yo acabara de ofenderle personalmente.

Con rodillas temblorosas, sigo por el corredor a Tony. Mientras pasamos entre los mirones apostados a ambos lados, desearía mostrar la misma seguridad de mi colega, que camina con aire arrogante y con los hombros erguidos.

Aún estoy temblando cuando entregamos nuestros pases en seguridad.

—Lo has hecho muy bien —dice Tony, poniéndome la mano en el hombro un instante—. La prisión no es fácil. No te preocupes. Ahora Joe y yo ya hemos empezado a entendernos. No hace falta que me acompañes en futuras visitas. Me bastará con una secretaria. La próxima vez que veas a ese

hombre estaremos todos ante el tribunal.

Me vuelvo para mirar el alto muro rematado con rollos de alambre de espino, que aún se ven desde aquí por la ventana. ¿No voy a ver a Joe hasta el juicio? Me asalta un irracional sentimiento de decepción. Pero hay otra cosa, además. Joe creerá que él ya no me importa. Y bruscamente caigo en la cuenta de que sí me importa. Mucho.

Joe Thomas es mi ocasión de salvar a un inocente.

Para compensar por no haber salvado a Daniel.

El teléfono suena cuando estoy absorta revisando mis papeles. No los que debería estar examinando, es decir, los casos que mi jefe ha amontonado sobre mi escritorio, ya atestado de por sí, de fraude, agresión y hurto. No: los de Joe.

Está muy bien que Tony diga que él se encargará de todo a partir de ahora, pero yo debo seguir aquí, en el despacho, por mi cuenta. Cuantos más datos pueda aportarle, mejor, ¿no? Y hay un montón. Cada día llegan más cartas de gente que ha leído noticias en los periódicos sobre el inminente juicio. Una mujer que sufrió quemaduras espantosas mientras se duchaba. («Me dijeron que era culpa mía por no haber comprobado antes la temperatura, pero el mando estaba ajustado como siempre, y acababan de revisar la caldera.») Un hombre cuya cara ha quedado marcada con cicatrices de por vida. («Estaba borracho cuando abrí el grifo, de modo que supuse que yo tenía la culpa de que el agua hubiera salido hirviendo.») Un padre que había estado a punto de meter a su hijo pequeño en la bañera, cuidando primero de mezclar el agua fría con la caliente, y que había descubierto que incluso la fría estaba hirviendo. Al parecer, un componente de la caldera era defectuoso.

A medida que avanza el caso, la fiebre mediática va en aumento. A todas horas llaman periodistas pidiendo novedades, cualquier dato que añada combustible a lo que muy bien podría convertirse en un escándalo nacional.

Acabo de colgarle el teléfono a una reportera especialmente pertinaz. Así que, cuando vuelve a sonar al cabo de unos segundos, doy por supuesto que

es ella.

—¿Sí? ¿Diga? —suelto al auricular, dándome cuenta de que estoy empezando a sonar como mi jefe. Lo cual no me complace en absoluto.

—Tu Joe Thomas ha cumplido. —Es la voz grave y sedosa de Tony Gordon—. Ya lo tenemos. Al autor del anónimo.

La boca se me seca de golpe. Resulta difícil imaginarse a un agresor silencioso. Alguien que te asusta sin mostrar su rostro, que te atormenta en sueños y hace que te despiertes gritando.

—¿Quién es? —pregunto.

—El tío de la víctima.

¡La víctima! Qué forma tan dura y fría de expresarse. Echo un vistazo a los informes que tengo abiertos sobre el escritorio. Sarah Evans me lanza una sonrisa satinada. Era una persona. Una mujer que compartía lecho con Joe Thomas. Él tal vez era un obseso del control. Ella quizá se enamoró de él. O quizá no sabía muy bien lo que sentía por ese hombre. Tal vez estaba tan confusa como yo lo estoy respecto a Ed.

Pero al menos merece que la llamen por su nombre.

—¿Te refieres a Sarah?

La voz de Tony Gordon suena divertida.

—Yo antes era como tú, ¿sabes? —Luego endurece el tono—. Déjame darte un consejo, Lily. No te impliques demasiado en tus casos. De lo contrario, empiezas a perder el contacto con el mundo real y todo acaba siendo un embrollo.

Al fondo, veo a mi jefe a través de los cristales de su despacho; con el teléfono en la mano, me hace señas agitadamente.

—Tengo que dejarte —digo.

—El tipo ha recibido una amonestación. Pero aun así quiero que vayas con cuidado. Este caso podría desencadenar una oleada de demandas. Vamos a fastidiar a un montón de gente, lo cual incluye a todos los chalados que andan por ahí. ¿Lo entiendes? Cambia de trayecto para ir a la oficina. Cierra tu puerta con llave. Y procura que tu marido cuide de ti.

No duermo. No como. Apenas hablo con Ed. No tengo tiempo.

La intimidad que se había creado entre nosotros se ha perdido en medio de los preparativos frenéticos del caso. Llego a casa aún más tarde, sobre todo ahora que han montado las luces navideñas en Regent Street y que el tráfico es más lento porque todo el mundo se las queda mirando boquiabierto. Ed y yo ya no discutimos sobre lo que le apetecería para cenar. Ambos damos por supuesto que él mismo se preparará su comida. Al menos, parece haberse moderado con la bebida. Dice que quiere mantener «la cabeza clara» cuando pinta por la noche. Es por este motivo también, me digo a mí misma, por lo que he decidido no hablarle de las advertencias de Tony. No quiero que se preocupe ni que se obsesione.

—Ha llamado tu madre —me dice Ed una noche, cuando llego poco antes de las once.

Lo dice con el tono de un marido cuya esposa apenas está en casa y que sólo merece un beso en la coronilla, en lugar de un abrazo como es debido.

—Es urgente —añade, antes de volver a la mesa de la cocina.

Sus cuadernos de dibujo están esparcidos por todas partes. Dibujos de una niña que se hace una trenza, retoza por el parque, salta unos charcos. Mientras lee un libro con una chaqueta de punto echada informalmente sobre los hombros. O cocina en los fogones. Y luego otra chica —más bien una mujer— con una cara inexpresiva. Son estudios para un cuadro más grande en el que quiere ponerse a trabajar pronto.

Me recorre una inesperada descarga de celos. Me gustaría tener tiempo para desarrollar una actividad creativa como mi marido. Y, sin embargo, estoy atrapada. Atrapada en un asunto demasiado grande: una red de verdades y mentiras que se supone que yo, con mi limitada experiencia, debo desenredar. Tampoco soy la única. En la oficina hay otro abogado recién licenciado que está luchando ahora mismo con un caso de divorcio sin saber cómo arreglárselas. Compadezco a su cliente.

Mamá descuelga el teléfono de inmediato. En mi mente, me veo otra vez en casa. Ya habrá decorado el vestíbulo cubriendo las barandillas con espumillón dorado; con muérdago colgado de la lámpara redonda de hierro forjado y ramas de acebo en los cuadros de la escalera, incluidos los retratos

al pastel de Daniel y de mí que nos hicieron cuando éramos pequeños. Y habrá llenado de cachivaches y adornos la mesa del comedor para disimular todo el espacio vacío. Decoraciones navideñas que están esperándome a mí, porque, sin la compañía de un hijo, mis padres no tienen nada.

El peso de la responsabilidad se deja sentir en mis palabras.

—Perdona que llame tan tarde. Estaba trabajando.

Ya estoy esperando que me diga, como siempre, que trabajo demasiado. Que un recién estrenado marido necesita tener a su lado a su esposa. Pero bruscamente, incluso antes de escuchar su voz, deduzco que ha ocurrido algo.

—¿Qué pasa? —digo con un ronco graznido.

Después de lo de Daniel, se produjo una extraña sensación de alivio: ya no podía suceder nada espantoso —espantoso de verdad— nunca más. Es una sensación que he oído expresar a otras personas. No mucho después, salió una mujer en la radio que decía que, tras la muerte de su hija en un accidente, sabía que no debía preocuparse mucho por el hijo que le quedaba, porque su peor temor ya se había cumplido.

Así me sentía yo también hasta que he oído la voz de mamá.

—¿Papá está bien? —acierto a decir.

Durante un instante, me lo imagino al pie de la escalera. Ha resbalado. Ha sufrido un ataque al corazón.

—Sí. No estamos enfermos.

El alivio que siento se transforma en una profusa sudoración. Ed se inclina sobre la mujer de rostro inexpresivo, aunque de un modo que me hace sospechar que está escuchando.

—Entonces ¿qué pasa?

—Merlin... Es Merlin... Verás, ha muerto.

Me sujeto del borde de la mesa. Ed extiende el brazo y me coge la mano. Yo la estrecho, agradecida.

—Era muy viejo... —empiezo a decir.

—El veterinario dice que parece que le han envenenado la comida. — Mamá solloza.

—¿Envenenado?

Ed me mira alarmado al oírme repetir la palabra.

—¿Cómo lo sabéis?

Mamá responde con voz ahogada.

—Lo encontramos en el prado. Había una nota en la puerta de la cuadra.

Una nota. Me pongo a temblar. Se me hace un nudo en la garganta. El hambre que tenía ha desaparecido de golpe.

—¿Qué dice? —pregunto.

Aunque en realidad ya lo sé.

—Dice: «Díganle a su hija que deje el caso». —Mamá levanta la voz con angustia—. ¿Es el caso del que nos hablaste? ¿Ese de la caldera que ha salido en el periódico?

Ed se inclina hacia mí, claramente preocupado. Tanto se inclina que se le cae al suelo el bloc de dibujo.

Cuelgo despacio el auricular. No por Merlin, que era mi último vínculo con Daniel, aparte de mis padres. No por la sensación horrorosa de que hay alguien por ahí que ha logrado localizar a mi familia. ¿Tal vez el tío de Sarah Evans? Al fin y al cabo, fue él quien escribió el primer anónimo.

No. Cuelgo, consternada, porque el bloc de Ed se ha abierto al caer, revelando toda la verdad. Yo creía que la chica de la cara inexpresiva era Carla, aún a falta de perfilarla. Y, sin embargo, es Davina la que se ríe de mí desde el suelo, con esa gloriosa cabellera echada hacia atrás en un ademán victorioso.

18

Carla

Carla no tuvo una fiesta de cumpleaños como las demás niñas del colegio. No había espacio suficiente en el apartamento, dijo mamá. En cambio, ¡mira lo que Larry le había regalado!

Afuera, en el rellano, la esperaba la bicicleta rosa más bonita que había visto en su vida. Una bici reluciente, casi tan reluciente como el coche de Larry. Tenía timbre, tal como había pedido, y una pequeña cesta. Y cuando la probó en el parque, bueno..., ¡le pareció que volaba!

—Tienes un don innato —dijo Larry. Pero no sonreía al decirlo.

El siguiente domingo, el teléfono sonó dos veces seguidas.

—Cuando descuelgo —dijo mamá perpleja—, no se oye nada. Quizá está estropeado. La próxima vez cógelo tú.

Carla obedeció. Al principio, no oyó nada. Pero justo cuando iba a colgar el auricular, oyó algo. Una respiración.

Entonces empezó a dolerle la barriga de nuevo.

—No quiero ir a casa de Lily y Ed —musitó.

Mamá le pasó las manos por el pelo.

—Te estás preocupando demasiado por esas llamadas. Seguro que son unos niños tontos que quieren divertirse. En cuanto estés con tu amiga Lily, te sentirás mejor.

Ella se puso a llorar.

—No voy a ir. Estoy enferma.

Mamá la miró enfurecida.

—Eres una niña mala. ¿Lo sabías?

Carla aún estaba tumbada en el sofá cuando llegó Larry. Los oyó cuchichear en el vestíbulo.

—Fingiendo... Estoy segura..., siempre mejora el lunes... Sólo dice que está enferma..., no tiene fiebre..., sólo para dar la lata...

¡Qué cansada se sentía! Sus pensamientos empezaron a flotar a la deriva. Al principio resultaba agradable, relajante. Pero luego le pareció oír un timbre a lo lejos. Y acto seguido comenzó a martillearle una palabra en la cabeza: como si hubiera estado escondida y ahora volviera a surgir para atormentarla.

¡Asesinato!

¡Asesinato!

Era la palabra mala que había visto en los papeles de Lily. Y cuanto más lo pensaba, más se convencía de que Lily también iba a hacerle daño a ella. Era la voluntad de Dios porque ella había matado a Charlie.

—¿Qué estás diciendo?

Al abrir los ojos vio que era mamá, que la miraba desde lo alto.

—Has tenido una pesadilla, cara mia. Pero ya ha pasado. Has de levantarte. Adivina quién ha venido a verte.

—¡Hola, Carla!

Era Ed.

Se le había olvidado lo simpática que era su manera de mirarla. Al fin y al cabo, el malo no era él, sino Lily...

—Esperaba empezar hoy tu nuevo retrato. —Ahora sus ojos relucían de verdad—. Si sale bien, me gustaría que participara en un concurso. Con el permiso de tu madre, por supuesto.

—¡Un concurso! —repitió mamá casi con veneración—. ¿Has oído, Carla?

—Pero primero necesito que vuelvas a posar. —Ed buscaba sus ojos con la mirada. Suplicante. Lo cual hacía que se sintiera mayor. Importante—. ¿Ya te sientes bien para venir a casa? —Se volvió hacia mamá—. Me temo que

Lily tiene que pasarse otra vez la tarde en el trabajo, pero yo me cuidaré muy especialmente de su hija. ¿Qué, Carla?, ¿te parece bien?

—Claro que sí —gorjeó mamá—. Estaba cansada, nada más.

Carla asintió. La verdad era que el dolor casi se le había pasado.

—¡Fantástico! —Ed parecía contento—. Vamos a empezar, entonces, ¿vale?

Lo primero que notó Carla al entrar en el número 3 fue que había una nueva alfombra en el salón.

—¿Qué ha pasado con la vieja? —preguntó, observando con agrado que ésta era de un verde azulado claro, y no del aburrido color marrón de la otra.

—Lily se enfadó y tiró el café encima —respondió Ed.

—Pregúntale por qué, Carla —pidió Lily, saliendo de la cocina con un montón de papeles. Su tono era cortante.

¿Lily estaba allí, después de todo?

Carla se quedó paralizada.

Ed se echó a reír, aunque ella notó que estaba nervioso.

—Creía que te ibas a la oficina —dijo él en voz baja.

—He cambiado de idea. Me voy a trabajar al dormitorio. Pierdo mucho tiempo en el trayecto. —Lily sonrió. Pero no era una sonrisa lo que había en sus ojos—. ¿Te importa?

—Como prefieras —contestó Ed, con ese tono exageradamente educado que solían emplear los adultos cuando se tenían tirria.

Carla había observado ese detalle en el culebrón de la tele que más le gustaba a mamá. Lily desapareció en el dormitorio.

—¿Por qué no te sientas en el sofá, Carla?

Ella obedeció. Temblando.

—¿Lily te va a asesinar? —susurró.

Ed se la quedó mirando y soltó una cálida carcajada que casi la impulsó a reírse también. Luego se detuvo y volvió a mirarla.

—¿Por qué lo dices?

Carla se sintió de repente como una tonta.

—Porque... porque vi la palabra *asesinato* en los papeles que llevaba en el autobús. Y me asusté... —Empezó a temblarle la voz—. Pensé que estaba planeando matarme..., y quizá también a ti..., y...

—Chist, tranquila. —Ed se había sentado a su lado, y la rodeaba con el brazo—. Lo has entendido todo mal, cariño.

¿Cariño? Así llamaba Larry algunas veces a mamá. Le sonó bien. Como si ya fuese una adulta, y no una niña.

—Lily es abogada. Trabaja para arreglar el mundo. —Ed soltó un bufido, como si discrepara consigo mismo.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que ayuda a la gente a la que le han hecho daño y también a las personas acusadas de hacer daño a otras, pero que son inocentes. ¿Entiendes?

No, no lo entendía, pero Carla se sintió obligada a asentir con la cabeza, para que Ed no la tomara por idiota.

—Ahora mismo, está tratando de ayudar a un hombre que fue encarcelado porque lo acusaron de un asesinato, pero que es una buena persona, en realidad. O eso es lo que cree ella.

—Pero, entonces..., ¿por qué lo metieron en la cárcel?

Ed había vuelto a situarse detrás del caballete y estaba dibujando. Sin el calor de su brazo, Carla sintió frío.

—Buena pregunta. Pero Lily también está disgustada porque se ha muerto el caballo de su hermano.

Carla hizo una mueca.

—A mí los caballos me dan miedo. Una vez, cuando fuimos al zoo con el cole, uno intentó mordirme. —Entonces se acordó de la alfombra—. ¿Por eso derramó Lily el café?

Ed empezó a borrar una parte del dibujo.

—No. Eso fue porque yo..., bueno, porque hice una cosa que no debería haber hecho.

Sonaba tan triste que a ella le entraron ganas de levantarse y darle un abrazo.

—No te muevas, por favor.

Volvió a quedarse inmóvil.

—¿Puedo hablar?

La mano de Ed se desplazaba por todo el lienzo. Ella no veía nada, pero oía cómo trabajaba.

—Sí, no hay problema.

—Yo también hice algo que no debería haber hecho. Mmmm..., corté en pedazos al nuevo Charlie.

—¿A quién?

—A mi estuche-oruga.

—¿Y por qué?

—Porque quería otro mejor.

Ed movía ahora la mano deprisa. Su voz sonaba como si llegara desde lejos, como si no estuviera escuchando en realidad.

—Bueno, todos deseamos algo mejor de vez en cuando, Carla. Pero si nos detuviéramos a apreciar lo que tenemos, el mundo sería un lugar mejor. Mira, echa un vistazo.

Carla se levantó de un salto y corrió hacia el caballete. ¡Ahí estaba! Sentada en el sofá. Mirando directamente. Con una sonrisa en los labios. Pero... ¡las manos! Las tenía retorcidas y entrelazadas. Como si sucediera algo malo, a pesar de su expresión risueña.

—Este retrato muestra otro aspecto tuyo —dijo Ed animosamente—. Los jueces están hartos de cuadros relamidos. Éste, con un poco de suerte, nos hará ganar.

¿Ganar? En la tele, cuando la gente ganaba, ¡se hacía famosa! Carla estaba tan excitada que, cuando fue un momento al baño, no pudo resistir la tentación y se roció con el perfume de Lily. También se puso un poco del brillo de labios que estaba al lado, en el estante.

—¡Qué olor tan bueno! —comentó Ed cuando Carla volvió a su sitio en el sofá para seguir posando.

—Es el jabón —dijo ella, cruzando los dedos. Luego, sintiéndose mayor gracias al perfume y al retrato, procuró sentarse muy erguida, como una dama inglesa de verdad.

El cuadro ya había sido enviado a los jueces del gran concurso del que Ed le había hablado. Pero, al parecer, tardarían mucho en decidir quién quedaba primero.

—Lo sabremos el año que viene —le prometió él, dándole un apretón en el brazo.

Mientras, el mundo entero estaba sumido en esa excitación febril que precedía a las Navidades. Mamá había ido a ver la representación del nacimiento en la que ella y su nueva amiga Maria hacían de ángeles. Después, mamá se había echado a llorar y había dicho que ojalá las hubiera podido ver el nonno, porque entonces quizá la habría perdonado.

—Perdonarte, ¿por qué? —le había preguntado Carla.

—Tú no lo entenderías —respondió mamá, y empezó a llorar otra vez.

Lo cual era embarazoso porque estaban en el autobús, volviendo del colegio a casa en el último día del trimestre. Mamá aún iba con el uniforme del trabajo, que olía a perfume.

—Larry no podrá estar con nosotras en Navidades —dijo, sorbiéndose la nariz.

A ella el corazón le dio un brinco. Qué bien.

—¿Por qué?

Mamá se sonó.

—Porque tiene que estar con su esposa.

La mujer que iba sentada delante se volvió y les dirigió a ambas una mirada tan desagradable que mamá se puso a llorar con más fuerza. Aún seguía sollozando cuando llegaron a casa. Quizá, pensó Carla al pasar frente al número 3, sus amigos saldrían a ver a qué venía tanto escándalo.

—¿No podemos pasar las Navidades con Ed y Lily, entonces? —preguntó.

Lily, ahora que él le había explicado que no era una asesina, volvía a gustarle. Pero tampoco tanto. Después de todo, había disgustado a Ed. Y era él quien la estaba retratando.

—Ellos se van con su propia familia. —El brazo de mamá se tensó en torno a los hombros de Carla—. O sea, que estaremos tú y yo solas, pequeña.

Para cuando Carla abrió la puertita número 24 del calendario de Adviento, a mamá aún no se le habían agotado las lágrimas. Y, mientras tanto, el árbol navideño que habían comprado en el mercadillo tras mucha insistencia de su parte seguía tristemente apoyado en la pared. Desnudo.

—Hemos de decorarlo —había suplicado Carla. Pero mamá había olvidado comprar espumillón y, además, no tenían suficiente dinero. A falta de otra cosa, había colgado del árbol su calcetín de gimnasia más grande.

Ahora vio que al fondo del calcetín había dos regalos.

—Son de Larry —dijo mamá.

Después, cogió a Carla de la mano.

—Tenemos que ir a darle las gracias.

Afuera estaba oscuro y hacía frío, pero mamá dijo que no importaba. Sólo dejaría de llorar —«¡Te lo prometo, pequeña!»— si podía pasar frente a la casa donde vivía Larry. Así que caminaron kilómetros y kilómetros porque el autobús no acudiría, siendo como era festivo. Los conductores también tenían que descansar. Algunas de las casas que veían eran tan grandes que habrían podido albergar diez apartamentos como el suyo.

Finalmente, se detuvieron ante una casa altísima de color blanco, que se elevaba hacia el cielo. En la ventana del segundo piso había luz. Las cortinas estaban descorridas.

Ahora las lágrimas fluían por las mejillas de mamá.

—Ojalá pudiera estar ahí, con Larry.

Carla intentó tirar de su madre.

—Sólo un momento —decía mamá. Pero no se movía ni a tiros. Aburrida, Carla empezó a patear unas hojas secas.

—¡No! —Mamá jadeaba, con una mano en la garganta.

Carla siguió su mirada. En la ventana había una niña pequeña, contemplándolas.

—¿Quién es? —preguntó Carla.

—Es su hija.

—¿Tiene una hija —la interrogó sobresaltada— además de una esposa?

Mamá asintió. Las lágrimas le caían a mares.

¿Una hija como ella?

—¿Y qué pasa con ellas los domingos?

Mamá temblaba tanto que Carla tuvo que sujetarla de los brazos para que dejara de moverse.

—Entonces nosotras somos su familia. A ellas les corresponden los otros días. Venga, nos vamos.

Juntas, avanzaron de nuevo a través de las calles, de las farolas y las ventanas engalanadas de la otra gente. De vuelta hacia el árbol desnudo, hacia los dos paquetes del calcetín.

—¿Qué haces? —le preguntó mamá al ver que Carla tiraba el suyo a la basura sin abrirlo.

—No lo quiero. —Le ardía la cara de la rabia.

Larry debía desaparecer, pensó para sus adentros. No era bueno para mamá. Tenía que ingeniarse algún modo de librarse de él. Tal como había hecho con Charlie.

Aunque estuviera mal.

Me alegro de no estar muriéndome en Navidades.

Sería demasiado duro para todos.

Las cosas malas no deberían suceder cuando el resto del mundo está disfrutando.

Debe de ser mucho más duro para los allegados, en ese caso.

Y, después, los recuerdos estropean todas las Navidades.

¿Existe un buen momento para morir?

Desde luego, nunca imaginé que sería así.

Una extraña combinación de dolor y de reflexión, de recriminaciones a los demás y remordimientos íntimos.

Y de miedo, claro. Porque, por los ruidos que percibo a mi alrededor, sospecho que todavía hay alguien ahí.

19

Lily

La Navidad siempre ha sido un acontecimiento en casa. «A Daniel le encanta», solía decir mi madre, a modo de explicación, para justificar el árbol de tres metros de altura y la cantidad de regalos que se amontonaban debajo. Nosotros no teníamos mucho dinero, pero mi madre ahorraba durante todo el año. A mi hermano le regalaron una vez un tren Hornby, que él procedió a desmontar y a montar de nuevo «sólo para ver cómo está hecho». Tardó tres días enteros, durante los cuales se saltó todas las comidas en familia, incluida la de Navidad, porque estaba «ocupado».

Nadie trató de disuadirlo. Era imposible hacer que cambiara de idea una vez que la adoptaba. Quizá por eso Daniel conseguía al principio todo lo que quería. Sólo cuando su lista de deseos se volvió ilícita empezaron mis padres a poner límites. Y para entonces ya era demasiado tarde.

¿Cómo serán las cosas este año?, me pregunto mientras esperamos en la estación de Exeter a que papá nos venga a recoger. En los últimos años, mamá ha mantenido fija en la cara una expresión vidriosa de «todo va bien» desde que se levanta por la mañana. Aunque no consigue engañar a nadie. Luego, cuando se ha tomado su tercera ginebra antes del almuerzo, empieza a hablar de Daniel en presente. «Estas nuevas luces le van a encantar, ¿no te parece?», pregunta animadamente, como si mi hermano fuese a bajar en cualquier momento.

Papá adopta un aire de resignación. Y, al mismo tiempo, cuida de mamá con una ternura que trasluce cierta culpabilidad. Cuando una pareja sufre una tragedia, o acaba más unida que antes, o termina distanciándose. Supongo que debería sentirme agradecida por el hecho de que mis padres se decantaran finalmente por lo primero.

Hace frío aquí, en la sala de espera de la estación, con toda esa corriente que entra por la puerta. Me estremezco. Y no sólo por el pobre Merlin, que ha muerto por mi culpa. O por culpa de su desconocido asesino. (El tío de Sarah tenía una sólida coartada, según la policía, aunque, como dijo Tony, también podría haber incitado a alguien a hacerlo.)

No. Me estremezco porque algunas veces me pregunto —y cualquiera pensará que es una idiotez— si no estaré haciendo honor a mi nombre. Los lirios manchan todo lo que tocan; su polen contiene una sustancia que deja una marca muy difícil de quitar. Y me da la impresión de que yo acabo manchando a todos los seres a los que trato de amar. Daniel, el caballo de Daniel, Ed... ¿Quién será el siguiente?

¿Joe?

No seas absurda, me digo con aspereza.

Captando mi ansiedad, Ed intenta pasarme el brazo por los hombros, pero yo me lo quito de encima. ¿Cómo espera que reaccione cuando está dibujando la cara de la mujer con la que estuvo prometido?

—¿Todavía te importa?! —había gritado al descubrirlo, tirando todo el café por la alfombra.

—No. —Él parecía perplejo de verdad, como un crío extraviado—. Pero... sigue apareciendo en mi trabajo.

—¿Trabajo?! —vociferé—. Se supone que tu trabajo es la publicidad. — Señalé airadamente su dibujo de Davina riendo a carcajadas con la cabeza echada hacia atrás.

No pude contenerme.

—¿Tienes una aventura con ella?

—¿Cuándo crees que tendría tiempo para algo así? Y, aunque lo tuviera, ¿por qué habría de importarte? Lo único que te importa es ese caso tuyo. No nuestro matrimonio.

Ed también se había ido acalorando. Y casi sin darnos cuenta, la discusión se convirtió en un duelo de gritos y reproches. Algo que empezaba a suceder cada vez con más frecuencia.

Desde entonces, apenas nos hemos dirigido la palabra, salvo para programar las fiestas. El día de Navidades propiamente dicho, en la casa de mis padres en Devon. El día de San Esteban, en la suya, en Gloucestershire.

La cálida mano de Ed es una oferta de paz navideña. Pero yo estoy demasiado absorta en mis propios pensamientos. Daniel. Merlin. La nota anónima.

—Aquí está tu padre —dice Ed con un tono evidente de alivio, porque así ya no tendremos que seguir aquí plantados, en un silencio enojado, bajo la corriente de aire gélido.

—Primeras Navidades de casado, ¿eh? —dice papá, sonriente, al abrir las puertas del Land Rover para que subamos.

Ni siquiera me atrevo a mirar a Ed mientras bromeamos. Está claro que mis padres utilizarán de excusa nuestro fingido matrimonio para estar alegres; para olvidarse del lugar vacío en la mesa y de la silla de montar que sigue todavía colgada en el trastero, porque nadie tiene valor para tirarla.

En parte, me muero de ganas de contarles lo mal que me siento. Pero no puedo hacerlo. Al menos eso se lo debo; he de compensarlos por lo ocurrido en la medida de lo posible.

—¡Queridos! —Mi madre está esperando en la puerta. Tiene en los ojos un brillo que no es natural. Le tiembla la mano. El vaso que ha dejado en la mesita del vestíbulo está medio lleno—. ¡Cuánto me alegro de veros!

—Qué árbol tan enorme —comenta Ed, observando el ejemplar monstruoso que llega por el hueco de la escalera circular hasta el tercer piso—. ¿Cómo habéis conseguido meterlo?

Mi madre sonrío de oreja a oreja.

—Daniel nos ha ayudado. Bajaré dentro de un minuto. Venga, pasad y poneos cómodos.

—¿Qué sucede? —le cuchicheo a papá a la primera ocasión.

Él me mira apesadumbrado.

—Ya sabes cómo se pone en esta época del año.

—Pero está empeorando, papá. ¿No debería estar mejorando más bien?

Ed, dicho sea en su favor, es un caballero de pies a cabeza. Cuando mamá saca el álbum para enseñarle fotos de Daniel y de mí a lo largo de los años, finge estar realmente interesado.

Aunque todas las preguntas —«¿Y ésta dónde la sacasteis?»— se las dirige a ella. Yo me quedo fuera.

En la misa del gallo de nuestro pequeño pueblo, se me acerca gente que no he visto hace siglos para abrazarme y estrecharle la mano a Ed por primera vez. Debido al empeño de mi suegra, según la cual «todos los Macdonald» se casan en la diminuta capilla de la hacienda familiar, apenas hubo sitio en la boda para los parientes más cercanos. «Así que éste es el afortunado —dice uno de los viejos que se pasaban las noches empinando el codo en el pub cuando yo vivía en casa—. Aquí todos queremos a Lily, ¿sabes? —Luego le da una palmada en el hombro a Ed—. Haz el favor de cuidarla.»

Una vez más, no me atrevo siquiera a mirarlo a los ojos. Así que caminamos en silencio detrás de mis padres hacia casa, inspirando el aire cargado de salitre. En mi adolescencia, me moría por largarme de este sitio, que despreciaba por ser tan «provinciano». Sólo ahora comprendo lo precioso que es y lo conmovedor que resulta ese interés por cada miembro de la comunidad. Y me doy cuenta de que este pueblecito encarna unos valores sólidos, reales. Nada de mentiras descaradas, de medias verdades y de juegucitos, o como quieras llamarlo.

Joe Thomas parece, aquí, como de otro mundo.

—Bueno, ¿quién va a echarle un vistazo a Merlin? —pregunta mi madre animadamente mientras papá tantea bajo la tapia para coger la llave de la puerta trasera—. Alguien ha de comprobar que no haya volcado otra vez su cubo de agua.

—Mamá —empiezo—, Merlin...

Pero papá se apresura a intervenir.

—Yo me encargo, cielo. Tú ve a acostarte. No hay nada de que preocuparse. El pavo ya está en el horno y esta joven pareja tendrá ganas de

meterse en la cama.

Siento un escalofrío. No sólo por las mentiras de papá o por la farsa de nuestro matrimonio. También por miedo. Le dije a papá que tuviera cuidado desde que apareció la nota anónima. Y, no obstante, él sigue dejando la llave en el sitio de siempre. Donde cualquiera podría cogerla.

Mañana por la mañana hablaré con él, me digo mientras me meto en la cama. Ed todavía está en el baño. Y, cuando termina, yo ya he apagado las luces y finjo estar dormida.

—Lo siento. —La voz de mi marido indica con claridad que no se ha dejado engañar por mi postura acurrucada, dándole la espalda, y por mi supuesta respiración regular.

Me incorporo y me quedo apoyada en la almohada.

—Me imagino que estamos hablando de Davina. Pero ¿qué quieres decir con «lo siento»? ¿Sientes estar enamorado de ella? ¿Sientes haberte casado conmigo? ¿O sientes...?

—Siento lo de Daniel. Tiene que haber sido muy duro para todos vosotros.

Las palabras de Ed se hunden en el silencio. ¿Diría lo mismo si conociera la historia completa?

—Ahora no quiero hablar de eso —digo, dándole otra vez la espalda.

Y luego me duermo. Fácilmente. Profundamente. Hacía años que no dormía tan bien. Corro por la playa detrás de Daniel. Él aún es pequeño. Va riéndose todo el rato. Saltando dentro y fuera del agua. Recogiendo conchas marinas. Luego las coloca en un orden preciso en el alféizar de su ventana. Entonces alguien (¿quién?) las cambia de lugar. Daniel empieza a gritar porque se las han estropeado. Tira todas las conchas del alféizar y ahora está recogiendo otras nuevas...

Me despierto sobresaltada. Es de noche. En el tejado suena un ruido extraño, como si lo estuvieran raspando. Quizá sea una gaviota. Me pregunto qué estará haciendo Joe Thomas. ¿Estará despierto? ¿Estará revisando una y otra vez esas cifras? ¿Decidiendo si revela quién es la fuente secreta que se las envió?

¿Y Tony Gordon? ¿Qué estará haciendo? ¿Estará en la cama con su

mujer? Tony raramente habla de su vida personal. Mencionó a una hija una vez, cuando tuvo que atender una llamada de su esposa acerca de una representación escolar a la que no había asistido. No es que él me contara todo esto; lo deduje yo al escuchar la conversación. Él se había mostrado arrepentido, pero nada más colgar pareció olvidar el asunto y volvió a concentrarse en nuestros documentos.

Tony Gordon, sospecho, es un hombre capaz de compartimentar su vida sin dificultad.

Mi agitación despierta a Ed. Extiende el brazo y me acaricia la espalda. Luego su mano desciende más abajo. Yo no me muevo. Empiezan a rodarme lágrimas por la cara. No sé si cree que soy yo o Davina. Por dignidad debería apartarme y esperar a que ambos estemos despiertos, para que sepamos lo que estamos haciendo. Pero mi sueño sobre Daniel me ha alterado. Me siento sola. Triste. Así que me sorprende dejando que Ed me penetre. Cuando alcanzo una oleada de placer ilícito, sin embargo, no estoy pensando en él.

Por la mañana me lavo las huellas de mi marido en la anticuada bañera, que aún tiene una grieta en el esmalte, porque Daniel arrancó una vez la rejilla del desagüe e introdujo una enorme canica azul y plateada «para ver si pasa por la cañería».

Costó muchísimo arreglar el atasco.

—Feliz Navidad —dice Ed, dándome un reluciente paquete rojo.

¿Recuerda siquiera que me ha hecho el amor esta noche? ¿O se siente consumido por la culpa por imaginarse a Davina?

Por mi parte, la única forma que tengo de justificar mi propia fantasía es que estoy tan abrumada a causa de Daniel que no puedo permitirme ser feliz. Un impulso autodestructivo. De ahí que me imagine a alguien con quien tengo prohibido, por motivos profesionales, mantener relaciones sexuales.

Bajo el envoltorio rojo hay una cajita. Un bolígrafo. Yo secretamente esperaba un perfume. El frasco de la luna de miel está casi vacío. ¿Cómo es posible que un artista pueda ser tan observador en un momento dado y estar tan ciego acto seguido?

—Como siempre estás escribiendo, se me ha ocurrido que podría serte útil.

—Gracias —digo, dándole el paquete que tenía escondido en mi maleta. Es una caja de ceras. Ed las examina una a una. Tiene en la cara la expresión de un niño.

—Qué maravilla. Gracias.

—Ya puedes pintar unas cuantas Davinas más. —No he podido contenerme. Aunque, ¿cómo reaccionaría mi marido si yo me dedicara a presumir de otro hombre delante de él?

Su rostro se ensombrece.

—Mañana hemos de salir temprano —dice con frialdad—. Si no, llegaremos tarde a casa de mis padres.

La casa de mi infancia es preciosa. Pero la primera vez que vi la casa familiar de Ed, poco antes de nuestra boda, no me lo podía creer. Era prácticamente una mansión.

—En realidad, no es tan grande como parece —me dijo mientras yo permanecía en el coche, contemplando sobrecogida los muros y torreones isabelinos, el escudo de armas sobre la entrada, las ventanas con parteluz y los prados que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

¿A quién quería engañar? ¿A sí mismo? El engaño, empezaba a descubrir, se les da bien a los artistas. Claro que lo mismo puede decirse de los abogados. Ambos deben actuar. Interpretar un papel. Meterse en el interior de otra persona...

La verdad es que una gran parte de la casa está separada y abierta al público; las tarifas de las visitas se dedican a los gastos de mantenimiento. En la otra parte —esa zona polar donde te congelas de frío— viven sus padres, junto con un hermano y su esposa. Hay otro hermano que trabaja en Hong Kong, pero no ha podido venir este año a celebrar las Navidades.

Casi me alegro. Con los presentes ya hay de sobra. La madre de Ed es una mujer alta, angulosa y distante a la que no he visto desde la boda y que no me ha invitado hasta ahora a llamarla por su nombre de pila. Artemis. Le sienta

de maravilla.

El hermano es igual de pomposo; en cambio, el padre de Ed es bastante educado y me pregunta cómo va el caso «de ese asesino». Obviamente, se ha informado en los periódicos.

—¿Relacionarse con criminales? Qué profesión tan espantosa tienes, querida —dice mi suegra, estremeciéndose, durante la copa de aperitivo que tomamos antes de cenar en la biblioteca, otro rincón gélido de la casa, donde hay montones de libros con el lomo de cuero raído y medio desprendido—. ¿No te apetecía dedicarte a algo más bonito? En mis tiempos, cuando debíamos trabajar antes de casarnos, lo hacíamos de maestras o enfermeras. Desde luego, muchas de las hijas de mis amigas están en lo que creo que llaman «relaciones públicas» u «organización de eventos»...

Su voz se apaga ante la mirada que Ed le dirige, pero ya es demasiado tarde.

—En realidad —respondo—, yo creo que ese tipo de trabajos están mucho mejor para mujeres como Davina.

Se hace un silencio. Yo pretendía que sonara como un chiste. Pero nadie se deja engañar, y mucho menos Ed. O yo misma. La madre de Ed pasa diplomáticamente a otro tema (el reciente ascenso de su hijo mayor en una importantísima empresa de seguros), pero el daño ya está hecho.

—Necesito un poco de aire —le susurro a Ed, cogiendo mi chal de casimir, un regalo de mis suegros, y salgo a la terraza, desde la que se dominan los jardines.

Son preciosos, eso debo reconocérselo a mi suegra. Se pasa todo el tiempo ahí fuera, según parece.

—Artemis lo ha dicho sin querer.

Me vuelvo al oír esa dulce voz a mi espalda. Es mi cuñada, con un crío rechoncho y resfriado en brazos. Es la que mejor me cae de todos los parientes de Ed. Parece más normal que los demás y tiene las uñas un poquito mugrientas, seguramente porque trabaja por cuenta propia como diseñadora de jardines.

—Tan sólo dice lo que piensa. Ya te acostumbrarás.

El crío me sonrío. Tiene los dos incisivos muy separados. Yo no soy una

mujer maternal y apenas he tenido contacto con niños. Aunque, para mi propia sorpresa, he disfrutado mucho con la presencia de Carla en casa.

—No estoy segura de que quiera acostumbrarme —digo.

Mi cuñada frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—No entiendo por qué Ed se casó conmigo. —Mientras lo digo, tengo la sensación de hablar conmigo misma más que con esta mujer, a la que apenas conozco. Quizá sea el jerez que he ingerido en mi desesperado intento de entrar en calor y de dominar mis nervios—. Es evidente que él todavía siente algo por Davina. ¿Por qué me eligió a mí, entonces, y no a ella?

Se hace un breve silencio durante el cual capto un destello de indecisión en la cara de mi cuñada. El crío forceja para bajar. Ella lo deja con cuidado en el suelo.

—Pero... tú sabes lo del fideicomiso, ¿no?

—¿Qué fideicomiso?

—Me tomas el pelo, ¿verdad? —Examina mi rostro—. No. Ya lo veo. Mierda. Él nos dijo que lo sabías... —Parece sinceramente preocupada.

—Por favor —le suplico—, tú eres la única que me va a contar algo. ¿No te parece que tengo derecho a saberlo?

Mi cuñada echa un vistazo por encima del hombro. No hay nadie más en la terraza. El crío se ha sentado a sus pies y se está comiendo los grumos de tierra congelada de un tiesto, pero ella no se ha dado cuenta y yo ahora no quiero interrumpirla.

—Ed se quedó destrozado cuando Davina lo dejó para comprometerse con un banquero con el que se había estado viendo en secreto desde hacía siglos. El pobre Ed la quería de verdad, perdóname por decirlo. Pero no era sólo eso. El tiempo se agotaba. ¡Henry, haz el favor de escupir eso...!

—El tiempo se agotaba... ¿para qué?

—Es lo que trato de explicarte. El fideicomiso. Henry, escúpelos ¡ahora mismo! Fue instituido por los abuelos de los chicos. Todos deben casarse antes de los treinta y permanecer casados al menos cinco años, o no recibirán su herencia. Suena del todo absurdo, ya lo sé, pero el padre de Artemis, por lo visto, está obsesionado con la idea de que los hombres deben casarse. Su

hermano tenía ciertas inclinaciones, no sé si me entiendes, y atrajo un terrible escándalo sobre la familia en aquella época. Yo estaba enterada, pero Andrew y yo nos habríamos casado igualmente cuando lo hicimos, con o sin fideicomiso.

No me lo puedo creer.

—Nosotros nos casamos justo antes de que Ed cumpliera los treinta — digo despacio—. A mí me parecía un poco precipitado, pero me halagó que él estuviera tan entusiasmado...

—Y lo estaba, no me cabe duda.

—A mí sí. Siempre me extrañó que Ed se hubiera enamorado de mí. Yo no encajo para nada con él. ¿Por qué no se buscó a una chica más adecuada?

—¿No habrás estado escuchando demasiado a nuestra suegra? De verdad, Lily. Deberías tener más fe en ti misma. Salta a la vista que Ed te quiere. Tú eres justo lo que hace falta en esta familia. Una persona normal.

¡Normal! ¡Ja! La paradoja implícita casi hace que me pierda lo que dice a continuación.

—Cuando Ed nos habló al principio de ti, nos quedamos estupefactos, claro. Sobre todo porque la boda fuera a celebrarse tan pronto. Pero luego, cuando te conocimos, vimos por qué te había escogido. Tú eres el tipo de chica que él necesita. Buena. Fiable. Atractiva, pero sin ser una golfa. Dicho sin ánimo de ofender. Yo dije que si no funcionaba... Henry, deja de...

—¿Qué dijiste? —pregunto ansiosa.

Ella tiene la elegancia de adoptar un aire avergonzado.

—Dije que si no funcionaba, siempre podía divorciarse cuando se cumplieran los cinco años. Es un chiste privado que solemos hacernos entre las esposas.

—Ya. —Estoy tan atónita que no sé qué decir.

—Vamos. —Me da una palmadita en el brazo mientras volvemos adentro—. Tienes que ver el lado positivo.

—¿Bromeas?

—No del todo. Digamos que esto implica que todos vamos a recibir una herencia considerable cuando muera el abuelo. Ahora está en una residencia, por cierto. Con demencia, el pobre. Y no le echas la culpa a Ed —añade,

poniéndose más seria—. Él estaba acorralado. Deberías haber oído cómo despotricaba Artemis sobre todo el dinero que iba a perder si no se decidía a dar el paso. Eso sí, debería habértelo contado.

Si lo hubiera hecho, yo no habría aceptado su propuesta de matrimonio, y él debía de ser consciente de ello. Todo el asunto parece de locos en el mundo actual. Pero, por otra parte, la familia de Ed no procede del mismo medio que la mía. Eso lo he sabido siempre. Sólo que no me daba cuenta de lo lejos que estábamos cuando se trata de decir la verdad.

O de lo cerca que estamos.

—Claro —continúa mi cuñada—, fue una pena cuando Davina rompió su compromiso con ese otro tipo...

Se me pone la piel de gallina.

—¿Cuándo?

—¡Henry! ¡Estate quieto! Durante vuestra luna de miel...

Ahora, finalmente, todo acaba de encajar.

—Ya veo —digo aturdida.

—¿Qué es lo que ves?

Es Ed, que aparece a mi espalda.

Tiene todo el aspecto de un alumno de colegio privado, con su chaqueta azul marino, su camisa blanca y sus pantalones beige con pinzas. Pero por dentro no es mejor que un criminal. ¿Acaso no me ha robado mi vida?

—Te casaste conmigo para no perder tu herencia —siseo con furia—. Pero tú en realidad querías a Davina. Con razón estabas tan disgustado cuando volvimos de nuestra luna de miel y descubriste que ella había roto su compromiso.

Ed tiene la alarma pintada en la cara. Durante unos momentos, he albergado la esperanza de que toda esta historia fuese una sarta de mentiras. Pero mi marido guarda un silencio desconcertante, sin hacer ningún intento de negar la acusación. Como todos los buenos abogados, he llegado al fondo de la verdad. Pero no encuentro ningún placer en ello.

—Y ahora —continúo, enfurecida— ella desearía haberte esperado a ti, y tú a ella.

Él me sujeta del brazo.

—Vamos a dar un paseo.

Mi cuñada ha desaparecido con el crío. Caminamos por el sendero de grava que discurre entre los primeros copos de nieve. Ed habla con voz ronca.

—Ella no debería haberte contado nada.

—Sí. Claro que debía. —Me zafó de su brazo—. Te casaste conmigo por dinero. Pero podría haber sido con cualquier otra, con tal de que la boda se celebrara antes de tu cumpleaños.

Ed desvía la mirada hacia el lago.

—No sucedió así. Vale, yo no quería perder mi herencia. Sabía que cuando la recibiera me permitiría dejar mi trabajo y dedicarme a la pintura. Quizá incluso abrir mi propia galería. Pero, al mismo tiempo, me sentía realmente atraído por ti. Había algo muy especial en tu rostro cuando me contaste que tu hermano había muerto..., y cómo había muerto. Intenté plasmar tu expresión después de aquella primera noche, pero no lo conseguí. Era como si tu dolor fuese demasiado profundo.

—¿Te casaste conmigo por compasión?

Ahora su tono es suplicante.

—No es eso lo que quería decir. Me casé contigo porque me intrigabas y porque vi que eras una buena persona. —Su cara se crispa—. Tú te empeñaste en limpiar la mancha de vino de la moqueta, en aquella fiesta, en lugar de fingir que no lo habías derramado tú. Davina la habría dejado ahí sin inmutarse. Tú eres mucho mejor persona que ella. Sinceramente.

«¿Sinceramente?» Me siento tentada, como tantas otras veces, de contárselo todo. La culpa me pesa por dentro como una roca enorme. Pero si yo estoy disgustada por el asunto del fideicomiso, ¿cómo se sentiría él si supiera lo que hice?

Intento retroceder, pero, antes de que pueda escabullirme, Ed me sujeta la cara con ambas manos.

—Tú eres una persona maravillosa, Lily. Por dentro y por fuera. Y lo más asombroso es que no te das cuenta. Ésa fue otra de las razones de que me enamorase de ti. Además, eres valiente. Leal. Inteligente. Ya sé que no he sido muy comprensivo con lo mucho que estás trabajando, pero en realidad me llena de orgullo que te dediques a ayudar a los desvalidos, como ese preso

tuyo acusado de asesinato.

«¡Lo has entendido todo mal!», quisiera gritar.

—Entonces ¿por qué has estado tan desagradable conmigo?

—Porque... porque me sentí herido al ver que no querías nada conmigo. Ya me entiendes. Físicamente. Me sentí rechazado. Y entonces Davina me dejó claro que aún estaba interesada y yo..., bueno, tuve la tentación. Pero no pasó nada. Te lo juro. Y, además, está ese caso tuyo. Da la impresión de que es lo único que te interesa y...

Noto una opresión en el pecho. La cantidad de abogados de mi especialidad divorciados atestigua que esta profesión causa estragos en la vida personal.

Ed se pasa las manos por el pelo.

—Quizá nos casamos muy deprisa, Lily. Pero ahora te conozco mejor y..., bueno, quiero estar contigo. De veras.

¿Será así? ¿O es el dinero el que habla? Cinco años de matrimonio para recibir la herencia.

—Dime —murmura, atrayéndome hacia sí— que tú también me amas.

¿Amarle? ¿Qué es el amor? Seguro que yo soy la última persona indicada para responder a esa pregunta.

—Podríamos volver a intentarlo —dice despacio. Me ladea la barbilla para que lo mire a los ojos. Ahora es importante no desviar la mirada—. ¿Qué te parece?

Ya nos hemos dicho estas cosas otras veces. Y después nos hemos acabado peleando de nuevo. Pero ahora, además, me vienen a la cabeza unos ojos castaños casi negros. «¡Fuera, fuera de mi vista!», quisiera gritar.

—No sé —le digo apenada—. No puedo pensar con claridad. Y menos con este caso en marcha.

Es verdad. Si de algo me ha servido ver a mis padres estas Navidades y volver a entrar en la cuadra vacía, ha sido para reafirmarme en mi resolución de seguir adelante con el caso. Quiero ganarlo. Contribuir a que se haga justicia. Eso es más importante que mi vida personal. Después de lo de Daniel, tiene que ser más importante.

Bajo la vista hacia las manos de mi marido, que sujeta las mías. Y me

suelto con delicadeza.

—Te daré una respuesta cuando haya terminado. Lo siento.

20

Carla

Carla tuvo que soportar el llanto de su madre durante todo el día de Navidad. No había forma de que parase de llorar. Lloraba al desenvolver el regalo de Larry y lloraba al forcejear para ponérselo.

Al principio, intentó consolarla.

—Déjame ayudarte con el cierre.

Pero cuando mamá se miró en el espejo, ya con el medallón de plata colgado del cuello, y se puso a llorar aún más, Carla se dio por vencida.

Me pregunto si la reina también llora, pensó para sus adentros, mientras miraba —sentada en cuclillas ante el televisor— a esa mujer tan vieja de pelo gris y amable sonrisa hablando de la «importancia de los valores familiares».

Ella no se habría molestado en cambiar de canal para escuchar el discurso de la reina de no ser por su nueva amiga del colegio. «Nosotros siempre lo vemos», le había dicho Maria mientras se zampaban los caramelos que las monjas habían repartido tras los villancicos y el oficio del final de trimestre.

A veces, Carla se sorprendía, con cierta culpa, deseando formar parte de la familia de Maria. Pero al menos, gracias a su amiga, ahora tenía a Kitty. Y también gracias a ella estaba viendo en la tele el programa adecuado. Ya sólo le faltaba una madre que no tuviera la cara roja de tanto llorar.

Si Larry no hiciera tan desgraciada a mamá, todo iría bien, pensó mientras miraba la cara tranquilizadora de la reina.

Estaba segura de que pronto ocurriría algo. Sólo debía tener un poco de paciencia.

—¿Tú crees que Ed y Lily ya habrán vuelto? —le preguntó a mamá en una pausa entre sus sollozos.

Ella meneó la cabeza acongojada. Si Larry la viera ahora, pensó Carla, no la encontraría muy guapa con esas manchas negras bajo los ojos.

—Todavía están con su familia —contestó mamá—. Tal como nosotras deberíamos estar con la nuestra.

Carla pensó en la brillante felicitación navideña del niño Jesús que habían mandado a Italia y en la muy esperada respuesta, que no había llegado.

Mamá rompió a llorar de nuevo.

—Es todo por mi culpa...

—¿Por qué, mamá?

—Es así, sencillamente.

Su madre miró el segundo paquete que había bajo el árbol.

—Bueno, ¿no vas a abrir el regalo de Larry? Lo he sacado del cubo de la basura. Por si acaso.

En gran parte, Carla no quería abrirlo. Pero había una parte de ella que sentía curiosidad...

—Vamos —la apremió mamá, con los ojos brillantes.

Carla dedujo lo que estaba pensando. Si era un buen regalo, querría decir que Larry amaba más a mamá que a su esposa y a la niña que habían visto a través de la ventana.

El envoltorio era difícil de deshacer. Lo habían asegurado firmemente con cinta adhesiva, como si no quisieran que llegara a abrirlo. Por fin, consiguió sacar lo que había dentro. Era una caja. Una caja alargada y delgada. Y contenía...

—¡Un reloj! —exclamó mamá, con voz ahogada—. ¡Qué amable ha sido Larry! —Ahora reía entre las lágrimas—. Es caro, ¿verdad? ¿Qué dice la tarjeta?

Carla la miró y se la metió en el bolsillo.

—¿Qué ponía? —insistió mamá.

—Nada. Sólo «Feliz Navidad» —dijo con indiferencia. Aunque por

dentro Carla estaba rabiosa. Las palabras estaban escritas cuidadosamente con tinta negra, como para que se leyeran con toda claridad.

«Sé una buena niña.»

Larry estaba advirtiéndole que se portara bien. Pero era él quien debía andarse con cuidado.

—¡El teléfono! —exclamó mamá—. Rápido, antes de que deje de sonar. Seguro que será Larry. Ve tú, por favor. Yo necesito calmarme un poco. Primero habla tú. Dale las gracias por el reloj. Luego me pondré yo.

Carla fue a regañadientes hacia el teléfono. Despacio, remoloneando, descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¿Está tu madre ahí? —Larry hablaba en voz baja, como si no quisiera que le oyera nadie.

—No vuelvas a llamar —susurró ella, para que mamá no la escuchara. Y luego colgó con violencia.

—¿No era él? —La voz de mamá se elevó en un afligido crescendo.

—Creo que era la misma persona que ha llamado antes —dijo Carla, con la vista fija en la alfombra. Si la miraba de cerca un rato, veía la cara de un león en el estampado granate.

Mamá se estremeció.

—¿El que no dice nada?

—Sí.

La cara de la alfombra le devolvió la mirada. «¡Mentirosa! ¡Mentirosa!», decía sólo con los labios.

Mamá dejó de llorar y la rodeó con el brazo.

—No debes preocuparte, pequeña. Es culpa mía. La próxima vez, cogeré yo el teléfono.

Pero no volvió a sonar. Ni tampoco durante dos días enteros. Dos días durante los cuales Carla, Kitty y la cara de león de la alfombra pensaron que quizá se habían salido con la suya.

Y entonces pasó lo que pasó.

—¿Por qué mentiste a tu madre?

Los ojos de Larry relucían con dureza. Le hicieron pensar en el cuchillo que usaba mamá para cortar el pan. Normalmente, ella se ocupaba de hacer su propio pan, porque el que vendían en las tiendas no era «bueno ni para los perros». A Carla le encantaba el olor del pan recién hecho. E intentó recordarlo ahora para sentirse mejor. Pero no le venía el recuerdo.

Imposible acordarse ahora que tenía a Larry plantado delante, junto a mamá. Los dos contra ella.

Carla inspiró con agitación.

—Ya te lo he dicho. Creí que era un extraño. El que llama y no dice nada.

—Es cierto —intervino mamá, con una expresión ansiosa. Tan asustada como cuando llegaba un sobre marrón con las palabras «PAGO ATRASADO» escritas en rojo en el interior—. Yo misma he recibido esas llamadas. Nos han asustado mucho.

Los ojos de Larry centellearon.

—Entonces tienes que llamar a la policía.

Mamá soltó una risa estridente.

—¿A ellos qué más les da? Si ni siquiera son capaces de impedir que los críos rompan los cristales... Este barrio no es nada bueno. Incluso Ed lo dice.

La cara de Larry dio una brusca sacudida, como si le hubieran atado un cable en su larga y delgada nariz y hubieran tirado con fuerza.

—¿Quién es Ed?

—Ya sabes —dijo Carla, con un deje desdeñoso—. El vecino que cuida de mí con su esposa cuando mamá está «trabajando». —Pronunció esta última palabra con retintín para que no quedaran dudas sobre lo que quería decir. «Mamá no trabaja los domingos, en realidad. Los pasa contigo, en vez de quedarse conmigo.»

La mirada de Larry se detuvo en la muñeca de Carla.

—¿No llevas el reloj?

—No funciona.

—¿De veras?

¿Por qué sonaba divertido, y no enfadado?

La rabia la volvió temeraria.

—¿También le has comprado uno a tu hija?

Menos mal que mamá se había ido a la cocina a poner el hervidor. La cara de Larry se acercó mucho a la suya. Notó un olorcillo a whisky.

—Te crees muy lista, ¿verdad, Carla?

«No —deseaba decir—. Soy una idiota en mates, aunque ahora me ayuda mi nueva amiga.» Pero en lugar de responder se fijó en una marca del cuello de Larry que parecía de ketchup. Si se concentraba así, quizá conseguiría mantener la boca cerrada.

—Sin comentarios, ¿eh? —Larry volvió a erguirse y la miró como evaluándola—. Me parece muy bien. Te crees lista porque eres lista, Carla. Hazme caso. Quizá tú no lo sepas, pero es verdad. Algún día llegarás lejos. —Entornó los ojos—. Lo que no sé es en qué dirección. Si será para bien o para mal. Eso depende de ti.

Dos semanas después, Carla volvió del colegio llena de emoción.

—Mi amiga Maria me ha invitado a su casa —gorjeó.

Mamá estaba en la puerta. Ahora que Carla tenía diez años, habían decidido que ya podía volver por su cuenta, siempre que no hablara jamás con desconocidos. Como el nuevo colegio estaba mucho más cerca, además, nunca se perdía.

—¡Qué honor tan grande! —Mamá parecía sofocada, y Carla se preguntó por un momento si Larry estaría en casa. Mamá siempre se ponía más roja cuando él estaba allí.

Pero no. No había nadie en el apartamento.

—¡El miércoles que viene! —dijo Carla, hablando a borbotones—. Su madre me recogerá en el colegio. Y luego volverá a traerme a casa. Vamos a jugar con sus Barbies.

—¿Su madre conduce? —preguntó mamá, con expresión envidiosa.

Carla asintió.

—Todas las madres conducen. Porfi, mamá, porfi. Dime que me dejas.

—Pues claro. —Su madre volvía a ser toda sonrisas—. Me gusta que tengas amigas, buenas amigas, en este colegio. Ahora, una madre que

conduce su propio coche debe de tener mucho dinero, ¿no crees?

Y era cierto. Maria vivía en una casa enorme, capaz de albergar el número 3 y el número 7, y quizá otro más incluso, de su bloque de apartamentos.

Y la comida era deliciosa. Nada de pasta.

—Hay filete —le dijo la madre de su amiga, observando con qué apetito comía—. ¿Te gusta?

Carla asintió en silencio. No quería hablar con la boca llena. También se cuidaba de sujetar el cuchillo y el tenedor tal como lo hacían la madre y su amiga. Al terminar, se ofreció para secar los platos.

La mujer sonrió.

—¡Veo que estás muy bien educada! En realidad, tenemos un lavavajillas. Pero podéis ayudarme a cargarlo.

¡Qué máquina tan inteligente!

—Los platos se colocan de lado. ¡Eso es! —La madre le pasó otro plato mientras charlaba con ella como si fuera una adulta, lo cual hacía que se sintiera mejor consigo misma—. Maria me ha dicho que tu madre procede de Italia, igual que mi marido. ¿De qué parte es ella?

Carla titubeó, porque no quería parecer idiota. Mamá siempre se alteraba tanto cuando le hacía preguntas sobre su familia que prefería no preguntar demasiado.

—No estoy segura, pero sé que está en un valle rodeado de colinas y montañas. Le he oído decir que queda a una hora de Florencia por una carretera muy empinada y llena de curvas.

—¿De veras? Tengo que preguntarle a mi marido si sabe dónde es. Él procede del centro de Florencia, ¿sabes? Allí fue donde nos conocimos. — Sus ojos cobraron un aire soñador—. ¿Tú has estado allí alguna vez?

—No. —Carla meneó sus rizos negros—. Pero mamá dice que algún día iremos de visita.

Eso no era estrictamente cierto, pero pareció que era la respuesta adecuada, porque la madre de su amiga les dijo que cogieran ellas mismas un helado del congelador. Algún día, pensó Carla, ella también tendría un congelador y un lavavajillas y un tocador tan bonito como el que había en la

habitación de su amiga. Y entonces ella y mamá serían felices por fin.

Más tarde, la madre de Maria la dejó frente a su bloque, donde el grupito de chicos de siempre haraganeaba, sin hacer otra cosa que deambular y patear el muro con las botas.

—Entraríamos contigo, querida, pero no quiero dejar el coche aquí fuera.

Carla experimentó una sensación de abatimiento cuando se alejaron. ¡Y su casa le pareció mucho más pequeña que antes!

—¡¿Te lo has pasado bien?! —gritó mamá desde la cocina.

Carla asintió.

—¿Podemos pedirle a Larry que nos compre un lavavajillas? La madre de Maria tiene uno.

—Pero eso es porque ella tiene un marido, piccola mia. Quizá...

Se detuvo al oír que sonaba el teléfono.

—Ya voy yo —dijo.

Pero Carla llegó antes y descolgó. Le preguntaría a Larry lo del lavavajillas para mamá y el tocador para ella.

—¿Sí?

Esta vez sí que había al otro lado alguien respirando, sin decir nada.

A toda prisa, colgó el auricular con un golpe.

21

Lily

Finales de enero de 2001

Todo lo que ha sucedido desde el pasado septiembre se encaminaba hacia esto. Faltan pocas semanas. La tensión va en aumento. No sólo en mi estómago, sino también en la oficina.

Aunque hubiera deseado ver más a Ed desde las vacaciones de Navidades, no habría podido. Desde que volví a ocupar mi escritorio, ha sido un no parar. Llamadas. Cartas. Visitas a la prisión. Joe Thomas, según parece, armó un escándalo cuando Tony fue a verle sin mí, y se negó a reunirse con él. «Quiero ver también a la señora Macdonald», espetó.

Así que fui. Me corroía por dentro una mezcla de excitación y de temor. Ni siquiera presté atención a las preguntas de rutina (patatas fritas, cinta adhesiva, objetos punzantes, etcétera).

Diciéndome que debía de estar loca, le pasé a Joe Thomas un montón de documentos para firmar. Debajo de la segunda carpeta, había otro álbum de cromos de la colección de mi hermano.

—Gracias. —Los ojos de Joe taladraron los míos. Como si una pieza metálica encajara en otra con un clic.

¡Qué fácil había sido! La excitación puntual, sin embargo, dio paso a una abrumadora sensación de terror y de recriminación a mí misma. ¿Por qué me

empeñaba en hacer locuras?

Afortunadamente, Tony estaba demasiado ocupado garabateando unas notas para darse cuenta de nada. Desde las Navidades, lo había visto muy distraído. De vez en cuando le formulaba a Joe la misma pregunta dos veces. «No voy a presionar más a nuestro hombre para que nos diga cómo consiguió esas cifras de las calderas —me había dicho antes de la reunión, dando un giro radical al respecto—. Creo que lograremos sacarle mucho más con una actitud menos agresiva. Asimismo, he revisado de nuevo las cifras y no cabe duda de que son fiables. Podríamos estar ante un asunto de enormes dimensiones, ¿sabes?»

Yo dejé que procediera. El experto es él, al fin y al cabo.

Mientras hablaba, se iba pasando las manos por el pelo: un gesto frecuente en él. Sin poder evitarlo, noté que tenía una marca morada azulada en un lado del cuello. ¿Las parejas que llevan casadas treinta años (uno de los pocos datos que he averiguado de Tony) siguen dándose mordiscos?

Cuando terminara el caso, me dije, me ocuparía de mis problemas matrimoniales.

Pero ahora mismo tengo la excusa perfecta para trabajar hasta muy tarde y volver a casa justo cuando Ed va a acostarse. Eso sí, dejando otra botella de vino vacía en un rincón.

La presión de los medios también va en aumento. «Otra llamada de The Daily Telegraph —informa una de las secretarias, que también está aquí quemándose las pestañas, con un tono más respetuoso que unos meses atrás—. ¿Quiere ponerse?»

No. Como siempre. Para empezar, el caso está sub judice. No podemos hablar sobre la causa. Y aunque sea para uno de esos reportajes sobre presos que han ganado su apelación y seguido con su vida, no quiero saber nada de entrevistas.

No hemos llegado aún a esa fase.

Los dedos me hormiguean de excitación mientras reviso una y otra vez los argumentos y las cifras y las declaraciones de los testigos.

—Te das cuenta de que éste es un caso clave, ¿no? —me comentó mi jefe el otro día.

Como las secretarias, también ha empezado a tratarme con más cortesía. «Si ganamos esta apelación, todo el mundo querrá venir con nosotros. No quiero presionarte, Lily. Pero esto podría ser no sólo la consagración del bufete, sino también tu consagración profesional.»

La prensa y mi jefe no son los únicos que están cada vez más excitados. Lo mismo le sucede a Joe Thomas, por mucho que se esfuerce en ocultar sus emociones.

—¿Creen que tenemos alguna posibilidad? —nos pregunta en nuestra última visita: la última antes de la vista en el tribunal.

Tony asiente con firmeza.

—Siempre que usted actúe tal como hemos ensayado. Mire a los ojos a los miembros del jurado. Recuerde que uno de nuestros argumentos clave es que usted ha sido diagnosticado oficialmente de síndrome de Asperger, así como de una necesidad de controlarlo todo y de atenerse a ciertos patrones y rituales. Ésa es también la razón de que usted diera una impresión de frialdad e insensibilidad cuando llegó la policía. Una de cada cuatro personas en Reino Unido padece un problema mental a lo largo de su vida. Es probable que algunos miembros del jurado se sientan identificados. Al resto nos los ganaremos tan sólo con los datos objetivos sobre las calderas.

Pero Joe frunce el ceño.

—No creo que mi tendencia a controlarlo todo sea un problema. Y yo no actué con frialdad e insensibilidad. Me limité a explicarles lo ocurrido. De la forma que usted lo dice parece como si yo fuera una especie de monstruo.

—No pretende decir eso —me apresuro a puntualizar—. Tony sólo quiere que usted cuente la verdad. Que explique que Sarah llegó tarde para la cena, que usted siempre la tenía lista puntualmente. Que vomitó porque había bebido demasiado. Que usted odia el desorden y la suciedad. Que le sugirió que se diera un baño. Pero que ella no dejó que se lo preparase como solía hacer, de acuerdo con sus normas. A usted eso le molestó, así que se puso a limpiar el estropicio para recuperar el control de la situación. Al cabo de media hora, como no oía ningún chapoteo, usted se preocupó. Fue al baño para comprobar que ella estaba bien. Y entonces la vio en el agua. Cubierta de ampollas... Fue un terrible accidente.

Me detengo. Los dos hombres me están mirando.

—Es casi como si hubieras estado allí —dice Tony con lentitud.

Me viene a la cabeza una imagen de las cuadras. El olor del heno. La escarcha en las vigas. El cálido resuello de Merlin en mi cuello helado. El grito angustiioso de mamá: «¡No! No puede ser cierto. Tiene que ser un error».

—Bueno, pasemos a otra cosa —digo seca.

Ojalá fuese tan fácil.

Marzo de 2001

—Como sabe, señoría, éste es un caso importante y delicado: no sólo para el defendido, que ha mantenido su inocencia en todas sus declaraciones, y por supuesto para la familia de la fallecida y para la opinión pública en general; sino también para un miembro de mi equipo legal, que ha sido objeto de una grave campaña de acoso. La fiscalía, y mi distinguido colega, por supuesto, han sido informados de ello. Y si alguno de los presentes en esta sala tuviera contacto con los culpables de dicha campaña, deben saber que cualquier nueva tentativa tendrá graves consecuencias.

Tony Gordon hace una pausa para que todo el peso de sus palabras sea asimilado. Debo reconocérselo: tiene todo el porte de un abogado defensor mientras deambula por la sala gesticulando y mirando a los ojos a los miembros del jurado. A mí, si fuese uno de ellos, ya me habría convencido. ¿Cómo sería estar casada con un hombre como él? Tengo la sensación de que nuestro abogado litigante es capaz de moldear la verdad a su conveniencia; y de convencerse a sí mismo de que tiene todo el derecho del mundo a hacerlo.

La fiscalía ya ha intervenido. Los abogados de la otra parte presentaron una sólida acusación contra Joe, en la que se afirmaba que era un maltratador obsesionado con el control y un asesino a sangre fría. Pero la suerte no los acompañó en lo relativo a la antigua novia que había denunciado en su día a Joe por acoso. Resulta que la chica murió hace un año de cáncer de pulmón. ¡Una chica tan joven! El alivio que siento me escandaliza. Pero así funciona

la ley. La desgracia de otra persona puede servir para darle solidez a tu argumentación.

—Debo dejar claro desde el principio —continúa Tony— que, aunque el acoso sufrido por un miembro de mi equipo es grave, no parece estar directamente relacionado con las cuestiones abordadas en este caso. No obstante, si aparecen datos en otro sentido, presentaré una moción para someterlo a la consideración del jurado.

Me pongo roja como un tomate. Tony no me había preparado para esto.

Pese a su afirmación de que el acoso no está relacionado directamente con el juicio, él sigue extendiéndose sobre el asunto. ¿Es una estrategia quizá?

—Se han enviado cartas amenazadoras. Se ha sustraído en plena calle un bolso con documentos de vital importancia. Y lo peor de todo, un caballo de uno de mis colegas ha sido envenenado con la intención de obligarnos a abandonar el caso.

No menciona mi nombre, ni tampoco el hecho de que la primera carta procedía del tío de Sarah, pero queda claro quién es ese «colega» por mi cara ruborizada y por el vistazo rápido pero significativo que Tony lanza en mi dirección.

Suena un murmullo ahogado en la sala. Desde el banquillo, Joe Thomas busca mis ojos con la mirada. Hay en los suyos una compasión que no había visto antes, ni siquiera cuando me hablaba de la pobre Sarah.

¿Cómo se atreve Tony a señalarme de este modo? Y entonces me doy cuenta de que lo ha hecho a propósito. Quiere que el jurado vea lágrimas en mis ojos. Que perciba el dolor causado por los poderes invisibles que no querían que este caso llegara a juicio. El jurado tal vez no se ha dejado impresionar por Joe Thomas a causa de la arrogancia con la que se expresa. Pero quizá sí que puedan despertar sus simpatías las tribulaciones de una mujer joven. Como yo.

Durante un buen rato, dedico toda mi atención a adoptar una actitud profesional. Es el destino de Joe Thomas lo que estamos decidiendo aquí. Un hombre con unos hábitos que pueden resultar extraños para el resto de la gente. Un hombre que es la víctima de un escándalo nacional.

Cuando remite mi incomodidad, me sorprende recorriendo la sala del

tribunal con la mirada. No había estado nunca aquí. Mi trabajo para el bufete se ha desarrollado hasta ahora en los juzgados ordinarios. Esta sala es diferente; más grande. Casi tiene el aspecto de una iglesia. La madera es de caoba. Joe Thomas está situado por encima de nosotros, en una jaula de cristal. Sus manos se aferran con fuerza al pretil que tiene delante. Hace calor aquí, pese a la escarcha que hay en la calle y que por poco me ha hecho resbalar esta mañana, cuando he llegado a las ocho y media. Este tribunal, como tantos otros, parece por fuera un edificio municipal vulgar, con su mugrienta fachada blanca de aspecto impersonal. Pero esa apariencia exterior no presagia el circo —o el teatro— que hay aquí dentro.

El futuro de un hombre está en juego.

¡Qué responsabilidad!

Empiezo a sudar.

Joe Thomas también.

Observamos cómo Tony y la fiscalía preguntan y repreguntan a los testigos: expertos en calderas, estadísticos, funcionarios de seguridad en el trabajo, diversos agentes de policía que intervinieron la noche del asesinato. Entonces, Tony arroja una bomba: otra para la que no me ha preparado. Llama al estrado al joven que se mudó al piso de Joe tras la muerte de Sarah. Después de plantearle una serie de preguntas inocuas, aborda la cuestión principal.

—¿Podría describir a sus nuevos vecinos, el señor y la señora Jones?

El joven suspira audiblemente.

—Son conflictivos. Nos hemos estado quejando por el ruido de su televisor. Primero hablamos con ellos cara a cara. Como no nos hicieron caso, escribimos al ayuntamiento, pero no ha cambiado nada y la situación se ha vuelto insoportable. Ya hemos presentado una solicitud para conseguir otro piso.

—¿Da usted crédito a las afirmaciones que hicieron de haber oído gritos procedentes del piso de la fallecida?

—Francamente, me sorprendería que hubieran podido oír nada por encima del ruido de su televisor.

Sabía que Tony era bueno. Pero no tan bueno.

Luego ocupa el estrado la antigua jefa de Sarah. Ella en un principio no había querido testificar porque la consideraba una «amiga». Pero ahora, bajo juramento, reconoce que tenía un «problema con la bebida». Y resulta que le habían dado un ultimátum por estar borracha en horas de trabajo.

Todo esto contribuye a dibujar un panorama más amplio en el cual Joe ya no es un ser diabólico, como la acusación se empeñó en presentarlo en el primer juicio.

Después le toca el turno a otra experta médica. Sí, declara, es bastante posible que una persona con un «exceso de alcohol en el organismo» pudiera meterse en una bañera de agua hirviendo sin darse cuenta y que estuviera demasiado borracha para salir por sus propios medios. Y sí, los morados que se infligió ella misma en la caída y en los intentos de escapar podrían resultar difíciles de distinguir de los morados provocados por otra persona.

Llaman a declarar también a otros vecinos. Se trata de dos hermanas de edad avanzada. Una maniobra astuta de Tony. Ambas testifican que habían visto con frecuencia a Joe «comportándose como un auténtico caballero» con Sarah. Le abría la puerta del coche. Le llevaba las bolsas de la compra. Ese tipo de cosas. «A menudo comentábamos que era una joven muy afortunada», dice la mayor con una sonrisa afectada.

A continuación sube al estrado una amiga de Sarah. Ella es lo que nosotros llamamos un «testigo hostil». Alguien que no quiere testificar, pero que se ve obligado por orden judicial. Sí, confirma, Sarah tenía un problema con el alcohol y eso la impulsaba a cometer estupideces. ¿Podría poner un ejemplo? ¿Qué me dice del viernes anterior a su muerte? La amiga reconoce a regañadientes que Sarah estuvo a punto de ser atropellada por un coche en una salida nocturna con la gente del trabajo. La información debe de proceder de otra compañera. ¿Y es posible que Sarah se hubiera caído en una bañera de agua hirviendo cuando estaba borracha? Otro sí a regañadientes.

¿Por qué en el primer juicio no fueron llamados a declarar algunos de los expertos que hemos escuchado ahora? Ya lo he dicho antes: hay buenos abogados y otros que no lo son tanto. Y, como es natural, requiere tiempo (o sea, dinero) e ingenio encontrar a los expertos adecuados.

Mañana escucharemos a algunos especialistas en trastornos del espectro

autista. A Joe le reventará todo lo que digan, pero él sabe perfectamente que necesita ese testimonio para su defensa. Al parecer, una de cada cien personas sufre algún trastorno de este tipo. Es de esperar que haya alguien en el tribunal que se sienta identificado.

Y, para terminar, llamaremos al estrado a las familias en las que alguno de sus allegados se escaldó de gravedad, pero sobrevivió. «Hay que guardar lo mejor para el final», como dice Tony.

Lo bueno de todo esto es que desde que ha comenzado el juicio no he pensado ni una sola vez en Ed.

«Cuando termine el caso. Cuando termine el caso.» La decisión más difícil de mi vida se cierne en el horizonte amenazadora.

Aunque, en el fondo, ya sé lo que debo hacer.

—¡El jurado sólo ha tardado cincuenta y cinco minutos! ¡Y usted que creía que serían horas!

La cara de Joe no parece la misma que la que tenía en prisión. Ahora está iluminada. Eufórica. Exhausta también.

Tony y yo nos sentimos igual.

—Ellos sabían que yo era inocente. —Joe tiene un poquito de espuma en el labio superior. Una cerveza. Era lo primero que quería, nos ha dicho. Una pinta en un pub, «en compañía de la libertad y de las dos personas que la han hecho posible».

Nunca lo había oído hablar con tanta emoción. Pero me estaba mirando a mí cuando lo ha dicho. Ahora mismo me siento tan exaltada por la declaración de inocencia como si me hubieran absuelto a mí. Tony siente lo mismo. Lo noto en su cara arrebolada, que parece decir: «Hemos ganado».

—Un proceso legal es un juego —me había dicho al principio—. Si ganas, eres el rey. Si no, un perdedor. Y esto último no puedes permitirte. Por eso es tan adictivo. Por eso, también, te sientas en el banquillo junto a tu cliente.

Y por eso, podría añadir yo, un abogado siente la necesidad de ganar los litigios también en su vida privada. Porque si no puedes ganarlos, cabe

deducir (con razón o sin ella) que no eres nada bueno en tu trabajo. ¿Gana Tony sus litigios en casa? Sospecho que sí. No quiero pensar en mi propia situación.

A la salida del tribunal había una multitud de cámaras y flashes, una legión de periodistas que gritaban y nos ponían micrófonos delante. Tony ha hecho una breve declaración: «Hoy se ha hecho justicia por fin, no sólo para Joe Thomas, que ha sido declarado inocente después de tanto tiempo, sino también para todas las demás víctimas. Esperamos que haya otras repercusiones en breve». Luego, con la destreza de la experiencia, nos ha guiado hacia un coche que nos estaba aguardando y que nos ha traído a este pub de Highgate, cuyos parroquianos son tipos más bien ricachones, no periodistas. He buscado a Ed con la mirada entre la multitud, pero no lo he visto por ningún lado.

Ya pensaré en él más tarde. Ahora, este momento es nuestro.

«Gracias por todo.» Eso es lo que cabría esperar que Joe dijera. Lo que cabría esperar de una persona normal. Pero Daniel tampoco daba nunca las gracias.

—¿Y ahora qué planes tiene? —pregunta Tony, tras lo que apura su vaso y echa un vistazo al reloj.

Deduzco por su forma de hablar que no le ha sentado bien que no le diera las gracias y también (lo que es revelador) que en el fondo le tiene sin cuidado nuestro cliente, que estrictamente ya ha dejado de serlo.

Joe Thomas se encoge de hombros.

—Emplearé el dinero para empezar de nuevo en otra parte.

Se refiere a las donaciones de los seguidores que han llegado durante el proceso, sobre todo desde que Joe declaró que no quería indemnización, sino sólo que su nombre quedara libre de toda sospecha. Como escribió uno de esos admiradores en una carta a The Times: «Es un testimonio en favor de la sociedad actual el hecho de que todavía haya gente decente..., aunque sus actos hayan sido malinterpretados en el pasado».

—También me gustaría encontrar un trabajo distinto —añade.

Evoco en mi mente el perfil personal que leí en el tren hace ya tantos meses. Parece que haga toda una vida.

Joe Thomas, treinta años, vendedor de seguros. Condenado en 1998 por asesinar a Sarah Evans, de veintiséis, dependienta de moda y novia del acusado...

—¿Ya sabe adónde irá ahora? —Veo, mientras hablo, que Tony me lanza una mirada de advertencia. No te pongas demasiado personal. Nosotros ya hemos hecho nuestro trabajo.

—Me buscaré un hotel, supongo. O una habitación. No es que tenga un hogar adonde volver esta noche.

Una vez más, me sorprende la forma literal que tiene de entender mi pregunta.

—¿Y qué me dice del futuro? —le planteo.

—Todavía lo estoy pensando. —Sus ojos me miran fijamente—. ¿Alguna sugerencia?

Noto una tensión en la garganta.

—Yo, en su lugar, supongo que me iría al extranjero. A Italia quizá. —Dios sabrá por qué me viene a la cabeza justo el lugar de mi luna de miel.

Joe se seca la boca con la manga de la camisa.

—¿No daría la impresión de que estaba huyendo?

Tony se pone de pie.

—No quiero que crea que estoy haciendo lo mismo, pero me esperan en otro sitio. —Me da la mano—. Ha sido un placer trabajar contigo, Lily. Llegarás lejos. —Luego examina a Joe y parece titubear. Contengo el aliento.

A veces me pregunto si Tony realmente cree que Joe es inocente. O si le importa siquiera.

Es el prestigio lo que a él le interesa. Ganar un caso importante que salga en los periódicos. He percibido el placer que sentía en la expresión de su rostro frente a las cámaras. Y yo también participo de ese placer. Hemos hecho historia con este caso. La sensación es maravillosa.

—Buena suerte.

Suspiro de alivio por dentro cuando Tony le estrecha la mano a Joe por fin y se aleja hacia la salida. Pero nuestro cliente ha captado su vacilación.

—No le caigo bien. —Joe lo dice como constatando un hecho, no

esperando que yo lo niegue.

Permanezco en silencio.

—Pero usted sí que me comprende. —Joe vuelve a mirarme; luego baja la vista a la bolsa que le han dado con sus pertenencias de la prisión.

Me pregunto si estarán entre ellas los álbumes de cromos de Daniel. No quiero que me los devuelva. Me traen demasiados recuerdos.

Quizá sea el gin-tonic doble al que Tony me ha invitado, pese a que yo había pedido uno normal. Quizá sea el alivio de haber ganado. Quizá sea porque Joe me recuerda mucho a Daniel. Por la razón que sea, me sorprende de repente hablando.

—Yo tenía un hermano.

Mis ojos vagan a lo largo de la calle... ¿Ya he dicho que estamos sentados fuera? Aunque empieza a caer la tarde, hace una temperatura muy suave. Además, por una especie de acuerdo tácito, todos necesitábamos un poco de aire fresco después del ambiente sofocante del tribunal. Pasa una pareja del brazo y huelo el sofisticado perfume de la mujer. Pero luego ese olor se transforma en mi cabeza en otro distinto. En un olor a paja. A muerte.

Descubrí que Daniel estaba consumiendo drogas cuando mi madre me envió a su habitación una noche, sólo una semana antes de que cumpliera diecisiete, para que bajara a cenar. Estaba cortando una sustancia blanca con un cuchillo de cocina.

—¡Eso es peligroso! —Yo había visto a algunas chicas de sexto grado haciendo algo parecido en los lavabos del colegio, pero nunca había consumido drogas.

—¿Y qué?

Papá apareció a nuestra espalda.

—¿Qué es peligroso?

Daniel se guardó con rapidez la prueba del delito en el bolsillo de los tejanos. «No digas nada —me suplicaron sus ojos—. No digas nada.»

—Conducir a ochenta por hora cuando deberías hacerlo a sesenta —dije, cogiendo del escritorio el Código de circulación.

—Pues claro que no puedes hacerlo, hijo. Si no comprendes eso, nunca aprobarás el examen de conducir. Aunque, francamente, creo que no deberías hacerlo siquiera.

—¿Por qué no? —Los ojos oscuros de Daniel se llenaron de furia.

—Porque, como dice tu profesor, conduces demasiado deprisa.

—Al menos, yo no hago lo que tú haces.

Un segundo de silencio.

—¿Qué quieres decir?

Daniel entornó los ojos.

—Ya sabes a qué me refiero. Te he oído con el supletorio. Más de una vez, de hecho. Y voy a contárselo a mamá.

Papá se quedó paralizado.

—No sé de qué me hablas.

Yo tampoco lo sabía.

—Nada, nada —me dijo mi hermano luego, cuando se lo pregunté.

Una de las mentiras de Daniel, me dije, para encubrir su propia conducta y desviar la atención hacia otro. Había hecho lo mismo otras veces.

Esa noche, Daniel no quiso bajar a cenar. Se quedó encerrado en su habitación, con la música tan alta que reverberaba a través del techo y se nos metía en la cabeza.

—¡Baja el volumen! —gritó papá, aporreando la puerta.

Daniel ni se molestó en responder. Como de costumbre, la había atrancado con la cama para que no pudiera entrar nadie.

Más tarde, cuando pasé frente a la puerta del dormitorio de mis padres, oí que tenían una pelotera tremenda. Ya había habido otras, claro. Todas sobre Daniel. «¿Qué le pasa a ese chico? ¿Cómo vamos a arreglárnoslas?» Ese tipo de cosas.

Pero esta pelea era diferente. Ésta me provocó un escalofrío.

—He oído a Daniel. ¿Con quién estabas conversando por teléfono?
¿Quién es ella?

Era mi madre la que hablaba.

—Con nadie.

—¿Lo juras por la vida de nuestros hijos?

Hubo un silencio. Luego sonó una voz muy baja, tan baja que tuve que pegar el oído a la puerta para escuchar el resto.

—... Tu culpa... ¿No te das cuenta?... Colmando de atenciones a Daniel..., he buscado en otra parte.

El tono angustiado de mamá era elocuente.

—Entonces ¿es verdad? ¿Cómo has podido? ¿La quieres? ¿Vas a dejarnos?

No oí la respuesta. Sólo me llegaron unos sollozos desesperados. Todavía pegada a la puerta, me doblé sobre mí misma. A punto de vomitar. ¿Papá tenía una aventura?

Y entonces le vi. Vi a Daniel subiendo por la escalera, sonriendo como si no pasara nada. Con las pupilas negras, enormes de tan dilatadas.

Lo seguí corriendo a su habitación.

—Mamá y papá están rompiendo. Y la culpa es tuya.

Él se encogió de hombros.

—Ella tenía que saberlo.

Su falta de interés me enfureció.

—Si tú no fueras tan horrible, mamá y papá estarían bien.

Daniel pareció consternado, y no era para menos. ¿Acaso yo no lo había protegido siempre? Lo había querido, lo había cuidado tal como me habían ordenado desde que había entrado en nuestras vidas. A pesar de que él se empeñara en ponernos a prueba al máximo.

Pero el shock de la aventura de mi padre me había sacado de quicio. Y fue en ese momento cuando dije algo más.

—No tendríamos que haberte adoptado. Así no habrías podido hacerme daño a mí también. Te odio.

Su cara se crispó, y comprendí en el acto que le había causado una gran herida. No. Que lo había destruido.

Le tendí la mano para tratar de hacer las paces. Él la apartó de inmediato. Luego pareció cambiar de idea y me volvió a coger la mano, pero esta vez me la estrujó y me trituró los nudillos con los dedos. El dolor me arrancó un grito. Entonces me atrajo violentamente hacia sí y me miró desde arriba con aquellas pupilas negras enloquecidas.

Noté el olor de su aliento.

El corazón me palpitaba en la garganta. Yo ya tenía las palabras en la punta de la lengua, listas para ser pronunciadas. Unas palabras que cambiarían nuestras vidas para siempre.

—Eres una mala persona, Daniel. Todo el mundo lo dice, y tienen razón. Una persona mala de verdad.

Entonces se echó a reír. Y yo sabía lo que significaba esa risa.

Le di una bofetada. Muy fuerte. Primero en una mejilla. Luego en la otra.

—¿Sabes? Ojalá no hubieras nacido.

—¿Qué ocurrió después?

Joe tiene la mano sobre la mía. Nuestras cabezas se inclinan juntas. La mía con pesar. La suya con comprensión. Siento la misma corriente eléctrica que me recorrió en la cárcel cuando le di los álbumes de cromos.

Estoy segura de que él también la siente.

Es lo que pasa con las personas como Joe y, hasta cierto punto, como Daniel. Quizá no muestran el tipo de emoción «correcto» en el momento adecuado. Pero cuando las presiones lo suficiente, se les parte el corazón. Incluso lloran. Como el resto de nosotros.

—Me largué —musito.

—¿Adónde fuiste?

—Eh..., no quiero decirlo.

Él asiente.

—De acuerdo.

—Cuando volví, mamá estaba frenética. Daniel había dejado una nota que decía: «Me voy». Buscamos por todas partes. Pero la casa, bueno..., es muy grande. Tenemos algunos acres de tierra. Y... también las cuerdas. Ahí fue donde lo encontré. Daniel iba allí con frecuencia. Los dos íbamos allí con frecuencia... Pero esta vez lo encontré... colgado. De una cuerda atada a una viga.

La mano de Joe se tensa sobre la mía.

Las palabras me salen a borbotones, como las lágrimas.

—Yo lo empujé. Daniel no estaba bien...

Joe me habla con delicadeza.

—¿Qué le pasaba exactamente?

Meneo la cabeza.

—Mostraba lo que llaman «desobediencia intencional», con toda probabilidad, provocada por una infancia difícil. Eso es lo que decían los supuestos expertos. —Me río con una risa ronca—. Nunca tuvo un diagnóstico formal, pero a veces me pregunto si...

Me interrumpo, no quiero ofenderle.

—¿Si también era del espectro autista?

—Posiblemente. —Me retuerzo las manos incómoda—. Pero hacía otras cosas que no encajaban en esa categoría.

Joe se queda pensativo.

—Así que por eso me entiendes. —No es una pregunta.

Asiento avergonzada. Aunque al mismo tiempo complacida por el hecho de que este hombre también me entienda a mí.

—Lamento lo de tu caballo. —La voz de Joe tiene una dulzura que yo nunca había oído.

Levanto la vista. Sus ojos son castaños ahora. ¿Cómo se las arregla para hacerlo?, ¿para pasar del castaño al negro y otra vez al castaño?

—En realidad —añado, buscando en el bolso un pañuelo de papel—, era de Daniel. Por eso fue tan duro.

—Vamos a dar un paseo —dice Joe.

Y, cuando nos levantamos, parece del todo natural que me coja de la mano.

22

Carla

Unos días después de la visita de Carla, Maria había levantado la mano mientras pasaban lista y había preguntado si podían cambiarla de sitio y ponerla en otro pupitre.

—¿Por qué? —susurró Carla, aunque su corazón encogido ya le estaba diciendo la respuesta.

Maria la ignoró. Como si no hubiera hablado siquiera.

—¿Quién quiere sentarse con Carla? —preguntó la monja de los dientes separados.

Ninguna se ofreció voluntaria. Todas se apartaron de ella. Una de las niñas —la de las coletas, la que solía invitarla a jugar a la rayuela— le habló al oído a su compañera, tapándose la boca con la mano. La otra soltó un gritito ahogado.

Era como estar otra vez en el antiguo colegio. Carla se sentía tan disgustada que no pudo terminar el ejercicio de matemáticas: una asignatura en la que ahora destacaba especialmente. Las cifras flotaban en el aire acompañadas de enormes interrogantes. ¿Qué estaba pasando?

—Te han hecho el vacío —le dijo la niña a la que la monja hizo sentar a su lado.

Era la más impopular de la clase. Tenía todo el pelo grasiento porque, según le contó a Carla, su madre sólo la dejaba que se lo lavara una vez al

mes para preservar los «aceites naturales». A esa niña la escogían siempre la última cuando formaban equipos: tenerla al lado era insultante.

—¿El vacío? —preguntó Carla—. ¿Eso qué significa?

La niña del pelo grasiento se encogió de hombros.

—Significa que no te dirigen la palabra —dijo, extendiendo el brazo—. Pero ahora que somos dos será mucho más llevadero.

Carla, sin embargo, no quería ser amiga de esa niña a la que todas despreciaban. Quería ser amiga de Maria, cuya madre la había invitado a volver otro día a su casa, aquella casa enorme situada en una calle de amplias aceras, donde nadie se entretenía dando patadas a las latas de cerveza vacías.

A la hora del recreo, Carla buscó a Maria en el patio.

—Dime qué he hecho mal —suplicó.

Maria la miró por primera vez en todo el día. Había una expresión fría y desdeñosa en sus ojos azules.

—Papá tiene un tío que vive al pie de las montañas, no lejos de Florencia. —Hablaba arrugando la nariz, como si Carla oliera mal—. Él conoce a tus abuelos. Todo el mundo los conoce. Y dicen que tu madre es una mala mujer.

¿Mamá, una mala mujer? ¿Ella, que tenía esa sonrisa tan cálida y bondadosa?, ¿que olía a Apple Blossom y a todas esas deliciosas fragancias que despachaba en una tienda de lujo para las señoras refinadas? No, no podía ser verdad.

—¡Maria! ¡Maria! —Era la monja de los dientes separados, que se acercaba a grandes zancadas, con los labios apretados y el crucifijo oscilando sobre el hábito—. He recibido instrucciones de tu madre para que no te deje hablar con esta niña.

A Carla se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Por qué?

La monja se santiguó rápidamente sobre esos grandes pechos: unos pechos de los que ella y Maria se habían burlado hacía sólo una semana.

—Lo sabrás muy pronto. Antes de salir esta tarde, no olvides pasar a recoger en la secretaría un sobre dirigido a tu madre.

Mamá se echó a llorar cuando leyó la carta.

—La madre superiora quiere ver tu certificado de nacimiento —sollozó, sujetándose la cabeza con las manos sobre la inestable mesa de la cocina—. Quiere pruebas de que tuviste un papá. La culpa la tengo yo por enviarte a un colegio católico. En el antiguo, estas cosas no les importaban.

Carla rodeó a mamá con el brazo.

—¿No estará debajo de tu cama, donde guardas tus objetos especiales?

Los labios de mamá se retorcieron en un rictus peculiar. A Carla le vino el recuerdo de la malvada bruja de uno de sus cuentos preferidos de la biblioteca.

—¿Cómo te has atrevido a mirar ahí?

Carla pensó en ese hombre tan guapo tocado con un gracioso sombrero al que miraba a veces, cuando mamá no estaba en casa. ¡Él siempre le sonreía con amabilidad!

—Sólo son fotos, mamá. Sentía curiosidad.

Su madre soltó un gemido.

—Quizá mereces saberlo. Ese hombre es tu papá.

¡Su padre! Así que ése era su aspecto.

—A lo mejor —dijo Carla, tratando de ayudar— él se ha llevado esos papeles al cielo.

—No. ¡Nada de eso! —Mamá se alzó en toda su estatura, echándose hacia atrás su magnífica cabellera negra. Ahora estaba enfadada, no triste—. Todo esto no habría pasado si no le hubieras contado nada a la madre de Maria.

A Carla le salió un sollozo como un hipido gigante.

—Pero yo no sabía que estaba haciendo algo malo.

No sirvió de nada. Mamá se fue a su habitación y, por primera vez, al menos que Carla recordara, cerró la puerta con llave.

—Por favor, abre. Por favor —suplicó desde fuera.

Pero lo único que oyó fue el llanto de su madre.

A lo mejor, pensó, se le acabaría pasando el disgusto, igual que había ocurrido después de Navidades. Y tal vez el lunes las demás niñas volverían a ser amables con ella.

Pero se equivocaba. La cosa empeoró con el paso de las semanas. Mamá recibió otra carta de la madre superiora. Tenía de plazo hasta marzo para presentar el certificado de nacimiento. De lo contrario, Carla debería abandonar el colegio. Al parecer, debería haberlo presentado al comienzo, pero se había producido un «descuido».

Ahora, nadie quería jugar con ella en el recreo. Había empezado a nevar la semana anterior. Todas las demás pegaban la nariz a la ventana y hablaban con emoción de hacer un muñeco de nieve cuando volvieran a casa. María ya contaba con una nueva amiga íntima: una niña muy mona que andaba alardeando de la cruz de plata que le había regalado su tío. Incluso la niña del pelo grasiento se apartaba de Carla cuando tenían que quedarse dentro del gimnasio porque afuera estaba demasiado mojado para jugar.

—He oído decir que eres una «bastarda» —le dijo en voz baja.

Carla estuvo rumiando esa palabra toda la tarde hasta llegar a casa. Qué raro. No figuraba en el Diccionario para niños.

—¿Qué significa *bastardo*? —preguntó cuando mamá volvió del trabajo con su elegante uniforme blanco.

—¿Así es como te llaman ahora? —exclamó.

Luego dejó caer la cabeza sobre la mesa y dio unos puñetazos tan fuertes que se acabó resquebrajando una de las patas y hubo que apuntalarla con el listín telefónico.

Pasó otro día. Y luego otro.

—¿Aún no ha llegado el certificado de Italia?

—No, cara mía.

Incluso cuando mamá reconoció al fin que no existía ese certificado, ambas siguieron esperando la llegada del cartero.

—Así podremos decir sin faltar a la verdad que estamos esperando que llegue —le explicó mamá mientras le cepillaba el pelo como cada día—. Ojalá pudiera contárselo a Larry. Él nos echaría una mano.

Ésa era otra. Larry estaba trabajando mucho. Tanto que no le quedaba tiempo para ir a verlas.

—Es un hombre importante —comentaba mamá a menudo—. Ayuda a la reina a decidir lo que está bien y lo que está mal.

Y entonces, una noche, cuando ya estaba acostada, oyó la voz de Larry en la puerta principal. Por lo general, él entraba por la parte trasera. Y además era miércoles, y Larry sólo acudía los martes y jueves, y algunas veces los domingos (aunque sus visitas en el día del Señor habían menudeado últimamente). Algo había pasado. Seguro. Se levantó de la cama con sigilo, se asomó en pijama a la puerta y vio a Larry sujetando en brazos a mamá y dándole vueltas ahí fuera, en medio del corredor, donde todo el mundo podía verlos. Ecs.

—Te quiero... ¡Hemos ganado el caso! Quería decírtelo antes de volver a casa.

Las palabras le llegaban de forma entrecortada. No las entendía. Y entonces sonó otra voz.

—¿Tony?

¡Era Lily!

—No, no se llama Tony. —Carla salió corriendo, deseosa de aclarar las cosas—. Es Larry. El amigo de mamá. El que viene a verla los domingos mientras tú me cuidas...

Carla se llevó la mano a la boca al darse cuenta de la metedura de pata, porque Lily creía que mamá pasaba los domingos trabajando, no tumbada en la cama con Larry.

Ahora mamá volvería a enojarse con ella. Pero no; más bien parecía confusa.

—Pero ¿qué dice?

—Tony, ¿qué haces aquí? —Lily miraba a Larry con una expresión extraña en la cara.

Mamá empezaba a sonar asustada.

—No se llama Tony. Se equivoca. ¡Larry! Díselo.

Pero Larry le apartó la mano y se acercó a Lily. Tenía todo el cuello rojo.

—Hemos de hablar un momento —dijo.

Era difícil oír lo que estaba diciéndole a Lily, ahí en el rincón, aunque Carla captó un par de palabras, agradecería y confidencial: dos palabras que sabía deletrear a la perfección porque se encontraban al principio del diccionario.

—¿Pretendes que mantenga en secreto tu sórdido affaire? —Lily había empezado a levantar la voz. Y luego se volvió hacia mamá. Carla nunca le había visto a su amiga esos ojos llameantes—. ¿Cómo puede andar con el marido de otra? ¿Es que no tiene vergüenza? En cuanto a ti, Tony, si vuelvo a verte con esta mujer, se lo contaré a tu esposa.

Carla recordó por un momento la imagen de las cortinas que alguien corría en la casa por la que habían pasado en Navidad.

—No es asunto tuyo.

—Hay una criatura implicada, Tony. Te lo advierto. Lo he dicho completamente en serio.

Luego Lily volvió a entrar con gesto airado en su apartamento y cerró de un portazo.

—¿Por qué se ha enfadado? —preguntó Carla mientras Larry las hacía entrar en el apartamento.

—¿De qué conoces a Lily? —le dijo mamá ceñuda.

Larry ya no estaba rojo. Ahora estaba blanco.

—Que ella se vaya a su cuarto —ordenó, señalando a Carla.

—No. —Mamá dio un zapatazo en el suelo. A Carla le recordó el ruido de los pasos de baile que oía por las noches a través de la pared. Pero su madre no estaba bailando—. Mi hija también tiene oídos. Si me dices mentiras a mí, también se las dices a ella. Las dos merecemos la verdad.

¿Las dos? A Carla le recorrió una sensación cálida y deliciosa. Por primera vez desde que Larry había entrado en sus vidas, era como si ella y mamá volvieran a ser un equipo.

Larry tenía su típica expresión irritada.

—Como quieras. Tú ya sabes que tengo otra familia. Lo dejé claro desde el principio.

Mamá bajó la cabeza, como si estuviera escuchando algo que no deseaba oír.

—Yo trabajo con Lily. Ella conoce... mi vida familiar. No sabe nada de nosotros. No lo sabe nadie. Te dije que me llamaba Larry para mantener una especie de anonimato. —Soltó un profundo suspiro—. Pero realmente mi nombre es Tony.

—¿Tony Smith? ¿Igual que Larry Smith? —susurró su madre.

La expresión irritada había desaparecido, dando paso a otro suspiro. Uno grande y cansado.

—No. Tony Gordon.

Los labios de mamá se movían, como si se lo estuviera repitiendo a sí misma. O quizá estaba rezando sus avemarías.

—Comprendo —dijo al fin—. Habremos de tener más cuidado.

Tony la rodeó con los brazos.

—Escúchame, Francesca. Tendremos que hacer una pausa hasta que todo esto haya pasado. No puedo arriesgarme a que Lily se lo diga a mi esposa...

Mientras estrechaba a mamá, Larry miró a Carla. Ella entendió lo que le decía. Tan claramente como si se lo dijera en voz alta. «Lárgate. Estás de más.» Ahora era su ocasión.

—¿Y qué hay de la mujer del coche? —explotó—. ¿De la mujer a la que estabas besando antes de mi cumpleaños? ¿A ella también la quieres?

Se hizo un terrible silencio. Su madre dio un paso atrás y tropezó con la mesa de la cocina, con lo que se movió de sitio el listín telefónico. Larry abrió la boca y rugió:

—¡Maldita chivata!...

—¡Fuera!

Al principio, Carla creyó que mamá le gritaba a ella. Pero no. Gritaba a Larry.

—¡Fuera, fuera! —chilló.

Vio con horror cómo su madre le arrojaba una lata. Una lata de alubias. Falló, por poco. Y luego otra. Esta vez una de tomate. De tomate italiano.

Larry estaba tan furioso que Carla pensó que el tomate se había salido de la lata y le había manchado las mejillas.

—Has cometido un gran error, jovencita —dijo, inclinándose para ponerse a su altura—. Ya lo verás.

Luego se marchó airado mientras la madre de Carla sollozaba arrodillada en el suelo, doblándose sobre sí misma.

—Lo siento, mamá —susurró Carla—. No debería haber hablado de la mujer del coche. Le prometí a Larry que no diría nada. Por eso me regaló la

Kitty...

Mamá alzó la cara. La tenía cubierta de manchas enrojecidas. Igual que Larry.

—¿Te sobornó?

Entonces, su madre se puso a llorar con más fuerza. Tan ruidosamente que a ella empezó a dolerle la barriga. El dolor fue aumentando hasta convertirse en un nudo palpitante.

Cuando sonó el teléfono, ninguna de las dos hizo caso.

—Me duele la barriga —murmuró Carla en voz baja.

Mamá seguía derrumbada en el suelo.

—No esperes que te crea —dijo, entre sollozos—. No volveré a creer a nadie. Nunca más. Ni siquiera a mí misma.

Esa noche el dolor de Carla empeoró. En sus sueños, se convirtió en una barra al rojo vivo que la golpeaba por dentro. Alguien sujetaba la barra. Maria. Era ella quien iba golpeándola una y otra vez.

—¡Maria! —gritó—. Para, por favor. ¡Déjame jugar!

—Tranquila, pequeña. —La voz de mamá flotaba sobre ella—. Enseguida viene el doctor.

23

Lily

Cuando llego a casa desde Hampstead son casi las siete. Ed está en la mesa del comedor, trabajando en un boceto.

—Hemos ganado —digo.

Él se sobresalta. Noto que ha estado tan absorto en su trabajo que ha olvidado que hoy era el veredicto. Enseguida recobra la compostura.

—¡Fantástico! —Se alegra, y se levanta y me abraza—. ¡Hemos de celebrarlo! ¡Abre una botella! —Su rostro se tensa—. Luego podemos mantener esa charla que me vienes prometiendo.

A mí me tiembla la mano que tengo sobre la nevera ante la conversación que me espera. Y me quedo consternada cuando veo que la botella de Pinot que estaba ahí por la mañana ha desaparecido. No cabe duda de quién se la ha bebido. Pero no me apetece empezar otra discusión.

—Se nos ha acabado la bebida —anuncio concisa.

—Voy un momento a la licorería —dice Ed.

No puedo negar que se esfuerza, debo reconocerlo.

—Ya voy yo. —Aunque acabo de llegar, ya empiezo a sentir claustrofobia. Mi corazón se estremece de tal modo ante lo que debo hacer que sencillamente necesito salir de aquí.

Mientras estamos hablando, veo por la ventana a un hombre que se dirige a la entrada del edificio. Lleva un sombrero calado hasta las cejas, pero hay

algo en su forma de andar que me resulta conocido.

Apenas ha transcurrido un minuto cuando salgo al corredor y cierro la puerta.

Aguzo la vista en la penumbra. No puedo dar crédito a lo que ven mis ojos.

El hombre que estaba entrando en el edificio y que en este momento levanta a Francesca en brazos y le da vueltas por el aire (mientras Carla los observa con su pijama blanco) es Tony.

—Te quiero... —le oigo decir, cuando la deja otra vez en el suelo—. ¡Hemos ganado el caso! Quería decírtelo antes de volver a casa.

Las coincidencias son esas cosas que parecen forzadas hasta que suceden en la vida real. En mi breve carrera como abogada, ya he visto muchas. La mayoría, trágicas. El padre que atropelló accidentalmente a su hijo pequeño el día del nacimiento de su nuevo bebé. La anciana que fue asaltada a punta de cuchillo en la oscuridad por su hijo adoptado, sin que ninguno de los dos se diera cuenta en ese momento. La mujer que tuvo un hijo de un gorila de discoteca, que luego resultó ser su propio padre: el padre que había desaparecido antes de que ella naciese, sin saber siquiera que iba a tener descendencia.

Y, ahora, Tony y mi vecina.

Me siento decepcionada. Y además tremendamente furiosa. ¿Cómo puede una persona defender la ley cuando actúa por su parte de forma inmoral? Menuda hipocresía.

Quizá sea también porque todavía me acuerdo del dolor de mi madre cuando se enteró de la aventura de mi padre. Una aventura que debió de interrumpirse de inmediato porque, después de aquella pelea, mis padres continuaron en apariencia como siempre. Y tras la muerte de Daniel, dudo que ninguno de los dos tuviera energía para amores o para peleas. Pero aquello marcó a mi madre. Ella ya no volvió a hablarle a papá de la misma forma. Yo creo que en parte ella achacó la muerte de Daniel a su infidelidad. He intentado perdonar a mi padre desde entonces. Pero nunca puedes volver a juntar del todo las piezas de una familia rota.

Ésa es una de las razones de que me deje llevar por la ira.

—¿Cómo puede andar con el marido de otra? ¿Es que no tiene vergüenza? En cuanto a ti, Tony, si vuelvo a verte con esta mujer, se lo contaré a tu esposa.

En realidad, claro, no iría a contárselo a la mujer de Tony (a la que yo nunca he visto en persona). Sólo serviría para causar más dolor. Pero estoy tan furiosa que ni siquiera pienso lo que estoy diciendo.

—¿Qué era todo ese alboroto ahí fuera? —pregunta Ed cuando regreso de nuevo a casa.

Le explico lo ocurrido.

Mi marido levanta la vista de su boceto. Es una nariz. Una naricilla respingona monísima. Como la de Carla.

—¿No te parece que deberías haberte mantenido al margen?

—No —replico—. No es justo; ni para ella, ni para la esposa y los hijos de Tony. Tampoco para Carla. Tony estaba con Francesca mientras nosotros cuidábamos de la niña. ¡La madre poniendo a un hombre por delante de su hija! Y, además, ¿cómo demonios la habrá conocido Tony?

—Pareces más preocupada por ellos que por nosotros —balbucea Ed nervioso. Es evidente que quiere hablar. Y yo se lo debo—. ¿Abrimos esa botella?

—Se me ha olvidado comprarla.

—Ya voy yo, entonces. Esto ya está terminado. —Me pone la mano en el hombro—. Creo que los dos necesitamos una copa, ¿no te parece?

Mientras él sale y cierra la puerta, me viene a la memoria algo que Tony me dijo durante el caso: «Habría ocasiones en las que te sorprenderás jurando que lo azul es negro. Tú misma lo creerás sinceramente. Todos lo hacemos. No es que los abogados mientan. No. Más bien retuercen los hechos reales para construir otro mundo en el que los demás creen también. ¿Y quién dice que no ha de ser un mundo mejor?».

Cuando Ed vuelve, estoy tumbada en la cama. Fingiendo que me he dormido. Por la mañana, me levanto antes que él y le dejo una nota.

Hablamos esta noche. Te lo prometo. Perdona.

Es un alivio volver a la oficina después de lo de ayer. Aquí puedo tratar de apartar de mi mente la expresión confusa que Carla tenía en la cara y que aún me sigue acosando. Los teléfonos suenan como una orquesta. La gente circula de aquí para allá apresuradamente. Reina una auténtica locura.

«LA ABSOLUCIÓN EN EL ASESINATO DE LA CALDERA ABRE LAS PUERTAS A MÁS DEMANDAS», proclamaba el titular de un diario del quiosco de la esquina.

—Buen trabajo —me felicita uno de los socios de la firma, que hasta ahora no se molestaba ni en darme la hora.

—Sí, lo has hecho muy bien —dice mi jefe, huraño.

Sobre mi mesa hay globos. Una botella de champán. Y un montón de mensajes. Ninguno de Tony. ¿Cómo podré volver a mirarle a la cara? Y, sin embargo, es él quien debería estar avergonzado.

—Hemos recibido una catarata de llamadas de posibles clientes que quieren hacerse con tus servicios —añade mi jefe. Luego me da una palmadita en la espalda: una palmada viril—. Pero ya hablaremos más tarde. ¿Por qué no te tomas el resto del día libre para compensar todas las horas extra que has hecho?

Volver a casa de la oficina a la hora del almuerzo es algo casi inaudito en mi profesión, salvo que te hayan despedido. Pero yo noto una opresión en el pecho. Hoy no habrá forma de evitar la charla con Ed. Cuando giro la llave y abro la puerta, veo que está todo patas arriba.

—Ed... —digo desconcertada. Lleva puestos unos tejanos y no el traje de la oficina. Hay un cuenco de cereales dejado a medias sobre la mesa, rodeado de carbones y bocetos. Y está descalzo—. ¿Has vuelto más temprano del trabajo?

—No.

Tiene un deje arrastrado y le huele el aliento. Reparo de golpe en la botella mediada de Jack Daniel's que hay a su lado.

—Me han despedido.

¿Despedido?

Durante unos instantes desfilan por mi mente todo tipo de posibilidades. ¿Ha ofendido a un cliente? ¿Ha discutido con el jefe?

—Me han sorprendido con esto cuando debería haber estado ocupado con el trabajo de verdad.

Dice «de verdad» poniendo unas sarcásticas comillas con los dedos.

Bajo la vista al dibujo que tiene delante. La pequeña Carla me sonrío desde la hoja. Siempre es la pequeña Carla sonriendo; o bailando; o montando en bici. Ed está perdido en un mundo de fantasía.

—Por el amor de Dios —exploto—, ¿cómo vamos a arreglárnoslas sin tu sueldo? ¿Tienes idea de lo que has hecho?

—Necesito saber cuál es nuestro futuro —continúa él, como si yo no hubiera dicho nada.

—No lo sé. —Quisiera gritar—. No puedo pensar después de lo que acabas de decirme.

—Dijiste que hablaríamos cuando el caso hubiera terminado. Podríamos haberlo discutido a fondo anoche, pero tú estabas más interesada en solucionar la vida amorosa de nuestra vecina que la nuestra.

¿Qué puedo decir? Es verdad. Paso por su lado y me voy directa al baño. «Tendrás un bajón después del caso —me advirtió Tony—. Es como el mono de una droga. Ganar es una adicción.»

—Necesito estar sola un rato —digo, cerrando la puerta con cerrojo. Me siento en el borde de la bañera mientras dejo correr el agua. Caliente. Fría. Caliente.

Después del caso de Sarah Evans, nunca voy a mirar una bañera de la misma manera.

Como tampoco podré mirar a Ed de la misma manera.

Ni a mí misma.

Desesperadamente, me obligo a analizar las opciones.

Si dejo a Ed ahora, me quedaré sola. Asustada. Con un futuro incierto ante mí.

Si sigo con él, quizá seamos capaces de volver a empezar. Siempre que Ed hable en serio cuando dice que Davina ya no le importa. Pero ¿puedo fiarme de él? ¿Y puedo fiarme de mí?

Hay que tomar una decisión. Una cosa u otra.

Una moneda. Daniel solía lanzar una moneda cuando no sabía qué hacer.

Cojo una revista que he dejado junto a la bañera. Si la abro en una página impar, me iré.

Si es par, me quedaré.

Abro la revista por la página de un reportaje sobre cómo preparar las comidas familiares de los domingos. Hay una foto de una familia feliz en torno a la mesa. La fotografía y el texto flotan ante mis ojos. Comidas dominicales. Vida normal. El tipo de vida que habríamos llevado si Daniel no hubiera entrado en nuestras vidas.

Miro el número de la página.

Salgo del baño. Ed ya no está dibujando. Se limita a mirar con ojos vacíos la pared.

—¿Quieres volver a empezar? —le pregunto.

Él asiente. Hay esperanza en su expresión. Y miedo.

Yo me siento exactamente igual.

Cojo de la mano a mi marido y lo llevo a nuestro dormitorio.

Durante el mes siguiente procuro volver a adoptar una vida normal, pero no es fácil. El trabajo me resulta insulso después de toda la excitación del caso de Joe Thomas, a pesar de que todo el mundo en la oficina, incluido mi jefe, me trata ahora con más respeto. Y todavía siguen llegando casos a espuestas.

—Quieren que se encargue Lily —dice la secretaria cuando mi jefe se adjudica uno de los casos más jugosos: el de un joven recién casado cuyo suegro, un ilustre consejero delegado, le golpeó supuestamente en la cabeza con una botella de Merlot. Tinto. Cincuenta puntos de sutura.

Sin embargo, en lugar de ponerse celoso, mi jefe asiente.

—Tendrás que contar con un despacho propio si vas a volverte tan popular.

La gente llama para preguntar si puedo representarlos. Una mujer cuyo anciano padre murió a causa de las quemaduras provocadas por una caldera quiere que asuma su caso. Me llaman para felicitar me abogados que no conozco de nada. Una revista femenina quiere entrevistarme como «figura en alza» en el mundo legal. En la Cámara de los Comunes se están formulando

preguntas sobre seguridad y salud.

Mi mente por dentro, sin embargo, es un pandemonio. Ed y yo acordamos empezar de nuevo, es verdad, pero la cosa no podía ser ni mucho menos tan sencilla. Debo esforzarme para creerle cuando me dice que va a tomarse «una copa rápida con Ross». ¿Y si resulta que está viendo a Davina? A Ed, por su parte, le fastidia que yo vuelva tarde y cargada de carpetas. Pero luego, de forma inesperada, me trae una taza de té cuando me quedo hasta las tantas y me dice con tono amable que trabajo demasiado. Y ahora que está en casa durante el día, además de buscar empleo, ha empezado a asumir las tareas del hogar. Lo cual, estoy segura, escandalizaría a sus padres. No lo hace tan bien como yo lo haría, pero agradezco el gesto.

La culpa que siento por Carla va en aumento. Quería pasarme para pedir disculpas, pero no contestan cuando llamo a la puerta. Una de las vecinas me dijo que oyó «mucho alboroto» por la noche aquel mismo día. Ésa fue la última vez que las vi. ¿Será todo culpa mía? ¿Se habrán mudado por lo que dije? La inquietud me consume.

—Olvídalo —me pide Ed—. Ya te has entrometido bastante.

—¿No te preocupa la pequeña Carla? —pregunto.

Él se encoge de hombros.

—No puedes ayudar a todo el mundo, Lily. Carla no es nuestra hija.

Es asombroso cómo un artista puede poner tanto interés y tanta compasión en una obra y, al mismo tiempo, desentenderse del bienestar de su modelo.

Y, sin embargo, ¿no ocurre igual en la relación entre el abogado y el cliente? Te pasas horas con él, hablando sin parar. Pero cuando concluye el caso, la relación se termina. Sin más. O, al menos, así es como se supone que debe ser.

Para ser sincera, no puedo evitar preguntarme dónde estará Joe Thomas. Qué estará haciendo. Si se habrá ido a Italia.

Y entonces, una tarde, aparece de forma inesperada. Está merodeando junto a la entrada de la oficina cuando yo salgo tras una larga jornada de trabajo. ¡Es increíble cómo puede cambiar una persona en unas semanas! La barba ha desaparecido. También el mono carcelario. Y los zapatos de cuero y

la camisa blanca. Este hombre impecablemente rasurado, vestido con una chaqueta de tweed verde musgo (con el cuello de ante marrón claro levantado), parece más el administrador de una finca que un vendedor de seguros.

—He venido a despedirme.

Nos ponemos a caminar juntos, tal como hicimos al salir del pub la última vez. Al mismo paso.

No sé adónde vamos ni me importa. En cierto modo, para mí este hombre es más real que Ed. ¿Acaso no he pasado medio año de mi vida tratando de salvarlo?

—¿Has encontrado un empleo?

—Sí. —Se expresa con energía—. Seguí tu consejo. ¿Recuerdas que me hablaste de trabajar en Italia? Bueno, pues al final me voy a Francia.

Su brazo roza el mío cuando cruzamos la calle.

—Un amigo de Córcega quiere que le ayude en una reforma. —Baja la vista a sus manos—. Yo soy bastante mañoso. No dejaré de ser un cambio.

—¿Y el idioma no será un problema?

Aparece una sonrisa en su rostro.

—No, gracias a la biblioteca de la prisión. He aprendido francés y español por mi cuenta.

No me sorprende en absoluto.

Entramos en un restaurante. Uno elegante.

—Esto es para darte las gracias.

Habla como si lo hubiera organizado todo de antemano. ¿No se le ocurre que me esperan en casa? La presunción implícita me sulfura y me excita a la vez. En todo caso, me dejo llevar y permito que el camarero coja mi abrigo.

—Hiciste mucho por mí —añade Joe, pasándome la carta. Yo la utilizo para ocultar mi sonrojo.

—Hice mi trabajo —replico. Y luego me pongo a preguntarle cosas como si fuera un viejo amigo al que no he visto desde hace años—. ¿Tú cómo estás? ¿A qué te dedicas? ¿Dónde vives ahora?

—Ese mismo amigo de Francia tiene un piso en Richmond. Está bastante bien.

¿Richmond? Lo comparo mentalmente con Clapham. La cocina diminuta donde Ed continúa dibujando (por amor al arte), rodeado de solicitudes de empleo.

—¿Y qué me dices de ti? —Su tono es directo—. ¿Cómo va la vida de casada?

—Bien.

Siento la tentación de hablarle de Ed y Davina, pero ya dije demasiado la última vez que nos vimos. Ahora ya no sufro la borrachera del exceso de gin-tonic y de la euforia de haber ganado el caso. Debo recordarme que ocupó una posición de responsabilidad. Las confidencias no son apropiadas.

—¿Sólo bien?

Esbozo una sonrisa.

—De maravilla. Tal vez nos mudemos, de hecho. —Esto último me lo invento, aunque es posible que lo hagamos.

—Suenan fantástico. —Joe Thomas se echa hacia delante con entusiasmo—. Ya me lo estoy imaginando, Lily. Una casa de campo. Un caballo como Merlin...

—¿Merlin? —pronuncio con lentitud—. Yo nunca te dije el nombre del caballo de Daniel.

—¿Ah, no?

Su sonrisa ya no es tan decidida.

Me quedo helada.

—Tú tuviste algo que ver, ¿no?

Estoy esperando que lo niegue. A pesar de mi pregunta, no puedo creerlo. Tiene que haber una explicación plausible.

—Me vi obligado. —Ordena la cubertería que tiene a su alrededor—. Necesitaba mantenerte de mi lado. Si un abogado no cree a su cliente, no se esforzará lo suficiente.

La bilis me sube a la boca.

—¿Envenenaste al viejo caballo de Daniel para «mantenerme de tu lado»? ¿Cómo?

Se encoge de hombros. Nunca lo había visto así; o, al menos, conmigo.

—Hice que le deslizaran algo en el pienso cuando tus padres estaban

fuera. Quería que te enfurecieras lo bastante como para creer mi historia.

Me incorporo tambaleante. Su astucia es increíble. Su franqueza es pasmosa. Indignante.

—¿Y mi bolso? ¿El que me robaron en Westminster Bridge? —Ahora empiezo a verlo todo con claridad. ¡Qué estúpida he sido!—. ¿También buscaste a alguien que lo hiciera para que todo el mundo creyese en el juicio que la industria de las calderas estaba intentando atemorizarnos?

Él se encoge de hombros.

—Fueron los abogados los que lo complicaron todo. El agua estaba demasiado caliente. Si ellos piensan jugar sucio, tienen que esperar lo mismo del contrario.

Tony Gordon, sospecho, estaría de acuerdo. Pero yo no. Un mal no justifica otro mal.

Me asalta otro pensamiento repentino.

—¿Quién te ayudó?

Una sonrisita engreída.

—Mientras estaba en la cárcel, aconsejé a mucha gente sobre cómo manejar sus finanzas. Les asesoré sobre seguros y otras cuestiones. No acepté ningún dinero a cambio. Pero ellos sabían que habrían de devolverme el favor en su momento.

—Pero ¿cómo pudieron ayudarte si estaban dentro?

—Algunos han salido en libertad. Otros tienen contactos fuera que les resuelven asuntos. La vida en la cárcel es así. No es que la recomiende, desde luego.

Todo esto parece increíble. Y al mismo tiempo, sin embargo, me viene a la memoria aquella ocasión en la que Joe acordó reunirse con otro preso para jugar una partida de fútbolín. «A las tres en punto —había dicho—. En la sala comunitaria.» En ese momento me pareció un detalle simpático, aunque un poco incongruente con su hosca personalidad. ¿Se trataba en realidad de una cita de negocios?

—Podría denunciarte.

—¿De veras? Si lo haces, tendré que contar lo que sucedió la última vez que nos vimos.

—¿Qué quieres decir? —tartamudeo, volviendo a sentarme.

—Vamos, Lily. Déjate de juegos. Al menos conmigo. Esos álbumes de cromos que me diste en la cárcel no son nada comparados con aquel último regalo.

Habla con firmeza, pero le tiemblan las manos.

Una idea atroz cae sobre mí como un martillazo.

—Lo hiciste, ¿no? Tú mataste a Sarah. Asesinaste a tu novia.

Una señora mayor con unos grandes pendientes de esmeraldas nos observa desde la mesa contigua. La mirada de Joe se endurece.

—Cuidado con lo que dices.

—Pero lo hiciste. —Estoy segura, mi instinto me lo dice.

Joe empieza a hablar en voz baja.

—¿Para qué crees que me he tropezado contigo esta tarde? Ha sido para explicarte lo que ocurrió. Pero recuerda. Una vez que has sido absuelto, ya no puedes volver a ser juzgado por el mismo delito. Sentía que merecías conocer la verdad, Lily.

Mi corazón se pone a latir aceleradamente. Él también parece tenso. Se golpea las rodillas con los puños, como si estuviera tocando un tambor.

—Llegó borracha, como ya te he explicado. Y tarde, también. Luego vomitó, pero no quiso dejar que entrase en el baño. Yo sabía que pretendía ocultarme algo. Mientras ella estaba cerrando la puerta, noté que tenía una marca en el cuello.

Me viene por un momento la imagen de la marca que le vi a Tony un día en el cuello.

—¿Un mordisco de amor?

—¿De amor? —Sopesa la cuestión—. Según cómo definas el amor, ¿no? Un mordisco puede darse también por rabia.

Empieza a impacientarme la manía de Joe de tomarse al pie de la letra cada expresión.

—¿Cómo se hizo esa marca?

—Eso es más pertinente —asiente, como si yo fuera una niña en clase que por fin ha formulado la pregunta correcta—. Cuando la acusé, ella me contestó que se la había hecho yo. Pero mentía. Yo no hago estas cosas. —

Más golpes de percusión en las rodillas—. Le dije que hablaríamos cuando estuviera limpia, pero ella no me dejó prepararle el baño, tal como solía hacer. No paraba de llamarme *bicho raro*. Así que fui y subí la temperatura de la caldera, con la idea de darle una lección. Pero ella seguía gritándome. Me dijo que había encontrado a alguien, a un tío normal. Fue entonces cuando perdí los estribos. ¿Cómo iba a permitirle que me dejara por otro? La empujé. Estaba tan borracha que apenas tuve que tocarla. Fue muy fácil, en realidad. Sencillamente se cayó en el agua.

Hay un silencio consternado. Por mi parte. Él no parece inmutarse lo más mínimo.

—¿No intentaste sacarla de la bañera?

Un encogimiento de hombros.

—Me había hecho daño. Me estaba dejando. O sea, que no, no traté de sacarla. Salí del baño. Y luego me preparé una taza de té. Fregué el suelo porque estaba pegajoso de vómito. Me dije que le daría treinta minutos para que se calmara. No pretendía matarla. Sólo darle una lección. Cuando volví a entrar, la encontré allí con los ojos abiertos. Morada y roja. Nunca me han gustado esos colores. Y entonces llamé a emergencias y conté la historia que te expliqué en un principio. Si no hubiera sido por el hijo de puta del vecino y por las estúpidas invenciones de Sarah, no me habría pasado nada.

No puedo creer que hable así. Sin la menor emoción, tal como dijo la policía.

Él continúa.

—Pero después descubrí lo del problema de la caldera, un auténtico golpe de suerte, y llegué a la conclusión de que si contrataba a la persona adecuada, quizá tendría alguna posibilidad en la apelación. Al principio no estaba muy seguro de ti, para serte sincero. Así que te puse a prueba; y debo decir, Lily, que demostraste tu valía.

Me deja atónita su falta de remordimiento.

—Pero... ¿y el topo que te envió esas cifras? ¿Quién era? ¿Y por qué no utilizaste antes esas pruebas?

Joe suelta un bufido.

—No lo has pillado, ¿verdad, Lily? El topo no existía. Ni las cifras. Fue

un golpe de suerte, sencillamente. Vi las historias que habían empezado a salir en los periódicos y me inventé las cifras. Nadie podría demostrar que mi caldera no era defectuosa. —Una expresión petulante cruza su rostro—. Hay manuales muy útiles en la biblioteca de la prisión, ¿sabes? Sobre fontanería y todo tipo de cosas.

Se hace un largo silencio. Estoy demasiado anonadada para hablar. Joe, por propia confesión, es después de todo un asesino. Cuando me «puso a prueba», desafiándome a que averiguara el sentido de esas cifras, lo que quería comprobar no era si estaba a la altura del trabajo. En realidad, quería ver si yo era lo bastante ingenua como para creerle. Y no sólo eso; además, explotó sus peculiaridades ante mí. ¿Ya estaba informado entonces acerca de Daniel? No me sorprendería.

No es de extrañar que declarase ante el tribunal que no quería ninguna indemnización, sino sólo «justicia». Era otra táctica para embaucar al jurado y hacerle creer en su inocencia. Tal como me había embaucado a mí.

—Ven a Francia conmigo —dice de repente—. Sé que no eres feliz. Formaremos un buen equipo. Eres lista. Te ganas la vida sacando a la gente de un agujero a base de labia. Es una destreza fantástica.

No. No lo es. La verdad es que me dejé manipular por las apariencias porque creí ver a Daniel en Joe. Y luego reajusté mi mente para aceptar los hechos, por insustanciales que fueran, y presentarlos como verdaderos.

—Tú me comprendes. —Joe me coge la mano.

Una parte de mí desea apartarla. Otra parte desea quedarse así para siempre. Me sujeta con fuerza. ¿Es un gesto intimidante o tranquilizador? Ya no estoy segura. Con el corazón encogido, me pregunto si todo lo que creía saber de este hombre es falso.

—Lily...

Salgo corriendo del restaurante. Sigo calle abajo. Vuelvo a casa. Paso frente a la puerta silenciosa de Carla. Empiezo a vomitar en cuanto llego al baño. Sin hacer caso de los golpes de Ed en la puerta para saber si me encuentro bien.

Cuatro semanas después, sigo con vómitos. Y por si hubiera alguna duda, ahora tengo la prueba delante, gracias a ese paquete delgado y alargado que he comprado en la farmacia.

Estoy embarazada.

SEGUNDA PARTE

Doce años después

*Todavía siento el dolor en la cabeza.
Cuando levanto la mano izquierda —la que no me duele— para
tocármela, noto que está pegajosa.
De sangre.
Tengo la visión borrosa.
Y, sin embargo, juraría que veo algo en la esquina. ¿Qué es?
Un zapato.
Un zapato rojo.
Suena una sirena.
Contengo la respiración, con una esperanza enloquecida.
Pero la sirena pasa de largo.
Ojalá pudiera volver atrás.
Aunque ver las cosas a toro pasado, como podríamos atestiguar los tres,
resulta muy fácil.
¿Qué es lo que oigo?
La sangre se me hiela en las venas.
Ella sigue ahí.*

24

Carla

Otoño de 2013

—Disculpe, pero creo que está en mi asiento —dijo Carla.

Le lanzó una sonrisa al hombre trajeado que se hallaba junto a la ventanilla, a dos filas de la salida de emergencia. Era una sonrisa ensayada con todo cuidado. La combinación justa de encanto y de «no me toque las narices».

—Perdone. No entiendo lo que dice.

Debería haberlo supuesto. Ningún italiano llevaría una corbata tan horrible.

Carla repitió la frase en inglés con la misma sonrisa.

Hubo un atisbo de irritación en el hombre, pero su expresión se suavizó en cuanto la observó con más atención: su pelo negro a lo garçon, sus labios carnosos y relucientes, su cutis impecable, su deliciosa fragancia. Chanel n.º 5. Era el perfume preferido de Carla desde que había usado subrepticamente el de Lily hacía un montón de años.

—Le ruego que me disculpe —dijo el hombre, que al levantarse de un salto casi se golpea la cabeza con los compartimentos del equipaje. Luego examinó su tarjeta de embarque—. Tiene razón. El mío es el asiento del medio.

Por su modo de expresarlo, Carla dedujo que se había «equivocado» a propósito para ocupar el asiento de ventanilla en ese vuelo de Roma a Londres, Heathrow. También sospechó que si ella hubiera sido menos atractiva o menos resuelta, su compañero de viaje tal vez se habría salido con la suya.

El avión estaba medio vacío, observó mientras empezaban a avanzar despacio por la pista. No había nadie en el asiento del pasillo. En esa fila sólo estaban ella y ese hombre, que ahora se había puesto a leer *The Times*. Echó un vistazo a la página que estaba leyendo.

NUEVO PLAN PARA LA CRISIS DE LOS REFUGIADOS

Mientras tanto, la azafata estaba dando las explicaciones de seguridad sobre los chalecos salvavidas y las máscaras de oxígeno. Sonó un rugido ensordecedor, seguido de un repentino impulso hacia delante.

Carla se aferró a los apoyabrazos. El segundo vuelo que tomaba en su vida.

—¿Nerviosa? —preguntó el hombre.

—En absoluto —repuso Carla de inmediato. Cruzó los dedos mentalmente. Un viejo hábito siempre que decía una mentira.

¡Ya estaban en el aire! Miró por la ventanilla las casas diminutas. Adiós, Italia, se dijo. Se tocó la nuca desnuda con timidez. Qué rara la sentía sin sus largos rizos negros. «¡Tu preciosa melena!», había exclamado mamá cuando había vuelto de la peluquería. Pero ella quería un nuevo look para la nueva vida que tenía por delante. ¡Estaba a punto de cumplir los veintitrés! Ya iba siendo hora de hacer un cambio.

Sonó un pitido que indicaba que ya podía quitarse el cinturón. Carla habría preferido dejárselo puesto, pero el hombre sentado a su lado se estaba desabrochando el suyo, así que hizo lo mismo. Dos azafatas avanzaban con un carrito por el pasillo. A ella le rugió el estómago. No había sido capaz de ingerir nada en el desayuno y ya casi era mediodía.

—¿Le apetece algo de beber, señora?

—Vino tinto, por favor.

—¿Copa grande o pequeña?

—Grande.

—Permítame pagar a mí, por favor. —El hombre puso un instante la mano sobre la suya—. Es lo mínimo que puedo hacer por equivocarme de asiento.

—No ha tenido importancia —dijo ella.

—Aun así.

Estaba flirteando. No esperaba menos. Carla ladeó la cabeza con elegancia, como mamá solía hacer con Larry.

—Muy amable.

—¿Va a Londres por negocios o por placer?

—Ambas cosas. —Carla dio un largo sorbo. No era un vino tan bueno como el de las bodegas del abuelo, pero la ayudaría a relajarse—. Acabo de terminar mi licenciatura de Derecho en Italia y ahora empezaré un curso de convalidación en Londres. Pero también voy a ver a unos viejos amigos.

—¿De veras? —El hombre alzó las cejas. Eran de un rubio ceniza, lo que le trajo el recuerdo lejano de la cabeza de Ed inclinada sobre el bloc de dibujo—. Yo estoy en el sector farmacéutico.

Carla ya veía por dónde iban los tiros. Había hablado más de la cuenta, en parte por nerviosismo. Lo había alentado. Si no tomaba medidas de inmediato, el hombre seguiría dándole la lata durante el resto del viaje.

—Le ruego que me disculpe —dijo, vaciando la copa—, pero me duele la cabeza. Creo que me conviene dormir.

La decepción de su compañero de asiento le proporcionó un destello de placer. No era que necesitara pruebas de que llamaba la atención. La verdadera cuestión era si conseguía llamar la atención de las personas adecuadas.

Carla sacó de su bolso de cuero el antifaz para dormir de seda. Reclinó el asiento y cerró los ojos. Justo cuando empezaba a relajarse, hubo una fuerte sacudida y luego un pitido y un anuncio por los altavoces. «Les habla el capitán. Estamos entrando en una zona de turbulencias. Vuelvan a sus asientos y abróchense el cinturón de seguridad.»

Carla empezó a recitar avemarías en silencio. Luego, para tratar de

distraerse, dejó que su mente retrocediera en el tiempo y se remontara a la época en la que había volado por primera vez. Cuando era una cría asustada e insegura. No como la nueva Carla en la que se había convertido con tanto esfuerzo.

Todo había sucedido cuando apenas se había recuperado de su operación de apendicitis. Los cotilleos se transmitían a toda velocidad. La madre de Maria se había enterado de que mamá procedía del mismo pueblo que su marido, y la voz había corrido enseguida. La gente del valle y de las montañas empezó a hablar de la hija del *nonno*: no era una profesional de éxito en Londres, como él había dicho, ni tampoco viuda, como la propia Francesca se empeñaba en presentarse, sino una madre soltera con una hija, que pasaba muchos apuros y trabajaba en una tienda. A instancias de la *nonna*, que, según resultó, era la que estaba detrás de aquellas silenciosas llamadas telefónicas («Te localicé a través del número de información, pero cada vez que llamaba me entraba pánico y colgaba»), el *nonno* les había dicho que volvieran a «casa». Y como mamá ya no podía pagar el alquiler, no habían tenido más remedio que hacer las maletas y viajar a Italia.

Desde el momento en que llegaron, tanto ella como mamá se encontraron bajo el dominio del *nonno*. De entrada, él no permitió que mamá siguiera trabajando. Debía quedarse en casa y cuidar de la *nonna* —la abuela de Carla—, que padecía «dolores en los huesos».

—Cómo echo de menos a Larry —le decía mamá cuando estaban solas en el dormitorio que debían compartir.

—Pero era un mal hombre —respondía Carla.

—Él me amaba.

Mamá culpaba a Lily. Había sido ella quien le había obligado a alejarse. Lily y su manía de entrometerse.

Por mucho que lo intentara, Carla no lograba hacerla entrar en razón: Larry tenía tanta culpa como Lily. El pelo de su madre se volvió lacio; perdió su elasticidad y su brillo. Empezaron a salirle hebras grises. Primero, lentamente. Luego deprisa. Adelgazó. Su cutis había perdido la lozanía. Y no

paraba de repasar lo sucedido aquella última noche en el apartamento.

—Debería haber llamado antes al doctor —decía—. Te podrías haber muerto.

—No, mamá —la tranquilizaba Carla—. Tú estabas muy triste.

Mamá asentía.

—Quizá tengas razón. Si Lily no hubiera amenazado a Larry, no habría pasado nada de todo esto.

¿Era cierto?, se preguntaba Carla. Al fin y al cabo, ella misma había planeado librarse de Larry. Pero después, cuando Lily se encargó de ello, Carla se dio cuenta de que no había sido tan buena idea, en realidad.

Ahora vivían bajo la férula del nonno. A ella nunca la dejaban salir de noche, ni siquiera cuando se convirtió en una adolescente. Tenía prohibido asistir a las fiestas de sus amigas.

—¿Es que quieres acabar como tu madre?! —rugía siempre.

—Chist —decía la nonna.

Pero Carla ya sabía la verdad ahora. Una de sus vecinas se había ido de la lengua poco después de que llegasen.

—Tu pobre madre... —había dicho, aunque pronunciando «pobre» desdeñosamente, como si no la compadeciera en modo alguno—. ¡Haber sido engañada por ese hombre! ¡Y pensar que él ya estaba casado y tenía una criatura!

—¿Cómo es que conoce a Larry? —le había preguntado Carla.

La vieja había fruncido la frente.

—El nombre de tu padre es Giovanni. Antes vivía en Sicilia, pero he oído que ahora está en Roma.

¿Así que su padre no estaba muerto? Aunque quizá debería sentirse anonadada, en el fondo siempre lo había sospechado. Al fin y al cabo, tampoco habría sido la primera mentira que mamá le había contado. Giovanni debía de ser el hombre del gracioso sombrero que aparecía en las fotografías que su madre tenía escondidas. El comentario de la vecina la impulsó a echar otro vistazo a la caja de fotos, que, ahora, en Italia, estaba oculta en el armario, detrás de la ropa. Y, en efecto, dentro de un viejo sobre había un certificado de nacimiento. Pero el espacio para el nombre del padre estaba en

blanco.

Pese a todo, Carla sabía que no debía preguntarle nada a mamá; de lo contrario, se apenaría más de lo que ya lo estaba. Así pues, habló con la nonna.

—¿Tienes la dirección de mi padre para que pueda escribirle? —preguntó—. Si supiera que estoy aquí, quizá querría verme.

—Chist, niña. —La nonna la rodeó con sus brazos—. Me temo que él no quiere saber nada de nosotros. Déjalo correr. Lo pasado, pasado está.

Carla obedeció de mala gana. Qué otro remedio le quedaba. Nadie le decía siquiera cuál era el verdadero apellido de su padre. Cavoletti, por supuesto, era el apellido de soltera de su madre, aunque ella nunca había caído en la cuenta cuando les enviaban aquellas postales al nonno y la nonna.

—No debería haberte dicho nada —le dijo la vecina—. Y no atosigues a tu madre ni a tu abuela. Ya han sufrido bastante.

Pero eso no quería decir que no pudiera hacer planes para el futuro.

—No te preocupes —le decía cada noche a su madre, abrazándola, cuando se ponía a llorar—. Al final, todo saldrá bien.

—Pero ¿cómo? —contestaba mamá sollozando.

Carla apretaba los puños.

—Ya se me ocurrirá algo.

Muy pronto, Carla demostró en el colegio las aptitudes naturales que ya había empezado a descubrir en Inglaterra, antes de que todo se torciera. El nonno comenzó a alardear de las notas excelentes de su nieta. E incluso prestó oídos a los profesores que decían que debía escoger una de las profesiones liberales. ¿Qué tal, por ejemplo, convertirse en avvocata? Carla mostraba una gran habilidad en los debates de la clase.

Y fue entonces cuando empezó a concebir la idea. Iría a la universidad a estudiar Derecho. Era una carrera de cinco años, y suponía todo un compromiso, pero seguro que valdría la pena. (De hecho, sacaba tan buenas notas que la habían avanzado un curso.) Su verdadero motivo para querer hacer esa carrera, sin embargo, era que Lily le había demostrado que el conocimiento de la ley daba poder. Te permitía decidir sobre el futuro de los demás. La Lily enfurecida que había visto aquella noche en el corredor

rebosaba poder. Además, quizá le serviría también para hacerse rica y poder salvar a su madre del ambiente asfixiante de la casa del nonno.

Visto en retrospectiva, Carla comprendía que su madre quizá no se había portado del todo bien en Inglaterra. Quizá debería haber llamado antes al médico. Quizá no debería haber tenido una aventura con un hombre casado. Pero era una madre soltera totalmente vulnerable. Y ahora estaba en sus propias manos protegerla.

Fue durante su último año en la Universidad de Roma cuando, una noche, mientras investigaba para un caso especialmente aburrido, sintió de pronto el ardiente deseo de averiguar qué pasaría si introducía en Google los nombres de Ed y Lily.

¡Vaya! Lily se había convertido en socia del bufete de abogados, nada menos. No era justo que le fueran tan bien las cosas y que, en cambio, mamá —por su culpa, por lo que Lily había hecho— viviera casi como una prisionera bajo el férreo control del nonno. En la foto de la página web del bufete vio que se había cortado el pelo a lo garçon. Lily tenía un aspecto casi glamuroso. No se parecía en nada a la que ella había conocido.

En cuanto a Ed, apenas encontró información sobre él, aparte de varias referencias a alguna que otra exposición modesta. De repente, sin embargo, apareció ante sus ojos una imagen en una recóndita página de arte. El corazón se le aceleró. Era un cuadro de una niña de rizados negros, con una sonrisa en los labios que parecía a la vez inocente y astuta. Los colores eran espectaculares —un vestido rojo sobre un fondo azul cielo—, pero lo que resultaba fascinante era la mirada de la niña, que parecía salirse del marco. Tenía tal intensidad que la hacía sentir como si ella misma se hallara en la habitación del cuadro.

En la cual, por supuesto, había estado. Porque ella había sido esa niña. El vestido, de hecho, era de color negro. Pero un artista, según había dicho Ed entonces, tenía «derecho a cambiar el aspecto de las cosas».

«Un pintor vende un cuadro acrílico a un coleccionista anónimo por una cantidad de cinco cifras», decía el texto que figuraba al pie de la imagen.

¿Una cantidad de cinco cifras?

Siguió leyendo atónita.

«Ed Macdonald ha dado esperanzas a todos los artistas prometedores del mundo al recibir de un coleccionista una oferta imposible de rechazar. “En realidad, pinté La niña italiana hace años. Lo presenté en un concurso y obtuvo el tercer premio. Sin embargo, no encontró un comprador. Me quedé estupefacto cuando un coleccionista, que ha pedido que su nombre no se haga público, entró hace poco en una galería donde yo estaba exponiendo y lo compró allí mismo.”»

¡No era justo! Si no hubiera sido por ella, el cuadro no habría existido. Así pues, Carla le escribió a Ed. Ella no había recibido entonces ningún pago por sus servicios como modelo, señalaba en su carta. Quizá ahora, añadía, estaría dispuesto a compensarla con una parte del dinero que había recibido.

Pasaron tres semanas sin que llegara ninguna respuesta. Tal vez se había mudado, así que envió una segunda carta a la galería mencionada al final del artículo.

Tampoco nada. ¿Cómo se atrevía a ignorarla? Cuanto más lo pensaba (y cuantas más llamadas recibía de la pobre mamá, confinada en casa), más se convencía de que le debían algo. La amargura que sentía en su interior iba en aumento.

Un comentario casual de uno de los profesores de la facultad le dio una idea.

—Tú dominas el inglés, ¿verdad? Quizá deberías considerar la posibilidad de un curso de convalidación en Reino Unido. Así aumentaría tu cotización profesional.

También le serviría para estar más cerca de la gente que le había hecho daño a mamá, incluido Larry. Para reclamar lo que le correspondía con todo derecho. Y para tener lo que Lily tenía. Dinero. Un buen trabajo. Un nuevo look (quizá también a ella le quedara bien un corte a lo garçon). Y, bueno, todo lo que fuera capaz de conseguir por sus propios medios.

Notó que le tocaban el brazo ligeramente. Carla se sobresaltó, saliendo de la

neblina de sus recuerdos.

—Estamos a punto de aterrizar —le dijo el hombre de la horrible corbata—. He pensado que debía avisarla.

Quitándose el antifaz, Carla le sonrió.

—Gracias.

—De nada. ¿Dónde se aloja en Londres?

—En King's Cross —contestó ella sin vacilar, recordando el albergue que había encontrado en internet. Le había parecido bonito y de precio razonable.

—¿Había estado ya en Londres?

—Por supuesto. Pero hace muchos años.

—Las cosas han cambiado. —El hombre sacó del bolsillo una tarjeta—. Aquí tiene mi número, por si le apeteciera tomar una copa en algún momento.

Ella echó un vistazo a la alianza de plata que llevaba en la mano izquierda. Si algo le había enseñado la experiencia de mamá, era que los hombres casados no merecían la pena.

—Gracias, pero no es necesario.

Los labios del hombre se tensaron.

—Como quiera.

Hubo una sacudida, seguida del chirrido estridente de los frenos. Avanzaban a tal velocidad por la pista que se preguntó si podrían parar. Esta vez, no recibió ninguna palmadita tranquilizadora en el brazo. Su compañero parecía impaciente, deseoso de levantarse y recoger su maleta. Si hubiera aceptado su tarjeta, pensó Carla, quizá la habría llevado a cenar.

Pero no debía permitir que nada la distrajera de su plan.

ADUANA. CIUDADANOS DE LA UE.

¡Heathrow estaba abarrotado! Las colas eran interminables. Su maletita roja tardó tanto en aparecer dando tumbos en la cinta transportadora que Carla ya empezaba a creer que se había perdido. Se dispuso a recogerla, aliviada, pero un simpático joven se adelantó y lo hizo por ella.

¿Adónde debía dirigirse ahora? Miró desconcertada los rótulos. ¿Un taxi? Quizá el metro resultara más barato. El nonno le había dado dinero para el

curso y para sus gastos, pero tampoco era mucho.

Le costó una eternidad llegar a la estación de King's Cross después de equivocarse dos veces de tren.

—Disculpe, ¿puede decirme dónde está Black Street? —le preguntó al quiosquero de la salida.

El hombre la ignoró y atendió al cliente que iba detrás. Empezaba a oscurecer. Ya se le había olvidado que en Inglaterra hacía mucho más frío que en Italia. Temblorosa y hambrienta, fue pidiendo indicaciones a una persona tras otra entre la multitud que desfilaba junto a ella. Y todas pasaban de largo, como si no hubiera dicho nada. Por último, entró en una farmacia y encontró a alguien que tuvo la amabilidad de sacar su teléfono para buscar la dirección y decirle que quedaba a «unos buenos quince minutos a pie».

Al fin, encontró el albergue. Carla examinó con desagrado el sucio edificio de hormigón, con una puerta verde desconchada. Dos chicas salían en ese momento, cogidas del brazo. Ambas lucían unas medias con enormes agujeros. Por encima de las medias, llevaban shorts tejanos.

Alisándose la impecable chaqueta de lino beige que mamá le había hecho para el viaje, entró en el albergue.

—Tengo una habitación reservada —le dijo educadamente a la mujer de recepción.

—¿Nombre?

—Carla Cavoletti.

La mujer se sorbió la nariz y le dio una llave.

—Tercer piso. La primera a la derecha. El ascensor está estropeado.

La escalera olía a meados. Había palabras obscenas garabateadas con pintura roja en las paredes. A Carla se le cayó el alma a los pies. ¡La habitación parecía la celda de un monje! La cama era estrecha y estaba cubierta con una áspera manta gris. Había una mesa, pero la luz era tan pobre que resultaría difícil estudiar allí. El baño adosado era un armario con un lavamanos. El cartel de la pared le informó de que los lavabos de ese piso estaban fuera de servicio. POR FAVOR, UTILICE LOS DEL SEGUNDO PISO.

Carla se sentó en el borde de la cama y encendió el teléfono.

«Llama en cuanto llegues», le había dicho mamá.

—¿Hola? Soy yo. Sí, el vuelo ha sido estupendo y el hotel es precioso. Ya sabes qué planes tengo, mamá. Ya te lo he contado un montón de veces. Mañana me matricularé en la universidad. Sí, mamá. Ya te lo dije. También localizaré a Larry para decirle dónde estás. Yo también te quiero.

Cuando terminó la llamada, vio que salía de debajo de la cama una cucaracha. ¡Ag! Se apresuró a aplastarla con el tacón. Sonó un crujido. ¡Qué asco! Aunque también resultaba extrañamente gratificante.

Empujando los restos espachurrados debajo de la cama, sacó su pitillera y, pese al rótulo de no fumar de la pared, encendió un cigarrillo y dio una profunda calada. Esto ya estaba mejor. Luego se acercó a la ventana. Afuera, Londres destellaba y rugía con el zumbido del tráfico, preñado de promesas y posibilidades. En alguna parte de la ciudad había tres personas a las que debía encontrar. Y las encontraría.

25

Lily

—No. ¡No! Has movido mis zapatos. Ahora no puedo ponérmelos. ¿Por qué lo has hecho? ¡¿Por qué?!

Respira, me digo. Respira. No grites. No le regañes. No trates de razonar. Es todo inútil. Sólo me sirve para sentirme mejor fugazmente; luego vuelve a presentarse la culpa. La culpa porque dentro de diez minutos voy a dejar todo esto para tomar el tren de Londres. La culpa por dejar a Tom con mamá para escapar, para volver a mi trabajo y a casa con mi marido. La culpa por pensar que quizá no deberíamos haberlo tenido...

No. Eso no es justo. Por supuesto que quiero a mi hijo. Lo quiero con toda mi alma. En cuanto lo tuve, supe que por nada del mundo volvería atrás. Pero no sabíamos dónde nos metíamos. Y es muy duro cuando tu hijo de once años se comporta a ratos como un bebé y a ratos como un adulto con el intelecto de un genio. Por eso no hemos tenido ningún otro hijo.

—Yo lo arreglaré, cariño. No te preocupes —dice mamá, con tono dulce y tranquilizador, mientras acomoda los zapatos causantes del conflicto, que habían quedado desplazados de la línea precisa en la que Tom los había colocado anoche.

Es una de sus «pequeñas manías», como Ed las llama. Un ritual que parece proporcionarle a nuestro hijo una seguridad que nosotros somos incapaces de darle.

—Veo este tipo de cosas continuamente —afirmó el especialista, con un ligero suspiro—. Y no, la culpa no es de ustedes. Con toda probabilidad, el síndrome de Asperger ha existido siempre, pero ahora tenemos un nombre para etiquetarlo. Puede ser hereditario. Pero también puede surgir de la nada, sin ningún antecedente familiar. —A mí se me quedó la boca seca mientras él proseguía—. Por lo general, empieza a manifestarse a los ocho meses más o menos. Pero algunas madres dicen que sospechaban que había algo raro desde el principio.

Yo recordé el nacimiento de Tom. Sus ojos se agitaban de un lado a otro como diciendo «¿dónde demonios estoy?». En el hospital, había sido mucho más tranquilo que los demás bebés. Pero, cuando se ponía a llorar, lo hacía con un berrido estridente y angustioso que a mí me dejaba paralizada de pánico. O quizá era porque yo misma estaba muerta de miedo. Aterrorizada por el hecho de convertirme en madre justo cuando mi carrera empezaba a despegar. Cuando Ed y yo estábamos intentando con torpeza comenzar de cero.

Desde el momento en que le había enseñado a mi marido la línea azul del test de embarazo, se había producido entre nosotros un acuerdo tácito: ya no íbamos a «seguir intentando» que nuestro matrimonio funcionara; íbamos a hacerlo funcionar, sencillamente. Yo me había acordado de la época de mi adolescencia en la que había oído a mi madre acusando a mi padre de tener una aventura. Me había dado terror que fueran a separarse, y luego había sentido un enorme alivio cuando siguieron juntos. Muchos niños, en realidad, se criaban sin problemas en una familia monoparental. Pero después me había venido a la cabeza el recuerdo de Carla y Francesca. ¿Acaso quería acabar como ellas?

Y, además, Ed era otro hombre.

—¡Un hijo! —había dicho, poniéndome la mano en la barriga. Sus ojos brillaban de emoción—. Nuestro hijo. Podría ser para nosotros un nuevo comienzo.

—Pero ¿cómo nos las arreglaremos? —le había preguntado. Mi voz estaba impregnada de culpa, de rabia, de resentimiento y de puro miedo—. Todo el mundo quiere contratarme después de este caso. Me han ascendido.

Tú ni siquiera tienes trabajo.

Si esto último sonaba cruel, me avergüenza confesar que lo había dicho con toda intención. Estaba furiosa con Ed porque estaba furiosa conmigo misma.

—Pues trabajaré en casa. Y cuidaré de él a la vez.

He de reconocerlo. Ed tenía un don natural. Se volvía loco con Tom. Las palabras de mi cuñada resultaron ser ciertas; al menos, al principio. La paternidad le hizo madurar. Incluso dejó el alcohol una temporada (ahora simplemente procura beber con moderación). Hasta en los peores momentos, cuando nuestro hijo berreaba a pleno pulmón mientras lo levantábamos de la cuna o lo vestíamos, mi marido demostraba una paciencia que yo nunca le había visto. Más adelante, cuando Tom se negaba a jugar con los demás críos en el jardín de infancia, e incluso cuando mordió a una niña que pretendía quitarle el preciado trenecito azul que llevaba consigo a todas partes, Ed se limitó a decir que estaba mostrando su «carácter». «Es mucho más listo que los demás —decía mi marido con orgullo—. Esta mañana, de hecho, le ha dicho a uno de los niños que le dejara “un poco de espacio”. ¿Puedes creerlo? Es casi como un adulto en miniatura. Y sabe contar hasta diez con los dedos. No creo que haya muchos niños de dos años capaces de hacerlo. ¡Imagínate cómo será cuando sea mayor!»

Pero luego el comportamiento de Tom empezó a volverse más extremo. A una de las madres le preguntó por qué tenía un «bigote peludo». (La franqueza puede ser a veces otro rasgo del síndrome de Asperger.) A un niño le arrojó una taza de plástico, que le hizo un gran morado en la mejilla, porque era amarilla y no verde como de costumbre. En la guardería le dijeron a Ed que buscáramos otro sitio para Tom.

En casa, era igual de complicado. «No —me soltó cuando intenté que se pusiera el suéter de velvetón azul claro que Ross, su padrino, le había enviado por Navidad—. No me gusta cómo me rasca en la piel.»

Incluso Ed empezaba a preocuparse. «Pero ¿qué diantre le pasa? —dijo cuando Tom se negó a meterse en la cama porque le habíamos lavado la colcha con un detergente nuevo que olía “raro”—. Las madres de la nueva guardería me hacen el vacío. Parece como si creyeran que la culpa es mía.»

Mis padres también habían sido acusados en su momento de educar mal a su hijo.

—Tiene que haber una explicación —repetía Ed.

A través del médico de cabecera, encontramos a un especialista que finalmente estableció un diagnóstico. Asperger. Un trastorno del espectro autista, además de una conducta obsesiva. «Poco se puede hacer —nos informó—. Podrían intentar suprimirle cierto tipo de alimentos... Estos niños suelen ser muy inteligentes... Mírenlo como una mentalidad diferente...»

Tom, me decía en los momentos de depresión, era mi castigo: un castigo por algo tan terrible que apenas podía reconocer ante mí misma, no digamos ya ante cualquier otro.

Cuando Ed se ponía a llorar en mi regazo («Lo intento, Lily, de veras que lo intento»), yo deseaba contárselo. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Seguro que me dejaría si descubría lo que había hecho. Un niño como Tom nos necesitaba a los dos. Ahora estábamos atados, como lo habían estado mis padres.

«Dejadnos echar una mano», me acabó pidiendo mi madre en una de sus visitas mensuales a Londres. Para entonces, nos habíamos mudado a una casa adosada victoriana de tres habitaciones en Notting Hill, gracias al dinero del fideicomiso de Ed, que había quedado liberado al morir sus abuelos. Entretanto, mi sustancioso sueldo había permitido que él se quedara en casa todo el día mientras intentaba establecerse como artista freelance. Lo cual en teoría era fantástico. En la práctica, sin embargo, hacía que resultara imposible que Ed trabajara mientras cuidaba de un niño que no paraba quieto, que se ponía a hacer largas divisiones mentalmente y, al cabo de un momento, empezaba a gritar porque tenía las manos sucias de plastilina.

«Podríamos cuidar de Tom durante la semana», añadió mamá, recorriendo con la mirada el desbarajuste del salón, sembrado de muñecos y de bocetos inacabados en los que Ed había intentado trabajar mientras procuraba salvar a Tom de sí mismo. (Unos días antes, se había pillado el dedo en la ventana, porque había deshecho el nudo del cordón «para ver cómo funcionaba».) «Así tendríais tiempo para vosotros», me dijo.

Mamá tendía a entrometerse un poco cuando venía a casa. De hecho, se

había vuelto más entrometida después de lo de Daniel, como si su ausencia hubiera dejado un hueco que necesitaba llenar asumiendo un papel más activo en mi vida. Pero esa tendencia se intensificó al nacer Tom. ¿Habría reparado en los reveladores indicios de la habitación de invitados? El libro bajo la cama. La ropa de Ed en el aparador. La botella mediada de vino en un rincón del armario. (No era mía: yo había dejado de beber en cuanto empezó el embarazo.) En fin, todas aquellas pistas de que ésa era la habitación que mi marido solía ocupar por la noche.

«Esa cama me va mejor para la espalda», me había dicho la primera vez que me había propuesto dormir en camas separadas. Al principio, me sentí herida. Pero era más práctico, sin duda, porque cuanto más gritaba y berreaba Tom siempre que yo intentaba cepillarle el pelo («Me hace daño») o si alguien cambiaba de sitio su «taza especial» («¿Dónde está?, ¿dónde está?»), más tendíamos a enfadarnos Ed y yo entre nosotros. Lo cual a veces desembocaba en unas broncas tremendas.

«No puedo con los berrinches de dos críos a la vez», le solté durante una discusión especialmente desagradable que se produjo cuando Ed le dijo a Tom que «se pusiera las pilas».

La cara de Tom se contrajo con sincera perplejidad. «Pero ¿dónde las voy a encontrar?» El lenguaje debía ser transparente. Si le decías «cierra el pico», pensaba en el loro de la vecina. «Tener la cabeza en las nubes» significaba para él que habías volado tan alto que te habías quedado enganchado en el cielo. «¿Puedes irte a la cama?» quería decir «¿Eres capaz de acostarte solo?»; era una pregunta, no una orden.

El enfado o las lágrimas por nuestra parte no servían de nada. Tom parecía tener un problema para identificar las emociones de los demás.

—¿Por qué lloran? —preguntó un día mientras veía en la tele las imágenes de una multitud de refugiados.

—Porque ya no tienen casa —le expliqué.

—¿Y por qué no se compran una nueva?

Algunas de estas preguntas podían parecer normales en un niño pequeño. Pero, a medida que Tom fue creciendo, se volvieron cada vez más inapropiadas.

Era agotador. Casi como aquellos días horribles del principio de nuestro matrimonio, cuando habíamos estado a punto de romper. Pero la propuesta de mamá fue nuestra salvación. Tom se fue con mamá y papá a Devon, junto al mar. Había un colegio en la misma calle: el colegio al que mi hermano y yo habíamos ido. Desde esa época, habían tenido a otros «niños especiales» como él, nos dijo animadamente el director. No debíamos preocuparnos. Ed y yo iríamos a verle cada fin de semana. No cabía duda de que este arreglo sería beneficioso para mis padres. Desde que Tom había nacido, mi madre ya no sufría aquellos delirios en los que creía que Daniel seguía vivo. Ahora tenía otra misión en la vida: su nieto.

Por más que odiara reconocerlo, la ausencia de Tom también nos brindó a Ed y a mí la oportunidad de ser una pareja. Ahora podíamos charlar durante las comidas; tumbarnos por la noche en el sofá con las piernas entrelazadas, envueltos en un silencio amigable; redescubrir nuestros cuerpos mutuamente en la misma habitación. No puedo decir que fuera —o que sea— algo muy apasionado. Pero sí es agradable. Tierno.

Entretanto, Ed seguía intentando hacerse un nombre como artista. Ambos teníamos la esperanza de que lo consiguiera pronto, sobre todo después de quedar tercero en aquel concurso. Pero el mercado era lento, o eso le decía todo el mundo. De vez en cuando, convencía a alguna galería para que le dejara exponer parte de su obra. Pero resultó muy arduo hasta que un coleccionista anónimo compró *La niña italiana*. Al final, Ed tuvo el dinero suficiente para hacer realidad su sueño: abrir su propia galería.

Paradójicamente, desde el nacimiento de Tom mi carrera ha entrado en una fase de plenitud. Para mi satisfacción, me convirtieron en socia del bufete a raíz de mis éxitos continuados tras el caso de Joe Thomas, que dio lugar a una serie de indemnizaciones por todo el país y a un cambio en la legislación de salud y seguridad. Nuestra contribución ha sentado precedente en la jurisprudencia. Me he ganado una reputación.

Igual de importante, a mi modo de ver, ha sido el hecho tranquilizador de que Davina esté ahora casada con un terrateniente de Yorkshire. Rechazamos la invitación a la boda. Ed me juró por lo más sagrado que nunca me había sido infiel con ella, pero yo aún me siento incómoda en su presencia.

Pese a todo, Ed y yo nos hemos convertido en una pareja mucho más sólida. Dicen que cuando tienes un hijo enfermo o con problemas, o te distancias o te acercas más. Es sorprendente que nosotros hayamos hecho esto último.

—¡Mis zapatos! ¡Ahora no puedo llevarlos porque los has tocado!

La rabia de mi hijo me devuelve con brusquedad al presente. Si no pillo el primer tren a Waterloo, no llegaré a mi reunión.

—Yo lo arreglaré —dice mamá con firmeza. En ocasiones creo que se ha hecho cargo de Tom para hacer las cosas bien esta vez. Ella fracasó con Daniel, o eso es lo que piensa, pero no hará lo mismo con su nieto—. Toma. Casi se me olvida. Ha llegado esta carta para ti durante la semana.

Así que me voy, como una cobarde. Me subo al coche, donde mi padre me está esperando, y me arrellano en el asiento, cerrando los ojos con alivio.

—¿Ed te recogerá en la estación? —me pregunta papá.

Meneo la cabeza. Excepcionalmente, mi marido no ha venido conmigo esta vez. Le invitaron a asistir a una exposición dominical en una galería de élite de Covent Garden en la que tienen colgada una copia de La niña italiana. Hay algo en ese cuadro —los colores vibrantes, casi chillones, y esa expresión a medias inocente, a medias astuta— que me perturba cada vez que lo veo. ¿O es sólo porque aún me resulta irritante que Francesca nos usara como canguros para poder estar con Tony Gordon? O con Larry, como él se hacía llamar. ¿Cómo es posible que una persona lleve una doble vida?

Ahora, mientras el tren traquetea a través de Sherborne, le doy vueltas al sobre entre mis manos. No voy a dejar que Joe Thomas me toque ni siquiera en mi mente. No quiero pararme a pensar en el papel que desempeñé para ayudar a un hombre culpable a salir de la cárcel. Si lo hago, no seré capaz de soportarme a mí misma.

Por eso, en cuanto llegue a Londres, voy a romper este sobre, con las características letras mayúsculas de mi antiguo cliente, y lo voy a tirar en la primera papelería que vea.

En la oficina reinan el pánico y las urgencias de siempre. Yo disfruto cada

momento. Pánico adulto, controlado. Lucha adulta de voluntades. Adulación adulta.

No es sólo mi carrera la que está en pleno auge, sino también mi cuerpo. Algunas mujeres envejecen mal, como Davina (no puedo reprimir una sonrisa victoriosa), cuya fotografía en la sección de «Sociedad» del Tatler del mes pasado la mostraba con unos mofletes tremendamente inflados. Otras personas, como yo, parecen mejorar con el tiempo. O eso me han dicho. «La madurez te sienta bien», me dijo Ed el otro día, mirando la silueta plana de mi estómago y mis muslos esbeltos.

Yo le respondí con fingida indignación.

—¿Madurez? Los cuarenta ahora equivalen a los treinta, por si no lo sabías. O al menos, los treinta y ocho.

Lo curioso del caso es que, después de nacer Tom, yo estaba demasiado ocupada para dedicarme a comer de forma compulsiva. Los kilos del embarazo desaparecieron con rapidez (la lactancia también ayuda) y mi peso ha seguido bajando a medida que mi hijo crecía. Cuantos más estropicios hacía Tom con la comida, embadurnando las paredes y haciendo a veces otras cosas peores, menos ganas tenía yo de comer. Mi incapacidad para lidiar con un niño que se empeñaba en que todo estuviera en su sitio y, al mismo tiempo, no paraba de generar el caos, acabó siendo mucho más eficaz que cualquier dieta. Además, empecé a salir a correr antes del trabajo. Primero sólo daba una vuelta a la manzana, pero después fui aumentando el recorrido. Correr, sobre todo a las seis de la mañana, cuando el mundo apenas está despertando, me ayudaba a huir de los demonios que me acosaban en sueños.

A medida que iba perdiendo peso y que mis pómulos se iban perfilando, descubrí que podía ponerme una talla cuarenta y luego una treinta y ocho. Fui a un peluquero caro de Mayfair y me corté mi larga melena rubia para dejármelo con un estilo garçon que venía a decir «tómame en serio». La gente ahora me mira cuando cruzo resueltamente la oficina con mis zapatos rojos de tacón de aguja. Zapatos poderosos. Los clientes, al principio, me estudian con un punto de desconfianza, como si una no fuera capaz de ganar un caso y tener buen aspecto al mismo tiempo. Una vez, en el tribunal, el abogado de la parte contraria me deslizó una nota, en la que me proponía que cenara con él

esa noche. Lo rechazé, pero me sentí halagada.

Los tribunales. Eso me recuerda que tengo que estar allí dentro de una hora. Desde «aquel caso», me he especializado en delitos graves como asesinato y homicidio involuntario. La experiencia de ver a Tony Gordon deambulando frente al estrado hace ya tantos años encendió dentro de mí una chispa. Los abogados corrientes pueden obtener una calificación extra, conocida como Derechos Superiores de Audiencia, para asumir en los tribunales los casos que normalmente manejan los abogados litigantes. Es un arma adicional y supone un aumento considerable de tu cotización. Así que eso fue lo que hice.

Sin embargo, sólo asumiré este tipo de casos si estoy convencida de la inocencia de mi cliente. A la menor duda, se los pasaré a otro abogado aduciendo que estoy demasiado ocupada. Sobre el caso de esta tarde, no tengo dudas. Una adolescente. Derribada de su bici por el conductor de un camión. Hay que hacer justicia.

—¿Listo? —Miro con impaciencia a nuestro becario más reciente: un joven recién salido de Oxford cuyo padre es amigo de uno de los socios del bufete.

No me gustan estas cosas, pero ¿qué se le va a hacer? El nepotismo abunda en la profesión. El chico aún está jugueteando con su corbata de Eton mientras echamos a andar.

—¿No vamos a coger un taxi? —gime.

—No. —Yo camino con pasos largos y medidos.

Andar es otra de las cosas que me permiten mantener la línea. Y, además, el fresco aire otoñal me ayuda a pensar mientras voy repasando los detalles del caso.

—¿No te pones nerviosa ante el tribunal?

El chico me mira cohibido y yo siento una pizca de compasión. Los modales y la educación privilegiada no constituyen ninguna garantía cuando te toca explayarte ante un juez y una hilera de jurados; estos últimos no suelen ser muy caritativos con los idiotas.

—No me lo permito a mí misma.

Subimos la escalinata de piedra y entramos en el juzgado. No es tan

grande como el Old Bailey, el tribunal penal central, pero resulta bastante imponente con sus columnas de piedra gris y sus pasillos poblados de togas negras, que ondean al caminar. Por injusto que sea, los hombres siguen siendo mucho más numerosos que las mujeres, y sin embargo...

—¿Lily?

Un hombre de cara gris y pelo gris se detiene junto a mí. Rápidamente, rebusco en mi memoria. Lo conozco, seguro, pero no consigo recordar su nombre.

—No me reconoces. —Le sale una voz rasposa. Y es una afirmación, no una pregunta—. Tony. Tony Gordon.

Me quedo consternada. No lo había visto desde hace meses, y eso fue sólo de pasada, dirigiéndonos apenas un gesto rápido. Como si no nos hubiéramos tirado juntos horas examinando con las cabezas pegadas montones de documentos que darían lugar a una grave injusticia. Yo he procurado olvidar esas horas con todas mis fuerzas.

—¿Cómo estás, Lily? —Mientras habla, y mientras yo asimilo la consternación, se lleva la mano a la garganta. Y entonces lo veo. Un bulto inconfundible que se eleva por encima del cuello de su camisa—. Cáncer de laringe —dice con esa voz rasposa—. Han hecho lo que han podido, pero...

Sus palabras quedan casi ahogadas por el bullicio que nos rodea. A mi lado, el becario de Oxford se remueve incómodo.

—He visto tu nombre en la lista y he aprovechado para pillarte un momento. —Sus ojos, una de las pocas cosas de Tony que no han cambiado, se detienen en mi acompañante.

—¿Puedes esperar allí, por favor? —le pido al chico con firmeza.

Mi viejo colega tuerce la boca divertido.

—Has cambiado. Pero eso ya lo sabía. Tu reputación se extiende cada día más.

Hago caso omiso del cumplido.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Joe Thomas.

Se me seca la boca. Me quedo helada. Todo el bullicio a nuestro alrededor se desvanece.

—¿Qué pasa con él?

Mi mente retrocede a la conversación que mantuve con Tony hace años. A la llamada que le hice aterrorizada, después de que Joe Thomas reconociera orgulloso su culpa.

—¿Qué hacemos? —le pregunté entonces.

—Nada —respondió Tony—. Está libre y punto.

Su falta de sorpresa era demasiado evidente.

—¿Tú sabías que era culpable?

—Lo sospechaba. Aunque no estaba seguro. Además, eso no importa.

—Claro que importa.

—Mira, Lily. Cuando tengas más años te darás cuenta de que esto es un juego. Uno en el cual hemos de ganar aunque nos toque una carta mala. No había pruebas suficientes contra Joe Thomas. Y su condena habría puesto en peligro todos los demás casos derivados del suyo. Supéralo. Y sigue adelante.

Éste es el auténtico motivo de que haya procurado evitar que mi camino volviera a cruzarse con el de Tony Gordon. No sólo por la doble vida que llevaba, ni por aquella expresión consternada de la pobre Carla mientras intentaba comprender por qué Larry, el amigo de su madre, se llamaba Tony en realidad. No: es porque no quiero ser una abogada como él. Mis principios son más elevados. O deberían haberlo sido.

Pero aquí estamos ahora, cara a cara.

—¿Qué pasa con él? —pregunto, mirando el reloj. Dentro de diez minutos tenemos que estar en la sala.

—Me ha escrito. Quiere que te transmita un mensaje.

Yo pienso en todas las felicitaciones de cumpleaños sin firmar que he recibido a lo largo de los años. Todas enviadas a mi oficina. Todas escritas con esas mismas letras mayúsculas. Todas con sellos extranjeros, de países tan lejanos como Egipto. Incluida la última, que ahora está en una papelera de la estación de Waterloo. Al menos yo supongo que era una felicitación de cumpleaños. Mi mente se detiene un instante en la discreta cena que disfruté con mi marido la semana pasada para celebrar mis treinta y ocho años. Sin aspavientos. Sin bombos ni platillos. Sólo una celebración tranquila por haber superado las dificultades. Por seguir casados. Pero ahora tengo ante mí un

recordatorio de mis fracasos.

—Necesita hablar contigo, Lily. —Tony me pone un trozo de papel en la mano—. Dijo que era urgente.

Dicho lo cual, se aleja. Con su abrigo negro que ondea. Sin sombrero. Antes de que pueda expresarle mis condolencias por su enfermedad, ya está cruzando el vestíbulo abovedado.

Y, ahora mismo, me espera mi trabajo. Un camionero inocente, cuya vida quedó destrozada cuando una adolescente en bici se le cruzó en la calle sin previo aviso. Uno más bien esperaría que la víctima fuese la ciclista. Al fin y al cabo, continuamente leemos noticias sobre ese tipo de casos. Pero ahí está el desafío de mi profesión. Nada es lo que parece.

Mi tarea ahora es sacar a ese pobre hombre de la cárcel. He de mantener mi récord de mayor número de victorias que cualquier otra persona en la oficina. Es la única manera de demostrar que no soy tan mala persona, después de todo.

Contra lo que aconseja la sensatez, me guardo el número de Joe Thomas en el bolsillo y sigo caminando.

26

Carla

La despertaron muy temprano una serie de gritos y topetazos. Estremecida de frío, se acercó descalza a la ventana y vio a unos hombres, en la estrecha calleja del albergue, vaciando los cubos de basura en un camión.

Era reconfortante comprobar que la recogida de basuras funcionaba allí tan bien como en Italia. Hacía que sintiera un poco menos de añoranza. Mientras estiraba los brazos (mamá le había inculcado hacía mucho la importancia del ejercicio matinal para mantenerse en forma), uno de los hombres levantó la vista y soltó un silbido.

Sin hacer caso, Carla volvió a la cama y se acurrucó bajo la delgada colcha (¡ni siquiera había radiador en la habitación!). Encendió su ordenador y pinchó el enlace que había guardado en «Favoritos»: «Tony Frederick Gordon. Lincoln's Inn».

Y luego otro artículo:

La Honorable Sociedad del Lincoln's Inn es uno de los cuatro colegios jurídicos de Londres donde se forman los abogados litigantes de Inglaterra y Gales. Está considerada una de las asociaciones profesionales de abogados más prestigiosas del mundo. Se cree que tomó su nombre de Henry de Lacy, tercer conde de Lincoln.

Todo esto, por supuesto, ya lo había mirado en Italia. Pero lo que aún no había averiguado, pese a haberle asegurado a mamá que encontraría a Larry,

era si podía presentarse simplemente allí para darle una sorpresa, o si debía concertar una cita haciéndose pasar por una clienta.

Mientras consideraba la cuestión, otra cucaracha salió de debajo de la cama y se detuvo un momento, como si estuviera suplicando: «No me mates». Pediré una cita, decidió Carla. Así tendría la seguridad de que iba a verlo. De todos modos, no la concertaría por teléfono. Iría a hacerlo en persona.

Levantándose de la cama, se puso la bata rosa de seda que la nonna le había comprado como regalo de despedida y rodeó de puntillas a la cucaracha. No se trataba de que se hubiera vuelto blanda, se dijo mientras cruzaba el pasillo hacia el baño compartido. Tan sólo era cuestión de ser práctica. No podía matar a todas las cucarachas de la habitación.

Pero sí podía hacer que Larry se diera cuenta de lo que había hecho.

Media hora después, estaba lista. Una falda de tubo que resaltaba su figura, pero que tenía al mismo tiempo un aspecto clásico. Un ceñido jersey negro con un ancho cinturón de cuero para marcar su cintura. La chaqueta crema del día anterior. Unos zapatos rojos de tacón de aguja. Un toque de Chanel de la botellita de muestra que había cogido en el duty-free cuando nadie miraba. Y un bolso en bandolera sobre el pecho, porque, al parecer, en Londres había tantos ladrones como en Roma.

En el mostrador de recepción había un montón de mapas del metro. Esquivando con cuidado a una chica con un tatuaje en el cuello y unos tejanos rajados, Carla cogió uno y lo examinó con perplejidad.

—¿Adónde quieres ir? —le preguntó la chica.

—A Holborn —respondió remilgadamente.

—Entonces coge la línea roja. —Se la señaló con un dedo mugriento—.

¿Quieres comprar una tarjeta Oyster barata?

—¿Me puedes explicar qué es eso, por favor?

Sonó a su espalda la risa de otra chica que andaba por allí. Ambas le trajeron el recuerdo del colegio donde todo el mundo la había tratado horriblemente.

—Es una tarjeta para subir a los autobuses y el metro. Sólo veinte libras. Un chollo.

—Sólo tengo euros.

—Entonces dame cuarenta.

Carla le entregó el dinero y se dirigió a la estación de King's Cross. Se acordaba más o menos del camino que había hecho el día anterior. Cuando puso la tarjeta Oyster en la barrera como todo el mundo, sonó un fuerte pitido.

—No queda saldo ahí, querida —le informó un empleado con chaleco reflectante.

—Pero ¡si me la ha vendido una chica por cuarenta euros!

—Me temo que te la han pegado. Las tarjetas Oyster sólo se venden en las estaciones, o bien online. —El tipo le señaló la máquina expendedora, donde había una larga cola.

Carla, furiosa, compró otra. ¡Estos ingleses! ¡Eran todos unos ladrones!

El Lincoln's Inn era incluso más bonito que en la fotos de internet. Carla se quedó un momento inmóvil, maravillada ante aquellos altos edificios con sus ventanas de guillotina y sus anchos alféizares. Pese a hallarse en el centro de Londres, parecía como si estuviera en medio del campo, con aquellos preciosos e impecables setos cuadrados que ya empezaban a adquirir tonos dorados con el otoño inminente. Uno de los edificios con tejado abovedado le recordó la basílica de Florencia, donde había estado una vez en una excursión escolar.

Para su alivio, encontró las oficinas de Larry con facilidad gracias a las indicaciones que había sacado de Google.

—¿Puedo ayudarla? —le preguntó la chica de recepción.

—Me gustaría concertar una cita con el señor La..., digo, con el señor Tony Gordon.

La chica la miró inquisitivamente.

—¿Es usted abogada?

—No exactamente. Conocí al señor Gordon hace años y me gustaría volver a contactar con él.

La mirada se volvió aún más gélida.

—Entonces le sugiero que le envíe un email a alguno de sus ayudantes y él se encargará de transmitir su mensaje. —La chica le puso delante una

tarjeta—. Aquí tiene la dirección.

—Pero es que necesito ver al señor Gordon. Es importante.

—Me temo que es imposible. Y ahora voy a tener que pedirle que se vaya.

El tono ya no era gélido, sino irritado y firme. Decidida a no mostrar lo avergonzada que se sentía, Carla salió con la cabeza muy alta. Luego buscó un café con wifi y escribió un breve mensaje.

Querido Tony:

Quizá te acuerdes de mí, pese a los años que han pasado. Ahora estoy en Inglaterra y tengo que transmitirte un mensaje de mi madre, Francesca.

Un cordial saludo,
Carla

Con eso bastaría. Educado y directo. Personalmente, Carla no compartía las esperanzas que albergaba su madre de que Larry, o sea, Tony, la echara de menos. Aun así, con un poco de suerte, accedería a verla. Y si no otra cosa, tal vez podría sacarle un dinero para aplacar sus remordimientos.

Después pasó a las dos siguientes tareas de su lista. Matricularse en la universidad, cerca de una estación llamada Goodge Street, le resultó mucho más fácil. ¡Todo el mundo era amable! Las clases empezaban al día siguiente. ¿Ya tenía la lista de lecturas que le habían enviado por email durante el verano? ¿Sí? Perfecto. Había un cóctel para los alumnos de primero esa misma noche. Sería una buena forma de conocer a los demás.

Ella, sin embargo, se dijo mientras volvía hacia la estación de metro, tenía cosas más importantes que hacer.

Lily

Espero hasta que se ha dictado el veredicto de inocencia para hacer la llamada. El caso del conductor del camión ha sido difícil. Los abogados de la otra parte han presentado una filmación de la «víctima»: una adolescente feliz y sonriente en bicicleta. A punto han estado de decantar la opinión de las mujeres del jurado, la mayoría de las cuales tenían hijos.

Pero no lo han conseguido.

—Gracias. —La esposa del camionero me abraza al salir de la sala—. Por un momento, he creído que íbamos a perder.

Yo también, aunque jamás lo reconoceré. Drogas. Alcohol. Siempre es una de las dos cosas lo que conduce a la cárcel o a la muerte. El recuerdo de aquel pub de Highgate todavía me persigue. Por eso ya nunca pruebo el alcohol.

—Vamos a salir a celebrarlo —dice la mujer contemplando con adoración a su esposo—, ¿verdad, cariño?

Pero él, igual que yo, está mirando a una pareja de mediana edad que se abraza en silencio al otro lado del vestíbulo de mármol. La mujer tiene apoyada la cabeza en el pecho del marido. Como si percibiera nuestra mirada, ella se vuelve de golpe y me taladra con una expresión que me hace dudar de la existencia misma de mi alma.

«Lo siento —quisiera decir—. Lamento su pérdida. Sobre todo, lamento

que el recuerdo de su hija haya quedado manchado para siempre. Pero había que hacer justicia.»

Ella empieza a acercarse y yo me armo de valor. Se trata de una familia educada e inteligente. Lo cual se ha destacado repetidamente en el juicio. El padre es profesor. La madre se ha pasado la vida criando a sus hijos. Por suerte, tienen tres más. Pero una pérdida, he descubierto, puede convertir a los seres humanos en animales rabiosos.

La esposa del camionero suelta un grito ahogado cuando me caen las gotas de un salivazo directo en la cara. No iba dirigido al camionero, sino a mí.

—Debería avergonzarse de sí misma —sisea con furia la afligida madre.

Me limpio la saliva de la mejilla con un pañuelito que llevo siempre con este propósito. No es la primera vez que me ocurre. Y no será la última. El marido se ha acercado también y se lleva a la mujer, lanzándome torvas miradas.

—Lo siento —dice el camionero. Tiene los ojos húmedos.

Me encojo de hombros.

—No pasa nada.

Pero no es verdad. Y ambos lo sabemos. Gracias a un soplo anónimo (aunque parezca sorprendente, ocurre muy a menudo), conseguí identificar al traficante que le vendía las drogas a la chica, a la adolescente que cruzó con su bicicleta frente al camión. De no haber sido por eso, no habríamos podido demostrar que era una consumidora habitual, cosa que ha contribuido de forma decisiva a evidenciar su culpa.

Se ha hecho justicia. No todas las veces es como cabría esperar. Pero siempre hay que pagar un precio.

Bajo los peldaños y salgo a la calle, donde sopla un aire tonificante. Hay otro mundo aquí fuera, me recuerdo a mí misma mientras cruzo hacia el parque, evitando por poco a un ciclista sin casco. Un mundo donde puedo decidir si tiro a la papelera el trozo de papel de Tony con el número de Joe Thomas.

O si llamo.

«Necesitamos poner una conclusión.» Es una frase que oigo decir a los

clientes continuamente. Incluso si sale un veredicto de culpabilidad, necesitan librarse de esa espada colgada sobre sus cabezas. Yo pensaba que me había librado de la mía. Pero cada vez que recibo esas felicitaciones de cumpleaños me doy cuenta de que no puedo escapar. Y ahora tengo un número de teléfono.

Si no llamo, siempre me preguntaré qué quería decirme. Si le llamo, estaré cayendo en su juego. De repente, veo que se le cae el monedero a una mujer que pasa por mi lado. Las monedas salen rodando por el suelo y ella se apresura a recogerlas. ¿Por qué no? Saco de mi bolso una moneda de cincuenta peniques y la lanzo por los aires. Cara, no llamo. Cruz, llamo.

La atrapo antes de que caiga sobre la hierba húmeda.

Cruz.

Debería volver a la oficina. Pero necesito un poco de tiempo para pensar. La conversación con Joe me ha perturbado. Así pues, me dirijo a la National Portrait Gallery. Siempre me calma ver otras caras con las mismas expresiones que yo veo en la mía en diferentes contextos.

Las emociones no cambian a lo largo de los siglos. Miedo. Excitación. Recelo. Culpa. Y alivio. El alivio que siento cuando me acurruco de noche junto a Ed, por el hecho de que sigamos juntos. De que seamos una familia. El matrimonio tiene sus altibajos, dice siempre mi madre. Es cierto. Resulta demasiado fácil tirar la toalla. Pero yo no voy a permitir que Joe Thomas me haga esto a mí.

Estoy mirando un retrato de Thomas Cromwell cuando suena mi móvil. «Perdón», digo con los labios a una pareja ataviada con bufandas a juego y que me mira con desaprobación.

Me dirijo rápidamente al vestíbulo, donde una turista está preguntando el precio de la entrada.

—En mi país, los museos son gratis —le oigo decir.

Hurgo en mi bolso, pero el móvil está al fondo del todo y no llego a tiempo.

«Llamada perdida.»

Ed.

Se me seca la boca. Mi marido nunca me llama en horas de trabajo a menos que haya alguna urgencia relacionada con Tom. No hemos tenido ninguna desde hace un tiempo. Ya toca la siguiente. Así funciona la cosa.

Con dedos temblorosos, le devuelvo la llamada.

28

Carla

Carla se esperaba un sitio imponente. No como la Royal Academy, claro, que estaba deseando visitar, pero sí algo..., bueno, considerable. Y, sin embargo, se trataba de un estrecho edificio encajonado entre una zapatería y un quiosco. Si una no sabía lo que buscaba, podría pasar de largo perfectamente. Incluso había que bajar los peldaños de piedra de un sótano para encontrar la entrada.

Al cruzar el umbral, se detuvo en seco. Contuvo el aliento. Todas las paredes a su alrededor eran blancas. Y en esas paredes estaba... ella.

Carla, tal como había sido en su momento.

La pequeña niña italiana que siempre se sentía diferente.

Imposible confundirla con otra. Algunos de los cuadros los reconocía. Pero también había otros nuevos. Riendo. Enfurruñándose. Pensando. Soñando. En gran formato. En pequeño formato. Con enérgicas pinceladas rojas y negras.

¡Ay, santo cielo! Sofocó una exclamación. Ahí, en la esquina, con un carbón en la mano, estaba Ed. Más viejo de cómo lo recordaba, con más arrugas en la frente. Tenía puestas unas gafas, además, y no recordaba que las llevara en su momento. Pero era él sin la menor duda.

«Estate quieta, Carla, por favor. Piensa en algo bonito. En tu nueva bici rosa, por ejemplo. O en tu amiga del colegio. ¿Cómo has dicho que se

llamaba? ¡Maria! Eso es.» Estas palabras le vinieron a la memoria mientras se le acercaba.

—¿Señor Macdonald?

De mala gana, él alzó la cabeza para mirarla. Carla notó que estaba molesto por la interrupción. La dura expresión de sus ojos, sin embargo, se suavizó de inmediato. Se dispuso a levantarse, pero volvió a sentarse.

—¿Carla? —empezó con voz ahogada—. ¿La pequeña Carla? ¿De veras eres tú?

Ella estaba preparada para cualquier reacción, pero no para ésa. No para esa mirada de sincero placer. Ni rastro de vergüenza o incomodidad. Ni el menor intento de disimulo.

—Te escribí una carta —le contó, mirándolo a los ojos—. Pero no me respondiste.

Él alzó sus pobladas cejas.

—¿Me escribiste? ¿Cuándo?

—El año pasado. Y luego te mandé otra.

—¿La mandaste a la galería?

—Sí... No, a ésta no. —Carla vaciló—. La primera la envié a tu casa y la segunda a otra galería donde tenías una exposición.

Ed se pasó las manos por el pelo.

—Ah. Es que nos mudamos hace un tiempo. Pero la gente que nos compró el apartamento es muy cumplidora y nos sigue remitiendo el correo. En las galerías de arte, eso sí, con tantos artistas yendo y viniendo, es más fácil que se pierda una carta.

¿Debía creerle? Sonaba sincero. Carla contempló a aquel hombre todavía bastante atractivo, con risueñas arrugas en torno a los ojos. Había un interés genuino en su rostro. Con un toque irresistible, además. No cabía duda. La recorrió una cálida sensación. Éste era el hombre al que idolatraba de niña. Pero ahora ella se había convertido en una mujer.

Tal vez habría otra manera...

—Te escribí para anunciarte que iba a venir. He terminado la carrera de Derecho en Italia; ahora voy a hacer un curso de convalidación en Inglaterra, y me pareció que estaría bien ponerme en contacto contigo.

—¡Fantástico! —Ed le cogió las manos. Las estrechó con fuerza. Sin duda más tiempo del necesario—. ¡No sabes cuánto me alegro de verte, Carla! Bienvenida. Bienvenida de nuevo.

29

Lily

El número de Ed comunica.

Ahora sí que estoy asustada. Retrocedo para que me adelanten en la cola y vuelvo a intentarlo.

—Lily...

Uf, gracias a Dios.

—¿Qué sucede? —farfullo.

—¡Nada! —responde con una voz burbujeante de excitación.

Siento un enorme alivio.

—¿Estás ocupada?

Una pregunta extraña, porque Ed sabe que siempre estoy ocupada. Esta incursión en el museo es un gesto de rebeldía inusual en mí. Debería estar en la oficina.

—En realidad, me estoy tomando una hora libre después del juicio.

—¿Has ganado?

Ahora se toma un gran interés en mi trabajo.

—Sí, hemos ganado.

—Buen trabajo. —Se siente sinceramente orgulloso de mí—. ¿Podrías venir aquí, entonces?

—¿A la galería?

—Tengo una sorpresa.

—¿Agradable?

—Sin duda.

Siento una excitación infantil.

—Puedo tomarme una hora —digo, cruzando las puertas para salir a la calle.

La nueva galería de Ed está en un antiguo sótano. Tiene un potencial indudable, me aseguró, sobre todo gracias a ese precioso pilar de estilo victoriano que hay en medio.

Vino un montón de gente a la inauguración. El anónimo coleccionista (desconocido incluso para Ed, pues toda la operación se llevó a cabo a través de un marchante) había contribuido enormemente a despertar el interés en su obra. Cuando algunos clientes empezaron a preguntarme si tenía relación con el pintor Ed Macdonald, yo me sentí orgullosa de poder decirles que era mi marido. Ahora, sin embargo, pasado menos de un año, aquel interés empieza a decaer. Su estilo con acrílico, colores estridentes y brochazos efectistas no es, por lo visto, del gusto de todo el mundo.

Las críticas a veces hirientes le han afectado, haciendo que se sienta otra vez inseguro. La otra noche apareció en casa con tres botellas de vino tinto. «No voy a bebérmelas todas de golpe», dijo a la defensiva. No respondí nada. Sé que mi marido tiene sus defectos. Igual que yo. En vez de discutir, disfrutamos juntos de una cena relajante, un lujo que nos permitimos con frecuencia entre semana, ahora que no está Tom pegando gritos porque alguien le ha manchado el plato añadiendo un guisante sin querer. («Ya te lo he dicho. ¡No me gusta el verde!»)

Lo único que necesita Ed es otra gran venta para recuperar su autoestima y pagar las facturas de la nueva galería. Quizá, me digo, mientras bajo con lentitud los estrechos peldaños de piedra, me ha pedido que venga por eso. ¡Quizá ha aparecido otro comprador!

Al entrar en la galería, veo a Ed por detrás y siento una cálida oleada de alegría.

—¡Lily! —Se gira en redondo, pronunciando mi nombre como si le resultara nuevo en los labios. Como si yo fuera una antigua amistad a la que no ha visto en mucho tiempo, y no la esposa de la que se ha despedido esta

mañana con un beso—. ¡Adivina quién ha venido a verme!

Mientras habla, una mujer menuda con el pelo negro cortado a lo garçon aparece por detrás de la columna. El corte —aparte del color— es casi idéntico al mío. Pero ella es joven. Poco más de veinte, diría. Una enorme y luminosa sonrisa con unos labios carnosos; un atisbo de un chicle entre los dientes. La frente amplia y tersa. Es despampanante sin poseer una belleza convencional. Tiene una de esas caras que te obliga a mirarlas. Me retuerzo la pulsera de plata —la que siempre llevo— con inexplicable nerviosismo.

—¡Hola, Lily! —gorjea. Inesperadamente, me besa en ambas mejillas. Luego da un paso atrás. Siento por dentro un frío desgarrador, como si un cuchillo de carnicero me estuviera partiendo en dos—. ¿No te acuerdas de mí? Soy Carla.

¿Carla? ¿La pequeña Carla que vivía en nuestro bloque hace un montón de años, cuando Ed y yo acabábamos de casarnos? ¿Aquella niña tímida a ratos, pero también precoz, cuya bella madre estaba liada con Tony? ¿Carla..., más conocida como La niña italiana? ¿Es posible que sea esta joven tan segura de sí misma que tengo delante, con estos labios relucientes y esta tez impecable, con estos ojos gatunos y penetrantes, realzados con el toque justo de delineador? ¡Y menudo porte!

A mí me ha costado años adquirir una confianza parecida.

Pero claro que es Carla. Es una Francesca en miniatura, sin sus largos rizos. La viva imagen de la madre soltera del apartamento número 7.

—Pero ¿dónde te habías metido? —acierto a decirle—. ¿Cómo está tu madre?

La preciosa criatura baja la barbilla con sus aires de potrillo y a continuación ladea la cabeza, como considerando la pregunta.

—Mamá está muy bien, gracias. Vive en Italia. Llevamos unos años allí. Ed mete baza.

—Carla ha intentado localizarnos. Nos escribió.

Controlo mi respiración, igual que hago en el tribunal cuando tengo que andar con cuidado.

—¿De veras?

No es una mentira. Sólo una pregunta.

—Dos veces —contesta Carla.

Me mira a los ojos. Pienso un instante en aquella primera carta con sello italiano, que enviaron el año pasado a nuestra antigua dirección, y que los inquilinos actuales nos remitieron.

Mi primer impulso fue tirarla, tal como tiraba todas las demás cartas suplicantes que recibimos durante esa época. La gente suele dar por supuesto, con razón o sin ella, que si un pintor ha tenido un gran éxito, ya es rico. La realidad es que incluso con la venta del cuadro, con el dinero del fideicomiso de Ed y mi sueldo, no estamos en una situación tan desahogada. Las hipotecas de la galería y de la casa son muy elevadas. Y eso sin contar, por supuesto, la carísima terapia de Tom y su incierto futuro, en el que también hay que ir pensando.

Yo quiero ayudar a la gente tanto como cualquier persona decente. Pero si empiezas dándole a uno, ¿dónde pones el límite? Carla era un caso distinto, sin embargo. Y tenía razón. En cierto modo, le debíamos nuestro éxito a ella.

Hablaría con Ed, decidí en el primer momento. Sin embargo, un crítico acababa de publicar otra reseña sarcástica, en la que se preguntaba por qué querría nadie pagar tanto dinero por una «chillona obra acrílica digna de un pintor callejero de Montmartre». Mi marido se sentía herido y yo me esforzaba en demostrarle que el crítico se equivocaba. Sería mejor, pensé, dejar de lado la carta de Carla hasta que las cosas se calmaran.

Después llegó la segunda, enviada a la galería en la que Ed había expuesto temporalmente y remitida desde allí a nuestra dirección. Por suerte, me tropecé con el cartero cuando salía hacia el trabajo. Al reconocer la letra y el sello, me la guardé en el maletín y la abrí en la oficina. El tono era más airado esta vez. Más exigente. Me dio miedo, con sinceridad. Intuí por detrás la mano de Francesca. Si les dábamos algo de dinero, tal vez pedirían más.

La guardé, pues, fingiendo ante mí misma que me ocuparía del asunto en «algún momento». Y luego me costó muy poco olvidarme de ella. No fue el proceder correcto, ahora me doy cuenta. Pero si le hubiera escrito a Carla explicándole cuál era nuestra situación financiera, tal vez ella no me habría creído.

—Nos quedamos preocupados cuando os fuisteis tan de repente —está

diciendo Ed—. ¿Por qué no nos avisasteis de que os ibais?

Su pregunta me retrotrae a la última vez que vi a Carla, durante esa espantosa discusión entre Tony, Francesca y yo. Por si fuera poco, en esa época estaba tratando de decidir si Ed y yo debíamos seguir juntos.

—Sí —digo, apretando los dientes—, estábamos preocupados por ti. — Mis ojos se detienen en el cuadro que está colgado justo a su espalda. Es difícil no reparar en él. Hay cuadros de Carla de niña por toda la galería.

»¿Qué opinas de tus retratos? —le pregunto.

Ya puestos, reflexiono, puedo hacer de abogado del diablo. Tirarle de la lengua, a ver qué dice. Lo cual me servirá de paso para parecer más inocente en lo relativo a esas cartas no contestadas.

La joven que tengo ante mí se ruboriza.

—Son preciosos. —Vuelve a ruborizarse—. No es que quiera decir que yo sea preciosa, ya me entiendes...

—Ah, pero lo eres —interviene Ed—. Y eras una niña guapísima. Los dos lo pensábamos, ¿verdad, Lily?

Asiento.

—¿Recuerdas aquel retrato tuyo que él presentó en un concurso hace un montón de años? Pues recibió el tercer premio. Y, aunque no se vendió en ese momento, lo compró hace poco un coleccionista.

La observo con atención. Carla mencionaba en sus cartas tanto el concurso como la venta. Así que me consta que estaba al corriente. Pero ahora suelta una exclamación de sorpresa, llevándose los dedos a los labios. Unos y otros pintados con exquisitez de rosa. Las uñas las tiene perfectamente ovaladas. Ni una sola muesca en el esmalte.

—Fantástico —gorjea.

Quizá ahora se avergüenza del tono de exigencia de la segunda carta que ella cree que no recibimos. Es comprensible.

—Justo por eso yo estaba tratando de localizarte —añade Ed con entusiasmo.

¿En serio? Primera noticia. A veces, Ed dice las cosas sólo para complacer a la gente.

—Saqué un montón de dinero —prosigue mi marido, hablando a

borbotones. Está excitado, casi parece colocado. Reconozco los síntomas. Eso quiere decir que es capaz de actuar con temeridad. Le toco el brazo para frenarlo, pero él continúa—. ¡Me sirvió para abrir mi propia galería!

Se produce una ligera pausa en la que mi marido y yo pensamos lo mismo. Es algo que nos sucede a menudo ahora. Tal vez les ocurre lo mismo a todas las parejas que llevan mucho tiempo casadas.

—Deberíamos darte las gracias —digo a regañadientes, aceptando que eso sería realmente lo más honrado, aunque no nos lo podamos permitir.

—Deberíamos, sí, ya lo creo —asiente Ed. Aunque está mirando para otro lado, noto que ha empezado a darle vueltas a la cuestión. ¿Cuánto debería pagar? ¿Cuánto «podríamos» pagar?

—¿Dónde te alojas? —pregunto para ganar tiempo.

—En un sitio llamado King's Cross. En un albergue. —Suelta un suspiro—. Hay cucarachas por todas partes.

De repente, desaparece la mujer segura de sí misma y veo a una chica que acaba de llegar de su país natal y está tratando de familiarizarse con una ciudad que con toda probabilidad ha cambiado mucho. Dejo de preguntarme cuánto le debemos y por qué me pone nerviosa su presencia (tal vez porque me recuerda el pasado). Ahora, de nuevo, quiero ayudar. En parte, por sentimiento de culpa.

—Tienes que venir a casa a cenar.

—Sí. —Ed irradia excitación.

Y deduzco el motivo. Él ya está pintándola mentalmente. Es una idea fantástica, no cabe duda. «La niña italiana hecha mujer.» Nada de rizos ya. Un corte a lo garçon. Un nuevo look. Quizá colores pastel en lugar de acrílicos. Lleva un tiempo hablando de cambiar de estilo. Se me ocurre de pronto que la reaparición de Carla podría ser justo lo que mi marido necesita.

—Ven esta noche —dice Ed.

No. Tan pronto, no. Necesitamos tiempo para hablar.

—Esta noche no nos va muy bien, en realidad —intervengo, buscando un bolígrafo en mi bolso—. Dame tu número y te llamaré.

Carla me lo anota con entusiasmo.

—Empiezo enseguida las clases, pero seguro que me quedará tiempo

libre. —Yergue la espalda—. He estudiado Derecho en Italia; ahora voy a hacer un curso para convalidar el título y luego me licenciare aquí como abogada. ¡Igual que tú, Lily!

¿Por qué siento una opresión en el pecho? ¿Por qué me da la impresión de que esta chica preciosa se está inmiscuyendo en mi terreno? La profesión de abogada es cosa mía, no suya.

—Es un mundo muy competitivo —me sorprende diciendo—. Duro. Implacable. ¿Estás segura de lo que haces?

—¡Tú has sido mi inspiración! —afirma con la mirada brillante—. Siempre me acuerdo del famoso caso del asesinato de la caldera en el que estabas trabajando cuando Ed me pintaba. Lo he estudiado en la universidad. ¿Cómo se llamaba el acusado? ¿Joe Thomas? «Este hombre es inocente —decías una y otra vez—. Y voy a demostrar ante todo el mundo que lo es.»

¿Por qué me da la sensación de que todo eso es un discurso preparado y de que hay otro motivo para que haya venido aquí? ¿O soy yo, que me estoy poniendo neurótica porque ha mencionado al hombre que tanto me he esforzado en olvidar?

Procuro no pensar en la llamada que he hecho hoy mismo.

—Lily podrá ayudarte en tus trabajos —suelta Ed. Es como un niño nervioso, ansioso por complacer. Y ya comprendo por qué. Se siente culpable. A fin de cuentas, ha construido su carrera sobre la imagen de esta chica.

—Estaremos en contacto para montar esa cena en casa. —Le doy una tarjeta—. Y, entretanto, aquí tienes nuestros datos.

—Toma esto también. —Mi marido le pone un billete de veinte libras en la mano—. Para que cojas un taxi desde la estación del metro.

—Ed —digo, tratando de conservar la calma—, ¿podrás volver más temprano esta noche? Tenemos que hablar de un asunto.

Él me mira a los ojos. «Tenemos que hablar.» Cada vez que hemos usado esa frase entre nosotros, ha sido por algo importante. Nuestro matrimonio. La prueba de embarazo. El diagnóstico de Tom. Y ahora, cuánto deberíamos pagarle a Carla.

—Claro —titubea—. Si tú vas a regresar pronto, allí estaré. —Se echa a

reír—. Mi esposa se ha vuelto muy importante ahora, ¿sabes? Prácticamente vive en la oficina, ya lo creo. Incluso tiene allí un edredón.

Hacía mucho que no se ponía así de sarcástico. No tengo una cama supletoria en la oficina, pero sí es cierto que vuelvo tarde a menudo. ¿Y cómo no voy a hacerlo, cuando soy socia del bufete?

—Hay otra cosa que no le hemos contado a Carla —añado.

Ed frunce el ceño.

—¿Ah, sí?

Ésa es otra de las peculiaridades de un artista. Que puede abstraerse y olvidarse de todo.

—Tenemos un hijo. Un niño. —Balbuceo ligeramente, como me sucede a menudo cuando hablo de mi hijo a los desconocidos—. Se llama Tom.

—¿De veras? —La mirada de Carla se ablanda—. Me muero de ganas de conocerlo.

Carla

Quizá era mejor que no hubieran recibido sus cartas, pensó. Así las cosas podrían resultar más fáciles, siempre que ella supiera jugar sus cartas.

Mientras regresaba al albergue, Carla no dejaba de pensar en la expresión embelesada que Ed tenía en la cara y en la deliciosa calidez que eso le transmitía por todo el cuerpo. Las crujientes hojas otoñales y el aire frío, cuyo zarpazo notaba en la garganta, le recordaron la época en que los había conocido a ambos. A sus ojos infantiles, parecían muy mayores entonces. Pero Lily no debía de tener muchos más años que ella ahora.

¡Cómo había cambiado su antigua amiga, de todos modos! Carla siempre la había recordado alta y rolliza. Su único atractivo era aquella preciosa melena rubia. «Me gustaría enseñarle a esa inglesa a vestirse —decía siempre mamá—. No necesitas dinero para tener estilo. Se trata sólo de ponerte las cosas adecuadas y de lucirlas con orgullo.»

Bueno, alguien, en algún momento, debía de habérselo enseñado a Lily, porque ahora sí que tenía estilo. Carla apenas la había reconocido cuando había aparecido en la galería. Estaba mucho más delgada, y llevaba una chaqueta de corte exquisito que parecía una Max Mara. El pelo rubio a lo garçon le quedaba incluso mejor en persona que en la fotografía que había visto. Al enmarcarle la cara, resaltaba sus pómulos. No cabía la menor duda: con la edad, se había vuelto casi guapa.

Ed tal vez había cambiado también, pero aún poseía ese halo de amabilidad y esa forma peculiar de hablar, como si te entendiera a la perfección. Mientras una charlaba con él, se daba cuenta también de que estaba estudiando su nariz, sus orejas, su estructura ósea. Eso era lo que hacía un auténtico artista. ¡Y cómo la halagaba que hubiera sido precisamente su retrato el que había comprado el anónimo coleccionista!

Ahora tenía por delante su primer día. ¡La Facultad de Derecho! Se le aceleró el corazón. Quería ser buena de verdad en ese terreno. Lo deseaba con toda su alma.

«Estaremos en contacto —le había prometido Lily— para montar esa cena en casa.»

Quizá para entonces ya habría tenido noticias de Larry.

«No te preocupes, mamá —murmuró para sí mientras le daba las gracias con un gesto al hombre apuesto que le cedía el paso en las puertas de la entrada—. Me voy a encargar de que se haga justicia.»

31

Lily

Ed cumple su palabra. No sólo ha vuelto de la galería temprano, para nuestra «pequeña charla», sino que además ha preparado la cena. Nuestro plato especial, como nosotros lo llamamos. Salmón *en croûte*. Fue el primer plato que comimos después de la prueba de embarazo: el inicio de nuestra nueva vida juntos, tras su falso comienzo.

¿Cuánto tiempo puedes fingir? ¿Cuánto habrá de pasar para que alguien vuelva del pasado para sacarlo todo a la luz?

Carla. Joe.

Quizá por eso he hecho el gran esfuerzo de volver temprano también yo.

—Basta por hoy —le he dicho al joven y entusiasta becario, que todavía estaba examinando los documentos que le había dado—. Todos necesitamos un descanso de vez en cuando.

—Pero ¡si sólo son las siete!

Lo dice como si sólo fueran las cuatro. Quedarse trabajando hasta muy tarde no sólo es lo que se espera de un abogado; también es una de las medidas de precaución para no acabar de patitas en la calle. Dicho de otro modo: pasar muchas horas en la oficina demuestra tu compromiso con la empresa. Y contribuye a protegerte de la amenaza constante de que te den la patada. La abogacía puede llegar a ser una profesión feroz.

—Huele muy bien —le digo a Ed.

¿Por qué será que tendemos a halagar a la persona a la que tememos herir? Mi marido me muestra la bandeja con una floritura y la deposita con cuidado sobre la mesa. Desde la pared opuesta, nos contempla una fotografía de Tom. Está serio. Pocas veces sonrío, como Daniel.

—Bueno, ¿de qué querías hablar? Debe de ser algo muy urgente para que no pudiéramos invitar esta noche a la chica que nos proporcionó nuestro dinero.

—Te lo proporcionó a ti. Yo me gano mi propio sueldo.

—Pero ¿no te das cuenta? —me dice, con los ojos brillantes—. Carla ha regresado. Si me deja volver a pintarla, será un nuevo arranque para mi carrera. La publicidad será impresionante.

Eso ya lo he pensado. Y, sin embargo, hay algo que no me acaba de encajar.

—Quizá —empiezo. Y entonces suena el teléfono.

—Será mejor que lo cojas —dice Ed, lanzándose sobre la comida—. Será de tu trabajo. Como siempre.

Levanto el auricular de mala gana.

—¿Cariño?

Se me encoge el corazón. He tratado de hablar con mamá hace unas horas, como hago todos los días. Una llamada rápida para ver si todo iba bien. Una llamada culpable, porque mi madre se está encargando de una situación con la que yo no puedo. Pero ella no ha respondido. Y después me he distraído con el trabajo y se me ha olvidado volver a llamar. Sí, lo sé.

—¿Qué ha pasado?

Su voz suena tensa.

—Es Tom. Se ha metido en un lío.

Lo que queremos y lo que necesitamos en la vida son dos cosas muy diferentes.

Pero sólo la muerte pone en perspectiva a esos dos adversarios.

Ahora mismo, sólo deseo una cosa realmente.

Vivir.

Carla

Ya estaban a mitad de octubre. Llevaba semanas esperando la llamada de Lily. Carla se sentía como una idiota, y no poco irritada. Era igual que con las cartas. Evidentemente, Lily y Ed eran de esas personas que dicen una cosa y hacen otra. No tenían intención de darle las gracias, como habían prometido. Sólo querían quitársela de encima. De Lily, a decir verdad, ya se lo imaginaba. Era Ed, que la había mirado con una expresión tan amable, quien la había decepcionado.

Pero si creían que la cosa se había acabado, se equivocaban. Les daría dos semanas más, pensó mientras estudiaba en su gélida habitación del albergue (ya se había habituado a las cucarachas); luego volvería a presentarse en la galería.

Igual de decepcionante fue el email de respuesta del ayudante de Tony Gordon.

El señor Gordon no está disponible ahora mismo. Le transmitiremos su mensaje en cuanto sea posible.

En otras palabras, no quería verla.

«Pásate por su casa», le había suplicado mamá cuando Carla la informó en una apresurada conversación telefónica. Pero mamá no se acordaba del nombre de la calle, sólo que estaba en «un barrio llamado Islington». Y ni

siquiera en Google había encontrado su dirección.

Decidida a no darse por vencida, se paseó un domingo por Islington durante varias horas, con la esperanza de que algún detalle le trajera el recuerdo infantil de aquellas terribles Navidades, cuando mamá se había puesto histérica porque Larry no podía quedarse con ellas. Pero lo único que recordaba era un edificio alto con grandes ventanales. Y había tantos similares que era como buscar una aguja en un pajar.

No le quedaba más remedio que concentrar sus energías en sus arduos estudios. En la facultad, todo el mundo era muy inteligente. Pero ella contaba con una ventaja. Eso lo sabía. Sólo había otra italiana en la clase, pero no estaba tan bien dotada como ella. Carla tenía belleza y cerebro. Y todos (es decir, los chicos) se ofrecían a ayudarla. Ya había perdido la cuenta de las veces que la habían invitado a un café o a cenar.

Ella rechazaba cada propuesta con una sonrisa, alegando que debía estudiar. No obstante —le decía al chico de turno ladeando la cabeza—, le estaría muy agradecida si pudiera explicarle algo sobre el último trabajo de clase.

Una noche, cuando ya tenía las manos rígidas del frío de su exigua habitación, sonó el móvil.

¡Lily!

—Perdona que haya tardado tanto en llamarte. —Sonaba vacilante—. La verdad es que desde que nos vimos hemos tenido... algunos problemas.

Hubo un silencio durante el cual Carla percibió que Lily tenía más que decir, pero se estaba conteniendo.

—¿No estarás enferma? —se apresuró a preguntar.

—No. —Sonó una risa seca—. No lo estoy.

Carla sintió una punzada de temor.

—¿Y Ed?

—No, no. Él tampoco.

Menos mal. De los dos, Carla prefería sin ninguna duda a Ed, que además la miraba con esos ojos embelesados. Lily no era de fiar, pensaba. Cierto que en su momento ella había idealizado a aquella mujer que le enseñaba a hacer bizcocho y que la cuidaba mientras mamá estaba «trabajando». Aunque

tampoco olvidaba cómo se había interpuesto entre Larry y mamá. Y luego estaba su profesión, claro. Carla esbozó una sonrisa al recordar que había creído que Lily había cometido un asesinato al ver la palabra escrita en sus documentos. De todos modos, se requería una personalidad peculiar para defender a alguien acusado de quitarle la vida a otro. Carla se estremeció. El derecho penal no era para ella. Lo que ofrecía más posibilidades era el derecho laboral, según sus profesores. Y a ella se le daba bien, por lo visto.

Lily, entretanto, se había puesto a hablar de su hijo.

—Tom..., bueno, se metió en un lío en el colegio. Pero ahora ya está todo arreglado.

—Qué bien. —Carla era consciente de que debería mostrarse más interesada, pero la verdad era que le daba un poco igual.

Algunas de sus amigas de Italia ya tenían hijos, y quizá algún día también ella desearía ser madre. Pero en esos momentos tenía otros asuntos más importantes en la cabeza.

—Tuve que tomarme unos días libres —prosiguió Lily—, pero ahora ya estoy otra vez en Londres. Y Ed y yo queríamos preguntarte si te apetecería venir a cenar la semana que viene.

La casa de Ed y Lily era preciosa, a pesar de que justo delante había un envoltorio revoloteando en la acera. Antes de subir los escalones, se detuvo y alzó la vista para contemplar el elegante edificio de ladrillo blanco. En uno de los balcones había unos geranios tardíos en flor. La sobresaltó un crujido en el seto que estaba frente a la casa. Sólo era un pájaro. Cálmate, se dijo. Sólo estás nerviosa porque por fin has llegado aquí.

Sujetando bajo el brazo las flores que había llevado, alzó tímidamente la aldaba plateada y golpeó la lustrosa puerta negra. Cuando Ed abrió («¡Pasa! ¡Pasa!»), se quedó maravillada ante las baldosas ajedrezadas del vestíbulo. Cada habitación parecía sacada de una revista. Color blanco por todas partes. Blanco y cristal. Mesitas de café de cristal. Paredes blancas. Encimeras blancas en la cocina.

Debían de tener un montón de dinero para poder permitirse todo aquello.

No obstante, daba la impresión de que Lily había desterrado cualquier nota de color.

—¡Rosas! —Ed hundió la nariz en el ramo que Carla había comprado, a mitad de precio, en un puesto callejero que estaba a punto de cerrar—. ¡Qué fragancia tan maravillosa! Y de un rosado tan increíble. Como unas mejillas coloradas. Bueno, ¿por qué no te sientas ahí? Lily bajará dentro de un minuto.

Si hubiera estado en su mano, pensó Carla, sentándose ante la mesa de cristal de la cocina, habría puesto un banco rústico de pino allí y una alfombra roja allá...

—Bienvenida —dijo Lily, apareciendo de pronto por la puerta.

Carla le rozó apenas las mejillas y observó sus pantalones de color crema y sus sofisticadas zapatillas beige. ¡Ojalá ella pudiera permitirse el lujo de vestir así, en lugar de tener que andar con prendas de segunda mano o cosidas por mamá!

—Gracias por la invitación.

—Gracias por venir. Como te dije por teléfono, sólo lamento haber tardado tanto. ¿Ed? ¿Está lista la cena?

La «cena» era un pastel de pescado precocinado. Eso, en su casa, se habría considerado deshonroso. Las comidas debían prepararse partiendo de cero, y el proceso llevaba horas. Era una muestra de respeto a los invitados.

El ambiente, por más que Carla intentaba charlar de cosas intrascendentes, era algo tenso.

—Vuestra casa —dijo, ya casi desesperada— es muy minimalista.

Desde que había vuelto a Inglaterra, se había propuesto aprender una palabra nueva cada día. Ésa era una de ellas. Estaba esperando la ocasión para emplearla.

Lily hundió la cuchara de servir en la fuente para que los jugos rebosaran por los lados.

—Es para que destaquen todos los cuadros de mi marido.

¿Todos? Que ella viera, sólo había dos colgados.

—La verdad es que parezco haber perdido mi duende creativo —afirmó Ed secamente, llenando su copa de vino y la de Carla, no la de Lily. Ella

tomaba agua con gas—. He estado probando todo tipo de cosas, pero nada funciona.

Algo había sucedido en esa pareja desde que los había visto en la galería. Parecían vacíos, en cierto modo. Como si se les hubiera apagado la luz del alma.

—No lo entiendo.

Ed cogió el tenedor y el cuchillo. Carla hizo otro tanto. Lily, observó la joven, ni se molestó en tocarlos. Era como si no viera la comida que tenía delante.

—Se me ha agotado la inspiración. En parte, a causa de Tom. Últimamente... no ha estado muy bien.

Se interrumpió al captar una mirada de advertencia de Lily.

Consciente de que el ambiente empeoraba, Carla intentó escoger las palabras con cuidado.

—Pero... ¿ahora ya está mejor?

—¿Mejor? —Ed dio otro trago de vino y soltó una risa ronca—. Tom nunca se pondrá mejor.

—Pero yo creía...

—Ed. —La voz de Lily sonó cortante—. No debemos abrumar a nuestra invitada con nuestros problemas. Dime, Carla, ¿cómo te va en la facultad?

Ella se armó de valor para mirar directamente a la mujer que tenía sentada enfrente.

—Muy bien, gracias.

De algún modo, debía ingeniárselas para sacar a Larry (no, a Tony) en la conversación, pensó Carla mientras hablaba a la ligera del pasado, recordando cómo le gustaba cocinar con Lily de niña, y luego se refirió a las clases a las que había asistido recientemente.

Cuando terminó de hablar, se hizo un silencio. Ed y Lily miraban absortos la mesa sin decir nada. Perfecto, pensó Carla. Voy a lanzarme directa a la piscina.

—Por cierto —empezó—, me preguntaba si podrías decirme cómo localizar al señor Gordon. Mi madre tiene un mensaje para él. Le envié un email a su ayudante, pero me respondió que ahora no está disponible.

La cara de Lily se crispó de modo visible.

Ed casi se había bebido ya media botella.

—No me extraña —farfulló.

—El motivo de que Tony no esté disponible, Carla, es que está muy enfermo —dijo Lily despacio, apartando el plato, a pesar de que apenas había tocado la comida—. De hecho, está en un centro de cuidados paliativos no lejos de aquí.

—¿Paliativos? —Carla notó que se le hacía un nudo en la garganta. Un nudo de excitación, aunque era consciente de que debería haber sido de consternación.

—Tiene cáncer. No le queda mucho al pobre.

—¿Pobre? —resopló Ed—. No es eso lo que me dijiste de él. —Se volvió hacia Carla—. Ellos tuvieron una especie de enfrentamiento por un caso. Aunque mi mujer no puede entrar en detalles porque es confidencial. —Se dio unos golpecitos en la nariz con complicidad—. Ya sabes cómo es el mundillo legal.

Lily parecía furiosa.

—No bebas más si no te puedes controlar —señaló con frialdad.

—No soy yo quien no puede controlarse. —Ed se puso de pie, tambaleante.

—Ya basta.

Estaban discutiendo como si ella no estuviera presente. Carla sintió otro destello de excitación. Si querías contar con ventaja en un tribunal, había dicho su nuevo profesor, siempre te convenía que la parte contraria estuviera dividida.

—Perdona. —Lily le tocó el brazo mientras Ed se retiraba airado—. Las cosas están un poco difíciles ahora mismo. —Luego le puso un sobre en la mano—. Esto es una modesta forma de darte las gracias de parte de ambos. Es el dinero que ganó Ed en aquel concurso, más un pequeño extra. —Habla deprisa. Seca. Sin cariño. Como si aquello fuese más bien un soborno, y no propiamente un regalo.

—Gracias. —Carla, en parte, deseaba devolver el sobre. Ese «regalo» hacía que se sintiera sucia. Humillada. Era evidente que Lily sólo quería

quitársela de encima—. Es un gesto muy amable. Pero hay una cosa más.

Una expresión de alarma cruzó el rostro de Lily. Su mirada se volvió glacial. ¡Debía de creer que iba a pedirle más dinero! Esta constatación le daba a Carla un poder adicional. Por supuesto que pensaba pedir más. Pero en su momento.

—¿Podrías —prosiguió, desafiando la hostilidad de aquellos ojos— anotarme el nombre del hospital de Tony, por favor?

La expresión de Lily se ablandó.

—Claro. —Cogió un bolígrafo—. Aquí tienes. Te llamaré pronto, Carla. Lamento mucho lo de hoy. Como te he dicho, hemos tenido algunos problemas. Ed no es el de siempre.

Ya en la calle, Carla abrió el sobre. ¿Mil libras? Si aquellos dos creían que bastaba con eso, estaban muy equivocados.

Lily

—No sabía si vendrías.

Estamos sentados en la terraza de un restaurante italiano, junto a Leicester Square. Yo todavía sigo alterada tras la cena con Carla. Para no hablar de todo lo que ha pasado con Tom. Al fin y al cabo, en parte ésa es la razón de que esté aquí.

Hace un día muy soleado para esta época del año. No llevo abrigo, pero sí tengo puestas las gafas de sol. Con montura roja. Son necesarias para protegerse de ese ardiente círculo naranja que hay en el cielo, pero también me sirven para observar a mi acompañante sin permitirle que me mire a los ojos con esa habilidad peculiar que ha demostrado siempre.

Joe Thomas, debo decirlo, tiene el mismo aspecto que cualquiera de los ejecutivos que pasan por la calle. Traje azul oscuro de aspecto respetable. Rasurado. Bien peinado. Zapatos negros en punta relucientes. Y un buen bronceado.

—¿Qué quieres? —Mantengo a propósito un tono neutro. Actúa con normalidad, me digo. Por eso propuse que nos reuniéramos aquí, a la vista de todo el mundo.

Sus dedos recolocan los cubiertos para que queden perfectamente alineados con los bordes del salvamanteles. Tiene las uñas limpias, bien cuidadas.

—Eso no es muy cortés.

—¡Cortés! —Suelto una risa seca—. ¿Y cómo llamas entonces al acto de pervertir la justicia? —Bajo un poco la voz, aunque ya era bastante baja de entrada—. Mataste a tu novia y me hiciste creer que eras inocente.

—Tú quisiste creer que era inocente. —Se inclina sobre la mesa de tal forma que su aliento se mezcla con el mío—. Creíste que yo era como tu hermano.

Me echo hacia atrás. Ha sido un error venir. Ahora me doy cuenta. Y, sin embargo, yo también tengo preguntas que hacer.

—No quiero que me envíes más felicitaciones. ¿Cómo averiguaste la fecha de mi cumpleaños?

—La busqué. Ahora se puede encontrar cualquier cosa —dice sonriendo—. Tú deberías saberlo. Quería recordarte que aún pensaba en ti. Pero es por Tom por lo que he venido.

Me quedo de piedra.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que ya lo sabes. Por eso estás aquí. Habría venido antes, pero estuve trabajando en el extranjero hasta hace poco. Y, al regresar, me enteré de que habías tenido un hijo.

Vuelve a echarse hacia delante sobre la mesa.

—Necesito saberlo, Lily. ¿Es mío?

Estoy helada, paralizada. Por debajo de la mesa, me empiezan a temblar las piernas. Voy a farfullar unas palabras, pero me contengo a tiempo y las reemplazo por otras mejores.

—Claro que no. No seas absurdo. No sé de qué me hablas.

Sujetando el borde de la mesa, me pongo de pie.

—Hablo de nosotros. —Su tono es suplicante. Su arrogancia inicial ha dado paso a un atisbo de desesperación—. No te vayas. Tengo que saber la verdad.

—¿La verdad? —Me río—. ¿Qué sabrás tú de la verdad? Ha dejado volar demasiado su imaginación, señor Thomas. —Me interrumpo. Él no tiene la culpa de padecer «problemas de conducta», como argumentamos en el juicio. Pero eso no justifica todo lo que ha hecho—. Fuiste mi cliente hace doce años

y durante todo este tiempo he lamentado haberte ayudado a salir de la cárcel. Es algo que jamás me perdonaré. —Las lágrimas me ciegan—. Pobre Sarah...
Joe me estrecha la mano.

—Yo tengo mis sentimientos, ¿sabes? Cometí un error, y lo siento. Pero el juicio también fue útil para otras personas. Para todas las demás víctimas.

Aparto la mano. La gente de la mesa contigua nos está mirando. Arrojo un billete de veinte libras para pagar las bebidas y me alejo cruzando la plaza.

«Es Tom. Se ha metido en un lío.» Incluso ahora, varias semanas después, la voz tensa de mi madre, cargada de temor, me sigue acosando. La oigo en sueños. La oigo al despertarme. Y la oigo en las reuniones, cuando debería estar concentrada, a pesar de que esa «emergencia Tom» en particular ya ha sido solucionada.

Hasta la próxima.

Ed y yo nos fuimos corriendo a Devon, por supuesto. Sucedió justo después del perturbador encuentro con Carla en la galería. Dejé unos breves mensajes con instrucciones a mi secretaria y a mis becarios mientras Ed conducía por la autopista. Él iba con la boca apretada en un rictus que venía a decir: «Por el amor de Dios, ¿no puedes olvidarte del trabajo mientras solventamos el problema de nuestro hijo?».

Entiendo lo que pretendía decirme. Lo mismo me recrimino yo una y otra vez, sobre todo cuando veo a otra madre con un hijo de la edad de Tom pasando por la calle o haciendo cola para entrar en el Museo de Madame Tussauds.

Pero Tom jamás se mantendría así en una cola. Estaría preocupado por si nuestros pies estaban situados en la posición «correcta». Le preguntaría a la mujer de detrás por qué tenía ese lunar en la barbilla y cuánto tiempo hacía que le había salido y por qué no se lo había hecho quitar (los niños como Tom no siempre se dan cuenta de que se comportan con grosería). Y yo me vería obligada a dar una torpe explicación y a apartarme de la señora del lunar.

Naturalmente, resulta complicado tener a un preadolescente que se

comporta como un bebé. Pero eso puedo sobrellevarlo.

Lo difícil de verdad es la violencia. Tomemos, por ejemplo, esta cicatriz que tengo en la frente. Es de una ocasión en la que Tom me golpeó sin querer con una sartén. Yo no había dejado ese objeto conflictivo en el sitio «apropiado» de la cocina, así que él se abalanzó para ponerlo bien. ¿Y la marca que tiene Ed en el brazo? Bueno, eso es de una vez que intentó jugar al fútbol con nuestro hijo. Como Tom tiene una pobre percepción espacial (lo cual puede añadirse a veces al síndrome, al parecer), acabó frustrado y exasperado...

Y mordió a Ed.

Nosotros hemos hecho todo lo posible para «instrumentar estrategias destinadas a abordar las conductas difíciles» (según indicaban los consejos de un artículo online bastante útil). Pero a medida que ha ido creciendo y aumentando de estatura (¡ya es más alto que yo, a su edad!), también ha ido empeorando. Se ha vuelto más violento. Y ya ha llegado el momento de hacer algo. Eso al menos estaba claro cuando, tras el viaje nocturno de cinco horas a Devon, mantuvimos a primera hora de la mañana una reunión de urgencia en el colegio de nuestro hijo.

—Se lanzó sobre la señora Millington con unas tijeras.

El tono exhausto del director —normalmente más comprensivo— me hizo comprender que habíamos llegado al punto final. Si habían permitido que Tom entrara en aquel colegio a pesar de sus necesidades especiales, era en parte por nuestras conexiones locales (yo también estudié allí, y mamá es miembro del consejo escolar) y en parte porque nosotros habíamos manifestado el deseo de que estudiara dentro del sistema de escolarización convencional. Si lo confinábamos con otros niños «como él», habíamos argumentado, Tom no contaría con ningún modelo de conducta que le ayudase a mejorar.

—Lo hemos intentado, pero no podemos lidiar más con este tipo de comportamiento. —El director hablaba como si hubiéramos sido Ed y yo los que habíamos cogido las tijeras.

—Pero ella se encuentra bien, ¿no? —Ed estaba dominándose a duras penas.

—Eso depende —replicó el director, cortante— de si cinco puntos de sutura le parecen a usted aceptables.

—Tom también resultó herido —le espetó Ed.

—Pero las heridas se las infligió a sí mismo.

Estoy acostumbrada a mediar entre clientes. Entre clientes y abogados. Pero cuando se trata de mi propia familia, todas mis habilidades parecen esfumarse. Cíñete a los hechos, me dije a mí misma, tal como decía a mis clientes. Cíñete a los hechos.

—¿Puede decirnos lo que sucedió exactamente? —pregunto—. Mamá me ha contado que hubo una discusión en clase de geografía.

El director vuelve sus ojos reprobadores hacia mí.

—Los niños tenían que recortar unos mapas. Tom estaba armando alboroto sobre la silueta del suyo. Dijo que necesitaba más tiempo para recortarlo bien. La señora Millington le dijo que ya era suficiente tal como estaba y que debían terminar antes del almuerzo. Se produjo una discusión, durante la cual Tom cogió las tijeras y estuvo a punto de clavárselas. Por suerte, ella se hizo a un lado y acabaron clavadas en la mesa.

—Un momento. Usted ha dicho que tuvieron que ponerle puntos de sutura.

—Y así fue. —El director miraba a Ed como si no fuera mejor que Tom—. Al intentar esquivar las tijeras, la señora Millington se cayó y se dio un golpe en la cabeza.

—O sea, que él no le hizo ningún corte. Fue un accidente.

—Ésa no es la cuestión. —El director empezó a alzar la voz—. Podría haber sido fatal.

—¡Ahora se explica todo! —exclamé con alivio—. No es que él quisiera hacerle daño. Estaba sufriendo porque la silueta de su mapa no le había salido bien. ¿No se da cuenta?

El director negó con la cabeza.

—No, señora Macdonald. No.

—Usted sabe que Tom necesita que le salga todo perfecto. Es una parte de su dolencia.

—Puede ser, pero yo no voy a tolerar maltratos de ningún tipo a mis

profesores. Tienen suerte de que no llamáramos a la policía. —El director se puso de pie, indicándonos que la entrevista había llegado a su fin—. Lo lamento, pero deben recordar lo que dijo el psicólogo la última vez que sucedió algo parecido.

Pienso por un momento en aquella ocasión, cuando Tom se acercó demasiado a una niña en el patio. (Otra vez problemas de espacio personal.) Ella le dio un empujón y él se lo devolvió. La niña cayó mal y se fracturó la muñeca. Toda la culpa, de forma injusta a mi modo de ver, recayó en nuestro hijo.

—Es un nuevo ejemplo de su comportamiento. —El director ahora sonaba sobre todo cansado—. Ya no podemos seguir teniendo a Tom aquí. Ha llegado el momento de buscar un colegio especial. Uno capaz de lidiar con sus... problemas. Entretanto, está expulsado temporalmente.

Mamá se ofreció para resolver la situación, claro. Ella ya había sufrido con Daniel las complicaciones de un «comportamiento difícil». Y esta vez estaba decidida a hacerlo bien.

—Nosotros cuidaremos de él en casa hasta que encuentren alguna salida —insistió, cuando volvimos de la reunión en un estado de ansiedad y agotamiento.

—¿Dónde está ahora?

Mi madre se mordió el labio.

—Arriba. Ha puesto algo detrás de la puerta para que no pueda abrirla. Pero se le oye hablar, así que creo que está bien.

Sentí que me atravesaba una punzada de terror. Ya lo veía saltando por la ventana. Abriéndose las muñecas con las tijeras. Colgándose del techo...

Junto con Ed, subí corriendo la escalera.

—Tom, soy mamá. ¿Estás bien?

Silencio.

—Tom —lo intentó Ed—, entendemos lo que ha pasado en el colegio. Déjanos entrar.

Aunque se pasara así el día entero, Tom no iba a ceder.

—No quiero hablar.

Ed volvió a intentarlo.

—¿Sabes que a la señora Millington tuvieron que ponerle varios puntos?

—No tendría por qué haber recibido ninguno —replicó él con rapidez—. No debería haberse caído.

La culpa de la señora Millington por caerse... Mi culpa por haber disgustado a Daniel al final. La culpa de Ed por no contarme lo del fideicomiso. La culpa de Joe por matar a Sarah...

¿Quién sabe dónde reside la culpa en realidad? Nunca es tan sencillo como parece.

Desesperadamente, Ed y yo intentamos mantener nuestra vida juntos mientras resolvíamos el problema de la educación de Tom. No fue nada fácil encontrar un colegio capaz de atender sus necesidades. Pero, una vez más, entre un grupo de ayuda online y el propio especialista nos orientaron en la dirección correcta. Algunos padres, por lo que descubrimos más adelante, tardan una eternidad en encontrar el sistema adecuado de educación para niños con trastornos del espectro autista. Nosotros tuvimos suerte.

Había un «buen colegio» (según los comentarios) a una hora aproximada de la casa de mis padres. Ofrecía un régimen flexible de internado, que nos aliviaría a todos de la tensión, aunque también nos haría sentir culpables. Algo había que hacer, sin embargo. Así que fuimos los dos a visitar el centro. Había niños como Tom. Pero muchos de ellos eran más difíciles. Mientras cruzábamos el pasillo, un profesor estaba limpiando una pared embadurnada de heces. Ese hedor se nos quedó pegado. Nos transmitió la noción asfixiante de que éste era el mundo al que estábamos condenando a nuestro hijo.

—¿Cómo vamos a enviarlo a un internado? —dijo Ed sollozando en el trayecto de vuelta.

El tremendo atasco en la autopista parecía reflejar el impasse en el que estábamos metidos.

—Tú fuiste a un internado.

—Eso era distinto.

—El tuyo era sofisticado, quieres decir.

—Como prefieras.

—Lo estamos enviando a un internado porque no podemos con él y porque ellos tienen personal especializado —dije, tamborileando con los dedos sobre el volante.

—Hablas con una frialdad... Sin la menor emoción.

Era la única manera que tenía de hacerlo. Y mejor que el método de Ed, que consistía en beber vodka, además del vino.

Unas semanas más tarde, llamé a Carla y me disculpé por no haberla llamado antes. «Hemos tenido algunos problemas», dije, explicándole que Tom se había metido en un lío en el colegio, pero que ya estaba todo arreglado.

La invitamos a cenar a casa. Yo aún estaba tensa. Pero fue bastante mejor de lo que esperaba, dejando aparte algunos comentarios sobre los cuadros de Ed y también el momento en el que mi marido habló más de la cuenta sobre Tom. Al menos no se le escapó que lo hemos mandado a un colegio que se ocupa de «ese tipo de conductas» y que ahora Tom no quiere ponerse al teléfono cuando llamamos.

Antes, los tres estuvimos hablando sobre los viejos tiempos, cuando Carla era una cría y nosotros una pareja de recién casados. Eso me recordó nuestros difíciles comienzos y, en un momento dado, le estreché la mano a Ed por debajo de la mesa. «Siento estar tan crispada —decía mi apretón—. No es sólo por el caso. Es por Joe Thomas también.» Pero Ed, por supuesto, no supo nada de todo eso porque yo no tuve el valor para decírselo en voz alta.

Mientras tanto, Carla charlaba sobre sus estudios. También hablamos del pobre Tony Gordon y de dónde estaba internado, porque Carla quería verlo para transmitirle un mensaje de su madre. ¿En serio? ¿Qué sucedió con esa pareja improbable tras nuestra espantosa discusión en el corredor? ¿Habían seguido en contacto Francesca y Tony? No quise preguntárselo a Carla directamente. Además, en parte me siento culpable por haber interferido entre ellos en su momento.

Un poco a mi pesar, pues, le di la dirección del centro donde se encuentra Tony.

¿Por qué no?, me dije para tranquilizarme. Carla es una buena chica. ¿Cómo iba a hacerle ningún mal a un moribundo?

Carla

Noviembre de 2013

Carla sólo había estado una vez en un centro de paliativos. Una amiga de la *nonna* había sido internada en uno de ellos pocos días antes de morir y mamá la había llevado con ella cuando fue a visitarla. Era una falta de respeto, le había dicho, que la familia de esa mujer no se ocupara de cuidarla en casa. Pero, claro, la nuera era inglesa. ¿Qué podía esperarse?

—Vengo a ver a Tony Gordon —dijo con firmeza a la recepcionista.

La mujer examinó una hoja que tenía delante.

—Me temo que no figura usted en la lista de visitas.

Carla sacó su sonrisa más encantadora.

—Soy una vieja amiga, he venido de Italia y no estaré demasiado rato. Por favor. Se lo agradecería mucho.

La mujer le devolvió la sonrisa. Carla sabía que las sonrisas son contagiosas. Mamá se lo había señalado hacía muchos años.

—Ahora Tony está descansando, pero puede entrar unos minutos. Quizá no consiga que reaccione de modo coherente, eso sí. Uno de nuestros voluntarios le mostrará el camino.

Carla avanzó con cautela por el pasillo en compañía del voluntario. En cada una de las puertas abiertas, echaba un vistazo. Vio a una mujer joven

que dormitaba respirando ruidosamente con la boca entornada. Al fin, el voluntario se detuvo.

—Es ahí dentro —indicó.

¿De verdad ése era Larry? ¿El del coche reluciente? ¿El Larry alto e imponente de su infancia?

Carla observó a aquel hombre gris, tendido boca arriba en la cama. Sin el sombrero de siempre. Sin pelo, también. Aunque llevaba adosada a la garganta una cosa extraña, algo así como una caja. Sus ojos estaban cerrados, pero cuando ella se acercó se abrieron de golpe y la miraron paralizados.

—Larry —balbuceó Carla con tristeza.

—Se llama Tony —susurró el joven voluntario a su espalda.

Carla se volvió en redondo.

—Déjenos, por favor —pidió—. Tengo que hablar a solas con él.

El joven asintió y cerró la puerta.

Carla volvió a fijar la mirada en los ojos paralizados de Larry. Paralizados de miedo, comprendió. Mejor.

—Sí, soy yo. —Despacio, con esfuerzo, tocó la caja que él tenía en la garganta—. No puedes hablar, me han dicho. Cáncer de laringe. Lo cual significa que habrás de escuchar.

Le salía una voz que parecía de otra persona. De alguien cruel. De una abusona como las que la habían acosado en el colegio.

—Le prometiste un futuro a mi madre, Larry. Pero no cumpliste. ¿Y sabes cuál fue la consecuencia?

Los ojos enfermos y lechosos de Tony se alzaban hacia ella asustados.

—Que tuvo que volverse a Italia, compungida y despreciada, porque tenía una hija pero no un marido. Mamá malgastó los mejores años de su vida esperando que dejaras a tu esposa. Pero tú no lo hiciste, ¿verdad? ¿Y por qué? Porque querías tenerlo todo al mismo tiempo.

Hubo un leve movimiento, apenas perceptible. Pero los ojos seguían rígidamente fijos en los suyos. Carla casi olía su miedo. Aunque no le proporcionó la satisfacción que se esperaba. Al contrario: casi se apiadó de aquella cáscara arrugada y marchita de lo que había sido un hombre.

—Mi madre me ha enviado aquí con un mensaje. —Carla cerró los puños

con fuerza en los bolsillos de la chaqueta—. Tengo que decirte que ella aún te quiere. Que le gustaría volver a verte si fueras a Italia. Pero ya veo que no va a ser posible.

Una silenciosa lágrima empezó a resbalar del ojo izquierdo de Larry. Luego del derecho.

—Sólo espero que te arrepientas de tu conducta —añadió Carla en voz baja.

Giró sobre sus talones y atravesó el pasillo a toda prisa. Dejó atrás a la joven que dormitaba en la cama y luego a la mujer de recepción, y salió de aquel lugar espantoso lo más rápido que pudo.

Cuatro noches después, recibió una llamada en el móvil.

La voz de Lily sonaba apagada al otro lado de la línea.

—He pensado que deberías saberlo, Carla. Tony Gordon murió anoche. ¿Conseguiste verlo al final?

—No. —Carla empezó a temblar. ¿Y si pretendía acusarla por haberlo perturbado estando tan enfermo?—. No, no pude.

—Qué lástima —dijo Lily, aunque Carla notó que estaba aliviada. De hecho, en su momento le había sorprendido que Lily le diera la dirección con tanta facilidad—. Es una pena, la verdad. Tony no era un santo, pero tenía sus propios problemas.

—¿Qué quieres decir?

—Su esposa ha padecido esclerosis múltiple durante años. No debía de ser fácil para él. Curiosamente, ella le ha sobrevivido. La pobre está en silla de ruedas. Le resultará duro vivir sin él.

Carla sintió que algo se tambaleaba en su interior. Larry necesitaba algo que su esposa no podía darle. Risas y compañía. Pero él no podía abandonarla. Imposible, siendo una inválida. Se preguntó si su madre había sabido todo esto.

—El funeral será el miércoles, por si quieres asistir.

35

Lily

«Vive cada día como si fuera el último.»

Las palabras del himno me llegan al alma. Constituyen un saludable recordatorio: el pasado ocurrió hace apenas un segundo; el presente sólo existe también durante un instante, antes de quedar archivado.

Al parecer, fue el propio Tony quien escogió los himnos.

Miro a mi alrededor, a los demás asistentes. El templo, visto desde fuera, es un edificio gris bastante bonito que se alza envuelto en su propia atmósfera de serenidad junto a la transitada y bulliciosa Aldgate Street. Había pasado por delante algunas veces, pero nunca había entrado. Ahora lo lamento. Es un lugar impregnado de una paz asombrosa, con una preciosa vidriera de la Virgen María a mi derecha. Me sorprende a mí misma rezando por Tom, y por Daniel, y por Ed, y por mí.

Nunca me había imaginado que Tony fuera un asiduo feligrés. Sin embargo, según el elogio fúnebre del pastor, iba todos los domingos a misa. Era muy generoso, además, con las organizaciones benéficas locales. Sobre todo, con la dedicada a la esclerosis múltiple.

Silenciosamente, todos miramos cómo pasa el ataúd de color ceniza, llevado por seis hombres de distintas edades. ¿Amigos? ¿Colegas?

¿Es posible que dentro de ese ataúd esté el cuerpo del entusiasta abogado al que admiré tanto en su día?, ¿del jurista que me produjo una impresión tan

grande cuando yo aún era joven e ingenua?, ¿del mismo hombre que mantenía en secreto una relación con la madre de Carla?

Me acuerdo con especial intensidad de esto último cuando la viuda de Tony nos recibe gentilmente en la recepción que se celebra acto seguido en un salón contiguo a la iglesia. Está en su silla de ruedas con la espalda erguida y la cabeza bien alta, como si fuese un trono.

—Gracias por venir —dice, como si me diera la bienvenida a un cóctel.

Tiene unos rasgos delicados, observo; la tez pálida y casi translúcida que podrías ver en uno de esos reportajes de «Todavía bella con más de sesenta». Lleva sobre las rodillas un chal de seda fucsia. La invitación decía con claridad sobre el atuendo: «Negro, no». Yo, por mi parte, llevo un traje de diseño gris paloma con anchas solapas blancas.

Una joven se inclina sobre ella con aire protector. Supongo que debe de ser la hija de Tony. Tiene algo suyo en los ojos, no cabe duda.

—Ve a atender a nuestros invitados, cariño —le dice la viuda, antes de volverse hacia mí.

—Soy Lily Macdonald —digo—. Yo trabajé con su marido.

—Lo sé. Él me habló mucho de usted. —Su mirada se endurece. Mira en derredor; la gente se mantiene a una distancia respetuosa. Entonces se inclina hacia mí—. Soy consciente de que mi marido tuvo algunos deslices —susurra—. Me habló en su lecho de muerte de esa mujer italiana. No era la primera, ¿sabe? Pero se mantuvo a mi lado. Y eso es lo que cuenta. Le agradeceré que se guarde para usted cualquier chismorreo.

Su franqueza me deja pasmada. Es como si hubiera estado esperando reunirse conmigo para lanzarme esta advertencia.

—Él me lo hacía todo, ¿sabe? —continúa. Extiende las manos y veo que tiene los dedos cerrados con firmeza como unas garras—. Cuando ya no pude cortar la comida con los cubiertos, él me la cortaba. —Se echa hacia delante. Hay una sonrisa en sus labios, pero sus ojos tienen una expresión gélida—. Me vestía cada mañana. Me preparaba el baño cada noche y me ayudaba a meterme en la bañera.

Me veo trasladada hacia atrás en el tiempo, hasta la sala de visitas de la prisión donde Joe Thomas nos dijo que le gustaba prepararle el baño a Sarah.

Recuerdo haber pensado entonces que Tony Gordon no era el tipo de hombre que le prepararía el baño a su mujer.

Hay que ver cómo nos equivocamos.

—Lo entiendo —digo. Y mientras me salen las palabras de los labios, me doy cuenta de que es verdad. Un matrimonio atraviesa todo tipo de altibajos. Pero es posible hacerlo funcionar. Basta con mirarnos a Ed y a mí.

—Gracias. —Hace un gesto de asentimiento y aparece la hija detrás de la silla, como si la hubiera llamado en silencio.

La viuda de Tony se aleja y empieza a mezclarse entre los invitados para darles las gracias. Quizá preguntándose cuántas personas más están al corriente de la vida secreta de su marido. Y, al mismo tiempo, profundamente convencida de su propia versión sobre la lealtad de Tony.

¿Cómo podemos engañarnos con tanta facilidad?

Al dar media vuelta para marcharme me tropiezo con un hombre alto de traje oscuro que está justo a mi espalda. Me recorre un escalofrío. Los ojos de color castaño oscuro. El pelo más corto que la última vez; ahora casi rapado al estilo militar.

—¿Qué haces aquí? —Me sale una voz ronca de temor.

—¿Y por qué no habría de estar? —Joe Thomas habla con un deje un tanto tosco en comparación con el refinado acento de la gente que nos rodea —. Tony y yo éramos buenos amigos.

Procuro apartarme de él, pero la gente está demasiado apretujada. Cualquiera diría que ha venido todo el mundo a presentar sus respetos.

—Tony fue tu abogado. Y te libró de una condena que deberías haber seguido cumpliendo en la cárcel. Nada más.

—No hables tan alto. —Me sujeta del brazo—. Por favor.

Intento zafarme, pero él me agarra con mucha fuerza y me veo arrastrada hacia fuera.

—Cómo te atreves —farfullo.

Joe sonrío de oreja a oreja, tal como sonreía cuando terminó el juicio y salimos del tribunal entre los flashes y los micrófonos de los periodistas que nos pedían unas palabras.

—*Atrevimiento* es una de esas palabras que pueden interpretarse de dos

maneras, ¿no? Puede ser un atrevimiento valeroso. O un atrevimiento ofensivo.

Ya he tenido más que suficiente.

—Déjate de juegos de palabras conmigo.

—Sólo quería aclarar algunas cosas. Por tu propio bien, Lily. Estoy seguro de que no deseas que toda esa gente de ahí dentro se entere.

—¿Se entere de qué?

Estamos en el portal de la iglesia. Pasa un denso tráfico frente a nosotros. Quiero escapar. Esconderme.

—Yo ayudé mucho a Tony cuando salí libre. Fue mi forma de darle las gracias.

—No entiendo.

Pero sí, lo entiendo. Empiezo a entenderlo.

—Le proporcioné información extra para sus casos. —Se da unos golpecitos en el lado de la nariz—. Es uno de los motivos por los que se esforzó tanto en sacarme de la cárcel. Yo le dije que podría ayudarlo en el futuro, ¿entiendes? Y así lo hice. Me había enterado de muchas cosas mientras estaba dentro. Y resultó que algunas de esas cosas eran útiles.

—¿Qué clase de cosas?

—No puedo entrar en detalles, Lily. Tú tienes que saberlo. Y no te hagas la engreída conmigo. Tú también te beneficiaste.

—¿Yo?

—Vamos. ¿Qué me dices del soplo en el caso del camionero?

Me quedo helada. La verdad es que no teníamos nada claro que fuéramos a poder librar de la cárcel a ese pobre hombre hasta que llegó aquel sobre anónimo. Sin matasellos. Sólo con el nombre del traficante que le vendía droga a la adolescente. Una prueba decisiva que me ayudó a ganar el caso. Yo me decía que este tipo de soplos se producían a veces. Que podía tratarse de alguien sin ninguna relación con mi pasado.

—¿Cómo sabías en qué casos estaba trabajando?

Vuelve a darse un golpecito en la nariz.

—Quizá he estado saliendo con una de las secretarias.

—¿Cuál?

Él parece malinterpretar la pregunta, tomándola como una muestra de interés.

—¿Acaso importa? —Se encoge de hombros—. No significa nada para mí. Es sólo un medio para lograr un fin.

—Pero si estabas en el extranjero...

—No todo el tiempo.

Lo miro a los ojos.

—¿Por qué haces esto?

—Porque tú me sacaste de la cárcel. Así que quiero ayudarte también a ti. Demostrarte mi agradecimiento. He ido siguiendo tus pasos. Me enteré de que tenías problemas con ese caso y se me ocurrió que podía echarte una mano.

—¿Cómo te enteraste?

—No te lo diré.

Nada de «no puedo». No te lo diré.

—Y además está Tom, claro —continúa—. Ayudarte a ti significa ayudarle también a él.

—No quiero tu ayuda. —Incluso mientras lo digo, tengo la misma sensación subrepticia que tenía en el pasado: ese tirón, ese fuerte magnetismo hacia un hombre al que desprecio y por el cual me siento a la vez inexplicablemente atraída.

—Yo creo que sí. —Tiene la cara tan cerca que casi roza la mía—. Reconócelo. Hay algo entre nosotros, Lily.

Siento la caricia de su aliento. El olor de su piel. Apesta a peligro, pero no puedo moverme.

—Necesito saberlo, Lily. —Su boca planea sobre la mía—. ¿Cómo está nuestro hijo?

¿Nuestro hijo?

—Ya te lo he dicho —replico, al tiempo que me aparto—. No es tuyo.

Me alejo sin más. Caminando tan aprisa como puedo con mis tacones. Bajo por la calle. Paso frente al supermercado y el cine, donde la gente sigue su vida ordinaria. Procuro poner toda la distancia posible entre Joe Thomas y yo. Antes de que cometa una estupidez.

Otra vez.

36

Carla

NECROLÓGICAS

El abogado litigante Tony Gordon falleció el 22 de noviembre tras una larga lucha con la enfermedad. Padre adorado y marido ejemplar...

*Querida mamá:
Tengo que contarte una cosa.*

No, así no estaba bien.

*Queridísima mamá:
Tengo que contarte que he encontrado a Larry...*

No. Así le crearía esperanzas.

*Queridísima mamá:
Tengo una noticia que quizá te resultará dolorosa.*

Al menos, así la prevenía con delicadeza.

Tony Gordon —al que conocimos como Larry— ha muerto. Fui a verle antes de que falleciera y le transmití tu mensaje. No era digno de ti,

mamá. Dios le ha hecho pagar su culpa con una muerte temprana. Ahora ya podemos dejarlo fuera de nuestras vidas.

Metió el recorte de la necrológica en el sobre, Carla se apresuró a cerrarlo y lo echó en el buzón de camino a la iglesia.

«El funeral será el miércoles, por si quieres asistir», le había dicho Lily cuando la llamó.

«Gracias, pero no», había respondido ella; y lo decía en serio. En el último momento, sin embargo, la clase sobre agravio se anuló. Tenía el tiempo justo para llegar al funeral y volver a la clase siguiente. Parecía cosa del destino.

Mientras se situaba de pie al fondo del templo (no quedaban asientos libres), las palabras del sacerdote resonaban a través de los altavoces.

—Maravilloso padre de familia... Respetada figura de la comunidad... Inquebrantable en su lucha por la justicia...

¡Qué hipócrita! ¡Y pensar que lo único que tendría que hacer era abrirse paso entre la multitud, subir al púlpito y explicarles todo lo que sabía de «Tony»!

—Se le revuelve a uno el estómago, ¿no? —dijo un hombre alto, deslizándose a su lado. Llevaba el pelo muy corto y hablaba con un acento entrecortado—. Si supieran...

Carla se sobresaltó. Pero, aunque el hombre parecía dirigirse a ella, mantenía los ojos fijos en una figura situada más adelante: una mujer con un traje de corte elegante que realzaba su pelo rubio y su esbelta silueta.

¡Lily! ¿Acaso ese hombre la conocía? ¿O era sólo un símbolo de todo lo que él despreciaba?

—¿Qué quiere decir? —susurró Carla.

Él la miró entonces con sus ojos oscuros.

—Creo que lo entiende perfectamente.

Le hablaba como si fuesen viejos amigos.

—Pero... —empezó Carla desconcertada.

—Chist —siseó alguien.

Y antes de que pudiera añadir nada más, el hombre del pelo corto salió

por la puerta que tenían detrás tan silenciosamente como había entrado.

—¿Qué vas a hacer en Navidades, Carla?

Era la frase que le repetía todo el mundo: desde el chico de pelo castaño rojizo y flequillo ondeante que había empezado a perseguirla por la facultad, hasta la propia Lily cuando habían hablado por teléfono. Frustrada por no haber tenido noticias de su vieja «amiga» desde la cena, Carla la había llamado para comprobar cuál era su código postal y poder enviarles una felicitación navideña. Con un poco de suerte, la llamada habría de suscitar otra invitación.

—¿Que qué voy a hacer en Navidades? —repitió teatralmente—. Pensaba ir a Italia, pero resulta que mi madre está en Nápoles visitando a una tía que ha enviudado y dice que será mejor que me quede aquí.

No le hizo falta fingir un deje de tristeza, porque se le había encogido el corazón de verdad cuando su madre le había comunicado sus planes por carta. ¡Nunca habían pasado unas Navidades separadas! La floreada letra de su madre la había llenado de una gran añoranza. Tenía unas ganas locas de sentir aquella suave mejilla contra la suya; de hablar todo el día en su propia lengua; de comer el pan que la nonna horneaba por sí misma. Y, además, ¡estaba sin blanca! Estudiar en el extranjero era carísimo, y el dinero que le había dado su abuelo se estaba agotando. Apenas tenía lo suficiente para pagar la habitación del albergue; no digamos para cenar cada noche.

—Entonces has de venir con nosotros a la casa de mis padres en Devon.

¡Sí! Y, no obstante, algo en el tono de Lily le había hecho sentir que la estaba invitando un poco de mala gana, más bien por educación. Ed, de eso estaba segura, habría puesto más entusiasmo. Ya había observado la última vez que era él quien parecía demostrarle más simpatía.

—Hay sólo una cosa —añadió Lily—. Tom, nuestro hijo. Es un poco... diferente, como ya te dije. Y nunca sabemos cómo va a portarse ante desconocidos. Así que estate preparada.

¿Diferente? Carla entendía muy bien esa palabra. ¿Acaso no se había sentido ella diferente durante la mayor parte de su vida escolar en Inglaterra,

incluso cuando se había esforzado tanto para ser como los demás?

Así que ahí estaba ahora, sentada en un tren que salía de Londres cargado de pasajeros, los cuales, cosa insólita para ser ingleses, no paraban de darle conversación, de preguntarle dónde iba a pasar las Navidades, y si no encontraba preciosas las luces de Oxford Street...

Llevaba en la maleta unos modestos regalos. Un monedero bordado para Lily, un bloc de dibujo para Ed y la maqueta de un avión para Tom. Todo adquirido con ingenio y poco dinero en una tienda de beneficencia de King's Cross. Estaba especialmente satisfecha con la maqueta del avión. Le había costado encontrar un regalo para un chico. Además, no recordaba con exactitud cuántos años tenía. Aunque no le gustase el regalo, no dejaría de ser un gesto. Carla se arrellanó en el asiento y miró cómo desfilaban los prados verdes por la ventanilla. «Estamos junto al mar —le había dicho Lily—. Te encantará.»

«Has de pedirles más dinero», le había recordado mamá en otra carta que había recibido justo antes de partir.

Pero eso resultaría muy incómodo, pensó mientras abría sus libros de derecho y se ponía a estudiar, pese al traqueteo. ¿Cómo iba a plantearlo siquiera? «Ya se te ocurrirá algo —parecía susurrarle el balanceo del tren—. Ya se te ocurrirá algo.»

—Pero ¿por qué no puede volar? —El chico alto y flaco agitaba los brazos con exasperación.

—Ya te lo he dicho, Tom. Es sólo una maqueta.

—Pero en la foto de la caja aparece en el aire.

—Eso es para que parezca más atractivo —rezongó Ed.

—Pues no deberían presentarlo así, ¿no crees? Hemos de denunciarlos por publicidad engañosa.

Carla estaba impresionada.

—¡Bien dicho, Tom! Deberías ser abogado, igual que tu mamá.

—Dios nos libre. —Ed hizo una mueca—. Con uno en la familia hay más que de sobra. Sin ánimo de ofender, Carla.

Ella le lanzó una sonrisa.

—No me ofendo.

Hasta el estallido de frustración de Tom, el regalo del avión había sido un gran éxito. El chico lo había montado en apenas diez minutos, pese a que era mucho más complicado de lo que Carla había imaginado. Los problemas habían llegado luego, con todas aquellas preguntas que no tenían respuesta. Resultaba agotador para todos, incluidos los padres de Lily, que, por lo demás, habían estado encantadores con ella.

Carla se había quedado atónita a su llegada ante aquella casa tan preciosa. La de Lily y Ed en Londres le había parecido muy bonita, pero ésta era algo fuera de serie. Tenía unas enormes ventanas de guillotina, un inmenso vestíbulo donde habría podido vivir una familia entera y un espacioso invernadero que se abría a un extenso prado verde. Era exactamente la casa que le habría gustado poseer.

«Aquí vivían mis abuelos», le había explicado Lily.

Debían de haber sido muy ricos, pensó Carla, para poder permitirse un palacio semejante junto al mar. El edificio se alzaba sobre un acantilado desde el que se dominaba el mar. La vista desde su habitación era increíble, con todas las luces de la ciudad destellando abajo. Así debían de destellar en ese mismo momento en las montañas florentinas. Pero ella se esforzó en mantener a raya la añoranza y concentró toda su atención en el gran árbol de Navidad del vestíbulo —¡qué fragancia a pino tan deliciosa!—, con todos los regalos alrededor de la base. Incluso había un pequeño montón en el que figuraba su nombre.

El salón, como lo llamaba la madre de Lily, estaba amueblado con gusto. El suelo se hallaba cubierto con una alfombra de color verde salvia y la madera de caoba olía a cera de lavanda. En las paredes había varios cuadros colgados —no de Ed, más antiguos— con escenas campestres y puestas de sol.

«Son copias», había dicho Ed con menosprecio cuando ella se había parado a admirarlos, aunque lo había dicho en voz baja para que nadie más lo oyera.

Había fotografías también. Por todas partes. En la repisa de la chimenea.

En las mesitas auxiliares. Fotos de Lily, de niña, y de un chico un poco más alto que ella. «Ése es Daniel», había dicho la madre de Lily con tono radiante.

¿Daniel? Carla recordó vagamente una conversación con Lily, cuando ella era una cría y vivía aún en Inglaterra, en la que había salido a relucir su hermano.

«No quiero hablar de él.»

¿No era eso lo que había dicho?

«¿Va a venir aquí a pasar las fiestas?», había empezado a preguntar Carla, pero su pregunta quedó ahogada en medio de un alboroto, porque Tom había comenzado a abrir sus regalos, a pesar de que aún no habían ido a la misa del gallo.

Y ahora se había producido todo ese jaleo porque la maqueta del avión no podía volar. El ambiente, notó Carla, se había ido caldeando. Tom, cada vez más agitado, se tiraba del pelo y se arrancaba mechones enteros. Lily estaba con los nervios de punta, aunque la verdad era que había estado así desde que había ido a recogerla a la estación. No recordaba que Lily fuese tan irritable en los viejos tiempos. La madre, que era idéntica a su hija, con la misma estatura y el mismo color de pelo, no paraba de disculparse.

«Diferente —había dicho Lily—. Tom, nuestro hijo..., es diferente.» Cuando la gente decía eso, solía significar que se sentía avergonzada de la diferencia. Lo que no tenían en cuenta era cómo afectaba esa vergüenza a la persona en cuestión.

Lo único que podía ayudar era hacer que él se sintiera bien consigo mismo. Tranquilizarlo. Y en vista de que nadie lo hacía —Lily estaba todo el tiempo absorta en sus carpetas—, esa tarea recaía inevitablemente en ella.

—De hecho —dijo—, Leonardo da Vinci consiguió que sus maquetas volaran.

«¿Quién es Leonardo da Vinci?», esperaba que preguntase Tom. Pero el rostro del chico había empezado a despejarse.

—¿El pintor? ¿El que dibujó a Cristo como si fuera un reloj?

—Exacto. —Así era también como ella había entendido de niña el dibujo: Jesús, con los brazos en cruz, marcando las tres menos cuarto.

—Él diseñó uno de los primeros aeroplanos. ¿Lo sabías?

Tom meneó la cabeza.

—No he avanzado tanto. Acabo de sacar el libro de la biblioteca...

—No sabía que estabas estudiando a Leonardo en el colegio, cariño — dijo Lily, emergiendo de forma inesperada del estudio. A Carla, su expresión le recordó a la de su madre cuando intentaba, años atrás, ayudarla a hacer los deberes de mates.

—No, no lo estamos estudiando. Sólo me gustó el dibujo de la portada. —Frunció el ceño—. Si Leonardo consiguió que sus maquetas volaran, ¿por qué yo no puedo?

—Ésta es una maqueta diferente —le contó Carla, arrodillada a su lado—. Vamos a hacer una cosa. Mañana por la mañana miraremos a ver si podemos construir nuestra propia maqueta.

Tom volvió a fruncir el ceño.

—¿Cómo?

—Podríamos hacerla de papel.

—Pero así no aguantará para que podamos volar nosotros.

«Nosotros no vamos a montarnos —estuvo a punto de decir Carla—. Es sólo una maqueta.» Pero ya iba dándose cuenta de que Tom no razonaba como los demás niños, o al menos como los que ella había conocido.

—Pues entonces te enseñaré italiano —dijo de repente.

—¿Italiano? —La cara de Tom se iluminó—. Me encantaría. Así podría explicarle al hombre de la pizzería que no me gustan los tomates. Y si se lo digo en su lengua, él me hará caso. También estoy aprendiendo chino por mi cuenta, ¿sabes? Me compré un libro para aprender.

—¡Fenomenal!

—Gracias —dijo Ed mientras se dirigían al comedor. La gran mesa de roble relucía con la cubertería de plata, las servilletas rojas, las copas de vidrio tallado y una guirnalda de acebo en medio—. Eres muy amable por las molestias que te tomas.

A ella la recorrió una cálida sensación. Le lanzó una sonrisa.

—Me gusta estar con él —respondió, dejando que se adelantara y le ofreciera una silla—. Entiendo cómo se siente.

—¿Cómo? —Él la miraba con atención. Carla percibió que ya la estaba dibujando mentalmente.

—Porque yo también me sentía diferente cuando era pequeña, y sé lo que es sentirse así.

Él no le quitaba los ojos de encima.

—Me encanta cuando la pasión asoma en tu cara —dijo. Ahora jugueteaba con sus cubiertos, como si estuviera deseando que fueran carbones—. Me gustaría saber si te importaría...

—¿Que me volvieras a pintar?

Ed dio un respingo, como despertando tras una cabezada.

—Exacto.

Ella se sonrojó de excitación. Claro que no le importaría.

—Sería un honor.

Él le estrechó las manos. Las suyas eran grandes y cálidas.

—Gracias.

Con el rabillo del ojo, Carla vio que Lily estaba observando.

—¿Quién quiere ir a dar un paseo por la playa mañana, antes de la comida de Navidad? —preguntó el padre de Lily desde el otro extremo de la mesa.

—Yo. ¡Yo! —Tom saltaba en su silla—. Carla y yo. —Luego su rostro se contrajo con angustia—. Pero no puedo hacer castillos de arena. No me gusta el tacto de la arena mojada.

Pobre chico.

—A mí tampoco me gusta la arena húmeda —dijo—. Te deja una sensación embarrada y mugrienta, ¿verdad?

Tom asintió. Con tanto ímpetu que ella temió que fuera a lastimarse.

—Exacto.

Carla le echó una mirada a Lily. Reconocía esa expresión. Se sentía herida. Marginada. Lo cual debería haberla complacido. Pero en parte, a decir verdad, se compadecía de ella.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. Ojalá hubiera podido llamar a mamá para desearle felices Navidades, pero la tía al parecer no tenía teléfono, y el nonno consideraba que los teléfonos móviles eran un artilugio

innecesario.

Inquieta, Carla se levantó de la cama y se acercó a la ventana. La luna estaba suspendida justo en la línea entre el cielo y el mar, como si sostuviera una barra en equilibrio. Quizá saldría a dar un paseo. Se puso el abrigo y recorrió de puntillas el pasillo. Reinaba la oscuridad, pero había una línea de luz bajo la puerta de Ed y Lily. ¿Qué sucedía? Incapaz de contenerse, se detuvo a escuchar.

Estaban peleándose.

—Tendrías que haberle dado dinero a Carla para las Navidades —decía Ed enojado.

—¿Y cómo iba a dárselo? La cuenta del banco quedaría con un descubierto aún mayor.

—Mil libras no eran suficientes, y tú lo sabes.

—Baja ya de las nubes. Es más de lo que se merece. Sus cartas eran muy agresivas...

Carla estuvo a punto de soltar un grito, pero se contuvo.

—O sea, ¿que las recibiste?! —Ed alzó la voz, indignado—. Dijiste que no habías recibido nada. ¿Por qué no me lo contaste?

Lily adoptó un tono suplicante.

—Porque no te encontrabas en condiciones. Y porque, como estoy tratando de explicarte, no nos lo podemos permitir. Nuestra prioridad es Tom. Quizá deberías vender más cuadros.

—¿Cómo voy a arreglármelas cuando tú me has quitado toda la inspiración?

—¡Ed! ¡Eso no es justo!

Sonó un estropicio de cristales y luego un grito de Ed.

—¡Mira lo que me has hecho hacer!

Carla retrocedió y se fundió entre las sombras justo cuando Lily salía a toda prisa de la habitación, por suerte en la dirección contraria. Carla volvió a entrar en su habitación temblando. Así que su intuición inicial era correcta. Lily había recibido las cartas. Le había mentado. En cuanto al descubierto de la cuenta bancaria, no se lo creía. Imposible con una casa semejante.

Si antes sentía aún algún escrúpulo, ahora ya no le quedaba ninguno.

Lily

¡Qué alivio estar otra vez en Londres, de vuelta en el trabajo! Aunque en la oficina reina ese ambiente adormilado habitual entre Navidad y Año Nuevo, nosotros siempre tenemos cosas que hacer. Al fin puedo relajarme.

He estado crispada todos los días que hemos pasado en Devon. Arisca con todo el mundo, incluida nuestra invitada. Yo era plenamente consciente de ello incluso antes de que Ed señalase que me erizaba cada vez que sonaba el teléfono o que llamaban a la puerta. Todavía sigo recriminándome el lapsus que sufrí con Ed acerca de las cartas de Carla, que desembocó en una de las peores peleas que hemos tenido nunca.

En realidad, no es de extrañar que me fuese de la lengua. Aún estaba trastornada por el encuentro con Joe Thomas en el funeral de Tony.

Durante todos los años transcurridos desde su caso, yo me había jactado de ser una abogada criminal con un índice de éxito del noventa y cinco por ciento. Pero resultaba que todo se debía a la ayuda que había recibido de un criminal.

De un hombre considerado inocente por el resto del mundo. Gracias a mis buenos oficios.

Pero lo que me ha tenido desquiciada durante estas vacaciones han sido las continuas alusiones de Joe a Tom. Todo el tiempo me estaba temiendo que mi antiguo cliente llamara por teléfono, o peor, que apareciera en la

puerta y se empeñara en afirmar (con razón o sin ella) que Tom es hijo suyo. Al fin y al cabo, él sabe dónde viven mis padres.

No es de extrañar que estuviera de los nervios. Al borde de la histeria, más bien. Una y otra vez estuve a punto de contárselo a mi marido, pero al final logré contenerme. Él no lo entendería. Nadie lo entendería. Si mi pobre madre no tuviera bastante con lo suyo, tal vez se lo habría contado a ella.

Pero me bastaba mirar su cara cansada —exhausta por tener que cuidar a mi hijo, cuando debería ser responsabilidad nuestra— para echarme atrás. Esto debía resolverlo por mí misma.

En un sentido, fue un alivio tener a Carla allí. La presencia de un extraño en medio de una familia tensa e inestable hace que todos procuren comportarse, especialmente en una época en la que se supone que todo el mundo debe estar alegre y feliz. Fue por eso, de hecho, por lo que la invité.

A Ed le encantó la idea, y yo ya sabía el motivo.

Ya en el reencuentro en la galería comprendí que ella podría salvarnos. Ed necesitaba pintarla. Le serviría para relanzar su carrera. El día de Navidad vi desde el otro lado de la mesa cómo le daba las gracias a Carla. «Ni siquiera tuve que proponérselo —me dijo después—. Ella misma sacó la idea. Vamos a quedar en enero para que venga a posar. ¿Te das cuenta, Lily? ¡Esto podría ser el comienzo de una nueva etapa para mí!»

Estaba tan entusiasmado que casi olvidamos discutir sobre Tom. O sobre mi trabajo. Por supuesto yo tenía que revisar mi correo («Sí, mamá, incluso durante las vacaciones»), pero eso son gajes del oficio. También hubo algunos momentos delicados porque Carla no paraba de preguntar por Daniel.

—¿Por qué no le explicas que está muerto? —me preguntó Ed finalmente.

A mí me dieron ganas de gritarle. ¿Acaso no lo entendía? Daniel era asunto mío. Ella no tenía por qué inmiscuirse.

Y luego se produjo esa espantosa pelea a propósito de las cartas de Carla, durante la cual Ed me acusó de haber matado su inspiración.

—¿Has pasado unas buenas Navidades? —me pregunta mi secretaria cuando me instalo ante mi escritorio.

—Sí, gracias —respondo mecánicamente.

Luego echo un vistazo al reluciente diamante que lleva en la mano izquierda.

—¿Me equivoco o debo felicitarte?

Ella asiente con excitación.

—No me lo podía creer. Me puso el anillo en el pudín de Navidades. Por poco me lo trago...

Y es entonces cuando suena el teléfono. Es una mujer. Una madre frenética. Han detenido a su hijo por conducir bebido. Está en el calabozo en este momento. ¿Podemos hacer algo?

Gracias a Dios del trabajo. Te obliga a dejar de lado todo lo demás. Sella los resquicios por donde se filtran los gases. Me ayuda a olvidar que mamá está ahora mismo preparando a Tom para la vuelta al colegio, donde tendrá que acostarse cada noche sin que ni ella ni yo le demos un beso.

—Ah, otra cosa —dice mi secretaria—. Esto estaba en la bandeja cuando he llegado.

Una fotografía. Viene en un sobre donde sólo figura mi nombre y la palabra «PRIVADO» en mayúsculas.

La foto muestra con toda claridad un cruce de carreteras sin ninguna señalización en la calzada.

El portero de noche, que está terminando su turno, confirma mis peores temores. Un hombre de pelo corto le entregó anoche el sobre.

Lentamente, rompo la fotografía en trocitos y se los doy a mi secretaria.

—Para la trituradora —digo.

—¿No necesita la información?

—No.

A partir de ahora, ganaré los casos por mi propia cuenta.

Carla

Poco después de San Esteban, Carla se levantó una mañana y descubrió que Lily se había ido en el tren de las 6.05. «Un cliente la necesitaba», había mascullado Ed.

Tras la marcha de Lily, todo el mundo pareció mucho más relajado. Se acabaron los comentarios sarcásticos. Se acabaron las órdenes perentorias a Tom. «Por favor, hijo. ¿Quieres estarte quieto un momento?»

Pero incluso sin la conflictiva presencia de Lily, Carla percibía algo extraño en la casa de Devon. La madre de Lily había sido especialmente amable con ella, pero de un modo que sugería que tenía algo que ocultar. Sin duda, sospechaba, algo sobre Daniel, el hijo del que nadie quería hablar.

¿Acaso estaban enemistados? Carla pensó en su propio hogar en Italia, donde muchos de los vecinos seguían mirándola por encima del hombro por ser ilegítima, pese a que la «deshonra» de su madre se había producido hacía muchos años.

Carla pasó el último día en Devon paseando con Ed y Tom por la playa, todo lo cual formaba parte de los preparativos de su plan. Por lo demás, resultó divertido. Ella estuvo muy pendiente de Tom; le enseñó algunas frases en italiano y comprobó satisfecha que ya había conseguido caerle bien. Era un alumno rápido, además, aunque —eso sí— tenía que golpearse la rodilla con la mano izquierda cada vez que lograba decir bien una frase. «Uno

de sus rituales», le susurró Ed, como si supiera de antemano que ella lo entendería.

Carla se había cuidado también de ganarse las simpatías de los padres de Lily.

—Tom pasa toda la semana en un colegio especial, ¿sabes? —le contó el padre cuando se despedía—. Es difícil para todos nosotros. Aunque a ti parece que se te da muy bien.

—Vuelve otra vez —le dijo la madre, pegando la mejilla contra la suya por un solo lado. ¡Qué extraña la costumbre inglesa de no dar un segundo beso!—. Eres una bendición para nosotros.

Cuando llegó la hora de salir hacia la estación, Carla no tenía ganas de irse. Ya en el tren, se sintió eufórica. Ella y Ed habían quedado en verse para organizar las sesiones de posado. «Me muero de impaciencia», le había dicho él, estrechándole la mano, mientras se despedían.

El albergue le había parecido más gélido y solitario al volver. Aunque conocía de vista a muchas de las chicas, no había hecho ninguna amiga. No eran de su tipo, la verdad, con todos esos horribles tatuajes y esos *piercings* en la nariz. Y como si las demás sintieran lo mismo, nadie la invitó a la fiesta de fin de año del albergue. Tampoco era que tuviera ganas. Se arrebujó bajo la colcha y se puso a empollar precedentes jurídicos.

Había llamado a mamá unas horas antes. Era un gasto enorme, pero necesitaba oír su voz. La línea sonaba débilmente, no obstante. «Te quiero, cara mia», había oído a duras penas que le decía. «Yo también te quiero, mamá.»

Ahora, tendida en la estrecha cama, Carla encendió un cigarrillo y dio una profunda calada mientras evaluaba la situación. ¡Ya había llegado enero! Y, sin embargo, aún no había conseguido lo que había imaginado en sus fantasías. Tenía que suceder algo para que las cosas avanzaran.

Mientras calibraba su siguiente paso, empezó a vibrar en sus oídos una música estridente. La chica de la habitación contigua siempre ponía el volumen al máximo. ¡Cómo iba a pensar siquiera con semejante estruendo!

Quizá sería mejor ir a darse una ducha para relajarse. Tras coger el albornoz y la bolsa de baño, cerró la puerta con llave y cruzó el pasillo arrastrando los pies. Sólo llevaba unos cinco minutos en el baño cuando sonaron golpes en la puerta.

—¡Fuego! ¡Fuego! Rápido. ¡Todo el mundo fuera!

Aún conservo el olfato.

Dicen que es el último sentido que se pierde.

Así que no todo está perdido.

Aún no.

Ésa es la buena noticia.

La mala es que algo se está quemando.

Todavía peor: el zapato rojo de tacón ya no está ahí.

Lily

Es día de Año Nuevo. Ed y yo vamos a pasar una tarde tranquila en casa. Ninguno de los dos tiene la energía necesaria para asistir al almuerzo al que nos ha invitado uno de los socios del bufete. No quedaremos bien, pero a veces —me digo— hay que poner a la familia por delante.

La mesa está cubierta de bocetos. Presumiblemente, son de los dos últimos días que Ed pasó en Devon. Carla ríe. Carla se inclina junto a Tom. Carla con los ojos muy abiertos. Carla pensativa, con las manos en torno a una copa de vino. Lo único que falta es la propia modelo en carne y hueso.

Suena el teléfono.

—¿Puedes cogerlo, por favor? —digo.

Hay una cazuela hirviendo en la cocina. Bajo el fuego. Las judías verdes tienen un aspecto flácido. Miro a Ed, que está, ahora me doy cuenta, tratando de calmar a alguien. A mi madre. Debe de ser Tom. Algo habrá hecho otra vez.

—Qué espanto —está diciendo.

Se me encoge el corazón. Lo sabía. No tendríamos que habernos ido. Debería dejar el trabajo y...

—Ay, pobre.

Ed no suele llamar «pobre» a mi madre. Me acerco al teléfono, preguntándome qué sucede.

—Pues claro que haces bien en llamar. Tienes que venirte a casa. Espera ahí. Voy a buscarte. Repíteme la dirección.

Mi marido coge la chaqueta.

—Es Carla. Ha habido un incendio en el albergue. Está ahora mismo en la calle en albornoz.

—¿Está herida?

—No, gracias a Dios. Sólo asustada.

—Te acompaño, si quieres.

—No hace falta. —Ya está en la puerta—. Quizá podrías hacer la cama de Tom.

Sí, claro. Es lo más lógico.

Cuando llegan al fin, veo que Carla tiene demacrado su precioso rostro oliváceo. Está temblando bajo su albornoz rosa, y aprieta tanto los puños que se le ven los nudillos blancos.

—Ha sido terrorífico. Hemos tenido que bajar corriendo por la escalera exterior de incendios. Creía que me iba a caer...

La noticia del incendio ha aparecido brevemente en la radio. Por lo visto, no ha habido ningún herido. Ahora están investigando las causas del fuego.

Ed le sirve un whisky.

—Toma. Te ayudará a reponerte.

«Una excusa para tomarte tú otro», estoy a punto de decir.

—Siéntate, por favor —digo, procurando ser educada—. Ahora ya estás a salvo.

—Pero no tengo nada. Ni siquiera ropa —dice Carla sollozando, mientras sujeta el whisky con esas manos tan elegantes—. Y me he quedado sin libros.

—Todo se puede reemplazar —respondo con tono tranquilizador, estrechándole las manos. Aunque he tenido ocasiones de sobra para observarla durante las Navidades, ahora vuelvo a darme cuenta de que en realidad es muy guapa. Esos ojos oscuros y almendrados y esas espesas cejas negras parecerían masculinas en una pálida inglesa, pero a ella la vuelven todavía más despampanante a pesar de lo alterada que está.

Quizá será bueno tener a Carla en casa. Ed y yo no podremos discutir si hay alguien delante. Nuestra invitada actuará como un amortiguador. Igual

que cuando era niña.

—Todo se arreglará —la animo.

Carla alza su rostro alicaído. Por un instante, veo la expresión afligida de la cría que me encontré delante de la puerta del apartamento de su madre con un morado en el ojo.

—Sois muy amables por ofrecerme un hogar. Gracias.

Me recorre un escalofrío.

«Es sólo temporal», quisiera añadir. Pero sonaría mezquino.

Y me digo que este extraño presentimiento que me asalta no es nada. Nada en absoluto. ¿No acabo de pensar que su presencia nos vendrá bien?

Es de Joe Thomas de quien debo preocuparme, además.

—No te lo tomes tan a mal —me dice uno de mis socios, unas semanas después, cuando vuelvo del tribunal.

Pero tengo motivos para tomármelo así. Si hubiera utilizado esa fotografía que Joe Thomas me envió, quizá habría podido demostrar que no había en la calzada ninguna señalización el día que mi cliente omitió detenerse en el cruce. Ahora sí que hay una señalización, claro, pero así es como funcionan las cosas. Aunque lo habrían condenado igualmente por conducir bebido, la sentencia no habría sido tan severa si yo hubiera demostrado que las líneas de ceda el paso no estaban pintadas en la calzada en ese momento.

Dejan que se borren las señalizaciones; hay accidentes; y entonces aparece como por un milagro el camión del ayuntamiento y pinta las líneas de nuevo. Todos los abogados lo saben. El problema es que no siempre consigues una prueba fotográfica que lo demuestre.

De eso ha servido mi decisión de resolver los casos por mi cuenta. Quizá por ello no me sorprende cuando me llega al día siguiente una breve nota:

Habrías podido ganar si hubieras usado mi fotografía. ¿Cómo está Tom?

Me siento y contemplo la nota un rato en silencio antes de levantar el teléfono.

—¿Tienes tiempo para una copa?

Ross suena complacido y sorprendido a la vez.

—Me encantaría.

Nos vemos en uno de mis cafés italianos favoritos de Covent Garden. Digo «favorito», aunque la verdad es que mi vida no me deja mucho espacio para la diversión. Soy de esas personas que han de hacer cierto esfuerzo cuando se les pide que anoten sus aficiones. Si eres abogado, apenas te queda margen para otra cosa. Es verdad que salgo a correr la mayoría de las mañanas, antes del trabajo. Pero eso forma parte del proceso de vestirse, desde mi punto de vista.

—¿Qué tal? —me pregunta Ross.

Miro a nuestro viejo amigo, sentado al otro lado de la mesa con una chaqueta de tweed y unos tejanos. Un hombre de contrastes, así es Ross. Empezó siendo amigo de Ed, pero pronto se hizo amigo mío en la misma medida; especialmente cuando necesité orientación sobre la conducta de mi marido, que, según lo expresó Ross, se comportaba a veces como un completo idiota. Un idiota al que ambos queremos.

A veces me pregunto si Ross es gay. A fin de cuentas, nunca se ha casado y, que yo sepa, no ha tenido ninguna novia. Procuero no entrometerme en su vida, de todas formas.

—Tengo un problema —confieso, retorciendo las manos con angustia por debajo de la mesa.

Desde hace mucho tiempo, ya ni recuerdo cuánto, he deseado poder confiarme a alguien sobre Joe Thomas y sobre las informaciones que no cesa de enviar para «echarme una mano». Pero ahora he llegado a tal extremo que, como no se lo cuente a alguien, reviento. Naturalmente, hay ciertas partes que debo omitir.

—Uau —dice Ross cuando termino de explicárselo—. Pobrecilla. Qué posición tan difícil.

Quiero que me diga que todo se arreglará. Que puedo hacer algo para detener esta pesadilla.

—Por si te sirve de algo —añade—, creo que hiciste bien al romper esa foto.

—¿En serio?

—Sin duda. —Ahora habla con más firmeza—. Tú puedes trabajar por tu propia cuenta, Lily. Es lo que has estado haciendo durante años. Sí, vale, ese hombre quizá te ha ayudado de vez en cuando. Pero no vayas a dejar que eso mine tu confianza. Eres una buena abogada.

Quisiera contarle lo otro. Pero no puedo. Mi mente se remonta a la noche del pub de Highgate, cuando Joe me cogió la mano. Aquella descarga eléctrica. La atracción que no debería haber sentido. Y la culpa, después, porque había bebido más de la cuenta para ser responsable de mis actos.

El verdadero motivo de mi promesa de no volver a beber.

—No se lo dirás a Ed. Ni a nadie más.

Me entra pánico. Me aterroriza que Ross pueda sentirse en un conflicto de lealtades. Y desde luego me refiero a esos soplos anónimos. La otra parte no puedo contársela a nadie.

—Prometido. —Echa un vistazo a su reloj—. Me temo que debo volver a la oficina.

Ésa es otra peculiaridad de Ross. Cuando yo lo conocí, era actuario de seguros. Fue precisamente su conocimiento de las cifras lo que me ayudó a resolver los enigmas de Joe Thomas. Más tarde, sin embargo, cuando nació Tom y le pedimos que fuera el padrino, cambió de profesión. Dijo que nuestra experiencia le había hecho ver la vida de otra forma. Ahora dirige una gran empresa de recaudación de fondos que ayuda a las organizaciones benéficas. Es una buena persona.

Cuando llego a casa tras otra jornada hasta las tantas en la oficina, Ed y Carla ya han cenado. Están sentados a la mesa, Ed con el bloc de dibujo delante.

—Perdona —dice Carla, excusándose—. Yo quería esperar, pero...

—La culpa es mía.

Ed me sonrío con una sonrisa que no le había visto en años. Y ya entiendo por qué.

—Tienes la cena en el horno, cariño —añade.

Hacía un montón que no me llamaba «cariño».

—Debería estar comestible todavía. Bueno, Carla. Gira ligeramente la cabeza. Baja un poco la barbilla. Mira hacia la izquierda. Perfecto.

Ed rebosa de felicidad porque está pintando a Carla de nuevo. La idea fue de ella, me repite él una y otra vez, como si se sintiera halagado.

Menudo alivio, la verdad. Así tendré el tiempo necesario para decidir qué hacer con Joe.

40

Carla

Febrero de 2014

Como cada mañana durante el último mes, Carla se despertó en la bonita y acogedora habitación que daba al patio trasero. ¡Se estaba mucho mejor allí que en el albergue! Pese a los comentarios de Lily sobre el descubierto de su cuenta bancaria, debían de ganar un montón de dinero para que pudieran permitirse una casa semejante. Y no la tenían alquilada. Era de su propiedad, aunque Ed siempre andaba quejándose de los «pagos exorbitantes de la hipoteca».

Ése era uno de los temas principales de las discusiones que oía a través del tabique que separaba su habitación del dormitorio de ambos.

«Estás cabreada porque no gano tanto dinero como tú», era una de las frases preferidas de Ed.

«¿Cuándo vas a librarte de una vez de ese resentimiento?», era la preferida de Lily.

Mientras había sido sólo una invitada a cenar, Carla había captado algunas pullas y frases tensas. Pero ahora que estaba viviendo allí, era como si tuviera que moverse sorteando proyectiles entre líneas enemigas. Cualquier cosa, por ínfima que fuera, podía servir para irritarlos; especialmente a Lily en esta última época. «Haz el favor de volver a guardar la leche en la nevera

—le había espetado a Carla la otra noche—. Si no, se acabará estropeando, como la semana pasada.»

Ed había puesto los ojos en blanco para que se sintiera mejor. «No te preocupes. Está trabajando en un caso importante —le explicó, una vez que Lily hubo regresado con mucho redoble de tacones a su estudio. Luego se quitó las gafas, como si de repente le molestaran—. El último lo perdió, así que ganar éste es fundamental para ella.»

Pronunció la palabra *fundamental* con un tono algo irónico. Volvió a calarse las gafas y cogió el pincel. «¿Puedes poner las manos alrededor de la taza y mirar a lo lejos? Como si estuvieras concentrada pensando en algo. ¡Perfecto!»

Lo de concentrarse en algo no le resultó nada difícil. La investigación sobre el incendio del albergue estaba a punto de comenzar. Todos los que se hallaban alojados allí habían recibido un formulario oficial donde se les preguntaba si habían estado fumando en sus habitaciones esa noche.

Por supuesto, ella había marcado la casilla del «No».

—¿Te apetece un café después de clase?

Era el chico del flequillo ondeante, el que andaba pidiéndole que salieran a cenar. Tenía el pelo castaño rojizo y unas pestañas larguísimas para ser un chico. Su forma de moverse resultaba algo vacilante tratándose de alguien tan alto y tan guapo. Como si no fuera consciente de lo atractivo que era. Y no únicamente por su físico, sino también por sus modales exquisitos y por su modo de escuchar. Él escuchaba de verdad.

La mayoría de los chicos eran ruidosos y creídos, y más bien se escuchaban a sí mismos. Rupert era diferente.

Tal vez ya era hora de hacer una excepción.

—Me encantaría —dijo, levantando la vista del libro—. Gracias.

—Chist —siseó alguien desde el otro lado de la biblioteca. Ellos se sonrieron con complicidad.

—¿Qué nota te han puesto en el último trabajo? —le preguntó él más tarde, frente a un macchiato, en el bar del sindicato de estudiantes.

—Un setenta y cinco por ciento —respondió Carla orgullosa.

Rupert abrió unos ojos admirados.

—Fantástico.

—¿Y a ti?

Él soltó un gemido.

—No preguntes. De hecho, quizá podrías echarme una mano con ese espantoso trabajo sobre agravios. Podríamos hablarlo durante la cena.

—¿Qué cena?

—Vamos, Carla. Ya te lo he pedido un montón de veces. No te voy a morder. ¡Te lo prometo!

La llevó a un pequeño restaurante italiano que quedaba junto a Soho Square. Ella esperaba que titubeara al hacer el pedido, como solían hacer los ingleses al hablar en italiano. Pero no: Rupert tenía un acento impecable.

—¿Conoces mi país? —preguntó cuando se fue el camarero.

Él se encogió de hombros complacido.

—Mis padres consideraban esencial que habláramos francés e italiano con fluidez. Y nos enviaban al extranjero durante las vacaciones para que perfeccionáramos nuestros conocimientos. Aunque, a decir verdad, yo creo que era para que los dejáramos en paz; y eso que durante el período escolar estábamos fuera de casa.

Igual que el pobre Tom. Sin saber cómo, Carla se sorprendió hablándole a ese chico tan guapo acerca de Tom, Lily y Ed.

—¿Vives con Ed Macdonald? ¿El pintor?

—Sí. ¿Lo conoces?

—¿No es el autor de La niña italiana, el cuadro que vendió por un montón de dinero a un coleccionista anónimo?

Ella se sonrojó.

—¿También estás enterado de eso?

—Me encanta la pintura. Y a mi madre también. Se ha pasado la vida arrastrándome a exposiciones... —De repente, abrió mucho los ojos—. No me digas que la modelo... Eras tú, ¿no?

Carla asintió, avergonzada y halagada a la vez.

—Me encantaría conocerlo algún día. —Su compañero se estaba

aturullando—. Bueno, si no es mucha molestia.

—Veré lo que puedo hacer —le prometió.

Dejó pasar unas semanas, porque no quería molestar a sus anfitriones. Ed estaba muy ocupado con el retrato: parecía absorber todo su tiempo, incluso cuando ella no estaba allí para posar. Y Lily se quedaba trabajando hasta tan tarde que Carla la oía llegar mucho después de acostarse. (Solían llegarle unos murmullos apagados, y el tono de reproche de Ed.)

Pero finalmente se armó de valor para hablarlo con Lily, que mostró un sorprendente entusiasmo.

—Lily me ha preguntado si te gustaría venir a cenar una noche la semana que viene —dijo Carla mientras se tomaban un macchiato en el que se había convertido en su café favorito.

La cara de Rupert se iluminó.

—Me encantaría. Gracias.

No. La que estaba encantada era ella. Rupert podía llegar a ser justo lo que necesitaba.

Cuando volvió a casa ese día, había una carta esperándola en la mesita del vestíbulo. Era una copia del informe de la investigación oficial del incendio. El albergue se la había remitido a todos los que se alojaban allí a la sazón. La causa del fuego, decía el informe, era probablemente un cigarrillo. Sin embargo, dada la extensión de los daños y el hecho de que tantos ocupantes hubieran reconocido que fumaban en sus habitaciones, había sido imposible señalar al culpable.

«Qué suerte», pensó.

Y lo que era mejor todavía, ahora su seguro de viaje le pagaría la ropa y los libros. (Ella había exagerado un poquito su valor: la compañía podía permitírselo.)

La carta la informaba también de que el albergue permanecería cerrado hasta nuevo aviso.

Las cosas iban viento en popa, no había duda.

«Es sólo un amigo —le había dicho a Lily con timidez—. Un compañero de

la facultad que ha sido amable conmigo.» Pero desde que cruzó el umbral con Rupert a su lado, Carla percibió la hostilidad de Ed.

—O sea, ¿que tú eres el «Rupert» del que nuestra Carla nos ha hablado tanto?

Carla se sonrojó al oír cómo subrayaba el nombre. Y su forma de decir «ha hablado tanto» sugería que era ella la que estaba entusiasmada, y no al revés. ¿Qué iba a pensar Rupert? De repente, le entraron dudas sobre esa velada.

—Me alegra saberlo, señor —respondió Rupert, estrechándole la mano a Ed y mirando a Lily de soslayo.

Por suerte, Lily (que había estado bastante distante últimamente) pareció captar la inquietud de Carla y cambió de tema con delicadeza. Durante toda la cena, sin embargo, Ed estuvo desagradable. No sólo se mostraba picajoso con su esposa («Somos afortunados por poder disfrutar de la compañía de Lily, ¿sabes? Por lo general, ella está trabajando a estas horas»), sino que también hacía comentarios sarcásticos sobre Rupert y su antigua universidad. «Uno de mis primos fue allí cuando lo suspendieron en Eton.»

A Ed no le gustaba su invitado, empezó a comprender Carla. Pobre Rupert. Él también lo notaba.

Después, bajaron al sótano a ver los cuadros.

—Carla me ha dicho que te gusta la pintura —dijo Ed, cruzando los brazos.

—Así es, señor. Éstos son magníficos.

—Son una mierda —replicó él, contemplando desdeñosamente toda una serie de cuadros: mujeres viejas, mujeres jóvenes, la florista, la vendedora de tabaco, una madre en un parque—. Ninguno ha funcionado. El único que funcionó fue el cuadro de nuestra encantadora Carla, aquí presente.

Ed la miró y le dio un apretón en el hombro con tanta fuerza que le hizo daño. Apeataba a vino. Durante la cena, se había bebido una botella él solo. Lily también se había dado cuenta.

—Pero ahora la estoy pintando otra vez. ¿Te lo ha contado?

Ed acercaba mucho la cara a la de Rupert. Carla se sentía en parte victoriosa. Pero también llena de vergüenza.

—No, señor. No me lo había contado.

—¿Así que no estás al tanto de todo lo que sucede en su preciosa cabecita?

—Ya basta, Ed. —Lily se había puesto a su lado y lo sujetaba del brazo—. Ya podemos dejarlo por hoy, ¿no crees?

—Tonterías. Supongo que le gustaría ver el cuadro, ¿verdad, joven? Rupert estaba tan colorado como Carla.

—Si no es mucha molestia, señor.

—Bueno, sí lo es. ¿Y sabes por qué? Pues porque nunca enseñé a nadie mis cuadros hasta que están terminados. Nunca.

Dicho esto, subió ruidosamente la escalera y los dejó plantados en el sótano.

—Lo siento muchísimo. —Lily meneó la cabeza—. Está cansado, y éste es un momento muy importante en su carrera. Tiene la esperanza de que se produzca un salto cualitativo con este nuevo retrato de Carla. Esta vez usa pinturas al pastel. Lo cual es una novedad en su trayectoria.

—Entiendo. —Rupert pareció recobrar la compostura, adoptando sus impecables modales—. El temperamento artístico y todo eso... Muchas gracias por esta deliciosa velada.

Pero no había sido en absoluto deliciosa y todos lo sabían. Esa noche, Carla escuchó una de las peores peleas que Ed y Lily habían mantenido hasta el momento.

—¿Por qué has sido tan grosero? Casi parecía que tuvieras celos de él por estar enamorado de Carla.

—Chorradas. Simplemente me molesta que un crío se ponga a mirar mis cuadros y a soltar comentarios condescendientes.

—No es verdad. Él ha sido muy educado.

—Yo ya sé cuál era su actitud. Y, además, ¿a ti qué te importa? Tú nunca estás aquí.

—Quizá ya va siendo hora de que Carla se vaya. Podría alojarse en otro albergue. No entiendo por qué le pediste que se quedara. Se suponía que iba a ser algo temporal.

—O sea, ¿que quieres echar a mi modelo justo cuando estoy recuperando

la inspiración? Es como si quisieras que fracasase.

Ya empieza a funcionar, se dijo Carla, abrazándose las rodillas sobre la cama.

A la mañana siguiente, sin embargo, parecía como si la discusión no se hubiera producido.

—¿Te apetecería venir a Devon con nosotros este fin de semana? — preguntó Lily.

Carla meneó la cabeza.

—Me quedaré aquí, si no te importa.

Ed pareció decepcionado.

—¿De veras? A Tom le dará pena no poder verte. Quizá no lo diga abiertamente. Pero sé que lo sentirá.

«Y yo también», decían sus ojos.

Perfecto.

—Me temo que debo concentrarme en mi próximo trabajo.

—Claro —dijo Ed molesto—. Cuando vuelva, Carla, te agradecería que dedicaras un poquito más de tiempo a posar para el retrato.

Ella se sonrojó.

—Por supuesto.

Lily

Se suceden las semanas y los meses mientras avanza el retrato. Pasa rápidamente la Pascua, con sus oscilantes narcisos amarillos. Las primeras rosas de verano ya han florecido en el pequeño trecho de tierra del patio trasero. Y lo mismo puede decirse de Carla.

Observo con creciente asombro y respeto cómo va tomando forma nuestra «huésped» en el lienzo de Ed. La mano de mi marido, tan vacilante durante los últimos años, en parte por falta de confianza —y a veces, seamos sinceros, a causa de la bebida—, ha adquirido por sí misma una seguridad especial.

Los preciosos ojos almendrados de Carla, enmarcados por esa cara menuda y delicada, me persiguen cada vez que echo un vistazo al caballete. Ahora está ahí todo el tiempo. Es un elemento fijo en el estudio orientado hacia el patio trasero, donde hay más luz. Y ella es una presencia constante en nuestro hogar, donde me recibe cuando llego del trabajo cogiendo mi abrigo y anunciando que la cena está lista.

Está empezando a despertar mucho interés, además.

«¿Está volviendo a pintar a la misma chica italiana?», le preguntó un periodista que vino a hacernos una entrevista en plan «hogareño» (el agente de Ed se las arregló para organizarlo).

Yo me había situado junto al lienzo que Ed había dejado a la vista a

propósito, en vez de guardarlo como suele hacer cuando tiene una obra entre manos. «Sí —dijo él con un tono despreocupado que, por supuesto, a mí no me engañó—. Carla, la niña de la que cuidamos mi mujer y yo cuando estábamos recién casados, ha reaparecido en nuestra vida. Ahora tiene poco más de veinte años, está estudiando para ser abogada y me ha permitido con mucha amabilidad que la vuelva a pintar.»

La noticia corrió como la pólvora cuando se publicó el artículo. Empezó a sonar el teléfono. Naturalmente, no se trata sólo de que esto constituya una buena historia para el mundo del arte, y para los medios: la modelo de un cuadro famoso que se ha hecho mayor. Es que, además, el retrato que ha pintado mi marido es increíble. Parece como si Carla fuera a salir del lienzo en cualquier momento. Su impecable corte de pelo —tan diferente de aquellos rizos infantiles— proclama que es una mujer con estilo. Sus labios parecen a punto de decir: «Aquí estoy de nuevo». Y a veces algo peor: «¿Por qué eres tan mala esposa? Deja de portarte de forma tan horrible con Tom».

Sí. Así es. Durante las últimas semanas, he tenido la creciente sensación de que le desagrado en el fondo, a pesar del cuidado con el que me coge el abrigo y me prepara la cena cada noche (por su propia iniciativa). Me doy cuenta de que no ve con buenos ojos que Tom no viva con nosotros todo el tiempo. «¿No lo echas de menos cuando os separáis los domingos por la noche?», me ha preguntado más de una vez.

«Mucho. Pero él tiene necesidades especiales, que su colegio puede atender mejor que nosotros.» Ella no es la única que me ha hecho esa pregunta. Sólo los padres de un hijo como el nuestro pueden entender el doloroso conflicto que supone no ser capaz de manejar el problema y querer hacer lo correcto.

Ed nunca dice nada para apoyarme, como si estuviera de acuerdo con Carla. Y así es, por supuesto. Aunque Tom está mejorando mucho en ese internado semanal, y aunque no se han producido incidentes ni ataques a los profesores, a mi marido no le gusta que su hijo pase toda la semana en lo que él llama «una residencia militar».

Pero no es cierto. Yo he visto la acogedora habitación, con sus camas confortables y sus ositos orgullosamente expuestos (uno de sus compañeros

de habitación no va a ninguna parte sin ellos, a pesar de que casi tiene trece años. Está obsesionado con esos peluches y los tiene alineados a lo largo de la pared. Si alguien los toca, sufre una crisis a gran escala). La actitud de mi marido, me consta, se debe a sus años de internado, cuando lo único que deseaba era estar en casa.

La desaprobación de Carla, en todo caso, resulta paradójica, teniendo en cuenta todo lo que estoy haciendo por ella.

—Carla necesita un puesto de becaria ahora que está a punto de terminar el curso de convalidación —me dice Ed una noche, durante la cena—. Le he dicho que tú podrías ayudarla.

Estamos comiendo un plato italiano, una mezcla deliciosa de alubias blancas con ensalada que, si la hubiera preparado yo, habría parecido una papilla apelmazada. La mano de Carla la ha transformado en algo totalmente distinto. «¿Crees que podrías ayudarla?» Vale, yo puedo ser socia del bufete, pero aun así resulta muy presuntuoso por parte de mi marido suponer que estoy en condiciones de mover los hilos así como así, cuando tengo una montaña de emails de otros estudiantes.

—Hemos recibido muchas solicitudes —empiezo—. Pero miraré a ver qué puedo hacer.

No será fácil, porque mi propio récord en el trabajo no ha sido tan brillante últimamente. Este año llevo perdidos más de un tercio de mis casos. Lo cual incluye los que he defendido por mi cuenta y los que he llevado a juicio con un abogado litigante. Resultaría tentador echarle la culpa a este último, pero no sería honesto. Si yo no le facilito la información adecuada o los detalles suficientes sobre el caso, el abogado litigante no puede lucirse como es debido ante el tribunal.

Me digo que mi bajo rendimiento no tiene nada que ver con los soplos anónimos que he recibido por correo y he dejado de lado. Procuro no mirarlos siquiera, pero no puedo evitar comprobar si proceden de él. ¿Cómo lo sé? Porque siempre van acompañados de una frase final: «¿Cómo está Tom?».

Por útiles que sean esos soplos, me obligo a mí misma a meterlos en la trituradora, diciéndome que puedo arreglármelas sin la ayuda de Joe Thomas.

No quiero ni pensar en el esfuerzo que debe de estar haciendo para obtener esas «pruebas». Pero me pregunto cómo las consigue. ¿Con qué secretaria estará saliendo? O quizá era mentira. Quizá saca la información de otra parte. En todo caso, la sola idea de que Joe me esté observando me pone la piel de gallina.

Tal como están las cosas, cuando Ed le propone a Carla que venga a Devon el fin de semana y ella rechaza la invitación, no puedo evitar una oleada de alivio. Una ocasión para estar nosotros solos. Para que yo vuelva a poner a Ed de mi lado.

42

Carla

Mayo de 2014

—¿Qué haces este fin de semana? —preguntó Rupert.

—Trabajar.

Desde la embarazosa cena con Ed y Lily, Carla había estado evitando a su amigo en la facultad. Pero ahí estaba él, esperándola a la salida de la clase.

—¿Todo el fin de semana?

Ella lo miró.

—Sí, todo el fin de semana.

—Qué pena. —Rupert caminó a su lado—. Tus amigos eran algo... peculiares.

—Lily puede ser un poco picajosa a veces, pero es soportable. Me temo que Ed estuvo muy grosero. Lo siento.

—No te preocupes. —Le tocó suavemente el brazo mientras doblaban la esquina—. Es lo que dije: el temperamento del artista. Pero para serte sincero... creía que me estabas evitando. Así que he decidido venir a buscarte, para comprobar si está todo bien entre nosotros.

Carla no pudo por menos que sentirse halagada. Pero también sintió la necesidad de dejar las cosas claras.

—Claro. Eres un buen amigo.

—¿«Amigo»? —Rupert la miró con expresión socarrona, como esperando algo más—. Entonces ¿puedo invitarte a cenar este fin de semana? Era tentador. Pero ¿no estaba su vida ya bastante complicada?

—Perdona, pero tengo pendientes dos trabajos. Ed y Lily no vuelven hasta el domingo por la noche, así que pensaba aprovechar este paréntesis de tranquilidad.

Y, en efecto, cumplió su palabra. Se pasó todo el fin de semana volcada sobre sus libros. Pero el domingo, a la hora del almuerzo, llamaron a la puerta. Lily y Ed no le habían dicho que esperasen a nadie. Igual era un vendedor, o un vecino.

Pero el que estaba en el umbral era Rupert.

—Pasaba por aquí —dijo, ofreciéndole un ramo de flores primorosamente envueltas con un lazo de paja. Fresias. Una de sus flores preferidas. Era increíble la intensa fragancia que podían desprender unos capullos tan pequeños.

—Muy amable.

—¿Qué tal un paseo? Vamos, te vendrá bien un descanso.

—Bueno... —Hacía un día precioso—. ¿Por qué no? Pero sólo ida y vuelta hasta el parque.

Se sorprendió de lo grato que le resultaba tener compañía. Había muchas otras parejas paseando. Riendo. Cogiéndose de las manos. Con una extraña sensación en el pecho, Carla cayó en la cuenta de que nunca había paseado por un parque con un hombre que le gustara.

—Me encanta estar contigo, Carla. —La mano de Rupert buscó la suya.

No.

Ella se la metió en el bolsillo con destreza.

—A mí también me gusta estar contigo, Rupert. —Hubo una breve pausa mientras Carla contaba hasta cinco—. Pero como amigo, ya te lo dije.

Él o no captó el desaire o prefirió ignorarlo.

—Tú eres distinta de las demás, Carla. Estás centrada. Como si tuvieras un objetivo. La mayoría de las chicas que conozco sólo quieren pasárselo bien.

Ella pensó un momento en las frívolas alumnas de la facultad que siempre

andaban detrás de Rupert y de otros como él.

—No tengo tiempo para divertirme.

—¿De veras?

Había una clara decepción en su tono.

Carla se encogió de hombros mientras volvían desde el parque hacia casa.

—Mi madre está sola. Tengo que ganar dinero para que las dos podamos vivir como deberíamos haber vivido siempre.

—Uau. Increíble. Me encanta.

—De hecho, debo volver ya. O me retrasaré con el trabajo.

—Pero sí que tendrás tiempo de ofrecerme una taza de té.

—Pues no sé...

—Vamos —le dijo Rupert. Sus ojos destellaron—. Eso es lo que hacen los amigos.

Ya estaban al pie de los escalones: unos elegantes peldaños ajedrezados que ascendían hasta la puerta negra de la entrada. No acceder parecía de mala educación.

Invitándolo a sentarse, Carla apartó rápidamente los libros para hacer espacio en la mesa de la enorme cocina, que hacía las veces de salón informal. En el sofá, observó con irritación, había un gurrño de cojines y mantas.

—¿Qué te parecería...? —empezó.

Pero de repente Rupert se le acercó y, con toda osadía, aunque también con delicadeza, empezó a recorrer con el índice la silueta de sus labios.

—Eres preciosa, Carla —murmuró—. ¿Lo sabes?

La atrajo hacia sí.

Durante un instante, se sintió tentada. Rupert era muy atractivo. Era encantador. Un caballero. Pero no debía permitir que la distrajera de su objetivo. Justo cuando iba a apartarse, se oyó una llave en la cerradura.

¡Era Ed! Horrorizada, vio cómo miraba primero el desorden del sofá y luego se volvía hacia Rupert, que se apresuró a apartarse de ella. Tenía la cara congestionada de ira.

—Así que por eso no querías venir a Devon, ¿no? Para poder utilizar nuestra casa como nidito de amor. ¿Cómo te atreves? Menos mal que he

vuelto más pronto.

Ella sintió calor por todo el cuerpo; luego frío y otra vez calor.

—No. Lo has malinterpretado todo.

Pero la voz de Ed ahogó la suya mientras se volvía con brusquedad hacia Rupert.

—Fuera. Ahora mismo.

Carla miró atónita cómo Rupert se retiraba. Debería haberse quedado, se dijo. Debería haberse defendido.

—¡¿Cómo te atreves tú a hablarme así?! —gritó, temblando de rabia—. No estaba haciendo nada malo. Y me has avergonzado delante de mi amigo.

Ahora Ed la echaría, pensó. Y no tendría adónde ir. Y, además, perdería la esperanza de lograr lo que quería.

Éste, por el contrario, se vino abajo. Se derrumbó a sus pies.

—Lo siento, Carla. Lo siento mucho. Pero el fin de semana ha sido un infierno. Deberías haber venido. Tú habrías conseguido calmar a Tom. Se ha portado espantosamente. ¿Sabes cuál es su obsesión ahora? Un juego de ordenador que lo tiene levantado toda la noche. Apenas duerme. Y cuando intentamos quitárselo, se puso como loco. Discutimos sobre lo que había que hacer. La madre de Lily quería dejar que se saliera con la suya. Tiene mucho miedo de que acabe como Daniel...

—¿Como Daniel? ¿Qué le sucedió?

—Daniel ya no vive. —Ed hizo un gesto despectivo con las manos—. No lo deducirías por la forma que tienen de hablar de él, pero ¡Daniel está muerto!

—No lo entiendo.

Ed la cogió de la mano. Con fuerza.

—Daniel era un hermano adoptado. Sufría un grave trastorno desde pequeño. Pobre infeliz.

Ahora le tocó a Carla sujetarle la mano mientras él le contaba a borbotones la horrorosa historia. La discusión que Lily había tenido con su hermano. Las cuerdas. Cómo lo encontraron allí. Ed no conocía los detalles («Lily no puede hablar del tema»). Pero una cosa estaba clara. Lo que ella había dicho, fuera lo que fuese, había empujado a su hermano a quitarse la

vida.

—Es como si eso se hubiera interpuesto siempre entre nosotros. Ella nunca me ha dejado entrar en esa parte de su vida.

Ed se derrumbó entre sollozos en el sofá.

¡Qué horror! Pobre Ed. No era justo que tuviera que sufrir a causa de la culpa que sentía su esposa. Lily siempre lo trataba fatal. Ni siquiera cuidaba de él como correspondía. ¿Qué clase de mujer no le tenía preparada la cena a su marido por la noche, o se acostaba mucho más tarde que él? Mamá le había inculcado la importancia de estas cosas, por muy anticuadas que pudieran parecer.

Y, no obstante, ¿de qué se sorprendía? Lily era abogada. Una mujer fría e insensible. Habituada a trabajar para dejar libres a asesinos y a violadores.

Consiguió calmar un poco al pobre Ed. Le pasó un brazo por los hombros amistosamente. Le sirvió una copa (en la que añadió un chorrito de agua caliente al whisky). Y luego, a pesar de que él aún tenía las manos temblorosas, lo convenció para que se pusiera a pintar.

Gracias, Rupert, pensó para sus adentros mientras tomaba asiento frente a Ed. («Gira un poquito la nariz hacia la izquierda, Carla, por favor.») Con un poco de suerte, después de todo, la cosa iba a funcionar.

43

Lily

Pese a mis fracasos recientes en los tribunales, y pese a mis propias reservas, los demás socios accedieron al «favor» que les pedía y Carla empezó a trabajar conmigo a mediados de julio. «Tienes ahí a una chica brillante —me comentó uno de mis colegas al final de la semana—. Puede parecer despampanante, pero también es muy espabilada.»

Lo decía como si su aspecto fuese una desventaja, y en cierto sentido así era. Si eres más atractiva de la cuenta, sobre todo en una profesión como la nuestra, la gente no siempre te toma en serio. Yo sé que a mí nunca me considerarán guapa, aunque me complace comprobar que he adquirido seguridad en mí misma con los años. Quizá es bueno que sea así.

Pero Carla hace que todas las cabezas se vuelvan allí adonde va. Y no sólo por su belleza o porque esté desenvolviéndose bien en el bufete. Ahora el retrato de Ed está terminado por fin. Tras uno de nuestros fines de semana en Devon (por una vez sin Carla) todo pareció entrar en vereda. Habíamos discutido, y él se había marchado antes, aunque a veces pienso que nuestras dificultades le sirven de estímulo. Cuando volví, lo encontré trabajando en la parte más difícil: los ojos.

Ahora el cuadro ha sido aceptado para formar parte de una gran exposición que se celebrará en Londres en otoño y toda la prensa se ha enterado de la noticia.

De repente, Carla aparece en todas partes. En las revistas femeninas. En las páginas de arte de The Times. Y en todas las invitaciones a cócteles que hemos empezado a recibir. Por supuesto, todo el mundo quiere conocer la historia. Cómo nos la volvimos a encontrar. O más bien cómo nos encontró ella a nosotros. Abro una revista y descubro que Carla se las ha arreglado para contar la historia sin apenas referirse a mí. Es como si hubiera sido Ed quien le ofreció un hogar tras el incendio del albergue. Como si Ed fuese su mentor, y no yo. Como si sólo Ed dijera lo maravillosa que es con nuestro hijo Tom, que vive lejos, en un «colegio especial» en Devon. No menciona que Tom vive con mis padres cuando no está en el colegio.

¿Cómo se ha atrevido?

—No tienes derecho a mencionar a Tom —le digo a Carla, tratando de dominar la voz.

Nos dirigimos a la oficina. Andando con paso enérgico. Lo cual me recuerda aquellas mañanas lejanas, cuando la veía en la parada del autobús con su madre.

—Tom forma parte de nuestra vida privada —continúo, todavía llena de rabia tras haber visto ese artículo ofensivo en una de las revistas de cotilleo.

—Perdona —contesta, aunque su tono sugiere cualquier cosa menos que se arrepienta. Alza la barbilla, que parece más angulosa de lo normal. Casi puntiaguda, como la de un gato—. Pero es cierto, ¿no?

—Tom está en el lugar más adecuado para él —digo, haciendo un esfuerzo para mantener la compostura.

Ella se encoge de hombros.

—En Italia mantenemos a la familia unida, sean cuales sean las circunstancias. Yo creo que así es mejor.

—Ahora vives en Inglaterra —farfallo, sin poder creerme la audacia y el descaro que demuestra. Entramos en el edificio. Ya no puedo añadir nada más.

Más tarde recibo una nota de uno de los socios del bufete.

Por suerte, esto todavía no ha llegado a manos del cliente. Una de las becarias ha detectado el error marcado más abajo. Corrígelo, por

favor.

He cometido un error al redactar el borrador del documento de compra de una empresa. No es un error mayúsculo, pero sí considerable. Pero lo peor es que la «becaria», según las iniciales de la corrección, es nuestra «huésped» italiana.

Esa noche, ya muy tarde, Ed se revuelve contra mí.

—¿Por qué has estado tan desagradable con Carla a propósito de Tom?

Me recorre una sensación gélida. Me siento como una monitora que estuviera recibiendo la reprimenda de un profesor por haber delatado a una chica que estaba fumando en el lavabo. ¿Por qué habría de ser culpada por algo que ha hecho ella?

—Porque Carla no debería haber mencionado a Tom, ni tampoco que está en un colegio especial. Eso es algo privado.

—Según parece, nuestro hijo es «material clasificado». ¿Acaso te avergüenzas de él?

Eso no es justo.

—Tú sabes que no es así. ¿Crees que podrías trabajar si Tom estuviera aquí todo el tiempo? ¿Crees que podrías concentrarte si se metiera en el estudio y empezara a preguntarte por qué la pintura se llama *pintura*? ¿O se pusiera a recitar todas las estadísticas imaginables sobre Monet o John Singer Sargent?

Ed se incorpora en la cama y enciende la luz del dormitorio. Tiene una expresión triste en los ojos. Sé que mis palabras suenan egoístas y me odio por haberlas pronunciado. Pero al resentimiento le resulta espantosamente fácil salir de vez en cuando a la superficie, atravesando el delgado barniz de bondad y corrección exterior. Sé que Ed piensa lo mismo a veces, pero, claro, es más sencillo echarme la culpa a mí.

—No puedo dejar de pensar —dice muy despacio, reflejando mis propios pensamientos— que cuando tienes un hijo como Tom estás obligado a hacer lo correcto. Sencillamente.

Luego apaga la luz, dejándome inquieta y agitada toda la noche. Haciéndome preguntas. Diciéndome que mantener nuestras vidas separadas

como hebras de seda rebelde es mejor que vivir con mi hijo. ¿Por qué? Porque yo me pasé años siguiendo a Daniel a casi todas partes, para protegerle de sí mismo. Pero fracasé. Dije cosas que no debería haber dicho. Hice cosas que no debería haber hecho. Y fue eso lo que al final empujó a mi hermano por el borde del precipicio.

Si no paso todo el tiempo con Tom, tal vez él pueda seguir adelante. Mi presencia constante no le ayudará.

Al contrario, quizá lo mataría.

Mientras trato de trabajar en casa una noche, los pensamientos se me alborotan en la cabeza de tal modo que apenas avanzo. Decido hacer una llamada.

—¡Lily! —La voz cálida y profunda de Ross me calma de inmediato. Me tranquiliza. Como si todo fuera a arreglarse, al fin y al cabo.

»Pensaba que ibas a salir esta noche —dice sorprendido.

—No. ¿Por qué?

—Debo de haberlo entendido mal. Creía que Ed había dicho que ibas a acompañarle a la inauguración de esa galería.

—Me lo ha pedido, pero yo tenía mucho trabajo. Además, es a Carla a quien quieren ver. Ya lo sabes. El pintor y la modelo. La chica italiana. —No me molesto en ocultar mi irritación.

Carla estaba impresionante esta noche cuando ha salido con mi marido. Llevaba su pelo a lo garçon impecable y un maquillaje perfecto. Nadie habría podido adivinar que hasta media hora antes había estado sudando tinta con sus libros.

Ed también tenía buen aspecto. No sólo por su nueva camisa de rayas azules, sino también por su modo de moverse, por su expresión radiante. El éxito le sienta bien. Siempre le ha producido ese efecto. Mi marido, me doy cuenta ahora, es de esos hombres que necesitan que las cosas les vayan bien. Aunque sólo sea por las personas que le rodean. El nivel de whisky se ha reducido desde hace un tiempo. Incluso se muestra especialmente amable conmigo. De hecho, se merece todo esto, me digo mientras me despido de

Ross, con quien he quedado para cenar en una semana. Sí, que lo disfrute.

Agosto de 2014

Tres semanas después, estoy trabajando muy tarde en la oficina. Ed ha ido a otro cóctel. Carla sigue en casa. Esta mañana no ha venido conmigo al trabajo. «No me encuentro bien», me ha dicho, acurrucada como un gatito en la cama.

Son casi las diez y todo el mundo se ha ido a casa cuando suena el teléfono de mi mesa. Sé que es Joe antes de que diga una palabra. Lo noto. Lo percibo al otro lado de la línea.

—Lily. No, no me cuelgues. Ve ahora mismo...

Se me erizan los pelos del brazo.

—Que vaya... ¿adónde?

Me dice el nombre de un hotel, cerca del Strand.

¿Será otro de esos soplos que debería ignorar?

—Tiene que ver con tu marido. Le he estado vigilando. —Alza la voz con premura—. Sólo pretendía cuidar de ti. Como hago siempre. Ve para allá ahora mismo.

Cuelgo el auricular temblando. Me pongo el abrigo y, mientras le doy las buenas noches al guardia de seguridad, me digo que voy a irme directa a casa. Que no pienso presentarme en ese hotel para ver lo que debería o no debería presenciar.

Ed no me haría eso, no me haría eso. Las palabras resuenan en mi cabeza una y otra vez. Pero luego pienso en sus altibajos. En su forma constante de dar una de cal y otra de arena a lo largo de nuestro matrimonio: de nuestro precipitado matrimonio, celebrado para cobrar una herencia de la que él nunca me había hablado. Un matrimonio que hemos mantenido por el bien de Tom. Pero que hemos logrado que funcione..., ¿no?

Al bajarme del taxi, veo una figura. No, es una pareja. La chica apoya la cabeza en su hombro. Su pelo corto reluce a la luz de las farolas. El hombre es alto, con la espalda levemente encorvada. Ese tipo de inclinación que

procede de pasarse horas y horas ante un caballete.

Echo a correr hacia ellos. Se detienen bajo una farola. Él inclina la cabeza y besa a la chica. Después, alza la vista.

—¿Lily? —dice mi marido con la boca abierta. Y como si no diera crédito a sus ojos, vuelve a repetirlo—. ¿Lily?

Hay un destello. Como si hubieran disparado una fotografía.

Alguien me pone un pase de prensa delante.

—Señora Macdonald, ¿quiere hacer algún comentario sobre los rumores de que su marido tiene una aventura?

*El olor a quemado ha desaparecido.
Ya es algo. Pero percibo una tensión en el aire.
¿He perdido mi última oportunidad?
¿Qué estará tramando ella?
¿Qué planea hacer a continuación?*

Carla

Por supuesto, la publicidad en torno al nuevo cuadro había contribuido lo suyo a acercarlos. El «cuento de hadas», como había dicho un periódico, entre el artista y su modelo. «La niña italiana hecha mujer.» Los reportajes de las revistas. El brazo de Ed rodeándole los hombros ante las cámaras. El roce de su mejilla —¡tan cerca de la boca!— tras un cóctel especialmente rutilante. Carla ni siquiera había tenido que esforzarse.

Pero no se había producido ningún otro contacto físico hasta aquella noche en la que Lily se quedó hasta muy tarde en la oficina (¡otra vez!). Ella estaba posando para otro cuadro en la sala de estar. Habían dejado la ventana abierta porque hacía una temperatura insólita esa noche. No se había puesto maquillaje a propósito, porque sabía que él la prefería así, y notaba que el calor le estaba perlando el labio de sudor. «Un poquito hacia la izquierda... No, más a la derecha.»

De repente, Ed se apartó del caballete y se acercó. Se arrodilló frente a ella y con gran delicadeza le apartó un mechón de la frente. «Eres la criatura más hermosa que he visto en mi vida.» Entonces la besó. Y ella se lo permitió.

Durante un instante, Carla se acordó del hombre del avión, aquél al que había rechazado porque llevaba anillo de casado. ¿No se había dicho siempre a sí misma que nunca habría de padecer lo que había padecido su madre?

Pero mientras se dejaba caer sobre la mullida moqueta de la sala, no pudo evitar pensar en lo mucho que le gustaría ser la novia de un pintor famoso. Con su propia casa. Con su propio dinero. (Ella, por supuesto, lo compartiría con mamá.) Con una reputación que impresionaría a los vecinos en Italia y los obligaría a tratar bien a su madre, sobre todo ahora que la obra de Ed iba a ser expuesta en Roma.

Después de esa noche, empezaron a hacer el amor en todas las ocasiones y los lugares posibles. Los hoteles eran lo ideal, decía Ed. Más íntimos.

No obstante, él parecía obtener más placer que ella en esos encuentros. Ed no era el gran amante que Carla había imaginado. Por supuesto, ella tenía cierta experiencia. En la universidad, al fin liberada de las normas del nonno, coqueteaba con los chicos que daban la impresión de poder llevarla a cenar. A veces dejaba que la cosa fuera más lejos. Un vestido nuevo quizá, a cambio de un fin de semana en Sorrento. Siempre tomaba precauciones. No sólo física, sino también mentalmente. «Quiero concentrarme en mis estudios, no enamorarme», les decía a todos. Pero la verdad era que no quería meterse en un lío, como había hecho mamá. Era la estabilidad financiera lo que deseaba. No el papel de una amante.

Y, sin embargo, ahí estaba ahora, convertida justo en eso: en una amante.

—Voy a dejar a Lily —le prometía Ed siempre—. Sólo necesito tiempo para decírselo. Esto significa más para mí que una simple aventura sexual.

Yo puedo ayudar a que se decida, se dijo Carla.

Un día, unas semanas después de que hubieran empezado a acostarse juntos, llamó desde la habitación del hotel a la línea caliente de veinticuatro horas de una revista de cotilleo, aprovechando el momento en que Ed estaba en la ducha. La mujer que la atendió se mostró muy interesada en lo que le dijo. Carla habló a toda prisa y luego colgó sin dar su nombre.

Poco después, los descubrió Lily.

Era extraño. Pese a que todo había salido tal como deseaba, Carla no sintió la esperada satisfacción de la venganza.

Más bien se sintió rastrera. Sucia.

La cara de Lily estaba lívida bajo la luz de la farola. Abría los ojos con la ferocidad de un animal salvaje. Carla se asustó mucho. Ed lo notó y la rodeó con el brazo en actitud protectora, aunque él mismo también estaba temblando.

—Nos queremos —le decía una y otra vez a Lily—. Queremos estar juntos para siempre.

—No lo pudimos evitar —tartamudeó Carla.

Lily gruñó. Sí, soltó un gruñido.

—Claro que podíais. —Empezó a llorar, lo cual era aún peor—. Con lo que yo te he ayudado... ¿Así es como me lo pagas?

—¿Pagarte? —La voz de Carla se elevó en medio de la noche. Un transeúnte se volvió para mirar—. Eras tú la que tendrías que haberme pagado a mí. Te oí en Devon cuando le contaste a Ed que no habías hecho caso de mis cartas.

—Yo...

—No lo niegues. No emplees conmigo esos trucos de abogada, porque ya me los conozco todos. —Ahora sudaba de pura indignación—. Si tú no le hubieras dicho a Larry que dejara a mi madre en paz, nosotras no habríamos tenido ningún problema.

Lily soltó una frágil risotada.

—¿Eso es lo que piensas en realidad, niña estúpida?

—Yo no soy...

—¡Escúchame!

Por un momento, creyó que Lily iba a agarrarla por el cuello.

—Si Tony podía engañar a su esposa, ¿no crees que también podría haberos engañado a ti y a tu madre?

Carla recordó a aquella mujer del coche con los labios pintados de rojo.

—Os hice un favor, créeme. Tal como ahora me habéis hecho un favor a mí. Los dos. —Se volvió furiosamente hacia Ed—. Si no hubiera sido por Tom, te habría dejado hace años. Llévate a esta niña —dijo, señalando a Carla— y vete.

Luego la miró a ella.

—Pronto descubrirás cómo es de verdad. Y si crees que vas a sacar

dinero de todo esto, te equivocas.

Carla notó que Ed le apretaba la mano con fuerza. Con tanta fuerza como las oleadas de temor que le oprimían el pecho.

—Ya he tenido suficiente —dijo él—. Venga, Carla. Nos vamos.

—¡No! —Lily alzó la voz como nunca—. Soy yo la que se va. ¿Crees que quiero volver a esa casa, sabiendo que habéis estado retozando como conejos mientras yo trabajaba en la oficina? Además, ahora no habrá más remedio que venderla. Toma. —Le arrojó las llaves a Carla—. Quédate mi copia. Ya avisaré para recoger mis cosas. Ahora salid de mi vista. Los dos.

«Espera —quería decir Carla—. Así no es como yo lo había imaginado.» Pero la mano de Ed apretaba tanto la suya que casi le hacía daño. Y luego él paró un taxi y volvieron a casa.

—¿Adónde irá Lily? —preguntó Carla cuando abrieron la puerta y se encontraron con sus pertenencias por todas partes: su abrigo blanco colgado en el perchero del vestíbulo; sus zapatos de tacón, pulcramente alineados junto a la puerta.

—Se las arreglaré —dijo Ed, atrayéndola hacia sí—. Es más dura de lo que parece. Fíjate cómo nos ha hecho seguir.

—¿En serio? —respondió Carla, con tono inocente.

—¿Cómo crees, si no, que nos ha encontrado?

Pero Carla no pudo dormir de la angustia. ¿Y si Lily había cometido alguna estupidez, como tirarse de un puente, igual que el pobre tipo que había salido la semana anterior en las noticias? «¿A ti qué te importa?», le habría dicho mamá. Y, sin embargo, por alguna razón, sí le importaba. Por primera vez, Carla se preguntó si Lily tenía razón al decir que les había hecho un favor al apartar a Larry de sus vidas. Y luego había dejado caer aquella última frase: «Y si crees que vas a sacar dinero de todo esto, te equivocas».

Estuvo casi toda la noche dando vueltas en la cama. Cuando despertó por la mañana y vio que Ed tenía la cabeza apoyada sobre su pecho como un niño necesitado de consuelo, sintió otra punzada de recelo. Luego él se despertó, sonrió y se estiró perezosamente en la amplia cama, bajo la luz del sol que se colaba entre las persianas beige.

—¿No es increíble? —dijo, recorriendo la silueta de su pecho con el

índice—. Estábamos hechos el uno para el otro. Y ahora viviremos juntos para siempre.

¿No era eso lo que ella había deseado? Y, no obstante, ahora sólo podía pensar en esos pelos grises que Ed tenía en el pecho, en el cerco de calvicie que asomaba en su coronilla, y en las lágrimas que había derramado Lily la noche anterior.

Los titulares aparecieron de inmediato.

PINTOR ABANDONA A SU ESPOSA POR LA SEXY
MODELO ITALIANA

ARTISTA HACE BORRÓN Y CUENTA NUEVA CON LA NIÑA ITALIANA HECHA MUJER

—Estoy decidido a quedarme la casa —le dijo Ed unos días más tarde—. Voy a pedir dinero prestado para comprarle a Lily su parte. Ella va a irse de Londres para abrir un despacho en Devon y estar cerca de Tom. Es lo mejor para todos.

—Pero ¿nosotros tendremos suficiente para vivir?

Él la estrechó entre sus brazos.

—No te preocupes por eso.

Carla inspiró hondo.

—Yo estoy sin blanca, Ed.

—No te apures —dijo él, besándola en la cabeza—. Ahora yo cuidaré de ti.

—Es que no tengo ni una libra.

Él se metió la mano en el bolsillo y separó unos billetes.

—¿Te basta con esto?

Carla sintió un gran alivio.

—Gracias.

Por supuesto, lo guardó todo en el banco y le hizo una transferencia a su madre.

Durante las siguientes semanas, sus dudas se fueron disipando. Resultaba halagador vivir con un pintor famoso. Iban a restaurantes sofisticados y los camareros los trataban con serviles reverencias. Eran la pareja del momento.

Todo el mundo los conocía.

Ella no debía preocuparse por el alquiler o las facturas. Edward —le gustaba llamarlo a veces por su nombre completo— le compraba prendas preciosas. ¡Así que Lily mentía sobre el dinero! Incluso consiguió seguir trabajando en la oficina de Londres. Difícilmente podían echarla; habría sido un despido improcedente. Y, por fortuna, Lily ya no estaba allí.

Algunos la trataron con frialdad al principio. «La gente olvida deprisa», la tranquilizó Ed. Y tenía razón. Al cabo de un par de meses empezó poco a poco el deshielo, sobre todo después de que uno de los socios abandonara a su esposa por la secretaria, dándoles a todos un nuevo asunto del que hablar.

En cuanto a Ed, no podría haber sido más atento con ella. A veces incluso demasiado. Un día, recibió en el correo una nota de Rupert escrita a mano con una preciosa caligrafía inclinada.

Me alegro de que te vaya tan bien.

—¿De quién es esa carta? —preguntó Ed, leyéndola por encima de su hombro.

—De un amigo de la facultad.

—¿El chico que estuvo aquí?

A ella le vino el desagradable recuerdo del día en que Ed la había encontrado en casa con Rupert.

—Sí.

Ed no dijo nada. Pero esa noche, cuando Carla fue a tirar algo a la basura, encontró la nota de Rupert rota en pedazos.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó.

Ed, en vez de responder, la besó ansiosamente, y luego empezaron a hacer el amor con una pasión que él no mostraba desde hacía tiempo.

El incidente de la nota hecha trizas había valido la pena, pensó Carla mientras yacía jadeando sobre las sábanas. Había sido como al principio, cuando Ed no era aún del todo suyo y le resultaba por ello más excitante. Y lo mismo, sospechaba, debía de sentir él.

Nada como lo inaccesible para estimular el deseo. Por primera vez en muchísimo tiempo, se acordó de aquel plumier. El que le había robado a otro

niño. ¡Cómo lo había llegado a desear! Una vez que lo consiguió, sin embargo, se había puesto de moda otro estuche diferente. ¿Qué demonios pasaba con ella?, se preguntó mientras se dirigía a tientas al baño para no despertar a Ed, que siempre estaba deseando más.

Noviembre de 2014

—Ahora ya no puedo comer. —Tom me mira con ojos furiosos—. Has movido los cubiertos. ¡Mira!

Señala con rabia el tenedor, que he desplazado unos centímetros a la izquierda para hacer sitio en la mesa y colocar un cubierto extra. Ya llevo el tiempo suficiente cuidando de Tom para recordar que no debo hacer esta clase de cosas, pero de vez en cuando se me olvida alguna. Y los efectos pueden ser espectaculares. Como ahora.

¡Catacrac!

Mamá y yo damos un respingo y nos abrazamos de forma instintiva. No sólo ha salido volando la cubertería, sino también el plato que estaba al lado y una copa de vino de cristal bastante bonita que, curiosamente, formaba parte del juego que nos regalaron por nuestra boda, hace un montón de años.

Cuando Ed y yo nos separamos y dividimos nuestras posesiones (lo cual era mucho menos doloroso que tener el corazón partido), no pude evitar pensar en lo irónico que resultaba que los regalos de boda pudieran durar más que el matrimonio.

Ahora noto horrorizada un escozor de lágrimas en los ojos. Yo, por lo general, mantengo las lágrimas a raya porque no sirven para nada. Además,

¿quién quiere un marido infiel? Unas copas de vino de buena calidad son mucho más útiles.

—¿Por qué has hecho eso?! —grito, sin hacer caso de la mirada de advertencia de mamá. «No pretendas cuestionar a Tom. Y sobre todo no discutas con él. Nunca ganarás.»

Durante el divorcio —un proceso por la vía rápida, que transcurrió con una rapidez indecente—, Ed afirmó que era inútil discutir con una abogada. La gente como yo, al parecer, nunca escucha a los demás; siempre tiene lista su propia respuesta.

Quizá es de ahí de donde ha sacado Tom su capacidad para ver sólo su punto de vista y ninguno más.

—Tú has tocado mi cuchillo —declara con tono objetivo, entornando los ojos por detrás de sus gafas nuevas de gruesa montura negra—. Te he dicho muchas veces que eso no me gusta.

Agachándome, recojo los cristales rotos.

—Te portas como un crío de tres años —mascullo.

—Chist —sisea mamá para calmar los ánimos.

Normalmente, no armo tanto escándalo. Desde que volví para cuidar de Tom, decidí que esa actitud era la mejor. Pero de vez en cuando exploto sin poder evitarlo. Siempre suele haber algo que dispara esa reacción. Hoy sospecho que ha sido por ese cubierto extra en la mesa. Un recordatorio de la vida que concluyó aquella noche, cuando sorprendí a Ed y a Carla besándose frente al hotel del Strand. Incluso ahora me estremezco al oír la palabra *hotel*. Es como un disparador que me hace retroceder a toda velocidad, revolviéndome las tripas e impulsándome a vomitar, tal como hice entonces sobre la acera, en parte por la sensación de traición y en parte por incredulidad.

Resulta curioso que, tras aquellos primeros momentos de desgarró, no sintiera ninguna ira. Y sigo sin sentirla. Sería más fácil si la sintiera. Mamá dice que es porque todavía no he asumido mis sentimientos. Quizá tenga razón. Pero, si es así, ¿cuándo voy a hacerlo? Han pasado meses desde que rompimos, pero la herida sigue tan abierta como si hubiera sucedido ayer.

Aquella noche la pasé en una institución profesional a la que pertenezco

(la University Women's Club, donde, por pura casualidad, quedaba una habitación libre) y al día siguiente llamé al trabajo para decir que estaba enferma. Me resultaba imposible enfrentarme a Carla, y la consideraba capaz de aparecer pavoneándose en la oficina como si no hubiera pasado nada.

Entonces sonó mi móvil.

Ed.

¿Ed?

—Tenemos que hablar —me dijo. Con amabilidad. Sin el tono defensivo de la noche anterior. ¿Sería porque estaba solo?

—¿Carla está ahí?

—No.

¡Así que podíamos hablar! Con libertad. Un conato de esperanza me atenazó la garganta. Ed quería que volviera con él. ¡Claro que quería! Teníamos un hijo. Un hijo que no era como la mayoría de los niños. Tal vez ahora, a la luz del día, había entrado en razón y se había dado cuenta de que debíamos seguir juntos por el bien de Tom.

Sólo cuando ya estaba en la puerta recordé que no tenía mis llaves, así que tuve que llamar al timbre, sintiéndome como una extraña en mi propia casa. Ed me recibió con un vaso de whisky en la mano. No eran ni siquiera las diez.

Yo me lancé directa.

—Mira, me siento herida. Pero estoy dispuesta a perdonarte por el bien de Tom. ¿No podríamos volver a empezar? —Y todavía, con cierta desesperación, añadí—: Ya lo hemos hecho otras veces.

Ed me dio unas palmaditas en la mano, como si yo fuese una niña.

—Vamos, Lily. Es comprensible que estés asustada. —Tenía un brillo en los ojos mientras me hablaba.

Él sí que parecía un niño: un crío al que han pillado con las manos en la masa, pero al que no parece importar. Estaba bajo los efectos de un subidón, sin duda exacerbado por la bebida. Ya lo había visto así muchas veces durante nuestro matrimonio, y sabía que ese estado no tardaría en dar paso al abatimiento.

¿No es evidente? Yo lo conozco mucho mejor que Carla. ¿Cómo va a

arreglárselas ella?

—Eres joven y puedes empezar de nuevo, Lily. Ganas mucho más que yo...

—¿Cómo puedes hablar ahora de dinero? —Me levanté y entré en la cocina, donde estaba uno de sus cuadros.

Una pintura del hotel italiano donde habíamos pasado la luna de miel. Él me había ayudado tiempo atrás a hacer una copia de ese cuadro y me había enseñado cómo debían mezclarse los colores para conseguir esa sutil combinación en la que el azul se fundía con el verde. Aún recuerdo el contacto excitante de su brazo guiando el mío. «No está mal», había dicho, admirando el resultado de mis esfuerzos. Y para demostrar su buena voluntad, lo había colgado en la pared. Al lado del suyo.

—Hemos de hablar de las cuestiones prácticas —prosiguió—. Mi idea es que yo me quede la casa y te compre tu parte.

—¿Cómo?

Ed era siempre un desastre para los asuntos financieros.

—Estoy a punto de hacer una exposición, ¿recuerdas? Tú podrías buscar otra casa en Londres, y luego nos turnaremos para ir a Devon los fines de semana a ver a Tom...

—Ya lo tienes todo pensado, ¿no? —le dije horrorizada—. Tú y esa zorra italiana.

Su rostro se ensombreció.

—No la llares así. Tú no me has demostrado ningún afecto durante muchos años. Lo único que te importa es tu trabajo.

Eso no era justo. Es verdad que yo llegaba exhausta del trabajo por la noche, pero ¿no le pasa a todo el mundo? Y cuando me insinuaba los domingos por la mañana, Ed siempre se daba la vuelta, diciendo que le dolía la espalda o que íbamos a despertar a Carla, que estaba al otro lado de la pared. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida?

Una vez más, me vinieron recuerdos de Carla, de pequeña. De la cría que me pidió que mintiese acerca de su plumier nuevo. De la niña cuya madre estaba en realidad con «Larry», y no en el trabajo.

De tal palo, tal astilla.

—Pero ¿qué haces?! —gritó Ed.

Yo apenas me reconocía. Después, recordé vagamente que me había lanzado sobre la pared de la cocina, sobre aquellos dos cuadros del hotel de nuestra luna de miel. Cogí el suyo, lo tiré al suelo y lo pisoteé. Luego, apartando a Ed de un empujón, salí disparada de la casa y caminé llorando por la calle.

Al día siguiente recibí una carta —entregada a mano en el trabajo— que daba comienzo al proceso de divorcio basándose en mi «conducta irracional».

Pero hay algo más. Algo que sólo ahora me permito pensar. Si debo ser sincera, Ed y yo estábamos mal desde hacía mucho. Pero yo no podía dejarle a causa de Tom. ¿Es posible que, de forma involuntaria, haya hecho caso omiso de los signos de afecto entre Carla y mi marido? ¿Incluso que, inconscientemente, deseara que ocurriera algo entre ellos para poder poner fin a mi matrimonio con una justificación?

Quizá lo «irracional» no era tan irracional, después de todo.

Carla

Desde hacía ya varios meses, Carla y Ed iban a Devon cada dos fines de semana para ver a Tom. Al principio, ella se había sentido muy nerviosa. ¿Y si el chico se negaba a dirigirle la palabra? Carla abrigaba por él un afecto sincero: la comprensión que se da entre dos personas que nunca han encajado en ninguna parte. Pero cuando Ed había ido a recogerlo a la casa (decidieron que era mejor que ella esperase en el coche), Tom había salido disparado, con sus piernas desgarradas y la boca bien abierta, para correr a su encuentro. «¡Carla! —había gritado—. ¡Has venido!»

Ella prefirió no pensar siquiera en Lily, que debía de estar esperando dentro. Una madre obligada a entregar a su hijo a otra mujer durante todo el día. Se lo merecía, pensó. Lily había descuidado a Tom para poder seguir con su carrera. Y también había descuidado a su marido. Estos pensamientos eran el único medio que tenía de enfrentarse a esa vocecita insistente que resonaba en su cabeza: una voz que había tomado cuerpo en la carta de su madre.

«Espero que sepas lo que estás haciendo, cariño —le había escrito mamá—. Ahora, si miro atrás, lamento el dolor que causé a la esposa de Larry. Ve con mucho cuidado.»

Y, entonces, un domingo por la mañana, mientras ella y Ed estaban en la cama, deslizaron una nota por debajo de la puerta. Por suerte, ella la vio antes.

LO VAS A PAGAR CARO

Nada más.

Obviamente, se refería al hecho de haber roto el matrimonio de Ed y Lily.

La nota estaba escrita con unas mayúsculas enmarañadas. ¿Quién la habría enviado? ¿Lily? No, Carla sabía que ése no era su estilo. ¿Alguien del trabajo, entonces? Aunque ahora todos eran más simpáticos con ella, todavía quedaban algunos que hablaban con afecto de su predecesora. Comentaban que había abierto su propio despacho (con horarios flexibles, al parecer) y que se concentraba en casos de padres de niños con necesidades especiales. Decían que se merecía que las cosas le fuesen bien. (Esto último lo había comentado la antigua secretaria de Lily, lanzándole una mirada a Carla.)

¿Podía ser que la nota la hubiera enviado alguno de ellos? La leyó una vez más:

LO VAS A PAGAR CARO

En parte deseaba enseñársela a Ed para que él disipara sus temores. Para que le dijera que no debía inquietarse. Pero... ¿y si servía para remover su conciencia?, ¿para que se sintiera más culpable de lo que se sentía? A veces lo sorprendía mirando con expresión melancólica fotos de Tom. Y siempre estaba de mal humor después de los fines de semana en Devon. ¿Se arrepentía de haber abandonado a su hijo por ella? ¿Sería posible que la dejara para volver con Lily?

¡Qué humillación! Podía acabar igual que mamá.

Así pues, en lugar de hablarle a Ed de la nota, la rompió en pedazos. Y para asegurarse de que no pudiera encontrarla tal como había encontrado la nota de Rupert, salió para tirar los trocitos de papel en el cubo de la basura de la calle.

Durante las siguientes semanas, estuvo nerviosa. Echaba vistazos a su espalda cuando iba a la oficina, le clavaba la mirada a la secretaria con toda intención. Pero no ocurrió nada.

En casa, Ed estaba tan chiflado por ella que se volvía pegajoso y controlador.

—¿Dónde has estado? —le preguntó una noche, cuando llegó tarde porque se había entretenido redactando un contrato urgente de compraventa.

—Te he llamado, pero no respondías.

—Tenía apagado el teléfono para poder concentrarme.

Más tarde, cuando ella salió de la ducha, lo sorprendió guardándole el móvil precipitadamente en el bolso, como si lo hubiera estado revisando.

—Yo no te oculto nada —le dijo enfadada Carla.

—Por supuesto, cariño. —Ed la rodeó con el brazo—. Es que me ha parecido que sonaba. Mira, tienes un mensaje de texto. —Puso los ojos en blanco—. Otra vez del trabajo.

Su sensación asfixiante fue en aumento.

Poco después, un cliente importante de Ed anuló el encargo del retrato de su mujer.

—Al parecer, ella no ve con buenos ojos toda la publicidad en torno a nosotros —le comentó, encogiéndose de hombros—. Da igual. Ya saldrán otros encargos. Lo importante es que te tengo a ti. ¿Sabes?, nunca tuve la sensación de tener a Lily. Ella siempre estaba pensando en Daniel, en Tom, o en su carrera.

Entretanto, las botellas de vino desaparecían de la bodega a un ritmo alarmante.

—Me las he llevado a la galería —le dijo Ed cuando lo interrogó.

Esa misma semana, sin embargo, ella encontró las botellas en el fondo del cubo de reciclaje del patio trasero.

Carla, todavía eufórica porque había asesorado a un abogado litigante en un caso complejo y parecían tenerlo prácticamente ganado, empezaba a sentir una cierta frustración. ¿Era así como se había sentido su predecesora?

Un domingo, mientras él estaba fuera dibujando (otra vez), se puso a limpiar a fondo, en parte para erradicar los restos de la presencia de Lily en la casa. El estudio de Ed era un espacio sacrosanto: nadie podía entrar allí. Al atisbar en su interior, vio que reinaba un gran desbarajuste. La mesa rebosaba de papeles. En las esquinas había telarañas. Por todas partes se veían tazas

sucias. Un poquito de limpieza no iría mal.

Debajo de los bocetos a medio terminar, encontró un montón de cartas sin abrir.

Algunas tenían un sello de «Urgente», así que decidió abrirlas.

Se quedó tan consternada que se desplomó en la silla. Ed tenía una deuda de miles de libras en la tarjeta de crédito. Llevaba dos meses sin pagar la hipoteca. En una de las cartas le concedían tres meses de plazo, «de acuerdo con su solicitud».

Pero después habría que pagar.

—Todo se arreglará —replicó Ed cuando ella lo encaró nada más verlo entrar por la puerta—. Es tan sólo una cuestión de liquidez. La nueva exposición es inminente. Mi agente está muy optimista. Sacaré más que suficiente para mantenernos.

Luego la miró con aire decepcionado, como si fuese ella la que estuviera en falta.

—No vuelvas a entrar en mi estudio, por favor. Y no es que tenga nada que ocultar.

Al día siguiente, ella vio que las cartas habían desaparecido.

La inauguración de la exposición casi hizo que se olvidara de las dudas que le estaban entrando. ¡Era tan excitante que la fotografiaran del brazo de Ed! Él estaba guapísimo con esmoquin.

—¿Debo presentarla como la «acompañante» del señor Macdonald? —le preguntó uno de los periodistas.

Ed, que no se apartaba de su lado, se apresuró a intervenir.

—Mejor ponga «prometida».

Carla se sobresaltó. ¡Nunca habían hablado de matrimonio! Y, sin embargo, él actuaba como si ya estuviera todo decidido.

—¿Por qué has dicho eso? —le preguntó mientras volvían caminando a casa.

Ed le apretó la mano con más fuerza.

—Creía que te gustaría.

—Y así es.

Pero, por dentro, no estaba tan segura. Carla recordó la primera vez que él le había hecho el amor. Entonces le había encantado esa actitud impulsiva. Ahora, en cambio, tenía la sensación de que la trataba como a una niña: la niña de aquella época en la que se habían conocido. Él tomaba todas las decisiones. Decisiones de gran trascendencia sobre las cuales ella también tenía derecho a opinar. ¿Realmente deseaba casarse? Ahora ya no le parecía tan importante, la verdad.

La noche siguiente, Ed la llamó a la oficina, donde se había quedado trabajando hasta muy tarde.

—¿Has visto The Telegraph? —preguntó secamente.

Carla sintió una oleada de temor.

—No.

—Pues ve a mirarlo.

Había un ejemplar en la sala de espera. Carla pasó a toda prisa las páginas hasta llegar a la sección «Arte». Santo Dios.

LA NUEVA EXPOSICIÓN DECEPCIONA

A LOS AMANTES DEL ARTE

El pintor Edward Macdonald no consigue estar a la altura de las expectativas...

—Disculpe —le dijo a uno de los socios—, pero he de irme.

Él arqueó las cejas.

—¿Ya ha terminado el informe?

—No del todo. Pero se trata de una emergencia.

—Pues habrá otra si no lo tiene listo mañana a primera hora.

—Lo tendré.

Cuando llegó a casa, Ed estaba desplomado en el sofá.

—Todo se arreglará —le dijo Carla, agachándose para darle un beso en la frente.

—¿De veras? Tendremos que vender la galería. Ya no puedo seguir manteniéndola por más tiempo.

Ella nunca había visto llorar a un hombre.

—Ya verás...

Él abrió los brazos y la atrajo hacia sí. Le apestaba el aliento a whisky y tenía la boca húmeda.

—No, Ed. Espera. Así no. No es seguro.

Pero él la tumbó en el sofá y siguió besándola, y resultaba más fácil dejarle hacer que protestar.

A la semana siguiente, Carla recibió una carta de su madre.

Cara mia:

¡No vas a creértelo! Larry me ha dejado un poco de dinero. Acabo de enterarme. La viuda presentó una reclamación, pero el juez dictaminó que debo recibirlo. Mi Larry cambió el testamento al final, según parece. Lo cual demuestra lo bueno que era, ¿no crees?

Así que su visita había servido para algo, después de todo.

No obstante, Carla sintió un repentino desánimo. Sí, su madre gozaría de una seguridad económica, a juzgar por la cantidad que mencionaba. No era de extrañar que la viuda hubiera impugnado el testamento. Pero ¿cómo quedaban las cosas ahora para ella? ¿Se había puesto a sí misma en esta horrible situación con Ed para nada?

Quizá ya iba siendo hora de buscar una salida.

Febrero de 2015

—¡Ya llega! ¡Ya llega!

Tom deambula de un lado para otro, dándose palmadas en las rodillas como si tocara un tambor. Otro hábito provocado por su dolencia. Ese tipo de movimientos, según los expertos, contribuyen a calmar a la persona afectada. Aunque puedan sacar de quicio a los demás.

—Ahí está su coche, mamá. ¡Ahí está!

Ross siempre le produce el mismo efecto. Si algo hicimos bien, me digo, fue escoger como padrino al viejo amigo de Ed.

Ross, para mi satisfacción, se quedó consternado cuando Ed me dejó por Carla y reclamó la casa. «En cuanto al alegato de “conducta irracional”, es absurdo», me dijo cuando fui a verle al día siguiente de la ruptura, con la cara descompuesta y un llanto casi irrefrenable.

Yo me encogí de hombros y observé extrañada su casa. La puerta de la lavadora no estaba en su sitio, sino apoyada sobre la encimera de la cocina, como esperando a que llegara un técnico para arreglarla. En el fregadero se apilaban los platos de varios días, y junto al cubo de la basura había un montón de periódicos viejos. Al lado, vi una botella mediada de Jack Daniel's. Y, no obstante, el propio Ross estaba impecablemente arreglado,

con un traje elegante y una preciosa corbata. Se me ocurrió entonces, como pienso a menudo, que nunca llegamos a conocer a una persona. Especialmente, a nosotros mismos. Cada ser humano es una gran suma de contradicciones.

—¿Qué argumentos aduce para hablar de «conducta irracional»? —me preguntó Ross.

—Que trabajo siempre hasta tarde. Que no hago vacaciones. Ese tipo de cosas. —Solté una risa seca—. Cualquier cosa puede significar «conducta irracional» hoy en día. Tuve una cliente que consiguió el divorcio porque el marido arrancó todo su huerto sin pedirle permiso primero.

Mis dedos se aferraron al borde de su escritorio de color crema. Imagínate, me dije para mis adentros, que el abogado de Ed supiera la verdad... No, no debía pensarlo siquiera.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Ross, acercándose aún más.

Por un instante, creí que iba a darme un achuchón. Hasta entonces, nunca habíamos pasado de los besos de saludo en la mejilla. Me resultó extraño, así que me aparté un poco.

—No lo sé. —Sólo podía pensar en el dibujo geométrico de las baldosas de terracota. Desde la noche anterior, ese tipo de detalles acaparaban toda mi atención. Quizá era un recurso de la mente para afrontar el golpe.

—Tengo una idea. —Ross fue hacia la ventana y contempló la calle.

Su piso estaba en Holloway; no tenía una vista tan bonita como nuestra casa de Notting Hill. (Aunque pronto dejaría de ser «nuestra» y pasaría a ser «suya».)

—Vete de Londres. Empieza de cero. Abre tu propio despacho en Devon; así Tom te tendrá más cerca. Me parece recordar que tú y Ed habíais considerado la idea.

Hice una mueca al oír el nombre de mi marido.

—Es una decisión arriesgada. ¿Y si mis clientes no siguen recurriendo a mí?

La expresión de Ross reflejaba que admitía esa posibilidad.

—Supón que propones a tus socios abrir una filial en el suroeste del país. En ese caso, quizá verían con buenos ojos que asumieras algunos de los casos

del bufete.

Yo dudé. ¿Dejar Londres? ¿Regresar al sitio en el que me había jurado que no volvería a vivir después de lo de Daniel? Y, sin embargo, la idea tenía sentido. Serviría para poner tierra de por medio entre esa mujer y yo. Y lo que era más importante, para quitarles presión a mis padres. Tom podía estar en el colegio durante la semana. Pero yo no podía esperar que siguieran encargándose eternamente de los fines de semana.

Así que eso fue lo que sucedió. Incluso ahora, mientras lavo los cubiertos especiales de Tom y vuelvo a colocarlos sobre la mesa bajo su atenta mirada, me asombra cómo conseguimos arreglárnoslas durante aquellas primeras semanas. El bufete se había mostrado muy comprensivo; tal como había predicho Ross, aceptaron de buen grado la idea de abrir una delegación en el suroeste. También ayudó mucho que mis padres vivieran aquí. Ellos estaban encantados de acogerme en su casa. Aunque resultaba un poco raro volver a mi antigua habitación, donde todavía tenía guardadas en un cajón las viejas condecoraciones de color granate y azul del Pony Club. «Sólo hasta que encuentre otro sitio», dije.

Y, sin embargo, una vez instalada, me resultó más fácil quedarme bajo el cobijo de mis padres. Me sentía más protegida. Y confiaba en que ahora Joe Thomas me dejaría en paz.

Nadie, me decía, debía saber la verdad.

La aldaba de la puerta me saca de mis ensoñaciones cuando estoy removiendo la sopa. Sopa de calabaza. Un plato balsámico, reconfortante. Devon, en los meses de invierno, es mucho más frío y oscuro que Londres, pero me voy acostumbrando. Hay algo tranquilizador en la firme regularidad con que las mareas suben y bajan como un viejo reloj de péndulo.

Siempre me ha gustado el mar. A Tom también le encanta. Cuando está en casa durante los fines de semana, pasamos horas caminando de una punta a otra de la playa, buscando madera de deriva. Mamá, además, le ha comprado un perro. Un pequeño schnauzer. Esos que parecen un viejo con barba. Tom se pasa todo el día hablándole a Sammy. Tal como Daniel hacía con Merlin.

A veces, me sorprendo haciendo lo mismo.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí! —grita Tom, ahora bailando de aquí para allá.

Nunca arma tanto alboroto por las visitas de su padre, me digo mientras cruzo el pasillo. Yo, por mi parte, procuro desaparecer cuando Ed viene a buscarlo en sus fines de semana. Desde la sentencia provisional de divorcio, nuestros «encuentros» se limitan a un gesto rápido de saludo en la puerta antes de que Ed se lleve a Tom para pasar el día.

No me imagino cómo deben de ser esas salidas. Si ya es bastante raro para un padre divorciado entretener a sus hijos fuera del entorno habitual, con un niño como Tom tiene que ser aún más complicado. ¿Y cómo le van las cosas a Carla? Me gustaría saberlo. Espero que no muy bien. A pesar del cotilleo sobre un compromiso formal que publicó un tabloide y que uno de los socios me enseñó con evidente incomodidad, no se ha producido hasta ahora un anuncio de la fecha de la boda.

Eso en el fondo me alivia, aunque también me irrito conmigo misma por reaccionar así. Quiere decir, sin duda, que Ed no está seguro. Carla, estoy convencida, se lanzaría de cabeza ante la perspectiva de ponerse una alianza de oro en el dedo.

—Olvídale —me está diciendo siempre Ross—. Tú eres mucho mejor que él.

Ya sé que sólo pretende ser amable. Pero se lo agradezco. Ross se ha convertido en una persona importante en nuestras vidas. A Tom le encantan sus visitas; entre otras cosas, porque suele aparecer con tal cantidad de regalos que cualquiera diría que estamos en Navidad. A mis padres también les cae muy bien. «No comprendo por qué no se ha casado ese hombre», dice siempre mamá.

—¡Hola! —Ross sonrío en el umbral, cargado de flores y paquetes—. ¿Cómo están mis amigos favoritos?

Tom frunce el ceño.

—¿Cómo puedes decir «favorito» en plural? Si una persona te gusta más que nadie, debe ser en singular. No puedes tener más de un favorito, porque entonces ya no son favoritos, ¿no?

Este tipo de preguntas pedantes y con cierta lógica ya me tienen más que

cansada, por inteligentes que sean. Pero Ross se limita a sonreír. Se dispone a alborotarle el pelo, como haría un padrino con su ahijado, pero se detiene a tiempo, recordando que Tom no soporta que le toquen la cabeza.

—Buena argumentación.

Mamá aparece sonriente a mi espalda. Se ha quitado el delantal y me mira ceñuda, indicándome que yo debería haber hecho lo mismo.

—Adelante. Debes de estar hambriento después del trayecto en coche. La cena casi está lista.

Ross le lanza un guiño a Tom.

—No se lo digas a nadie, pero he parado por el camino para comerme una hamburguesa. Aunque todavía tengo hambre.

Tom se echa a reír. Esta conversación es un ritual; la repiten cada vez. Y no sólo ejerce un efecto calmante en mi hijo, sino también en mí. E incluso en mis padres. Contribuye a crear un ambiente de normalidad en una casa que raramente suele disfrutar de ese clima cuando estamos nosotros tres solos, desviviéndonos para salvar a Tom de sí mismo y para evitar que lo que le sucedió a Daniel pueda sucederle a él. Ése es el callado temor, la angustia que nos abruma a todos.

Nadie que no tenga un hijo así puede comprenderlo. En una ocasión, cuando Tom era más pequeño, estuve hablando de esto con una mujer en la cola del supermercado. Su hijo —un niño de unos diez años, cuyos miembros desgarrados volaban en todas las direcciones— iba en silla de ruedas. La gente les cedió el paso. Aguardó con comprensión cuando el niño se puso a derribar las latas que pasaban por la cinta transportadora.

Aunque yo no desearía que Tom estuviera en una silla de ruedas, no puedo evitar pensar que al menos entonces la gente sería comprensiva. Cuando mi hijo se comporta mal en público (pisotear una copa de vino en una pizzería para ver cuántos fragmentos consigue «sacar» es un ejemplo reciente), a mí me dirigen miradas que vienen a decir: «¿Por qué no controla a ese adolescente?»; e incluso: «Este chaval debería estar encerrado». Lo cual hace que me hierva la sangre.

Mis investigaciones sobre el tema me advierten que cuando los niños con Asperger son mayores y menos «monos», sus berrinches y su difícil conducta

pueden predisponer a los demás contra ellos. El otro día salió en el periódico la historia del dueño de un café que echó violentamente del local a un adolescente con trastorno autista, porque había montado un alboroto cuando le habían servido el café con un poco de leche (y no un expreso). El chico se cayó sobre la acera y se rompió un brazo.

Yo mataría con mis propias manos a cualquiera que le hiciera daño a mi hijo.

Después de la cena, Ross y yo salimos de paseo con el perro. Otro ritual. A veces, Tom me ruega que le deje venir, pero a mí me da miedo. Las rocas del final de la playa son muy altas y, cuando mi hijo se adelanta, cuesta ver a la luz de la luna si no estará trepando por allí y corriendo el riesgo de caerse. Esta noche, para mi alivio, Tom dice que está cansado. Se duchará mañana por la mañana (detesta los baños), y si su toalla especial del Manchester United no está en su sitio, nos enteraremos todos. Poco a poco, me he ido habituando a estas «normas», que parecen estar grabadas en mármol.

Por difícil que sea Tom, sin embargo, me sorprende pensando que he recibido un don que no todo el mundo entendería. Quizá yo no tenga un hijo convencional. Pero Tom nunca resultará aburrido. Tiene una mente que se interroga sin descanso. Mira la vida de un modo distinto a los demás. «¿Sabías que una persona normal produce a lo largo de su vida la suficiente saliva como para llenar dos piscinas?», me dijo el otro día.

—¿Cómo te las vas arreglando? —me pregunta Ross mientras caminamos bajo el acantilado, mirando cómo parpadean en el horizonte las luces de los barcos. Podríamos estar en un mundo diferente: un mundo en el que lleváramos vidas normales.

—Bien, gracias. En el colegio, toquemos madera, parecen contentos con él. Y yo me estoy haciendo una clientela bastante decente. También he empezado a practicar spinning en el gimnasio para tener un espacio propio, como tú me sugeriste.

Él asiente.

—Estupendo.

Algo sucede. Lo presiento.

—¿Y tú? ¿Cómo va el trabajo?

—Bien. Aunque, para ser sincero, me da la sensación de que tiene que haber algo más en la vida.

—Entiendo lo que dices.

Seguimos caminando. Dejamos atrás un montón de tumbonas apiladas para el día siguiente; también a una pareja que pasea del brazo y nos dirige un gesto de saludo. Creen que somos otra pareja, me digo. Lo cual me hace sentir como una impostora; y me impulsa a dejarle claro a Ross que puede relajarse, que no tengo ninguna expectativa en ese sentido.

—Te agradezco de verdad el interés que demuestras por Tom —empiezo.

—No es sólo Tom el que me importa.

Contengo el aliento.

—Me preocupas tú, Lily.

Me coge del brazo. Noto una sensación cálida en la base de la espalda. A veces me digo que ya he aprendido a vivir sin Ed. A veces me parece como si todo lo relativo a él perteneciera a otra vida. Otras veces, en cambio, me parece como si hubiera sido ayer. En esos días, quisiera tenerlo aquí. A mi lado.

—No tienes por qué —digo—. Estoy bien. He pasado página.

Eso es una mentira tan evidente que ni siquiera el mar parece tragársela. Mientras se estrella con furia contra las rocas, le oigo susurrar: «fal-sa, fal-sa».

—Tengo que contarte una cosa —me dice Ross.

Mientras habla, se alza un penacho de espuma. Echamos a correr —él me arrastra—, pero nos pilla igualmente. Y yo no soy de las mujeres que tienen buen aspecto con el pelo mojado.

Ross me toma la mano y me la acaricia como haría un padre para calmar a un niño.

—Ed y Carla han fijado la fecha de la boda.

¿Ha dicho eso de verdad? ¿O ha sido otra vez el mar? «Shhh, shhh», está diciendo ahora. Como susurrando una nana.

—¿Perdona?

Ross baja la cabeza para mirarme. Qué idiota soy. Su expresión es compasiva, no cautivada.

—Ed va a casarse. Con Carla.

Ed. Carla. Una boda. No ya un simple compromiso que puede romperse.

Así que ella lo ha conseguido. Tal como consigue todo lo que siempre ha deseado.

—Y eso no es todo.

Empiezo a temblar de frío, de la humedad, de expectación.

—Está embarazada, Lily. Carla espera un bebé.

En un extraño sentido, la noticia de Ross es un alivio. Como lo fue encontrarlos a los dos frente a aquel hotel. La conmoción del momento aún resuena dentro de mí. Pero al menos aquello constituía una prueba inequívoca de que no eran imaginaciones mías lo que había detectado en el comportamiento de Ed.

Y ahora la confirmación de que ya hay fecha definitiva para la boda — pronto lo anunciarán a bombo y platillo las páginas de cotilleo— viene a aclarar de una vez las cosas. Me muestra que no hay ninguna posibilidad de que Ed y yo nos reconciliemos, aunque yo lo deseara. Y no lo deseo.

Ésa es otra de las cosas extrañas cuando concluye un largo matrimonio, al menos para mí. Por mala que haya sido la experiencia, siempre habrá habido partes buenas. Y son éstas las que tiendo a recordar. Prefiero no preguntarme por qué. No me dedico a recordar las peleas que teníamos cuando Ed estaba borracho o malhumorado. Ni tampoco la rabia que le daba que yo ganara mucho más. Ni los berrinches que le entraban cuando llegaba tarde del trabajo.

No. Pienso en los momentos entre esos episodios, cuando nos tumbábamos en el sofá para ver nuestra serie favorita; o cuando dábamos largos paseos junto al mar con nuestro hijito pequeño, parando para señalarnos una concha especial o un cangrejo que se escabullía bajo una roca.

Lo que realmente me parte el corazón es que Ed ahora vaya a hacer estas cosas con ella. Recuerdo haber leído una vez un artículo sobre una mujer cuyo marido se había casado con otra. Me llamaron la atención dos cosas. Primero, que ella era incapaz de pronunciar el nombre de la otra y se limitaba

a decir «ella». «Es que el nombre se me atraganta —explicaba—. Hace que parezca demasiado real.»

Eso lo veo claro.

Lo segundo era que esa mujer no alcanzaba a comprender cómo podía existir otra que llevara su mismo apellido y compartiera los mismos hábitos de vida con el mismo hombre al que ella había conocido de un modo tan íntimo en su momento.

Y así es justo como me siento. Hay algo muy extraño en el hecho de que tu marido tenga otra esposa. Carla pronto se convertirá en Carla Macdonald. Ambas seremos señoras Macdonald. Ella será la esposa de mi marido porque, aunque técnicamente Ed ya no sea mi marido, nunca se puede borrar del todo un matrimonio. Un pedazo de papel no es una goma o un frasco de t pex. Puede invalidar el aspecto legal del «contrato» entre las dos partes, como diría un abogado; pero no puede suprimir los recuerdos, las costumbres, los patrones de conducta que surgen entre una pareja, más allá de lo buena o mala que sea su relación.

Duele. S , duele saber que ellos también van a construir sus propias tradiciones, sus propios patrones íntimos. Por lo que yo s , ella enlaza sus piernas con las de Ed cuando ven esa nueva serie de la que todo el mundo habla. Ahora dan largos paseos por la playa con mi hijo, mientras yo me escondo en casa diciéndome que es bueno que Tom vea a su «papá». La idea de que otra mujer haga el papel de «mamá» me revuelve las entrañas hasta lo más hondo. Tom, en su ingenuidad, es perfectamente capaz de transferir su afecto. Después de una de las últimas visitas que le hicieron los dos, no paraba de hablar del pelo de ella. « Por qué tú no lo tienes tan reluciente como Carla? —me pregunt —.  Por qué no tiene todo el mundo el pelo como ella?  De qué se compone el pelo?»

La primera pregunta se ramific  en otras mil, como siempre. Pero yo seguía impactada por la primera. No quiero pensar en el pelo de Carla ni en nada que tenga que ver con ella.

Esto, sin embargo..., esto duele más que cualquier otra cosa. Un hijo de ambos. Un hijo que será «normal», sin duda. Un hijo que no precisar  una vigilancia de veinticuatro horas para que no se haga daño, o algo peor. Un

hijo que no ejercerá la misma espantosa presión en su matrimonio.

No es justo.

Tras la revelación de Ross, empiezo a sentir la ira que debería haber sentido —según todos los manuales de autoayuda— hace bastante tiempo. Ed es el que se portó mal. Y, sin embargo, ha salido airoso. Ha encontrado a otra persona. Tiene la oportunidad de ver los momentos buenos de Tom, que siempre queda sobreexcitado después de sus visitas, lo cual implica con frecuencia que debo cambiarle las sábanas a la mañana siguiente. (Una novedad. Según mis investigaciones, es un síntoma común entre los niños con Asperger, aunque suele desaparecer durante la adolescencia. Esperemos que sea así.)

Ed tampoco tiene ninguno de los problemas que siguen acosándome a mí.
Como Joe Thomas.

Durante un tiempo, cuando me trasladé a Devon, estuve sobre ascuas por si él volvía a ponerse en contacto conmigo. Incluso puse sobre aviso a mamá, diciéndole que había un antiguo cliente que me había estado acosando y que había que impedirle a toda costa la entrada si llegaba a presentarse.

Como es de suponer, ella se preocupó. «Pero ¿por qué no puedes decírselo a la policía? —me preguntó angustiada—. Seguro que ellos podrían hacer algo.»

Estuve a punto de confesárselo todo. Pero no habría sido justo. Bastante tenían mis padres ya con la inesperada aparición de su hija. «Sí, sería lo lógico, ¿no? —respondí—. Pero en realidad no pueden hacer gran cosa.»

Eso era verdad. Tuve una vez una clienta cuyo exnovio la acosaba. La única manera de conseguir una orden judicial fue encargarse de lo siguiera un detective privado y demostrar que el tipo estaba haciendo lo mismo con otras mujeres. E incluso así sólo recibió una amonestación. Las leyes, a veces, avalan decisiones incomprensibles.

Franco es un alivio que Joe no haya tratado de localizarnos aquí. El recuerdo del pobre Merlin todavía me revuelve el estómago y me provoca escalofríos. Si Joe fue capaz de organizar aquello, ¿de qué más podría ser

capaz?

Entretanto, procuro desterrar mis temores trabajando. Trabajo, trabajo y trabajo. Sólo así logro un poco de paz y me puedo aislar del bombazo del compromiso de Ed y de las tensiones de la convivencia con Tom.

Cuando llegué, me inquietaba no conseguir los clientes suficientes y que mis socios decidieran, pasado un tiempo, que no salía a cuenta financiar una sucursal. Pero a las dos semanas vinieron a verme unos padres del colegio de Tom. Estaban convencidos de que la epilepsia de su hijo había sido provocada por las aguas fétidas de un antiguo pozo que se habían filtrado en el sistema de suministro. Y, según un especialista que yo conocía, semejante eventualidad no quedaba fuera de los límites de lo posible. El caso fue a juicio y obtuvimos una indemnización; no mucho, pero sí lo bastante para dejar sentado que las dolencias de algunos niños no son «cosas que pasan», sino que habrían podido evitarse.

Luego, otro padre del colegio me pidió que investigara lo sucedido con unas notas hospitalarias que habían desaparecido poco después del nacimiento de su hijo. Había sido un parto complicado, según me explicó. El niño tenía el cordón enrollado alrededor del cuello y el especialista no había estado disponible en ese momento. No encontramos las notas desaparecidas (sin duda las habían triturado hacía mucho), pero sí descubrimos que lo mismo había sucedido otras dos veces, siempre cuando ese especialista se hallaba de guardia. Lo cual dio lugar a una demanda colectiva, y al final tanto mi cliente como los otros padres obtuvieron una indemnización.

«Te estás creando una reputación, Lily —me escribió mi antiguo jefe, que ahora se ha jubilado. Pero seguimos en contacto por email—. Buen trabajo.»

«¿Cómo le va a Carla —me gustaría preguntar—. ¿Seguirá trabajando para el bufete cuando tenga el niño?» Pero no me atrevo a sacar el tema.

Y entonces, una mañana, mientras corro por el paseo marítimo antes del trabajo, oigo a alguien corriendo detrás de mí.

No es nada insólito, en realidad. Somos bastantes los que salimos a correr a las seis de la mañana, y nos conocemos todos. Incluso hay una madre ojerosa que corre con el cochecito.

Pero en esos pasos detecto instintivamente algo distinto. Van

acompañados con los míos. Bajan el ritmo cuando yo lo bajo. Aceleran cuando acelero.

—Lily —dice una voz a mi espalda. Una voz que conozco demasiado bien—. Para, Lily, por favor. No voy a hacerte daño.

Carla

Junio de 2015

Carla contempló su cuerpo en el agua espumosa de la bañera. El cuarto baño que se daba en los últimos cuatro días. No tenía otra cosa que hacer por la noche. Y, además, así podía cerrar la puerta y quedarse un rato sola.

Desde que había descubierto que estaba embarazada, Ed no le dejaba mover un dedo en casa. Ya bastante malo era, decía, que se empeñara en seguir yendo al trabajo. Debería dedicarse a reposar. Ya se las arreglarían de algún modo, pese a las exigencias del banco. Él la amaba. Cuidaría de ella.

A la antigua Carla le habría encantado toda esa atención. Pero la vida con Ed no era como ella se había imaginado. No era sólo su depresión por los cuadros no vendidos o por las cartas del banco. Ni siquiera la cuestión de la bebida. Ni el comportamiento de Tom en sus fines de semana: un comportamiento que alteraba a Ed y acababa afectándolos a ambos, especialmente cuando a ella se le ocurrió comentar que Tom mejoraría si se le «castigara» más a menudo. Ni tampoco era esa última nota amenazadora, que también había ocultado a Ed.

CUÍDATE LAS ESPALDAS

No. Era el anillo de casada lo que realmente la deprimía. Si no hubiera sido por el niño, Carla no habría accedido a casarse. La «atención» de Ed se había vuelto controladora en exceso. Pero ahora estaba atrapada por su embarazo. ¿Cómo iba a permitir que su hijo creciera sin un padre, igual que ella? Ningún hijo suyo sería «diferente». Bastaba con ver cómo había acabado ella por serlo.

Así que había habido boda. Una boda modesta, a petición suya. Ellos dos y un par de testigos de la calle. La ceremonia, según había exigido, debía celebrarse allí, en Reino Unido, en la oficina del registro. Si se hubiera celebrado en Italia, las matronas de lengua viperina seguro que habrían detectado el leve bulto que ya empezaba a asomar en su vientre.

«¡Qué anticuada!», había dicho Ed, dándole un beso en la cabeza, como si fuese una niña: aquella niña de la época en la que se habían conocido. A veces, Carla se preguntaba si Ed deseaba que fuera esa niña para poder controlarla del todo.

«A mí me parece encantador», le había comentado una de las chicas de la clase de prenatal cuando ella le había explicado que su marido no le dejaba hacer nada en casa. Lo que se abstuvo de explicar era que ni siquiera le permitía tirar las botellas vacías que se ventilaba. Ahora Ed bebía mucho más de lo que reconocía. Lo cual había originado una espectacular discusión en la fiesta de un crítico de arte, delante de todo el mundo. Después, claro, se había disculpado profusamente.

—Yo bebo por los dos —había bromeado, tapando la copa de Carla con la mano cuando ella se disponía a coger la botella—. Tú no debes beber. No me importa lo que dice el último informe sobre el tema. Esos supuestos expertos médicos cambian de opinión cada día. Mejor curarse en salud y evitar el alcohol durante el embarazo.

Luego le había acariciado el estómago.

—Tú llevas en las entrañas a mi hijo —dijo con veneración—. Y yo prometo cuidarte. Ya no queda mucho, cariño.

Faltaban sólo seis semanas, pero cada día parecía transcurrir muy despacio. ¡Qué incómoda se sentía! ¡Y qué pesada! No soportaba mirarse al espejo, aunque Ed le aseguraba —con olor a whisky en el aliento— que

estaba preciosa. Tampoco soportaba que le tocara la barriga con la mano para notar cómo se movía el bebé. Como si ella tuviera un monstruo dentro.

Mientras se enjabonaba los pechos (ahora los tenía enormes, y los pezones tan oscuros que apenas los reconocía), evocó la ocasión en la que se había tropezado con Rupert, poco después de la boda. «¿Cómo estás?», había preguntado él.

Estaban en los tribunales. Ella había ido para ayudar al abogado litigante. (Curiosamente, era el caso de un hombre que se había emborrachado en una fiesta del trabajo y había sido despedido por hacerle insinuaciones indecentes a su jefa. Rupert estaba en el equipo de la otra parte.)

A Carla le costó concentrarse durante la vista; no paraba de volverse hacia donde se hallaba sentado su antiguo amigo. Él también parecía mirarla todo el rato. Durante el descanso se buscaron el uno al otro en el pasillo.

—¿Cómo estás?

—Yo... —empezó Carla, y tuvo que detenerse. Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Me he casado con un alcohólico casi en la ruina. El padre del niño que estoy esperando.

Rupert abrió unos ojos como platos.

—Ya me enteré de que te habías casado con Ed —dijo en voz baja—. Lo demás no lo sabía. Creo que deberíamos tomarnos un café cuando termine el juicio.

Ella no pretendía hablar con tanta claridad, pero le salió todo a borbotones. Los tics controladores de Ed, que podían interpretarse sólo como un modo de cuidarla. La preocupación constante por el dinero. (Ante la insistencia del banco, la casa se iba a poner en venta finalmente, aunque hasta ahora no habían ido a verla muchos compradores.) La incómoda sensación de estar viviendo en el hogar de otra mujer.

—Al final, Lily se lo dejó casi todo, incluso la ropa. Es como si hubiera querido decirme que yo no podría reemplazarla.

Y después había llegado esa nota de forma inesperada, amenazándola por haberle hecho daño a Lily.

Rupert se quedó consternado.

—¿Qué te dijo la policía?

—No lo denuncié.

—¿Por qué no?

A ella se le volvieron a humedecer los ojos.

—Porque Ed se habría puesto como un loco y no me habría dejado seguir yendo a la oficina. Me habría tenido encerrada en casa como en una jaula, para que nadie me hiciera daño.

Rupert le cogió la mano.

—Es terrible, Carla. No puedes vivir así.

—Ya lo sé. —Ella bajó la vista al bulto ahora visible de su barriga—. Pero ¿qué puedo hacer?

—Muchas cosas. Podrías irte...

—No. —Lo cortó Carla—. No puedo largarme. No puedo hacer como mamá. No permitiré que este niño se críe sin un padre, como me pasó a mí.

Rupert entonces le soltó la mano. «¡No! —quería gritar ella—. ¡No!»

Luego buscó en el bolsillo interior de la chaqueta y le dio una tarjeta.

—Toma. Éste es mi móvil particular. Me lo he cambiado hace poco. Llámame cuando quieras. Yo siempre estaré dispuesto a ayudarte. A mi prometida le gustaría conocerte.

—¿Tu prometida?

Rupert se sonrojó.

—Katie y yo nos prometimos el mes pasado. Fue un poco repentino, pero somos muy felices.

Así que esa manera de cogerle las manos y de sonrojarse... Carla lo había entendido todo mal. Rupert estaba actuando sólo como un amigo. Nada más.

Eso había sucedido hacía muchas semanas. La tarjeta la tenía siempre a mano. Con frecuencia sentía la tentación de marcar el número. Pero en cada ocasión le venía una frase a la cabeza: «A mi prometida le gustaría conocerte».

Carla se estremeció. Ya se había cansado de robarles cosas a los demás. Esta situación intolerable era la cruz que le tocaba llevar por arrebatarse el marido a Lily.

—Carla... —Sonaron unos golpes insistentes en la puerta del baño—. ¿Cariño? ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —dijo ella. Abrió los grifos para no oír su respuesta y se sumergió completamente bajo el agua. Así podía pensar con claridad sin el sonido de la voz de Ed atronando al otro lado de la puerta.

49

Lily

Me detengo. Me agarro de la barandilla del paseo marítimo. Para intentar calmarme, contemplo el mar y las luces del barco que está amarrado ahí delante, balanceándose frente al cielo anaranjado del amanecer.

Luego me vuelvo.

Joe Thomas no parece un antiguo preso. Ahora se le ve mucho más mayor que la última vez, pero el cambio le sienta bien. Le confiere una cierta gravedad. Se ha dejado bigote, aunque el pelo lo sigue llevando corto.

Hay una cosa que no ha cambiado. Sus ojos. Esos ojos entre castaños y negros que ahora se concentran en mí.

—Tenemos que hablar.

Un escalofrío me recorre hasta los huesos.

—No tengo nada que hablar contigo.

Él tiende los brazos hacia mí. Por un instante, creo que quiere sujetarme y retrocedo un paso. Uno de los corredores tempraneros a los que acostumbro a saludar pasa por mi lado.

Joe aguarda unos segundos.

—Tengo que decirte una cosa. Por favor.

Está suplicando. Me dejo convencer, aunque sólo sea por un momento.

—Aquí no.

Cruzo la carretera, indecisa, y lo llevo hacia las mesas de un café con un

rótulo que dice: ABRIMOS A LAS NUEVE. Nos sentamos el uno frente al otro, a cierta distancia del paseo y de los corredores ocasionales.

—¿Qué? —digo secamente.

Sus ojos perforan los míos. Como si estuvieran tratando de absorberme y engullirme.

—No tienes que preocuparte por Carla.

Sus palabras me resultan tan inesperadas que necesito unos segundos para asimilarlas. Cuando lo consigo, me siento a la vez asustada y —debo reconocerlo— excitada.

—¿Qué quieres decir?

—Tu ex y Carla no durarán.

Tengo la boca seca.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

Acerca su silla a la mesa. Sin bajar la vista, noto que nuestras piernas están a punto de tocarse. Pasa un hombre con un perro, que se para a husmear una patata frita tirada en el suelo y luego sigue adelante. Para su dueño, debemos de ser un par de corredores que han parado para recobrar el aliento y admirar la vista. O quizá un par de turistas de uno de los hoteles de la zona, que han salido a dar un paseo antes del desayuno.

—Sé que no debe de ser fácil —dice Joe— que tu marido se haya casado con otra. Y que ahora vayan a tener un bebé.

—¿Y qué? Yo ya he pasado página.

Esos ojos me desenmascaran.

—¿Estás segura?

No. Claro que no estoy segura. Querría que Carla no hubiera existido. Querría que mi antiguo yo le hubiera contestado a su madre que lo sentía mucho, pero que no podíamos cuidar de la niña los fines de semana.

Pero yo no soy así. En el fondo, necesito ayudar a la gente. Aunque sólo sea para compensar por no haber sido capaz de ayudar a mi propio hermano. Por haberle fallado. Por haberme fallado a mí misma.

—¿Para eso has venido? —pregunto—. ¿Para ver cómo estoy?

—En parte. —La frente se le está cubriendo de gotas de sudor. Yo noto lo

mismo en mi espalda.

Aguardo como aguarda un ratón la acometida de un gato. Sabiendo lo que me espera.

—Quiero una prueba de paternidad, Lily. No te creí la última vez, cuando me dijiste que no era mío; y tampoco te creo ahora. Te he estado observando, igual que siempre te vengo observando a ti y a la gente que te rodea desde que salí en libertad.

Esto es absurdo. ¿Cómo? ¿Cuándo?

—¿Ésa es otra de tus mentiras? —le pregunto con aspereza.

Se echa a reír.

—Incluso me presenté ante Carla en el funeral de Tony.

—No te creo. Ella no asistió.

Otra risotada.

—No debiste de mirar bien.

Acerca otra vez la silla. Yo me echo atrás.

—Nunca ando muy lejos cuando tú recoges a Tom del colegio los viernes por la tarde. O cuando lo llevas a pasear por la playa con Ross. —Sus labios se tensan.

Se me sube el corazón a la garganta. No es posible que...

—¿Y se puede saber cómo nos has espiado sin que nos demos cuenta? —le suelto. El miedo me está llenando de rabia.

—¿Espionado? —Considera un momento la palabra—. Yo no soy James Bond, pero he pasado una temporada dentro, ¿verdad? Allí se aprenden cosas. Incluso pagué a uno de mis contactos para que te investigara cuando estaba pensando contratarte. Quería ver si estabas a la altura del trabajo.

Me viene un recuerdo de esa época. La sensación de que me seguían desde la parada del autobús cuando volvía a casa. Y la sorpresa que me llevé al ver que Joe estaba enterado de que acababa de casarme.

¿Podría ser cierto?

¿O son sólo los sueños de un ser fantasioso? Pero, entonces, ¿cómo se explica que sepa tanto de mí? De Tom. De Ross.

—Tom es igual que yo cuando era chico, Lily. —Su rostro se retuerce de dolor. Es una de las pocas veces que le veo expresar una emoción—. Le he

visto. Tiene las mismas reacciones. No le gusta que las cosas estén desordenadas. Estoy seguro de que es mío. Te he dado tiempo por la ruptura de tu matrimonio. Pero merezco saberlo. ¿No te parece?

Entendería su punto de vista si él no me diera tanto miedo. Si no fuera un asesino.

Un par de corredores pasan por el otro lado de la carretera, cogidos de la mano. Los veo todos los días. El señor y la señora Recién-Casados, los llamo para mis adentros.

Joe observa cómo los miro.

—¿Te sientes sola, Lily?

Este cambio de tercio me desconcierta. Quizá es ésa la intención. Se me empaña la vista. Claro que me siento sola. Es de lo más injusto que Ed, el culpable de la situación, haya encontrado la felicidad y que yo esté destinada a quedarme sola. ¿Quién va a querer hacerse cargo de un niño como Tom?

—No tienes por qué seguir sola, ¿sabes?

Joe me estrecha de repente las manos entre las suyas. Las tiene cálidas. Firmes.

—Yo siempre te he querido, Lily. A mi manera.

La descarnada soledad que siento allá hasta ensordecirme. Me gustaría decir que no sé lo que hago. Pero sí lo sé.

Me inclino hacia delante. Dejo que me atraiga hacia sí. Que pose sus labios en mi cuello. Su aliento en mi piel me provoca una oleada de ardor en la ingle.

Aparece un corredor a lo lejos, junto a la base de los botes salvavidas. Me echo hacia atrás. Joe abre los ojos de golpe. Me pongo de pie de un salto, horrorizada por lo que acabo de hacer. Y con la brusquedad del movimiento, se me cae una llave del bolsillo. Es una llave que siempre llevo encima, a pesar de que ya no la uso. La llave de la casa que compartía con Ed. Si te atacan, aprendí una vez en un curso de autodefensa, tienes que darle a tu agresor con algo puntiagudo en el ojo para ganar tiempo y poder echar a correr. Una llave siempre sirve, dijo el instructor; y si no, el dedo. Es un consejo que siempre me ha acompañado, tanto cuando estaba en Londres como cuando corro ahora por el paseo a primera hora de la mañana.

Joe se agacha para recoger la llave.

Es un asesino lo que tengo delante. Un hombre que debería haber sido condenado por matar a su novia. Y, sin embargo, su forma de recoger la llave entraña sin duda cierto sentido de la cortesía. Ése es el quid de la cuestión. Claro que Joe es malo. Pero también tiene aspectos no tan malos.

Yo quiero creer que soy buena. Pero —es imposible soslayarlo— también he hecho algo que está mal. Algo que no solamente me afecta a mí. Que también afecta a Ed. Y, lo que es más importante, a Tom.

Y mientras cruzo corriendo la carretera hacia el paseo, hacia el mar que ahora se desliza con suavidad sobre los guijarros de la playa, me permito evocar por fin lo que ocurrió aquella noche, después de la apelación.

*No importa el dolor que noto en el pecho y que me hace difícil respirar.
No es nada comparado con la angustia de la espera.
Mi cuerpo está tenso. Rígido de temor.
Ahora la oigo. Ya viene.*

Carla

Los dolores empezaron al día siguiente, cuando Carla estaba en la oficina revisando el correo. Afortunadamente, siempre había algo que hacer. Una carta, un contrato, una llamada, una reunión del consejo: cualquier cosa para olvidarse de la imagen de Ed esperándola en casa, con los ojos fijos en el reloj y la mano en la botella.

—Otra carta —anunció la antigua secretaria de Lily, asomando la cabeza por la puerta—. Acaban de entregarla en mano.

A Carla se le aceleró el corazón, aunque tampoco había motivo. Muchas cartas se entregaban en mano. Los envíos con mensajero no eran infrecuentes. Sin embargo, al coger el sobre vio que su nombre no estaba mecanografiado, sino escrito a mano con unas mayúsculas enmarañadas. Lo abrió.

TU HIJO Y TÚ LO PAGARÉIS

Carla sintió que el bebé daba otra patada, ahora mucho más fuerte.

—¿Quién ha traído esto? —se oyó decir, con voz estrangulada.

La secretaria ya había dejado claro otras veces que no sentía simpatía por la sucesora de Lily.

—Un motorista. No ha dicho de qué compañía venía —dijo. Y, con

muchos aspavientos, salió dejando la puerta abierta.

Al levantarse para cerrarla, Carla notó de golpe que le bajaba un hilo de agua entre las piernas.

¡Qué vergüenza! Se había meado encima. ¿A ese grado de deterioro había llegado su cuerpo? Guardando la carta en el bolso, recorrió el pasillo, donde se cruzó con uno de los socios, y entró apresuradamente en el baño de mujeres. Para su horror, la misma secretaria estaba allí lavándose las manos.

La mujer sofocó un grito.

—¿Has roto aguas?

Carla sabía, por supuesto, que si rompías aguas quería decir que había comenzado el parto. Pero la instructora de prenatal lo había descrito como un chorro, no como un hilo de líquido.

—A mí me pasó lo mismo con mi segundo hijo —dijo la mujer, adoptando de mala gana un tono amable—. Siéntate mientras llamo a la ambulancia.

Carla se sintió como si las paredes fueran a aprisionarla.

—Pero es demasiado pronto. Aún faltan seis semanas.

—Con más razón hay que llevarte al hospital. —La secretaria ya estaba con el móvil—. Una ambulancia, por favor. Es urgente. —Luego se volvió hacia ella—. ¿Llamo a Ed? Todavía tengo su número en la antigua agenda de Lily.

Lily... Ed... ¿Nunca iba a librarse de ellos? ¿Estaba destinada a vivir atrapada para siempre en ese matrimonio para tres?

—Perdona —murmuró poco después en la ambulancia mientras recorrían las calles a toda velocidad.

—No tienes por qué disculparte, cariño —dijo una voz a su lado—. Es nuestro trabajo.

«No es contigo con quien me disculpo —habría querido decir—. Es con el bebé que está llegando a este embrollo terrible que yo misma he creado. Vuelve atrás. Vuelve por donde has venido para ponerte a salvo.» Pero no podía hablar. Se le habían desatado unos extraños dolores en el vientre. Una oleada tras otra de dolor, cada una encadenándose con la siguiente casi sin intervalo.

—Tenemos que bajarle el ritmo —dijo otra voz, ahora de mujer.

El tono urgente pero sereno le recordó la ocasión en que la habían llevado al hospital cuando era niña. «Te podrías haber muerto», le había dicho el médico severamente, como si ella, y no su madre, fuera la culpable de no haber reaccionado con celeridad ante los síntomas. Ahora quizá se estaba muriendo. Y tal vez sería lo mejor. ¿Qué clase de vida tendría el bebé con unos padres que estaban peleándose antes de que naciera?

—Carla, ¿me oyes? —La primera voz planeaba sobre ella—. Vamos a ponerte una pequeña inyección para mantener dentro al bebé un poco más de tiempo. ¿De acuerdo?

Y entonces todo se volvió oscuro.

51

Lily

—Vamos a dar un paseo —me dijo Joe después de ganar la apelación, muchos años atrás. Unas palabras tan inocentes...

Empezamos a caminar por el parque Heath, disfrutando del aire fresco de la noche tras toda la tensión del juicio.

—¿Te acuerdas —dijo, siempre mirando al frente— de cuando nuestras manos se rozaron en la cárcel?

¿Cómo iba a olvidarlo? Él había actuado como si la iniciativa hubiera sido mía, y no al revés.

—Hay mucha gente —prosiguió, sin esperar respuesta— a la que no soporto tocar, ¿sabes? Me ha pasado siempre, desde niño.

Y entonces noté que su mano —recia y firme— tomaba la mía mientras nos internábamos en el parque oscuro, dejando atrás las luces del pub.

Por supuesto, debería haberla apartado. Tendría que haberme excusado y haber vuelto a casa en ese momento. Pero estaba en plena euforia por nuestra victoria. Y al mismo tiempo abatida a causa de Ed. Debía reconocerlo. Mi nuevo marido no estaba interesado en mí. Él habría encajado mucho mejor con Davina. Debería haberse casado con ella, no conmigo.

También había otra cosa. Hay muy pocas personas en este mundo a las que Joe soporto tocar. Era lo que me había dicho. Y yo indudablemente era una de ellas. Lo cual me halagaba. ¿Por qué no había de halagarme? Él era un

hombre al que yo consideraba injustamente encarcelado. Un hombre digno de compasión y también de admiración, entre otras cosas porque había decidido no exigir una indemnización económica. Nada de eso serviría, había declarado ante el tribunal, para devolverle a su «pobre» novia, Sarah Evans. Lo único que quería era justicia. Y recuperar su libertad.

—Estás llorando —murmuró Joe, y me sorprendí devolviéndole el apretón que me había dado con la mano.

Y fue entonces cuando se lo expliqué. Se lo conté todo sobre mi matrimonio. Bajé la guardia. Me gustaría decir que fue porque no suelo beber un gin-tonic doble con el estómago vacío. Me gustaría decir que fue por los efluvios del éxito, por haber ganado mi primer caso importante. Pero la verdad, sencillamente, es que Joe era una persona con la que podía hablar.

Según había descubierto, la cárcel puede ejercer sobre ti ese efecto. Crea lazos inesperados. El simple hecho de encontrarte en un lugar que intimida a la mayoría hace que te sientas de otra forma. Provoca emparejamientos insospechados. El defraudador y el violador con el que comparte celda. El profesor y el asesino. La abogada y su cliente.

Y también entraba en juego, claro, ese elemento sobre el que no puedes imponer normas ni leyes. Esa energía física que vibraba entre nosotros. Una electricidad que había sentido por primera vez en el cuarto de visitas, bajo aquel póster de «*ESPERANZA*». Algo que no debería existir entre preso y abogado. Sólo que Joe ya no era un preso. Ahora era un hombre libre.

Ambos éramos libres de hacer lo que se nos antojara.

No puedo decir siquiera que fuese una violación, aunque durante unos segundos intenté resistirme. Lo único que sé es que de repente me dejé llevar. Ni siquiera intenté convencerme de que era amor. Era algo mucho mejor. ¿Por qué? Porque el amor es demasiado frágil y puede romperse con facilidad. La lujuria es más fuerte. Y resulta gratificante de inmediato. ¿Acaso no me lo había enseñado de sobra mi propio pasado?

Mientras Joe me tumbaba con rudeza en el suelo y me desabotonaba la blusa, recordé hasta qué punto «lo prohibido» y «la lujuria» podían provocarte una descarga de un millón de voltios que no podía compararse con ninguna otra cosa. Una potente descarga capaz de fundirte y quemarte al

mismo tiempo. Hay algo tremendamente estimulante cuando alguien te da permiso para saltarte las normas: sobre todo cuando ese alguien eres tú. Al fin me sentía libre.

—Deprisa, viene alguien —dijo Joe, poco después de que termináramos. Me incorporé vacilante.

Sólo entonces, al ver la expresión indignada del tipo que andaba paseando al perro, sentí la vergüenza que debería haber sentido antes. La vergüenza que tal vez me habría salvado de esa situación si la hubiera sentido antes.

—Vete —ordené, abrochándome con dedos temblorosos los botones—. Vete y no vuelvas nunca más.

Eché a correr. Corrí a través del parque Heath, consciente de que debía de tener una pinta desastrosa. Crucé varias calles y me metí en el metro, apretujándome entre cuerpos sudorosos, sabiendo que olía a sexo. Me moría por llegar a casa y darme una buena ducha. Una larga ducha caliente para desprenderme de Joe Thomas.

—¡Hemos de celebrarlo! —dijo Ed cuando entré—. ¡Abre una botella! —Su rostro se tensó—. Luego podemos mantener esa charla que me vienes prometiendo.

La simple visión de la cara de mi marido me había llenado de tal sentimiento de culpa que insistí en ir a comprar aquella botella sólo para salir de allí.

Y entonces se produjo la discusión con Tony y Francesca en el corredor. Por eso fui tan dura con él. Por supuesto, me compadecía de la pobre esposa de Tony. Pero si lo fustigué tanto fue porque reconocí en su conducta mi propia flaqueza. Sentí por él el mismo desprecio que sentía por mí misma.

A la noche siguiente, cuando ya no pude postergar más la charla con Ed, me senté en el baño y traté de decidir si lo dejaba o no.

Si abría la revista en una página impar, me marcharía.

Si era par, me quedaría.

Setenta y tres.

Impar.

La página mostraba la fotografía de una familia feliz sentada en torno a la mesa. La foto y las letras bailaban ante mis ojos. Cenas de domingo. Una

vida normal. Esa vida que mis padres y yo deberíamos haber tenido. Esa vida que Ed y yo aún podíamos tener si dejábamos de mentir.

Tampoco tenía por qué quedarme el número que el azar me había brindado. Del mismo modo que Daniel desechaba a menudo la tirada si salía cara. «En el fondo, tú ya sabes lo que quieres antes de que caiga la moneda —solía decir—. Por eso es un sistema tan bueno para tomar una decisión.»

Y yo sabía, en el fondo, que, a pesar del comportamiento de Ed y a pesar del mío, seguía amando a mi marido. Joe había sido pura lujuria. No debería haberme permitido a mí misma llegar tan lejos. Ed era mi oportunidad para hacer algo bien.

Sólo que a veces has de hacer algo mal antes de empezar a hacer las cosas bien.

Eso era lo que debía hacer ahora, inmediatamente, por si la semilla de Joe había empezado a fructificar dentro de mí.

Así pues, salí del baño y, cogiendo a Ed de la mano, lo arrastré a nuestra cama.

Al cabo de un mes, descubrí que estaba embarazada. De un bebé que podía ser de cualquiera de los dos.

Carla

—Carla, ¿me oyes?

Parecía que hiciera sólo unos minutos desde que alguien en la ambulancia le había preguntado lo mismo. Pero esta voz era distinta. Era la de Ed.

Lo primero que pensó fue que él había descubierto esa nota de enmarañadas letras mayúsculas. La había metido en el bolso, ¿no? Pero quizá Ed se lo había registrado. Ya lo había hecho otras veces con la excusa de buscar cambio.

—Todo va bien, Carla. Ya estoy aquí. Y hemos tenido una niña preciosa.

¿Una niña? No, por favor. Eso significaba que podría cometer los mismos errores que habían cometido ella y mamá. La cosa no se acabaría nunca.

—Es muy pequeñita, Carla. Pesa poquísimo. Pero dicen que no debería tener ningún problema.

¿Cómo era posible? Ni siquiera recordaba haber dado a luz. Ed estaba mintiendo.

Ya le había mentado a Lily. ¿Por qué no a ella?

Ahora empezaba a ver su rostro. Estaba inclinado sobre ella. Besándola en la mejilla. Su contacto le puso la piel de gallina.

—Nos has dado un susto terrible, cariño.

—No ha sido culpa mía —acertó a decir.

Ed hablaba con un deje de pánico.

—Os podría haber perdido a las dos.

—¿Qué ha pasado? —murmuró ella.

—Que el bebé ha decidido nacer antes. —Ésa era otra voz. Carla intentó volver la cabeza, pero el menor movimiento le dolía—. Y menos mal que lo ha hecho. Tenías la placenta baja, querida, así que hemos tenido que practicarle una cesárea de urgencia. ¡Menudo alboroto has provocado! ¿Quieres ver a tu bebé ahora?

¿Qué bebé? Carla no veía a ninguno. Tampoco lo oía. Lo sabía. Algo había salido espantosamente mal.

—Cuidados Intensivos está aquí al lado, querida. —Ahora apareció ante su vista una enfermera con uniforme verde—. Todavía tienes las piernas un poco flojas, ¿no? Vamos a sentarte en una silla de ruedas, ¿te parece? Así. Eso es.

—¿Está sano? —preguntó Carla con voz débil.

—Sana —dijo Ed con firmeza—. Es una luchadora.

Pero ella captó la mirada que le lanzaba a la enfermera. Una mirada teñida de temor.

—Bueno, ya estamos aquí, querida.

¿Eso era un bebé? Carla miró la incubadora. Había una ratita minúscula dentro. Su piel era tan pálida y translúcida que le recordó al pajarito muerto que había encontrado una vez delante del bloque de apartamentos donde vivían tiempo atrás, al lado de Lily y Ed. («¡No lo toques!», había gritado mamá, arrastrándola hacia la parada del autobús.)

Aquella «cosita» no era mucho más grande que la mano de Ed. Una serie de tubos y cables salían de su cuerpo. Los ojos los tenía cerrados; y el resto de su cara, si podía llamarse así, estaba tapado por una mascarilla.

—Ahora le estamos dando oxígeno, querida —dijo la enfermera con delicadeza—. Si todo va bien, podrá respirar por sí misma dentro de unas semanas.

¿Semanas?

—Me temo que no podrás cogerla en brazos hasta dentro de un tiempo, pero puedes hablarle.

—Los bebés te oyen cuando les hablas —añadió Ed. Sonaba como si

estuviera muy informado, aunque también con un cierto engreimiento, dándoselas de entendido frente a ella—. Nosotros le hablábamos a Tom continuamente.

—Pero ¿cómo va a oír si está tan delicada?

—Te sorprenderías, querida. Dentro de unos días podrás volver a casa. El cirujano hizo un trabajo muy limpio, aunque tendrás que reposar y no levantar ningún peso. Puedes venir a ver al bebé al mediodía y por la tarde. —La enfermera soltó un leve suspiro—. Antes teníamos un sitio para que los padres pasaran la noche, pero por desgracia lo suprimieron con los recortes.

Sin apenas escuchar, Carla siguió mirando a la ratita. Su pecho abombado subía y bajaba con curiosa regularidad. El resto de su cuerpo apenas se veía entre la mascarilla y los tubos. ¡Éste era su castigo! Esto era lo que había obtenido por arrebatarse el marido a otra mujer. Y ahora sí que iba a estar atrapada de verdad: mucho más que antes. ¿Cómo iba a volver a trabajar? Ed ya se oponía de entrada a la idea, pero sería del todo imposible si la criatura estaba enferma.

Con furia, se volvió hacia Ed.

—¿Por qué me dejaste embarazada?

—Vamos, vamos —dijo la enfermera, dándole unas palmaditas en el hombro—. Te sorprendería la cantidad de mujeres que dicen eso. Pero cambiarás cuando conozcas mejor al bebé.

Ed la miraba consternado.

—Vamos, Carla. Tienes que ser fuerte por nuestra hijita.

Pero esa cosa no parecía una niña; ni tampoco un ser humano, ya puestos.

—No quiero verla —dijo, notando que su voz cobraba un ribete histérico—. Llévesela. Quiero que venga mi madre. ¿Por qué no está aquí? Dame el teléfono. Deprisa. He de hablar con ella.

—Carla...

—¡No! Deja de controlarme. Dame tu móvil.

Ed y la enfermera intercambiaron una mirada. ¿Qué pasaba?

—Carla, cariño, escucha. —Él la rodeó con el brazo—. No quería decirte nada hasta que recuperases las fuerzas. Pero tu abuela llamó mientras estabas de parto. Tu madre ha estado enferma.

Ella se puso rígida.

—¿Cómo de enferma?

—Llevaban un tiempo tratándola de un cáncer. Tu madre no pasó las Navidades con tu tía. Estaba en el hospital. Al parecer, ha estado entrando y saliendo de allí desde entonces.

Se le quedó la boca seca.

—Pero ¿ahora está mejor? ¿Va a venir a ver a su nieta?

Él intentó abrazarla, pero ella lo apartó.

—Dime. ¡Dime!

Ed tenía los ojos llenos de lágrimas. La enfermera también.

—Tu madre ha muerto, Carla. Justo después de que tú dieras a luz.

Lily

Corro por el paseo marítimo, alejándome de Joe, bajo los chillidos de las gaviotas. Sólo entonces me doy cuenta de una cosa tan evidente que no comprendo cómo no la he pensado antes. Si demuestro que Tom no es hijo de Ed, entonces sin duda puedo impedirle todo acceso a él. Y no es necesario que sepa quién es el padre verdadero.

Y lo que es más importante, puedo impedir que la esposa de mi marido tenga acceso a Tom.

Una forma sencilla de recobrar una parte de mi vida. De quedarme a mi hijo para mí sola.

Pero si su ADN coincide con el de Joe, entonces mi hijo tendrá por padre a un asesino.

A lo lejos, un barco pequeño cabecea sobre las olas.

Entonces se me ocurre otra idea. Mucho más buena que la anterior.

Carla

¿Mamá había dado su último suspiro sin tenerla a su lado?

—Pero si ni siquiera me pude despedir —le dijo entre sollozos a la nonna por teléfono.

Su abuela también lloraba.

—Ella no quería apenarte. —Oyó de fondo unos rancos gemidos masculinos.

El nonno. O sea, ¿que le importaba, después de todo?

Evidentemente, se lo habían ocultado todo. Sólo ahora encajaban los signos que había captado. El aspecto demacrado de mamá cuando ella iba a emprender el viaje. (Acababan de diagnosticarle el cáncer.) Su voz débil al teléfono. Su insistencia, después, en que las cartas eran mejores y mucho más baratas que las llamadas. La promesa de que iría a Inglaterra cuando naciera el bebé, pero que ahora estaba «ocupada».

Y, además de sobrellevar el dolor, ahora habría de arreglárselas con ese gurrño. Con esa cosa.

«Pensarás de otra forma cuando puedas cogerla.» Eso era lo que Ed y las enfermeras le repetían. Pero cuando por fin le pusieron a aquella rata en los brazos, sonó un pitido electrónico. «No es nada, querida —le dijo la enfermera—. Sólo quiere decir que el bebé no está preparado para dejar el oxígeno.»

Era todo de terror. ¿Cómo iba a llevársela a casa si ni siquiera podía respirar por su cuenta?

—Estas cosas llevan su tiempo —dijo animosamente el joven médico que la atendía.

—No paro de decírselo —insistió Ed, como si él también fuera un especialista titulado.

Una vez más, Carla se sintió como una niña que se equivocaba cada vez que abría la boca. Ojalá mamá pudiera ayudarla. Ella habría sabido lo que había que hacer.

A veces pensaba que a su auténtico bebé se lo habían llevado. La rata no se parecía nada a ella o a Ed. Y lo que era peor: ya les habían dicho que los bebés prematuros tenían con frecuencia «problemas de desarrollo» que tal vez no se manifestaran, según el médico, hasta más tarde. ¿Cómo iba a soportar esa incertidumbre?

Cinco semanas después, en una de las visitas diarias que hacía de mala gana (por insistencia de Ed), se encontró a un montón de gente alrededor de la incubadora. No era nada fuera de lo común. Constantemente llevaban a estudiantes de Medicina para que observaran al bebé más diminuto que había nacido ese año en el hospital. Ahora, sin embargo, estaba sonando una alarma —un sonido distinto al de la otra vez— y la pantalla junto a la incubadora pitaba enloquecida.

—Hemos intentado localizarlos —farfulló una enfermera—. Pero su marido y usted tenían los móviles apagados. ¿Han pensado algún nombre?

Todo el mundo le preguntaba lo mismo desde que había nacido la rata. Pero Carla había rechazado durante el embarazo todas las propuestas de Ed, como negando que estuviera embarazada. Y ahora que esa cosa había llegado, seguía sin querer darle un nombre. Ponerle nombre significaría que había llegado para quedarse.

—Quizá les gustaría que fuera bautizada —dijo con voz tensa la enfermera. Tenía un formulario en la mano—. En su ficha dice que es usted católica. El sacerdote está aquí, por si quiere hablar con él.

—No comprendo...

—Hija mía —un joven robusto con alzacuellos le cogió ambas manos como si fueran amigos íntimos—, lo que trata de decirle la enfermera es que su hija ha empeorado. ¿Quiere que nos aseguremos de que está bien preparada para la vida eterna?

¿La rata iba a morir? ¿No sería eso la solución de todos sus problemas? ¿Por qué le subía entonces por el pecho una horrible desazón?

—No puede morir.

—Hija mía, a veces los planes de Dios no son como esperábamos.

—¿Quiere sujetarla en brazos, querida?

No. Quizá se le caería.

Uno de los médicos le hizo una seña a la enfermera. Le pusieron a la rata en los brazos, con todos los cables. Unos ojitos relucientes y diminutos la miraron. Una nariz inusualmente larga, casi aristocrática. Unos pelillos rojos en un cuero cabelludo por lo demás lampiño.

—Poppy —susurró—. Se llama Poppy. Poppy Francesca.*

Milagrosamente, Poppy superó el bache durante la noche.

—Tendrías que haberme consultado antes de bautizarla —dijo Ed cuando por fin apareció, apestando a whisky.

—Te habría avisado si hubieras estado localizable —replicó ella, sin apartar los ojos de su hija, que volvía a estar en la incubadora.

—Estaba vendiendo un cuadro, de hecho.

—No importa —dijo la enfermera—. En todo caso, Poppy consiguió lo que necesitaba. Un achuchón de su mami. Claro que los médicos dirán que ha sido su tratamiento lo que le ha arreglado los pulmones al bebé. Pero el amor tiene siempre mucho peso. Y, por si sirve de algo, el nombre me parece maravilloso. No habíamos tenido ninguna Poppy desde hace mucho.

—No puede negarse que es inconfundible —añadió Ed a regañadientes—. Es curioso cómo el color del pelo se salta una generación. Mi padre lo tenía castaño rojizo, ¿sabes?

Increíblemente, a lo largo del siguiente mes Poppy fue mejorando y

cobrando fuerzas. A medida que se recuperaba, sin embargo, la oleada de amor que Carla había sentido durante esos momentos dramáticos —¡sí, de amor!— se desvaneció. En su lugar, apareció el miedo. «¡No!», deseaba replicar cuando le anunciaban que Poppy estaba «casi lista» para irse a casa. ¿Cómo iba a arreglárselas sola con un bebé tan frágil?

—Sé que es duro para ti, pero nos las arreglaremos —le decía Ed, acunando a la niña contra su pecho. Para él no había ningún problema. Ya sabía cómo tratar a un bebé. Pero ella no tenía ni idea. Y sin la ayuda de mamá sentía como si le faltara la mitad de su ser. No, pensaba, su madre no debería haber dejado que viniera a este país.

—Es sólo la depresión posparto —dijo la asistente sanitaria cuando pasó de visita y encontró a Carla deshecha en lágrimas—. Es natural, sobre todo después de un nacimiento difícil. Avísenos, de todos modos, si continúa así.

¿Natural? Aquello era un completo y absoluto desastre. Por un lado, le daba terror dejar sola a su hija por si paraba de respirar. Pero, si eso ocurriese —¡qué espantoso pensamiento!—, ella se vería liberada de esa abrumadora responsabilidad.

Si al menos pudiera dormir un poco, quizá lograría recuperarse. Pero Poppy sólo daba cabezadas, en lugar de dormir las dos o tres horas que indicaban los manuales. Cada vez que Carla conseguía cerrar los ojos, Poppy se ponía a berrear otra vez. Era como estar en un vuelo de veinticuatro horas sin paradas para repostar. Día tras día. Una semana tras otra.

—La niña necesita ganar peso —le dijo la asistente sanitaria—. Tal vez ayudaría un biberón extra.

¿Así que no bastaba con su propia leche? En la expresión de Ed, Carla veía una vez más que era un desastre como madre. Y los ojos asombrosamente azules de Poppy la seguían a todas partes como un reproche redoblado.

—¿Ya la ha llevado al centro de ayuda posnatal? —preguntó en otra ocasión la asistente.

Por suerte, Ed estaba entonces en la galería.

—Sí —mintió.

Pero la verdad era que Carla tenía demasiado miedo de que los demás

bebés del grupo le contagiaran algo a Poppy (¡había tantos gérmenes sueltos por ahí!).

¿Se había sentido así mamá? Ojalá pudiera preguntárselo...

Y, mientras tanto, Ed y ella estaban a punto de perder su hogar. Al banco se le había agotado la paciencia. Recuperaría la propiedad si la casa no se había vendido al cabo un mes. Eso era lo que decían las cartas que le enviaban a Ed. Las cartas que él escondía, pero que ella había aprendido a fisgonear.

Aun así, Carla prefería evitar otra pelea. Ed le daba miedo cuando se ponía de malhumor, sobre todo ahora que bebía más que nunca. Los ojos se le enrojecían y todo el cuerpo le temblaba como si estuviera poseído. Incluso había empezado a hablar sobre la posibilidad de hacerse con la custodia completa de Tom («He estado hablándolo con Lily».).

—Yo no daría abasto —había protestado ella.

—Ten un poco de comprensión, Carla. Es mi hijo y quiero que esté con nosotros.

¿Adónde había ido a parar el antiguo Ed? Y, sin embargo, él era todo dulzura cuando se trataba de calmar a Poppy, cuyos pulmones trabajaban ahora sin parar, día y noche.

—Tú descansa un poco —decía Ed, con un tono que indicaba que le complacía que Poppy se calmara con él y no con ella.

Pero Carla no conseguía conciliar el sueño. Se pasaba la noche dando vueltas en la cama, pensando en cómo habrían sido las cosas si ella y mamá no hubieran tenido la desgracia de vivir al lado de Ed y Lily.

«A veces lleva su tiempo establecer un vínculo con un bebé.» Ésa era otra frase de uno de los manuales sobre bebés que se alineaban en las estanterías desde la época del nacimiento de Tom. Pero cada vez que Carla cogía en brazos a esa cosa diminuta para darle el pecho (era lo único que la calmaba), sentía un terrible y abrumador exceso de pánico.

El terror inicial de que su bebé se muriera había sido reemplazado por otra inquietud. En medio de la angustia del parto prematuro, se le había

olvidado momentáneamente aquella nota escrita en letras mayúsculas.

TU HIJO Y TÚ LO PAGARÉIS

Al volver a casa del hospital, había comprobado aliviada que la nota seguía en su bolso, lo que indicaba que nadie más la había visto.

—Será nuestro secreto —había susurrado, mirando a la criatura, que le desgarraba los pezones hasta hacerlos sangrar—. No tienes que decírselo a nadie.

En cuanto al autor del anónimo, estaba convencida de que esa letra puntiaguda era de mujer. Alguien que estaba del lado de Lily. Una de sus amigas, deseosa de vengarse en su nombre. Tal vez su antigua secretaria, la que había fingido tratarla con amabilidad cuando había roto aguas. No tenía que fiarse de nadie.

—Estoy preocupado por ti —le decía Ed constantemente—. No comes como es debido. Poppy no tendrá suficiente leche.

Ése podría ser, pues, otro modo de que ambas murieran. Las dos perecerían por desnutrición. Y entonces se reunirían con mamá en el cielo.

—No para de soñar con una carta —oyó que Ed le decía a la asistente sanitaria, a la que habían llamado para que la examinara. Carla siempre escuchaba junto a la puerta cuando ellos creían que se había vuelto a acostar.

—Dar a luz es algo traumático, ¿sabe? —replicó con sequedad la asistente—. Tiene derecho a sufrir pesadillas.

¿Pesadillas? Ellos no tenían la menor idea del torbellino que le daba vueltas y vueltas en la cabeza. Necesitaba otro plan. Pero ¿cuál? No había salida. Sólo una oscuridad interminable que parecía engullirla y amenazaba con asfixiarla. En el periódico del día anterior salía el caso de una mujer que había ahogado a su bebé. La habían condenado a diez años de cárcel. Y habrían sido más si no hubiera estado bajo los efectos de una depresión posparto. Pero Carla no sufría ese síndrome. Ed decía que era un mito. Lily se había recuperado sin problemas después de dar a luz a Tom. Cuando tenías un bebé, debías aceptar que la vida había cambiado y seguir adelante.

Lo cual significaba hacer las cosas como él decía.

—He preparado un pollo para los dos —le dijo Ed una noche, cogiéndola del brazo y arrastrándola hacia la mesa—. Te vendrá bien. Vamos, Carla. Es tu receta favorita.

¿Comer? ¿Cómo iba a comer?

Ed se sirvió otra copa de vino.

—¿Es que no has bebido bastante? —le soltó Carla.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Volver a pegarme, como hiciste aquel día delante de Tom?

—No te pegué.

Carla habría deseado que él no volviera a sacar el tema. Simplemente había extendido el brazo para impedirle que abriera otra botella al mismo tiempo que él se volvía hacia ella. Por el amor de Dios, al menos uno de los dos debía mantenerse cuerdo mientras cuidaban de Tom.

—Me voy a tomar otra jodida copa, aunque sólo sea para celebrar mi cumpleaños. Sí, así es. Se te había olvidado, ¿verdad?

Con razón estaba cabreado. Pero Poppy absorbía todas sus energías. ¡No era capaz de recordar nada!

Carla se acercó al fregadero y se puso los guantes de goma. Estaba temblando de miedo y de rabia. («Cuídate siempre las manos», solía decirle mamá.)

—No te pongas a lavar las cacerolas antes de comer. Ya te lo he dicho. Yo me encargaré después.

Ella abrió el grifo de agua caliente y echó con furia un gran chorro de detergente en el fregadero.

Se le encogió el corazón al oír un golpe en la puerta. ¿Sería el vecino? Ya se había quejado otras veces por el alboroto que armaban con sus peleas.

Ed salió a abrir.

—¿Qué haces tú aquí?

No, Ed no sería capaz de hablarle con tal grosería al vecino...

—¡Rupert! —Carla sintió que se ponía toda colorada al volverse y verlo en la puerta.

—Perdona por presentarme así, pero pasaba por la zona...

Le dio un regalo envuelto primorosamente con un papel plateado y cintas

rizadas.

Carla empezó a transpirar de temor y excitación, de terror y esperanza: todo mezclado y embarullado.

—¿Puedo verla? Es una niña, ¿no?

—Sí —respondió Ed seco—. Pero ahora íbamos a comer, así que...

—Ahí la tienes —lo cortó Carla.

Santo cielo. Su marido se había quedado mirando fijamente el pelo rojizo de Rupert. No podía estar pensando en serio...

La expresión de Rupert se ablandó con dulzura.

—Es preciosa. No me imaginaba que fuera tan pequeñita. Es...

—He dicho que estamos a punto de comer.

¡Qué grosero! Aturdida, Carla intentó quitarse los guantes de goma, pero no acababan de salir.

—¿Te apetecería quedarte? —La invitación salió de sus labios de forma impulsiva.

«Por favor —deseaba decir—. Por favor, te necesito. En cuanto te vayas, Ed soltará una de las suyas y tendremos otra pelea...»

—Me parece que debo marcharme —dijo Rupert, echando un vistazo a la expresión sombría de Ed—. Katie, mi prometida, me estará esperando.

Así que la tal Katie seguía ahí. Todas sus ilusiones, todas las ideas locas y desesperadas que se había hecho cuando había visto entrar a Rupert se desmoronaron de golpe.

—¿Prometida? —preguntó Ed sarcástico, sin esperar apenas a que la puerta se hubiera cerrado del todo—. Ya, seguro. ¿Cuántas veces ha estado este chico aquí?

Su tono hizo que la pequeña Poppy se removiera en su capazo, que estaba en el otro extremo de la cocina. (Él no quería perderla nunca de vista.)

—¿Qué quieres decir?

Ed le acercó mucho la cara.

—He visto cómo te sonrojabas cuando ha entrado. He notado cómo tratabas de hablar con normalidad. —Arrojaba hilos de saliva por la boca—. Tiene el pelo del mismo color que nuestra hija. Suponiendo que sea «nuestra».

—No seas absurdo. Ya sabes que tu padre tenía el pelo rojizo. Tú mismo comentaste que el color se salta una generación.

Ahora Ed la agarraba de las muñecas con mucha fuerza.

—Qué oportuno, ¿no? Pero ambos sabemos el tipo de moralidad que gastas...

Forcejeando, ella replicó:

—¿Y qué me dices de la tuya? Tú no tuviste ningún problema para dejar a tu mujer por mí, ¿no?

—Ni tú tampoco para tentarme y apartarme de ella.

«¿Qué ocurrió entonces? ¿Qué ocurrió?»

¡Cuántas veces habrían de hacerle esa misma pregunta durante los días siguientes, durante las semanas siguientes, durante los meses siguientes!

Lo único que sabía era que fue repentino.

Sólo lograba recordar esto.

Hubo un grito. Poppy en el capazo. Otro grito. De sus propios labios, cuando Ed empezó a sacudirla por los hombros.

El cuchillo de trinchar.

El cuchillo verde de trinchar. Otro de los objetos que Lily se había dejado.

Un quejido terrible, estremecedor.

Sangre.

Y luego corriendo. Corriendo por el parque con todo ese tumulto de pensamientos en la cabeza.

Le odio. Le odio.

¡Mamá! ¿Dónde estás?

Ojalá pudiera volver a empezar de cero.

Octubre de 2015

«Un hombre ha aparecido muerto a puñaladas en el oeste de Londres. Se cree que...»

El grito de Tom ahoga el sonido de la radio.

—¡Tienes que hacerlo tú primero, mamá, ya te lo he dicho!

Seré idiota. Sé muy bien que Tom necesita que yo me abroche el cinturón de seguridad antes de que él se abroche el suyo. Cuatro segundos antes, para ser exactos. Lo cronometra con el reloj. Es otro de sus rituales. Un ritual que, por lo general, no cuesta demasiado cumplir.

Pero hoy, por alguna razón, estoy alterada. Quizá aún acuso el cansancio después de haber estado ayer en Londres. Quizá es por la reunión inminente con la directora del colegio de Tom sobre el último «incidente». Quizá es por la cita especialmente complicada que tengo con un funcionario del servicio de salud, relacionada con la desaparición de otra serie de notas hospitalarias tras el nacimiento de un bebé con privación de oxígeno. O quizá es porque estoy furiosa por la reciente reclamación de Ed, que pretende obtener la custodia completa de nuestro hijo.

Arranco el motor, diciéndome que hay muchos hombres que viven en esa parte de Londres. Hay apuñalamientos todos los días. No hay motivo —

ninguno en absoluto— por el que debiera ser alguien que yo conozca. Pero se me ha empezado a poner la carne de gallina. En el cruce, doblo a la izquierda y freno justo sobre la línea, para dejar que pase antes una moto que circula a demasiada velocidad.

—Ese motorista podría haberse matado si no hubieras frenado —comenta Tom con tono impasible.

Gracias.

—Podría haberse quedado con sólo una parte del cerebro, igual que Stephen —continúa—. ¿Sabías que tu piel pesa el doble que tu cerebro?

Supongo que tiene razón. Tom suele tenerla. Pero yo estoy pensando ahora en Stephen, el chico que acaba de incorporarse a la clase de Tom. Su cochecito fue arrollado por un camión cuando tenía menos de un año. El conductor del camión estaba sufriendo en ese momento un ataque al corazón. Nadie podía culparle por lo ocurrido. Ni siquiera Stephen, que es bastante feliz en su propio mundo. Ni tampoco sus padres, que son devotos cristianos y consideran que esta situación es la «cruz» que les ha tocado llevar en esta vida. Una aceptación que debería avergonzarnos al resto.

También a Ed. ¿Cómo demonios se cree que puede solicitar la custodia completa, si apenas puede cumplir con las visitas de fin de semana a su hijo? Con frecuencia las anula en el último momento. Y más aún desde que Carla tuvo el bebé. Al parecer, ella no está demasiado bien.

—¡Cuidado! —me grita Tom al mismo tiempo que el camión del carril contrario toca ruidosamente la bocina.

Pero ¿qué me pasa? No es que conduzca mal; no es que las hojas húmedas del otoño me hayan hecho patinar. Es que estoy perdiendo la concentración. El hecho de que la mujer de tu marido haya tenido un hijo es inevitable que te trastorne. Hasta ese momento, Ed y yo compartíamos algo que ninguno de los dos había compartido con nadie más. Y ese algo —o ese alguien: nuestro hijo— creaba un lazo imposible de romper. Ahora, sin embargo, Ed estará tendido junto a Carla, rodeándola con el brazo, mientras contemplan a su bebé —una niña, me dice Ross— con el mismo asombro sobrecogido con el que Ed y yo contemplábamos a Tom al principio. Ed le dirá a Carla, como me decía a mí, que ha sido muy valiente. Y le prometeré,

como me prometió a mí, que se esforzará todo lo posible para ser el mejor padre del mundo.

Por la noche, se levantará cuando el bebé se ponga a llorar. (Ed siempre se empeñaba en hacerlo él, y traía a Tom a nuestra cama para que yo le diera de mamar con comodidad, recostada sobre las almohadas.) También le dará a su hijita —¡me lo imagino a la perfección!— los biberones con la leche que Carla se habrá extraído para alimentarla por la noche. Y las estará dibujando a las dos febrilmente mientras duermen, manejando los carbones con infinita devoción y ternura.

Es muy injusto. Yo siempre había deseado una niña para poder vestirla, llevarla de compras y hacernos confidencias. Pero Ed ya no quiso tener más hijos una vez que Tom fue diagnosticado.

Concéntrate. Ya casi llegamos al colegio. Tom, que ha estado bastante tranquilo hasta ahora, teniendo en cuenta el lío en el que está metido, parece angustiarse. Lo detecto siempre por esa manía suya de arrancarse los pelos del brazo. Me guardé uno de esos pelos hace poco para el análisis de ADN.

Me detengo en el aparcamiento y lo observo. Mi hijo. Mi chico. Mi chico especial, a quien protegeré hasta mi último aliento.

—Ya hemos pasado por esto otras veces, Tom —le digo, mirándolo fijamente a los ojos, hablando despacio y con calma, como me aconsejó el especialista—. Tenemos que explicarle a la señora Brown por qué pegaste a Stephen.

Tom tiene una expresión obstinada. Rebelde. Sin el menor rastro de arrepentimiento.

—Ya te lo expliqué. Él dio una patada a mis zapatillas de gimnasia, que estaban alineadas a la perfección.

—Pero lo hizo sin querer.

—Me da igual. El caso es que lo hizo. Nadie puede tocar mis cosas.

Si lo sabré yo. Lo cual quiere decir que he de comprar montones de repuestos para cuando los originales sean definitiva e inevitablemente rechazados. Zapatos de repuesto. Jerséis de repuesto. Peines de repuesto.

Me echo hacia delante para apagar la radio. Por favor, Dios mío, rezo para mis adentros. Que no le den a Tom otra amonestación. Estoy a punto de

apretar el botón de apagado, pero algo me impulsa a detenerme. Ya ha pasado media hora desde el último boletín de noticias. Dentro de un minuto emitirán otro.

«Un hombre ha aparecido muerto a puñaladas en el oeste de Londres — vuelve a decir el locutor casi con alegría—. La policía ha detenido a una mujer relacionada con el asesinato.»

Es en ese momento cuando suena mi móvil.

—No puedes responder. —Tom da unos golpecitos a su reloj—. Ya llegamos treinta segundos tarde.

«Número no identificado.»

Ese rótulo suele aparecer en las contadas ocasiones en las que Ed (o, a veces, Carla) llama para concretar los detalles del fin de semana con Tom. Ed empezó a llamar con número oculto hace unos meses, quizá porque yo a veces ignoraba sus llamadas. Si tan urgente es, me digo, Ed (o quienquiera que sea) volverá a llamar. Luego recojo mis notas, aunque ya me he preparado con anterioridad, y cruzo el patio con mi hijo, que ha cogido mi teléfono móvil y juguetea con él. En otro momento, se lo quitaría de las manos. Pero ahora estoy totalmente concentrada en la reunión que nos espera.

—Gracias por venir —dice la señora Brown.

Tiene una cara amable, pero es una mujer un tanto desaliñada. De esa clase de mujeres —observo, mientras Tom coloca su silla alineada a la perfección con la mía— que llevan vestidos de lana hasta las rodillas con botines de suela plana. Ella asegura ser una experta en el síndrome de Asperger, pero a veces tengo la sensación de que no entiende a Tom, porque le hace preguntas de tipo emocional. Una mala idea, como he descubierto yo misma.

—Prefiero ir directa al grano, si no le importa —empieza la señora Brown—. Tom, quizá quieras volver a explicarme por qué le pegaste a Stephen aun sabiendo que en este colegio no toleramos la violencia.

Tom la mira como si fuese estúpida.

—Ya lo expliqué. Él dio una patada a mis zapatillas de gimnasia, que

estaban alineadas a la perfección.

¿He dicho que Tom no manifiesta emociones? Y, no obstante, se le están humedeciendo los ojos, y el cuello se le va poniendo rojo. Moverle a uno las cosas va contra la ley, según Tom. Contra su ley. Contra la ley de Tom, que sólo él comprende.

La directora va tomando notas. Yo hago otro tanto. Nuestros bolígrafos parecen enzarzados en una competición. Mi hijo contra esta mujer que viste tan mal.

—Pero eso no es una justificación para pegar a alguien.

—Carla le pegó a papá la semana pasada. Él quería otra copa y ella le decía que no la tomara.

Se hace un silencio. Nuestros bolígrafos se detienen al mismo tiempo.

—¿Quién es Carla? —pregunta la directora con un tono peligrosamente neutral.

—La mujer de mi marido —me oigo decir.

La directora alza las cejas. Le hace falta depilárselas, observo. Las tiene grises y enmarañadas.

—Quiero decir, la esposa de mi exmarido —añado.

Todavía resulta extraño decirlo. ¿Cómo puede alguien ser la esposa de mi marido? ¿Cómo es posible que Carla lleve su anillo? Dormir en la misma cama es una cosa. Pero ¿contraer matrimonio?, ¿casarse con la cría que vivía en la puerta de al lado?

La voz de la señora Brown tiene una engañosa suavidad.

—¿Te resulta difícil la situación, Tom, ahora que tu padre se ha casado con otra mujer?

Me pongo de pie, posando la mano en el hombro de mi hijo.

—No creo que deba hacerle preguntas de este tipo. No sin un psicólogo escolar delante.

La directora me clava la mirada. Veo que detrás de esa falda cutre y esos botines se esconde una voluntad férrea. Debería haberlo notado antes. ¿Acaso yo no iba desaliñada en su día?

De pronto, suena un ladrido. Al principio no caigo en la cuenta. Pero luego recuerdo que Tom ha estado jugueteando en el patio con mi móvil.

Debe de haberme cambiado el tono de llamada. De nuevo. Esta vez suena como el perro de Baskerville.

Es Ross.

La señorita Brown me escruta con desaprobación. Tom balancea su silla con ansiedad.

—Perdón —digo, pulsando los botones sin ton ni son para apagarlo. Pero lo que hago es activar la llamada con el altavoz.

—¿Lily?

—¿Te llamo yo luego? —Le hago una mueca de disculpa a la directora y entonces apago el altavoz—. Estoy en una reunión.

—No, imposible.

Se me seca la boca. Ha ocurrido algo. Lo sé.

—Me temo que tengo una mala noticia.

«Dime», quiero decir. Pero las palabras no me salen. La señora Brown me mira. La silla de Tom está a punto de caerse.

—Es Ed. No resulta fácil decirlo, me temo. Ed ha muerto. Ha sido asesinado.

—¿Muerto? —repito en voz alta.

La silla de Tom está otra vez en posición vertical, pero ahora él ha empezado a hurgarse entre los dientes con el índice derecho. Un signo de estrés.

—¿Asesinado? —susurro.

—Sí.

Me baja por la pierna un hilo de pis. ¡Por el amor de Dios! ¡En el despacho de la directora no! Eso, absurdamente, me parece más importante que la terrible noticia.

Entonces me viene a la memoria el boletín de la radio. El que he oído en el coche mientras Tom y yo veníamos hacia aquí.

«Un hombre ha aparecido muerto a puñaladas en el oeste de Londres...»

No. No. La gente que sale en las noticias no tiene nada que ver con la vida real. Las víctimas de los accidentes de tráfico o de los apuñalamientos en Stockwell pertenecen a otras familias. No a la mía. Puede ser una persona cualquiera, pero no mi marido (que ya no lo es).

—Han detenido a Carla —añade Ross. Lo dice como si él tampoco pudiera creerlo.

El boletín de la radio sigue resonando en mi cabeza. «La policía ha detenido a una mujer relacionada con el asesinato.»

Tom me está tirando de la manga.

—¿Por qué pones esa cara, mamá?

—Un momento, Tom.

Tapando el teléfono, les doy la espalda a la señora Brown y a mi hijo.

—¿Ha sido... ella? —cuchicheo. Las palabras me salen de los labios por su propia cuenta.

Noto que Ross está asintiendo. Lo veo ahí de pie, procurando mantener la compostura.

—Está en una celda de la comisaría. Pero hay algo más.

«¿Qué más? —quisiera decir—. ¿Qué más puede haber ocurrido, comparado con esto?»

—Carla quiere verte, Lily.

*Suena un ruido extraño.
Como si alguien se hubiera sentado en el suelo con un gran suspiro.
Si no la conociera mejor, diría que es un suspiro de desaliento, como
dándose por vencida.
«Escucha —intento decir—. Tal vez podamos arreglarlo.»
Pero las palabras no me salen.
Me falta el aliento para poder hablar.
¿Y si cuando me encuentren ya he muerto?
¿Podrán averiguar lo que ha ocurrido realmente?*

Carla

«Sin comentarios.»

Eso era lo que se les decía a los clientes que respondieran cuando los detenían. Era una de las pocas partes del Código Penal que se le habían quedado grabadas.

—Sin comentarios —repitió. Ya empezaba a convertirse en un estribillo. En una canción que acompañaba las palpitaciones que sentía en las sienes.

—Cuénteme lo que ocurrió —dijo una voz femenina. La voz de una mujer con uniforme azul oscuro que se encontraba sentada al otro lado de la mesa. Pero no debía mirarla. Si lo hacía, quizá acabara diciendo algo que no debía decir.

Respira hondo.

Sin comentarios.

Los hechos de las últimas horas desfilaban una y otra vez por su mente como una película repetida a cámara rápida.

La visita de Rupert.

Ed chillando.

Un cuchillo.

Sangre.

Poppy chillando.

Ed gimiendo.

Una cara.
La cara de un hombre.
Luego corriendo.
El descubrimiento brusco de que había dejado a Poppy allí.
La voz de mamá resonando en su cabeza.
Diciéndole que se deshiciera de los guantes.
Una mano sujetándola.
Una mano firme.
Sirenas.
Esposas.
Gente mirando.
La vergüenza del coche de policía.
Sin comentarios.
Bajando una escalera.
Un colchón.
La mañana.
Una mesa.
Una voz severa al otro lado de la mesa.
Sin comentarios.
Alivio.
Alguien que pudiera creer su versión de la historia.

Sólo entonces alzó la cara y miró a la mujer que estaba sentada enfrente. Tenía un lunar en mitad de la mejilla derecha que sobresalía como un tercer ojo.

Carla se concentró en el lunar. Busca los puntos débiles de la otra persona. Los detalles que la vuelven diferente. Eso era lo que habían hecho con ella en el colegio. Era justo que ella hiciera lo mismo con los demás. Era la forma de ganar.

—Tengo derecho a hablar con un abogado —le dijo al lunar con firmeza—. Éste es el número de la oficina. Ellos se encargarán de localizarla.

—¿Una abogada? —dijo la voz.

—Lily Macdonald.

La agente del uniforme azul marino bajó la vista a los documentos que

había sobre la mesa.

—¿El mismo apellido que usted?

Carla asintió.

—Sí. El mismo apellido. —Y entonces, como si otro le moviera los labios, añadió—: La mujer de mi marido. La primera.

—¿Azúcar?, ¿cinta adhesiva?, ¿objetos punzantes?, ¿chicle?

¿Qué ha pasado con las patatas fritas? Quizá es que aquí el chicle se utiliza para sobornar. O quizá es que puede emplearse con otros propósitos. Hacía bastante tiempo que no visitaba a un cliente en una celda. Desde que me marché de Londres, la mayoría de mis clientes han sido padres como yo. Familias cuyas vidas han quedado desgarradas mientras intentaban cuidar de niños diferentes de los demás. Hablo de niños que no reciben del sistema lo que deberían recibir con todo derecho. No sólo de bebés que nacen con lesiones y cuyas notas hospitalarias «desaparecen»; sino también de niños como Tom, cuyos seres queridos deben luchar para que vayan al colegio adecuado y que, mientras tanto, intentan encontrar apoyo.

Los casos de asesinato, robo, quiebra o lavado de dinero de los que solía ocuparme en la oficina de Londres ya quedan muy lejos en mi memoria.

Y, sin embargo, aquí estoy, mostrando mi documento de identidad a la agente del mostrador. Todavía no sé muy bien por qué he venido. Por qué no estoy en casa con Tom (la señora Brown le ha dado una semana de licencia, en vista de «las circunstancias»). Por qué he dejado que mamá se encargue de consolarlo (aunque Tom se ha mantenido bastante impasible, haciendo preguntas del tipo: «¿Qué pasará con el cerebro de papá, ahora que está muerto?»). En fin, por qué estoy en una comisaría de policía a punto de ver a

la mujer de mi marido.

Han pasado un montón de cosas desde aquella noche en la que sorprendí a Carla y a mi marido en Londres, frente al hotel del Strand. El divorcio. La noticia de que Carla estaba embarazada. El nacimiento de la niña. La muerte de Ed. Suena todo tan irreal que tengo que repetírmelo de nuevo.

La secuencia resulta de una nitidez abrumadora. Casi como si todo lo ocurrido hubiera sido planeado con una de esas ingeniosas tablas de fertilidad. Nacimiento. Muerte. Dos términos opuestos que tienen más en común de lo que creemos. Ambos son un principio. Ambos constituyen un final. Ambos constituyen milagros que no podemos explicar.

Y por eso precisamente estoy aquí, comprendo de golpe. No por que Carla me lo haya pedido. (De hecho, ella llamó a Ross cuando yo no respondí. Se supone que la llamada del número no identificado era suya.) No. Estoy aquí porque quiero mirarla a los ojos. Quiero preguntarle por qué lo hizo. Quiero decirle que ha arruinado tres vidas. Que es una zorra. Una zorra que puso los ojos en mi marido desde el momento en que lo vio. Una cría con el corazón de un adulto malvado.

Sí, yo deseaba que Ed fuera castigado, pero no así. Con un asesinato. Ahora lloro por ese hombre de pelo rubio ceniza que me cogió de la mano en aquella fiesta, hace tantos años. No puedo creer que esté muerto. Ni que haya sido necesaria su muerte para hacerme ver que todavía lo quiero, maldita sea, aunque no sepa por qué.

En mi antigua oficina apareció una mañana una mujer con los ojos rojos. «Su exmarido se ha muerto», me había susurrado una de las secretarías. Entonces yo no había comprendido por qué estaba tan afligida. Ahora sí que lo comprendo. El hecho de que ya no tengas derecho a llorar la muerte de alguien con quien compartiste tu vida hace que el dolor sea aún más intolerable.

Bajamos un tramo de escalera. Peldaños de piedra sobre los cuales resuenan mis tacones. Cuando empecé a frecuentar las comisarías de policía, las celdas consistían simplemente en un colchón sucio en el suelo, una ventana con barrotes de hierro y —si tenías suerte— un vaso de agua de plástico.

Esta celda tiene una ventana sin barrotes y un dispensador de agua. Sentada sobre la cama, balanceando las piernas, con todo el aspecto de una modelo aburrida que aguarda su turno para recorrer la pasarela, está Carla. Digo como una «modelo», pero tiene el pelo deslucido. Sus labios, por lo general relucientes, están pálidos y desprovistos de carmín. Huele a sudor.

Aun así, todavía tiene algo. Un estilo que se impone por encima de este entorno miserable. Una presencia que parece sugerir que tiene cosas mucho mejores que hacer que estar aquí.

—Yo no fui. —Le sale una voz ronca, desafiante.

—Gracias por venir, Lily —digo yo, como quien le recuerda a una adolescente enfurruñada que se comporte—. Gracias por conducir desde Devon para ver a la mujer que ha asesinado a mi marido.

Ella ladea la cabeza en un ángulo que me hace pensar otra vez en una adolescente difícil.

—Ya te lo he dicho. —Sus ojos me miran fijamente. Sin parpadear. Su voz parece tranquila, más aplomada que hace unos instantes—. Ha habido un error. Yo no fui.

Suelto una ruidosa risotada. Habla justo igual que la niña que era cuando la conocí. Como la pequeña italiana de grandes ojos castaños y sonrisa inocente. «Mamá está en el trabajo. El estuche es mío.»

Mentiras y más mentiras.

La rabia me sale a borbotones.

—¿No esperarás en serio que vaya a creérmelo?

Ella se encoge de hombros, como si yo le hubiera indicado el desvío equivocado en una carretera.

—Es cierto.

—¿Quién fue, entonces?

Otro encogimiento de hombros, seguido de un examen atento de una de sus uñas mientras responde.

—¿Cómo voy a saberlo? Me pareció ver a alguien..., a un hombre.

Me recorre una sensación de incomodidad. ¿Ésta es otra de sus historias?

Me echo hacia delante sobre el borde de la silla.

—Carla, mi esposo ha muerto. Tom está desolado porque su padre ha

sido asesinado.

Ella alza la vista y me dirige otra vez esa fría mirada gatuna.

—Te equivocas.

Siento un atisbo de esperanza. ¿Ed no ha muerto? ¿Alguien lo ha entendido todo mal?

—Él ya no es tu marido. Es el mío.

Suelto un bufido.

—Estuve quince años casada con él. Criamos juntos un hijo.

Me interrumpo unos momentos, recordando la prueba de paternidad. Enseguida vuelvo a guardarme la culpa y continúo.

—Tú fuiste un pasatiempo. Apenas un detalle. Pasaste con él un período insignificante. Eso no es un matrimonio.

—Lo es a los ojos de la ley. Y se te olvida una cosa. Tenemos una hija.

—Aprieta los puños—. Ahora la han mandado con unos padres de acogida. Necesito que me ayudes a recuperarla.

Procuro ahogar un atisbo de compasión.

—Un bebé —digo con desdén—. Sólo habías empezado. No has tenido que pasar todo lo que yo he pasado. No has tenido que dejarlo todo para cuidar de un niño difícil mientras Ed...

—¡Ja! —estalla Carla furiosa—. No te hagas la santurróna. Yo también he pagado mi peaje. No era nada fácil convivir con Ed. La bebida, las mentiras, los cambios de humor, los celos, el supuesto temperamento artístico...

O sea, ¿que también se comportaba así con ella? Siento una ráfaga de placer. Y, no obstante, al oírlo de sus labios, me entran ganas de defender a Ed. «Estaba bajo mucha presión... Lo sentía todo con demasiada intensidad...» ¿Por qué ahora recuerdo lo mejor de mi exmarido, y no los aspectos negativos? Aun así, me veo obligada a admitir que tenía sus defectos.

—Era muy controlador —dice Carla estremeciéndose—. Y contigo se portó como un hijo de puta.

No es la expresión que yo emplearía, pero me sorprende asintiendo. Enseguida me detengo. Ya es hora de actuar con profesionalidad.

—¿Controlador? —repito—. ¿Por eso lo mataste?

Ella se inclina hacia delante, con los puños apretados. Huelo su aliento. Mentolado. Atemorizado.

—Había alguien más, te lo he dicho. Vi a un hombre.

—Vaya, muy oportuno para ti. ¿Qué aspecto tenía exactamente ese hombre?

—No lo recuerdo.

Se echa hacia atrás, apoyándose en la pared y cruzando las piernas sobre la cama. Serena. Demasiado serena.

—Yo no debería estar aquí. He sufrido un shock. Por cierto, ¿no llevarás encima un cepillo para el pelo?

¿Un cepillo para el pelo? ¿En serio?

—Tampoco yo debería estar aquí —digo, poniéndome de pie.

Es la verdad. Debería estar en el hospital, en la morgue, identificando a mi marido, en vez de dejar que lo haga Ross.

—No. Por favor. No te vayas.

Extiende la mano y atrapa la mía. La tiene fría. Helada. Intento zafarme, pero ella me la sujeta con fuerza, la retiene como si nos hubiéramos conocido en una fiesta y hubiéramos descubierto que tenemos un amigo común.

—Te necesito, Lily. Quiero que seas mi abogada.

—¿Estás loca? ¿Por qué habría de ayudarte? Me robaste a mi marido.

—Exacto. Pero si tú me defiendes, todo el mundo verá que incluso la mujer a la que agravié no cree que yo matase a Ed. El abogado litigante que escojas confiará en ti. Además, tú eres una buena persona. Tienes fama de defender a los desvalidos.

Sus ojos relampaguean.

—Y eso es lo que soy ahora, Lily. —Otra vez ha desaparecido la joven segura de sí misma. Ahora vuelve a ser la niña que se queda sola mientras su madre trabaja.

Pero yo aún sigo tratando de aclararme.

—Aun suponiendo que digas la verdad, ¿qué gano yo? ¿Por qué debería ayudar a la mujer que ha destruido mi familia?

—Porque perdiste un montón de casos antes de marcharte de Londres. —

Interviene de nuevo la Carla adulta—. Quizá lo estés haciendo muy bien con todas esas demandas por negligencia. Pero ahora tienes la oportunidad de volver a demostrar tu valía en un caso de asesinato.

Me mira como si supiera que me ha tocado el punto débil.

—Por favor, Lily. Si no por mí, hazlo por Poppy.

—¿Por quién?

—Por mi hija. Por nuestra hija.

Ignoraba hasta ahora su nombre. Deliberadamente. Le pedí a Ross que no me lo dijera. Así me parecía menos real.

—Si voy a la cárcel, perderé a mi hija. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Yo... no me sentía bien al principio. No fui..., no fui muy buena madre. Pero ahora mi propia madre ha muerto.

Eso no lo sabía.

—Lo siento mucho —murmuro—. ¿Cómo ha sido?

—De cáncer.

Carla alza sus grandes ojos castaños hacia los míos.

—¡La echo tanto de menos! No puedo permitir que le pase lo mismo a Poppy. ¡Por favor, Lily! Tú eres madre. Ayúdame.

—A lo mejor —le digo, con una crudeza que resulta casi placentera— un hogar de acogida será lo mejor para ella.

Sus ojos me taladran.

—No hablas en serio, Lily. Estoy segura.

Maldita sea. Tiene razón. Estamos hablando de un bebé. De una criatura que llorará con angustia porque no puede oler a su madre. Los niños, sea cual sea su edad, necesitan a sus padres. ¿Cómo se las arreglaría Tom sin mí?

—Pero no sé si creer que eres inocente.

—Tienes que creerme.

Las manos de Carla me agarran con fuerza de la muñeca. Ahora vuelve a ser una niña. Yo soy la mayor. Demasiado mayor para ser una hermana. Demasiado joven para ser la madre. Y, no obstante, tenemos mucho en común. Es como si su vida estuviera inextricablemente ligada a la mía. Por mucho que me esfuerzo para quitármela de encima, siempre está ahí. ¿Es una sombra maligna?, ¿o una niña incomprendida?

Me paso la mano por el pelo.

—¿Cómo sabes que no armaría una defensa endeble para asegurarme de que te condenan y vengarme de ti?

Sus ojos me miran con confianza.

—Porque eres demasiado recta para hacer algo así. Y también porque eres ambiciosa. Piénsalo, Lily. Podrías pasar a la historia como la abogada que consiguió la absolución de la segunda esposa de su marido.

Lo cual, debo decirlo, suena bien. No obstante, hay numerosas objeciones posibles a ese argumento, y muchas lagunas en cuanto a la defensa del caso. Por otra parte, me tiene sin cuidado que Carla me llame una y otra vez por mi nombre. Es una técnica clásica para ganarse a un cliente. Y ella lo sabe.

—Queda todavía el pequeño detalle de quién asesinó a Ed, si no fuiste tú.

Incluso mientras digo estas palabras, no tengo la sensación de que sean ciertas. Mi marido —porque así sigo considerándolo— no puede haber muerto. Estará en casa. En mi antigua casa. Dibujando. Respirando.

Carla me sujeta con una fuerza sorprendente para una chica tan menuda. Yo aún trato de zafarme, pero ella parece decidida a aferrarse a mí como a un salvavidas.

—Ed estaba hasta las cejas de deudas. No creo que el dinero lo tomara siempre prestado de fuentes legales. Quizá alguien quería recuperarlo. Seguro que la policía podría averiguarlo. Y yo vi a ese hombre en la puerta. Alguien debe de haber visto algo.

Parece del todo segura. Las piernas empiezan a temblarme como si alguien me las sacudiera.

—Hay otra cosa. He estado recibiendo notas anónimas. —Sus ojos me miran fijamente—. La última decía que a Poppy y a mí nos pasaría algo malo por lo que te he hecho.

Siento calor y luego frío.

—¿La has guardado?

—La guardé un tiempo. Luego la rompí, igual que las demás, porque temía que Ed las encontrara y se pusiera furioso. Pero sería capaz de reconocer la letra.

¿La letra?

Un escalofrío me recorre de los pies a la cabeza, paralizándome.

—No puedes permitirte mis servicios —le digo, ya como último recurso —. No puedo trabajar gratis. El bufete tendría que cobrarte.

Sus ojos relucen. Se da cuenta de que me está convenciendo. Y, de repente, sé lo que va a decir antes de que lo diga.

—¡Los dibujos de Ed! Los que me regaló cuando era una cría. Ahora valen lo suyo. ¡Los venderé para probar mi inocencia!

Lo cual, tengo que reconocerlo, constituye una deliciosa ironía.

Carla

Por supuesto, pensó Carla, todo ese rollo de que necesitaba a Poppy y debía recuperarla a toda costa no era cierto. Sólo lo había dicho para poner a Lily de su lado.

Por primera vez en meses, empezaba a sentirse como la de antes, como su antiguo yo. Ahora que Ed había muerto, había dejado de ser la niña que todo lo hacía mal. Los gritos de Poppy ya no le taladraban los oídos día y noche, como un penoso recordatorio (por si hacía falta alguno) de que si no se hubiera quedado embarazada, aún sería libre. Sin la niña, empezaba a dormir mejor, aunque sus sueños estaban atravesados todavía por el recuerdo de mamá. A veces despertaba sobresaltada en mitad de la noche, convencida de que su madre seguía viva. Y entonces recordaba. Ojalá, se decía, derramando cálidas lágrimas, hubiera podido estar a su lado al final.

Ahora tenía que convencer al juez de su inocencia.

No era nada fácil ser el acusado, y no el abogado, descubrió enseguida entre esa bruma de dolor. Ojalá hubiera dominado mejor los resortes de la situación. Ojalá se hubiera dedicado al derecho penal, en vez de decantarse por el laboral.

Mientras Lily se preparaba para la audiencia previa —donde se decidiría si debía seguir encarcelada hasta que el caso fuese a juicio o si podía salir bajo fianza—, Carla intentó recordar los casos de asesinato que había

estudiado en la facultad.

—Lo único que tengo que hacer es declararme inocente —le dijo a Lily en la celda policial.

—No es tan sencillo. —Lily echó un vistazo a sus notas—. El juez examinará las pruebas, como, por ejemplo, el estado de la puerta principal y la trasera, que no parecen haber sido forzadas, y decidirá si representas un peligro.

—¿Un peligro? —exclamó Carla, con un mohín—. ¿A quién voy a hacerle daño?

—Ahí está la cuestión, Carla. El juez no te conoce de nada. Desde su punto de vista, eres la asesina de tu marido. Es poco frecuente conseguir la libertad bajo fianza en una acusación de asesinato. Aunque no imposible.

Lily empezaba a exasperarse, advirtió Carla. Mejor no presionarla, se dijo. A decir verdad, se había quedado pasmada cuando Lily había accedido a asumir su caso. Y ahora debía considerarse afortunada —o eso le decía Lily— por el hecho de que la audiencia previa fuera a celebrarse tan deprisa.

El juez comprendería en cuanto la viera que ella no era una asesina. Lily le había llevado champú y un secador; también un cepillo para el pelo, aunque era uno de esos de mango fino, no su cepillo acolchado de siempre. Lily también le había prestado una insulsa falda marrón hasta la pantorrilla, pese a que ella le había descrito expresamente la que quería que le llevara de su propio guardarropa. «Ésta es más recatada —había dicho con aspereza—. Marca una diferencia esencial.»

Ella había estado muy pesada, eso la propia Carla lo reconocía. Ni siquiera sabía cómo había logrado convencerla. ¿Qué era lo que la había decidido en último término? ¿La afirmación de que Ed se había portado como un «hijo de puta»? ¿El rollo sobre el bebé? ¿O el argumento de que asumir su caso podría ser muy beneficioso para su carrera?

Quizá un poco de cada.

Las cosas habrían resultado más fáciles, sin embargo, si Lily hubiera sido un poco más amable, en lugar de comportarse con rigidez y frialdad. Con frialdad... El cuerpo de Ed estaría frío ahora. Parecía imposible. Todo aquello parecía imposible. En cualquier momento, se despertaría en casa. Pero no en

la casa que había pertenecido a Lily y Ed, sino en su casa de verdad...

En su casa de Italia.

«La luz del sol colándose entre los postigos; los pasos de los niños caminando hacia el colegio; el viejo de la puerta de al lado rezongando contra los turistas, y mamá, tan preciosa como siempre, llamándola con voz cantarina: “¡Carla! ¡Carla!”.»

—Carla Giuliana Macdonald, ¿se declara culpable o inocente?

¿De veras estaban ya ante el juez? Carla recorrió la sala de un vistazo. Era tan fácil viajar con la mente... Tan sencillo aislarse del mundo exterior...

Todos la estaban mirando. Ella los veía lejos, muy lejos. Y luego cerca. Se aproximaban y se alejaban. La sala entera oscilaba. La barandilla que tenía delante, en el banquillo, estaba pringosa por el sudor de sus manos. Sonaba un fuerte pitido en sus oídos.

—Inocente —consiguió decir.

Y entonces la sala volvió a bambolearse, a moverse adelante y atrás como si alguien la estuviera estirando y comprimiendo, igual que el acordeón de aquel viejo que tocaba junto a la fuente de la plaza, allá en Italia...

Al abrir los ojos vio a Lily. Iba con un elegante traje azul marino que podía parecer negro a menos que se mirase de cerca.

—Enhorabuena —le dijo.

No resultaba fácil saber si hablaba en plan sarcástico o no.

Carla miró a su alrededor para darse tiempo. No estaban en una celda policial. Ni tampoco en la sala del tribunal. Era una habitación más parecida a una oficina.

—Te has ganado las simpatías del juez con ese desmayo melodramático. Por suerte para ti, tu abuelo ha pagado la fianza.

¿El nonno? Carla empezó a sudar de nuevo.

—¿Él está enterado?

—La noticia ha salido en todas partes. La prensa se está poniendo las botas. Ahora mismo están en la entrada del tribunal, esperándonos con sus cámaras.

Lily tenía los ojos brillantes. Vidriosos como los de un animal, aunque Carla no sabía si de un animal que andaba tras una presa o de un animal a punto de ser cazado. La idea la inquietó.

—«Ménage à trois en el tribunal», lo llaman. Se han enterado de que compartimos al mismo marido. —Soltó una risotada seca—. Me gustaría replicar que fue en momentos distintos, pero la verdad es que se solaparon un poquito, ¿no?

—Lo siento.

—¿Cómo dices? —Lily se alzaba sobre ella como una maestra—. No te he oído bien. ¿Podrías repetirlo?

—He dicho que lo siento.

Lily ladeó la cabeza.

—¿Realmente crees que basta con una simple disculpa para hacer borrón y cuenta nueva, para expiar la destrucción de mi matrimonio y los efectos que ha tenido sobre mi hijo?

—No era fácil estar casada con Ed.

—Si sigues hablando así, conseguirás que todo el mundo crea que lo mataste. Incluida yo misma.

Lily hablaba con aspereza, pero Carla notó que le había tocado un punto sensible. Ya era un principio. Lento pero seguro. El derecho laboral le había enseñado esa lección. Había que empezar ganándose las simpatías de la otra parte. Y más aún de los que estaban de tu parte...

—Bueno. En marcha, ¿no? Mira al frente cuando salgamos y, pase lo que pase, no le digas nada a nadie. ¿Lista?

Lily caminó por delante con paso enérgico y aplomado mientras ambas seguían a un policía a través del vestíbulo y salían a la calle. Al principio, Carla pensó que el sol relucía con mucha fuerza. Pero luego, al bajar la mano, vio los flashes y las cámaras. Muchas caras. Voces que la llamaban.

—Carla, ¿es cierto que tu abogada estuvo casada con tu marido?

—Carla, ¿quién crees que mató a tu marido, si no fuiste tú?

—Lily, ¿por qué has aceptado defender a la esposa de tu exmarido? ¿Siempre habéis sido amigas?

Carla se sobresaltó cuando Lily la sujetó del brazo. Con firmeza.

Haciéndole daño.

—Al coche. Deprisa.

De algún modo se abrieron paso, bajaron los escalones y subieron al coche plateado que las esperaba junto a la acera.

—Lo tenías todo organizado —dijo Carla con reticente admiración.

Lily estaba sentada delante y tenía la cabeza vuelta hacia la riada de gente. De pronto, se quedó helada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carla.

Lily se sonrojó.

—Nada —contestó, mirándola un momento y volviendo enseguida a darle la espalda.

Había visto algo, pensó Carla. O a alguien. ¿A quién? Miró para averiguarlo, pero el coche ya había pasado de largo y se deslizaba entre el tráfico para salir de Londres.

Lo mejor sería que se quedase en Devon con ella, le dijo Lily mientras avanzaban. Allí estarían más tranquilas, lejos de la multitud, y podrían trabajar juntas. Incluso, si quería, podía presentar una solicitud para que Poppy viviera con ellas.

—¿Harías eso por mí? ¿Tener a la hija de Ed con nosotras?

A Carla se le cayó el alma a los pies. Tener a Poppy a su lado, con esos ojos azules que lo miraban todo, era lo último que necesitaba en ese momento. Seguramente sólo serviría para volver a trastornarla.

—¿Por qué no? Ella no tiene ninguna culpa.

Lily lo había previsto todo.

O eso creía, al menos.

Lily

Debo reconocer que los temores de Carla no son infundados. Sería bien fácil asumir el caso de la mujer de mi marido y presentar una defensa endeble para que la mandaran a prisión.

Pero ésa no es la forma de hacerlo.

—Vamos a dejar esto bien claro —le digo.

Nos hemos acomodado en la sala de estar de mis padres desde la que se domina el mar. Carla está acurrucada en mi sillón, el de terciopelo rosa que yo he usado siempre desde mi infancia. Aunque ella parece encajar de maravilla. Mirándola, cualquiera diría que está de vacaciones. Estirándose bajo el sol que entra por los ventanales. Actuando como si fuera simplemente una invitada, y no la clienta a la que he alojado —para gran sorpresa de mi madre— mientras preparamos el caso.

—Tienes que contármelo todo —continúo—. Sin guardarte nada. A cambio, haré todo lo posible para defenderte.

Ella entorna los párpados.

—Y yo, ¿cómo puedo estar segura? Supongamos que tú quieres en realidad que pierda el juicio.

—Si es eso lo que te inquieta, ¿por qué me pediste que te representara?

—Ya te lo expliqué. Porque tú sabes cómo era Ed y porque la gente confía en ti.

Ed. Su nombre me provoca una vez más una punzada de angustia. ¿Cómo es posible que te importe una persona que te ha hecho tanto daño?

—Y yo te digo que si asumo un caso, pongo toda la carne en el asador. — Hago una pausa, mirando hacia el mar.

Hay una serie de yates cabeceando sobre las olas como un grupo de patos. Los del club de vela siempre salen a navegar los sábados por la tarde. A Tom le encanta contemplarlos, aunque no para de hacer preguntas: por qué flotan los barcos, por qué los peces viven bajo el agua... Ahora está allí abajo, en el paseo marítimo, con mamá. Y con Poppy también, instalada en el cochecito Silver Cross que mamá ha rescatado del desván. Esa criatura, de hecho, es el motivo de que esté haciendo esto.

No quiero sentir nada por la hija de Ed. Realmente no quiero. Pero, desde el momento en que la vi, con ese precioso pelito rojo y los deditos rechonchos de mi marido, noté que algo se removía en mi interior. Ésta es la hija que deberíamos haber tenido juntos. La criatura que habría llegado si no hubiéramos estado tan ocupados con Tom.

También ayuda el hecho de que Poppy no se parezca apenas a su madre. Es curioso, por lo demás, que la criatura se ponga a llorar cada vez que Carla la coge en brazos. Y que ésta haga una mueca cada vez que sujeta a su hija.

—Claro que voy a contártelo todo. —La voz de Carla interrumpe mis pensamientos—. ¿Por qué no iba a hacerlo?

A veces resulta difícil saber si esta mujer es tan inteligente como todo el mundo cree.

—Porque la mayoría de la gente oculta algo —replico.

—Yo no. —Me mira fijamente—. Te estoy diciendo la verdad.

«Estoy diciendo la verdad.» ¿No fue eso lo que me dijo Joe Thomas la primera vez que lo vi? Joe, que estaba entre la multitud a la entrada del tribunal. Observándome.

Vuelvo a contemplar el mar. A lo lejos, diviso los acantilados. Están rojos. Enfadados. En los últimos años han caído al mar grandes pedazos de roca. Hay gente que ha perdido una parte de sus jardines traseros.

Es mucho peor perder a un marido. No importa que Ed estuviera casado con esta mujer que ahora tengo delante. Yo fui su primera esposa. Yo llegué

antes.

—Una vez tuve un cliente que me mintió. —Suelto una risita—. Bueno, supongo que otros han hecho lo mismo. Pero en este caso me consta porque él me lo dijo después del juicio. Era una apelación. Mi cliente ya había cumplido unos años de cárcel, pero yo conseguí que saliera libre. Y entonces él me contó que sí lo había hecho, después de todo.

Carla me mira con atención.

—¿Volvieron a meterlo en la cárcel?

Meneo la cabeza.

—Debería haber vuelto allí. Pero yo no podía hacer nada. No se le podía volver a juzgar por el mismo delito.

Suena el teléfono. Es el abogado litigante cuya llamada estaba esperando. He decidido actuar como ayudante suya, en vez de asumir yo toda la defensa. Como le he explicado a Carla, algunos jueces no ven con buenos ojos que un simple abogado, aunque tenga Derechos Superiores de Audiencia, lleve la defensa en un juicio por asesinato. Gremialismo y demás.

Hablamos brevemente, cuelgo y me vuelvo hacia Carla.

—Parece que hemos de ponernos las pilas. Han adelantado el juicio. Como es obvio, eres alta prioridad para la justicia. Tenemos poco más de dos meses para prepararnos.

—Confío en ti, Lily. Tú puedes conseguirlo. Siempre fuiste la mejor en la oficina.

Carla se estira, cruzando sus piernas esbeltas con sofisticación, como si estuviera haciendo alarde de su cuerpo ante mí. Esas mismas piernas que entrelazaba con las de mi marido. «¿Por qué la has traído aquí? —me pregunta una y otra vez mi madre—. No lo entiendo.»

Por supuesto, no es sólo por Poppy, ese pobre bebé de sonrisa desdentada. Es porque quiero hacer sufrir a Carla. Quiero que viva en una casa llena de fotografías de Ed y de mí. Fotografías que había guardado y que ahora he vuelto a colgar.

Quiero que viva con la exesposa de su marido, que me oiga hablar de una época en la que ella no estaba. Quiero que sienta la severa mirada de mis padres.

Pero sobre todo quiero que sepa lo que es vivir con Tom, cuya vida cambió para siempre cuando ella nos robó a su padre.

Y está funcionando. Lo veo en los ojos de Carla. Porque, por mucho que me gustaría creer que la «niña italiana hecha mujer» es mala de pies a cabeza, sospecho que es capaz de sentir tanta culpa como cualquiera.

Carla

Abril de 2016

—Dígame, Carla, ¿qué recuerda exactamente de la noche en la que fue asesinado Ed Macdonald?

Carla ya se sabía todo aquello de memoria. ¿Acaso ella y Lily no lo habían repasado una y otra vez en la biblioteca durante semanas mientras la madre de Lily cuidaba de Poppy?

En esos momentos habría preferido estar allí, y no en la sala del tribunal. El abogado de la acusación, que era quien le había formulado la pregunta, la miraba con gélido desdén. Los periodistas que aguardaban fuera, estaba segura, ya la habían declarado culpable. Al alzar la vista a la galería, vio a una mujer de largos rizos negros. «¡Mamá!», estuvo a punto de gritar.

Pero entonces la mujer se volvió y Carla vio que no era ella. «Con frecuencia vienen completos desconocidos a presenciar el juicio —le había advertido Lily—. Son simples curiosos.»

Aunque pareciera extraño, había sido la madre de Lily («Llámame Jeannie») quien la había consolado durante su estancia en Devon. «Yo sé lo que es sufrir una pérdida —le había confesado un día, tras la fría actitud que le había mostrado en un principio—. Pero debes recordar que ahora tú también eres madre. Las madres debemos ser fuertes.»

Gracias a Jeannie, Carla había aprendido también que el ruido del aspirador servía a veces para cortar el terrible llanto de Poppy (¡qué increíble!) y que los bebés eran mucho más fuertes de lo que ella suponía. «Si te pone nerviosa cogerla en brazos es porque al principio era muy diminuta y estaba muy delicada —le había dicho Jeannie—. Pero Poppy ahora está creciendo mucho. ¡Mira qué sonrisa tan encantadora!»

Tom había ayudado lo suyo también. Ese enorme y desgarbado hijastro suyo, que se pasaba el día planteando preguntas extrañas y haciendo cosas raras, conseguía hipnotizar a Poppy. Al principio, Carla temía que pudiera hacerle daño a la niña; después, sin embargo, al presenciar los torpes intentos de Tom de ponerle cucharadas de papilla en la boca, y las risas que no paraba de soltar Poppy, se dio cuenta de que los bebés no eran tan frágiles como parecían.

Todos la habían tratado con una amabilidad realmente increíble, considerando que ella le había robado el marido a Lily. «Ellos piensan que Ed debería haberse comportado de forma más responsable», le había comentado Lily un día.

Carla echó otro vistazo a la galería del tribunal. Ed no había llegado a presentarla ante su familia. «Nosotros ya no tenemos mucho que ver unos con otros», le había dicho una vez. Pero quizá era porque le daba vergüenza haber dejado a su mujer y a su hijo. En todo caso, ahora ella no sabía si estaban allí o no. Tal vez eran los que la escrutaban desde la primera fila.

Irguiendo la espalda, Carla miró para otro lado. Por dentro, sin embargo, se moría de miedo. ¿Quién cuidaría de Poppy si la metían en la cárcel? El nonno y la nonna eran demasiado viejos. Estaban demasiado delicados incluso para acudir al juicio. «Los dos te queremos mucho —le había escrito su abuela—. Tu abuelo quizá no lo demuestra porque es orgulloso. Pero estamos convencidos de que tú no puedes haber cometido ese crimen horrible. Te dejarán libre, ya verás.»

¿Seguro? Por primera vez, Carla empezaba a preguntarse si había hecho bien contratando a Lily. En su momento le había parecido una jugada inteligente, pero ahora que estaba sentada en el banquillo la acosaban las dudas. Lily se había ganado en su día toda una reputación como una de las

mejores. Pero ahora estaba desentrenada. ¿Y qué decir del abogado litigante que había escogido? Lily no paraba de pasarle notas, lo que indicaba que él no siempre decía lo que debería haber dicho, o que había omitido algo importante. Carla habría preferido que Lily fuese la abogada principal, pero al parecer, según ella misma le había explicado, era mejor que se limitara a actuar como ayudante. Por lo demás, el hecho de que Lily hubiera accedido a ocuparse de su caso había despertado un gran interés tanto entre la prensa como en el tribunal. El propio juez lo había puesto en cuestión al principio del proceso. «Tengo entendido que está usted representando a la esposa de su primer marido —había dicho—. ¿Eso no podría interpretarse como un conflicto de intereses?»

Lily ya la había prevenido sobre esta eventualidad. Y estaba bien preparada para responder. «En modo alguno, señoría. Mi cliente me pidió expresamente que la representara. Consideraba que teníamos más de un punto en común.»

En la sala había sonado una ráfaga de risas. Pero no era algo gracioso. Era cierto.

Carla pensó en la pregunta que le había hecho el abogado de la acusación. ¿Qué recordaba exactamente de la noche en la que Ed fue asesinado?

—Ya lo dije en mi declaración.

Vio que Lily la miraba frunciendo el ceño. «Siempre responde con respeto —le había advertido—. Tienes que estar preparada para repasar los hechos una y otra vez.»

Carla recobró la compostura.

—Disculpe. Es que estoy muy cansada.

Le lanzó su mejor sonrisa a un joven del jurado que se la estaba comiendo con los ojos desde que había comenzado el juicio. Ése estaba de su lado. «Viste con discreción», le había dicho Lily. Pero Carla no había sido capaz de ponerse el espantoso conjunto que ella le proponía. Se había empeñado, por el contrario, en llevar una chaqueta chic y una falda negra —su favorita— que ceñía y realzaba su figura. Y, por lo que veía, estaba sirviendo para llamar muchísimo la atención.

—¿Puedo estar sentada mientras declaro?

El juez asintió levemente. Menos mal que era un hombre. Así tendría más posibilidades de ponerlo también de su lado, siempre que supiera jugar bien sus cartas.

—Ed y yo estábamos en casa. Él había vuelto a emborracharse. —Cerró los ojos—. Empezó a gritarme. Se empeñaba en que la niña no era suya... — Se le saltaron las lágrimas.

—¿Y él era de verdad el padre de su hija?

Carla alzó la barbilla.

—Por supuesto. Yo quería a mi marido. Jamás le habría sido infiel. Si quiere, me haré un análisis de ADN para demostrarlo.

El abogado de la acusación deambulaba de aquí para allá.

—Pero ¿no es cierto que la noche del asesinato su antiguo novio, Rupert Harris, le hizo una visita en su casa? ¿Estaba usted pensando en dejar a su marido por él?

Carla estaba tan estupefacta que se quedó sin habla durante unos momentos. Su propio abogado litigante también parecía atónito. Era un hombre joven que no paraba de revisar sus notas, como si temiera olvidar algo. Según Lily, sin embargo, era la persona indicada para el caso.

—No —acertó a decir al fin—. Rupert era sólo un amigo de la facultad. Además, yo sabía que acababa de comprometerse.

El repelente abogado de la acusación alzó las cejas, dando a entender que dudaba que eso pudiera haberla disuadido.

—Díganos, por favor, qué ocurrió luego, señora Macdonald.

Carla echó un vistazo hacia el jurado. Había una mujer de cara demacrada junto al joven de aspecto comprensivo. Respondió dirigiéndose a ella.

—Ed me estaba gritando. Empezó a sacudirme por los hombros. Me clavaba los dedos y me hacía daño. Yo estaba muy asustada... —Hizo una pausa, llevándose la mano al pecho—. Le di un empujón para separarlo de mí, pero él se cayó hacia atrás contra la pared. Estaba borracho y no consiguió mantener el equilibrio. Empezó a sangrarle la cabeza. Yo me sentía fatal e intenté detener la hemorragia con un trapo. Pero él me apartó. Los ojos le llameaban de furia.

Hizo otra pausa. Tenían que creerla. Tenían que hacerlo.

—Entonces... cogió el cuchillo de trinchar, el que usábamos para el pollo. Se llevó la mano a la garganta, como si Ed estuviera en ese momento blandiendo el cuchillo ante ella.

—Creí que iba a matarme.

Había un silencio sepulcral en la sala.

—Entonces oí que se abría la puerta...

—¿Está segura?

—Per cierto.

—En inglés, por favor, señora Macdonald.

—Perdón. Estoy segura.

Carla se humedeció los labios. Ésta era la parte más delicada, le había advertido Lily. La parte ante la que el jurado no se mostraría quizá tan comprensivo.

—Salí corriendo al pasillo. Había un hombre allí. No entendía qué estaba pasando. Pensé que también iba a hacerme daño. Estaba muy asustada. —Le salió un sollozo de los labios—. Entonces me entró pánico y eché a correr.

El rostro del abogado de la acusación permanecía impávido. Inexpresivo.

—¿Puede describir a ese hombre?

—Lo intentaré. —Carla tenía la voz temblorosa—. Era bastante alto, con el pelo oscuro y los ojos castaños... No recuerdo mucho más. ¡Ya me gustaría a mí!

—Y a todos nosotros, señora Macdonald.

Lo que Carla no dijo (Lily se lo había desaconsejado; consideraba que sería enredar las cosas) era que cuanto más lo pensaba, más le parecía que recordaba a ese hombre de algo.

—¿Se llevó a su bebé cuando emprendió esa huida desesperada?

Eso no era justo. Y el abogado lo sabía.

—No —susurró Carla, deshaciéndose en sollozos.

Sonaron murmullos de desaprobación entre el jurado.

Lo cual no era nada bueno. Debía hacerles entender la situación que atravesaba en aquellos momentos. Con un esfuerzo, alzó la cara manchada de lágrimas.

—Yo sufrí una depresión posparto después de que naciera el bebé. Ya se

lo expliqué a mi abogado. —Se le escapó un gran sollozo—. Y mi madre murió de cáncer en Italia el mismo día que di a luz. Ni siquiera pude despedirme de ella. Ya sé que no debería haber huido y dejado allí a Poppy. Pero no podía pensar con claridad...

Carla se tapó la cara con las manos, aunque con los dedos lo bastante separados como para poder atisbar al jurado. En lugar de contemplarla con desdén o incredulidad, la mujer de la cara demacrada lloraba en silencio sobre un pañuelito de papel. ¿Sería posible que ella padeciera problemas parecidos?

Con mucho cuidado, empezó a hablar otra vez entre las lágrimas.

—Estaba mojada y tenía frío. Quería volver a buscar a mi bebé, pero me pareció oír pasos a mi espalda en el parque. Así que entré corriendo en un pub para pedir ayuda. Alguien llamó a la policía, pero ¡ellos me detuvieron a mí! Por su asesinato... —Ahora le salieron grandes sollozos, hipidos histéricos. Entre el jurado sonaron murmullos de compasión. Alguien le ofreció un vaso de agua. Las piernas le fallaron.

—Creo —dijo el juez con suavidad— que deberíamos tomarnos un descanso en este punto.

Lo había hecho bien, le dijo el abogado litigante con la cara congestionada de excitación. Muy bien. El jurado parecía de su lado. Aunque, claro, nunca se sabía hasta el final.

—¿Este abogado... sabe lo que hace? —le preguntó después a Lily.

—Carla, ¿qué te he dicho? Tienes que confiar en mí.

El juicio se prolongó de una forma interminable. «Seis días», había predicho Lily. Ya iban por el décimo.

Lo peor, después de su propio testimonio, había sido cuando Rupert fue llamado a declarar.

—Sí, me sentí atraído por Carla en su momento —había explicado ante el tribunal—. Pero ahora estoy felizmente casado. Mi esposa ya era mi prometida cuando me presenté en casa de Carla y Ed con un regalo para el bebé. Me sorprendió la tensión que había en el aire. Era obvio que Ed había

estado bebiendo y no hizo que me sintiera bienvenido, así que me fui al cabo de unos minutos. —Rupert hablaba deprisa, lanzando miradas nerviosas a una chica rubia sentada en la galería, entre el público.

Carla intuyó que debía de sentirse desgarrado: no podía dejarla en muy buen lugar para que su esposa no fuese a creer que en realidad había tenido una aventura con ella. De manera que, cuando al final abandonó el estrado, dirigiéndole una mirada de disculpa, Carla sintió un gran alivio.

A continuación, un perito había declarado que la pequeña cantidad de sangre que había en las ropas de Carla no demostraba que lo hubiera agredido. Que era más probable que procediera de la herida en la cabeza que había sufrido su marido al caer, cuando ella lo había empujado en defensa propia: un hecho respaldado por los hallazgos de la autopsia. Y tampoco había huellas en el cuchillo, dejando aparte las de Ed.

A Carla todo empezaba a darle vueltas. ¡Tanta gente diciendo tantas cosas, hablando como si la conocieran! Un experto en la experiencia del duelo. Otro en depresión posparto y en su relación con las dificultades del parto prematuro. Ambos fueron utilizados por la acusación para sostener que Carla podría haber actuado de modo imprevisible. La defensa los interrogó a su vez y sostuvo que esas alteraciones previas podían explicar por qué sus recuerdos eran tan vagos. Su abogado litigante, que por suerte parecía ir ganando confianza a medida que transcurrían los días, llamó a declarar a un marchante de arte que habló sobre los «conocidos altibajos» de Ed. También se presentó un informe médico sobre su adicción al alcohol; un extracto bancario de sus deudas; y fotos de la terrible cuchillada que presentaba su cuerpo, así como del cuchillo de trinchar.

Carla se sentía aturdida. Como si todo aquello le estuviera sucediendo a otro.

Ahora, finalmente, habían terminado. Mientras aguardaban el veredicto en un despacho contiguo, Lily se mantuvo muy silenciosa. El abogado había salido a hacer una llamada.

¿Cómo era posible que todo su futuro pudiera estar en manos de una

pandilla de desconocidos? La pierna de Carla empezó a sacudirse nerviosamente. Estaba otra vez en el colegio. En Coventry. Carla Espagoletti.

—El jurado ya ha vuelto a entrar. —Era el abogado, con expresión tensa —. Ha sido muy rápido. Nos reclaman en la sala.

61

Lily

Ya he perdido la cuenta de las veces que he esperado un veredicto. Es como esperar el resultado de una prueba de embarazo. O de un análisis de ADN.

Te dices y te repites que has hecho todo lo posible y confías en que el resultado sea favorable. Pero también te adviertes a ti misma que tal vez no sea así. Procuras prepararte, convencerte de que tampoco es el fin del mundo si las cosas no salen como tú quieres. Y, al mismo tiempo, sabes que no es cierto.

Un caso perdido significa que te has fallado a ti misma. Y lo que es más importante, también a los demás.

En condiciones normales, no me habría sentido muy entusiasmada con este abogado litigante. Es demasiado joven, demasiado inexperto. Pero, como le expliqué a Carla, algunos jurados sienten rechazo ante esos letrados de élite que se pavonean por el tribunal con toda su artillería jurídica. Mi hombre se ganó mis simpatías cuando me dijo que debíamos proceder con cautela.

—Nuestra defensa se basa en que sólo hay pruebas circunstanciales —me señaló, sonrojándose. Es de esas personas que se sonrojan fácilmente, como yo—. No hay nada concluyente. Ningún testigo que haya visto a Carla haciendo otra cosa que correr por el parque. Ninguna huella incriminatoria en el cuchillo. Y, además, vio a un intruso en la puerta.

—Pero no hay ninguna prueba de eso —repliqué.

Él volvió a ruborizarse.

—Carla es una mujer muy guapa. Apostaría a que los hombres del jurado la creerán. Lo cual nos da unas probabilidades del cincuenta por ciento.

Por supuesto, fue entonces cuando debería haberle hablado del sobre que había recibido poco después de la detención de Carla. Un sobre con esa enrevesada letra mayúscula que tan bien conocía y que, según el portero de noche, habían entregado en mano a primera hora.

El sobre que me había dicho a mí misma que no debía abrir.

Naturalmente, ya sabía lo que contenía. Otra pista. El propio Joe me lo dijo por teléfono aquella misma mañana.

—Quiero ayudarte, Lily.

Estuve a punto de colgarle sin más.

—Ya te lo dije, Joe. No me vuelvas a llamar. Hice lo que querías, la prueba de paternidad. Y ahora ya se ha acabado. No hay nada más entre nosotros.

—No te creo. Me mentiste. —Su voz ronca me estremecía de pies a cabeza—. Estás asustada. Ya lo entiendo. De veras. Noto por tu tono que no has abierto el sobre que te he enviado. Te ayudará en el caso. Ábrelo. Por los viejos tiempos.

¿Por los viejos tiempos? Hablaba como si tuviéramos una historia. Que por supuesto sí teníamos. Una historia que nadie debía conocer. Una historia que él siempre podría usar contra mí. Ya me imaginaba los titulares: «LA ABOGADA Y EL ASESINO DEL BAÑO». Mejor no pensarlo siquiera. Arruinaría mi carrera. Por no hablar de mi familia. Y Joe lo sabe.

—Tom no es tuyo, Joe.

—Ya te he dicho que no te creo, Lily. Te quiero.

Me daban ganas de vomitar. ¿Un asesino enamorado de mí? Colgué el auricular dando un porrazo. Comprobé que el sobre estaba escondido en un cajón. Debería haberlo roto entonces. Pero sigue allí. Es mi seguro. Mi plan B.

Ahora, en todo caso, estoy esperando. Esperando lo que diga el jurado. Carla está temblando. (Ya puedo pronunciar su nombre sin sentir una punzada de angustia.) Su terror me da placer. Ahora ella no puede hacer nada.

No puede sobornar a nadie. No puede acostarse con nadie para salirse con la suya.

Ni siquiera puede acusarme. Nadie puede negar que yo haya hecho todo lo posible legalmente —lo digo con el corazón en la mano— para librarla de la cárcel. Incluso la he acogido en mi casa para prepararla para el juicio. (Aunque ella desoyó de forma descarada mis instrucciones de que se vistiera de forma apropiada.) Entre las dos hemos logrado mancillar el nombre de Ed de tal modo que ahora todo el mundo cree que el hombre con el que me casé era un borracho y un donjuán. Ya se ve, ¿no? No soy tan buena como parezco.

Todos los presentes aguardan en tensión.

—¿Tienen un veredicto?

El presidente del jurado abre la boca. Me sudan las palmas de las manos. Juro que siento a Ed a mi lado, tirándome de la manga. Cuando me vuelvo, me doy cuenta de que se me ha enganchado en el banco la chaqueta de seda azul marino.

—No culpable.

No puedo creerlo.

Las paredes tiemblan alrededor. Suenan exclamaciones. Hay gritos en la sala. Un bebé empieza a llorar. ¿Poppy? La hija que nunca tuve. Carla desfallece. Tal vez sea puro teatro. Una agente de policía la ayuda a ponerse de pie. El abogado me lanza una sonrisa engreída, del tipo «lo conseguimos». La gente me está felicitando. Uno de los detectives habla con un colega con expresión urgente. Siento una punzada de recelo. Ahora se pondrán a buscar al verdadero asesino. Arriba, en el público, entreveo a alguien más.

Un hombre alto. Rasurado. Pelo corto. Me mira con descaro desde lo alto. Lleva una chaqueta de tweed verde musgo, con el cuello de ante beige levantado. Y enseguida desaparece.

El teléfono suena en cuanto llego a la oficina.

—¿Por qué no has usado mi prueba? —La áspera voz de Joe Thomas está impregnada de decepción.

Abro el cajón y saco el sobre. Todavía está cerrado. ¿Cuántas veces he pensado en abrirlo? Me habría facilitado mucho las cosas, estoy segura. Joe nunca me ha pasado datos erróneos. Como él me ha señalado muchas veces, yo no habría llegado tan lejos sin su ayuda.

—Era mi seguro —digo.

—¿Tu seguro? No entiendo.

—Por si el veredicto no resultaba ser el que yo esperaba. —Mientras lo digo, pienso en Carla.

Apenas me ha dado las gracias después del juicio. Alzaba la barbilla como si ser absuelta fuera sencillamente lo que se merecía por derecho propio. Luego ha sido engullida por la multitud histérica de los periodistas, todos deseosos de comprar su historia, todos dispuestos a pagar más que nadie.

—Ahora ya no puedes usarla —añade Joe con tono de reproche—. El juicio ha terminado. La policía ya debe de estar buscando a otro al que colgarle el asesinato de Ed.

Hago una mueca. Ni siquiera ahora puedo creer que mi exmarido haya muerto. Lo echo de menos. Mi mente no cesa de evocar los mejores momentos de nuestro matrimonio. Los dos acurrucados en el sofá. Sujetando a Tom, de bebé, en brazos. Celebrando la venta del cuadro al anónimo coleccionista.

Luego, mi memoria vuelve a aquella mañana en la que Joe me sorprendió corriendo a primera hora por el paseo marítimo y me pidió una prueba de paternidad. Yo me sentía en ese entonces especialmente vulnerable. Furiosa con Ed por haber hecho lo que se le antojaba. Celosa de Carla, porque veía a mi hijo cada quince días. Sola. Asustada. Confusa sobre si aún me sentía atraída por Joe.

Y ahora, por primera vez desde aquel día, me permito pensar en la llave. La que solía llevar encima como instrumento de autodefensa. La llave que se me cayó del bolsillo y que Joe recogió del suelo.

Y que no me devolvió.

—Es la llave de mi antigua casa —dije con amargura—. La casa que ahora se ha quedado Carla, junto con mi marido y mi hijo, quien, por cierto,

parece encontrarla maravillosa.

—Yo podría darle una lección —dijo Joe en voz baja.

Sentí un estremecimiento de temor... y, sí, de excitación.

—No quisiera que le hicieses daño. Ni tampoco a él.

—O darle un susto, tal vez.

—Tal vez —me sorprendí diciendo.

Fue entonces cuando crucé corriendo la carretera hacia la playa, atónita por mis propias palabras. ¿Realmente acababa de permitirme a mí misma infringir la ley? En un breve instante de locura, le había dado carta blanca a un criminal para que irrumpiera en la casa donde vivían Ed y Carla. Un criminal que haría cualquier cosa por mí.

Auxiliar e incitar, se llama.

Volví corriendo a la mesa del café, jadeando como una loca. Pero Joe había desaparecido.

A medida que transcurrió el tiempo sin que sucediera nada, me fui tranquilizando. Y cuanto más tiempo pasó sin que volviese a tener noticias de Joe, más fácil me resultó quitarme de la cabeza la prueba de ADN. Quizá había renunciado a hacer nada, al fin y al cabo. Y quizá ellos habían cambiado la cerradura de casa. Pero entonces llegó la terrible noticia del asesinato de Ed. Cuando Ross me llamó estando yo en el colegio de Tom, supe de entrada que la culpable era Carla, como todo el mundo.

Después, sin embargo, ella me explicó que se había abierto la puerta y que había un hombre allí. También lo de las notas amenazadoras que había recibido.

Por eso la acepté como clienta. Tenía que asegurarme de que era condenada; de lo contrario, la policía tal vez acabara encontrando al verdadero asesino.

Joe.

Él les contaría que yo le había dado la llave.

Me meterían en la cárcel.

Perdería a Tom.

No. Era inconcebible.

Haría cualquier cosa para evitarlo. Cualquier cosa por mi hijo. De

repente, tenía que idear la estrategia de defensa más difícil de mi vida. Arreglámelas para que Carla perdiera sin que pareciera que yo no me había esforzado.

¿Armando una defensa endeble para que la mandaran a prisión?

No. No era ésa la forma de hacerlo.

De hecho, aquello fue lo primero que pensé cuando Carla me pidió que asumiera el caso. Y era cierto. Tenía que ser mucho más sutil. Tenía que hacer uso de la psicología inversa.

¿Por qué no había asumido yo misma el caso sin ninguna ayuda? No porque al juez quizá no le gustara que un simple abogado se hiciera cargo de la defensa, como le dije a Carla, sino porque confiarían más en mí si recurría a otro letrado. Además, los jueces me conocen, conocen mi estilo. Si hubiera presentado una defensa endeble, ellos se habrían dado cuenta en el acto y me habrían acusado de conflicto de intereses.

No podía defender, dirían, a la mujer de mi marido.

Era mucho más astuto escoger a un joven y nervioso abogado litigante, que se encargara de llevarme mal el caso. Yo le dije a Carla que los miembros del jurado a veces sentían rechazo ante los arrogantes letrados de élite. Lo cual es cierto en ocasiones, pero no siempre. Sin embargo —¡qué mala suerte la mía!—, el jurado sintió incluso demasiadas simpatías por mi torpe y titubeante abogado; lo cual hizo, a su vez, que él fuera ganando confianza. Y entonces ya fue demasiado tarde para maniobrar y perder el caso.

Yo suponía, por otro lado, que si le insistía a Carla para que llevara ropas «insulsas», ella no sería capaz de obedecer porque es demasiado vanidosa. Estaba en lo cierto. Pero también en esto me salió el tiro por la culata, porque bastaba con mirar las caras de los miembros del jurado —tanto de los hombres como de las mujeres— para notar que admiraban su estilo.

¿Por qué no veían a Carla como yo la veía? O sea, como una niña manipuladora que se había convertido en una adulta manipuladora y robamaridos.

—No deberías haberlo hecho —le digo ahora a Joe por teléfono, con una voz impregnada de incredulidad, de consternación, de remordimiento.

Joe me responde, en cambio, con tono impasible:

—Tenía la impresión de que Ed ya no te importaba.

—Tú me dijiste que le darías un susto a Carla. —Ahora hablo en susurros —. No que matarías a mi marido.

—Exmarido —me corrige Joe—. ¿Y quién ha dicho que yo lo maté? Abre el sobre. Vamos.

Mis manos empiezan a moverse pese a que mi mente les dice que no lo hagan.

Dentro del sobre hay una bolsa de plástico sellada.

Y dentro de la bolsa hay un par de guantes. Unos guantes de goma para fregar.

Azules. Pequeños. Manchados de sangre. De sangre y tierra.

Sofoco una exclamación.

—¿Lo entiendes ahora? —dice Joe.

No puedo creerlo.

—¿Así que fue Carla, después de todo?

—¿Y quién si no?

Lo dice con tono engreído, satisfecho.

—¿Cómo los conseguiste?

—Llevaba un tiempo husmeando alrededor de la casa, estudiando el terreno.

—¿Qué pensabas hacer? —susurro.

—No lo sabía. Nunca lo sé hasta que ocurren estas cosas.

¿Estas cosas?

Me viene a la cabeza una imagen de la pobre Sarah.

—Yo estaba allí aquella noche. Vi que salía un tipo joven. Parecía disgustado. Pegué la oreja a la puerta y oí una discusión brutal. Era lo que necesitaba. Con tanto jaleo estarían distraídos. Así que entré.

Con mi llave. ¡Con mi llave!

—Y ahí estaba la chica, frente a mí, con unos guantes de goma cubiertos de sangre. Ella se quedó tan pasmada al verme como yo al verla a ella. Salió corriendo y la seguí. Vi cómo tiraba los guantes entre unos arbustos frente a la casa. En vez de continuar persiguiéndola, recogí los guantes para poder

utilizarlos como prueba. Sólo que tú no los has usado.

No, no los había usado. Quería hacerlo por mi propia cuenta, sin la ayuda de un criminal.

—Bueno, ¿y ahora qué? —La voz de Joe me obliga a centrarme en los aspectos prácticos—. El juicio ha terminado. Tu clienta ha ganado. Pero nosotros sabemos que es culpable. Y ahora la policía estará buscando a otro. A mí.

—¿Piensas hablarles de nosotros? —digo, gimoteando.

—Eso depende. —Habla con tono firme. Amenazador—. No si tú me dices el verdadero resultado de la prueba de paternidad.

—Ya te lo he dicho. Tú no eres el padre.

—Y yo no te creo. —Endurece el tono—. Quiero otra prueba de ADN, Lily. O si no...

Se interrumpe, pero el sentido está bien claro.

—¿Me estás chantajeando?

—Puedes llamarlo así.

Cuelgo el teléfono con mano temblorosa. Joe no sólo es un asesino. Es también un hombre desesperado. Peligroso.

Y no es el único.

¿Qué debo hacer ahora? Entonces palpo algo duro dentro de uno de los guantes.

Es una llave. Una que reconozco sin lugar a dudas.

Si estuviera en mi sano juicio, iría directa a la policía y les entregaría los guantes.

Pero no. Voy a hacer una visita.

A la mujer de mi marido.

Carla

Carla estaba haciendo las maletas. Deprisa. Furiosamente. Los zapatos rojos de tacón, no. Los llevaría puestos. También se pondría su perfume favorito; le daría suerte. Primero iría al hotel para esa entrevista en exclusiva que había prometido al periódico. El anticipo le serviría para costear su nuevo futuro.

Era libre. ¡Libre!

Todo estaba saliendo de maravilla. Mucho mejor de lo que se había imaginado. La pobre e ingenua Lily... Siempre convencida de que todo el mundo era bueno si ella se esforzaba en demostrarlo. Casi le daba pena. Aunque se lo merecía.

Lily tenía que aprender una lección.

El jurado la había creído. Había interpretado bien su papel. Aunque algunas partes de su versión eran ciertas. Ed, borracho de vino y de celos, agarra el cuchillo. Ella lo aparta de un empujón. Él cae hacia atrás, golpeándose la cabeza con la pared. Sangre. Luego se levanta y vuelve a la carga. Ella, cogiendo el cuchillo en defensa propia, le lanza un tajo. El cuchillo se clava en el muslo de Ed. Se había quedado ahí, con el mango verde sobresaliendo de la carne.

Luego ella había corrido y arrojado los guantes entre los arbustos sin detenerse.

Ojalá hubiera podido confesar la verdad ante el tribunal. Defensa propia.

Porque eso había sido, a fin de cuentas. La gente sabía que habían discutido. No tenían más que recordar cómo le había hablado Ed en la última fiesta delante de todo el mundo. Pero ¿y si el jurado no la hubiese creído? Mucho mejor hablar del intruso. Otro detalle que era cierto. El hombre de la puerta junto al que había pasado corriendo.

Gracias por estar ahí, pensó. Fuera quien fueses. Así pudimos culparte a ti de toda esa sangre. De todo el horror.

Demasiadas cosas en la cabeza.

La única salida era borrarlo todo de su mente. Decirse a sí misma que había ocurrido tal como había explicado en el juicio. Seguir adelante. Se iría con Poppy a Estados Unidos. Reconstruirían sus vidas lejos del fisgoneo de los italianos y de la mirada morbosa de los ingleses. Dejaría de trabajar como abogada. Ya había tenido más que de sobra.

—Aquí estás.

Carla dio un respingo.

—¡Lily! ¿Cómo has entrado?

Lily iba lanzando al aire una llave con la palma abierta, como burlándose de ella.

—Todavía la conservo. Ésta era mi casa, ¿recuerdas? Antes de que tú me la robaras y me quitaras a mi marido. Deberíais haber cambiado la cerradura, Carla. Tú y Ed.

Carla empezó a temblar.

—¿Todavía conservabas la llave?

Lily sonrió.

—Exacto. Se la di a un amigo. El hombre que te encontraste en la puerta. Él vio cómo tirabas los guantes ensangrentados. Y los guardó como prueba.

—¡Mientes!

—No —dijo Lily con calma, con un aplomo intimidante—. No estoy mintiendo.

Lily

Sostengo en alto la bolsa de plástico con los guantes.

—¿Lo ves? Cuando los analicen, se demostrará por el ADN que es la sangre de Ed. Mucha más sangre de la que había en tus ropas. Y los guantes están manchados de tierra, además, porque intentaste ocultarlos entre los arbustos. Resulta sospechoso en conjunto, ¿no crees?

—No puedes hacer nada. —Carla se echa a reír—. No los puedes usar. El juicio ha terminado.

—No estás muy al día en derecho penal, ¿verdad, Carla? Tu especialidad es el derecho laboral, creo recordar. Bueno, pues la legislación ha cambiado. Ya hace unos años, de hecho. Mucho después del caso que te conté... Y te lo conté a propósito, por cierto. La prohibición de doble enjuiciamiento no siempre prevalece ahora, sobre todo cuando hay pruebas nuevas. Como unos restos de ADN, por ejemplo. Lo único que tengo que hacer es entregar estos guantes a la policía. Entonces volverás a ser juzgada. Y esta vez te condenarán a cadena perpetua.

Ella sigue sonriendo con suficiencia.

—Si estás tan segura, ¿por qué no has ido aún a la policía?

Empiezo a pensar que he cometido un error.

—Porque primero quería verte cara a cara. Decirte lo que pienso de ti de verdad. —Tengo los ojos húmedos—. El pobre Ed no se merecía acabar asesinado. Vas a pagarlo, Carla, te lo aseguro, aunque sea la última cosa que haga...

Entonces se lanza sobre mí con los ojos llameantes, como una fiera salvaje. El empujón que me da es mucho más fuerte de lo que su físico podría indicar. Yo la empujo a mi vez, pero luego me tambaleo, pierdo el equilibrio y acabo tropezando con una silla de caoba antigua que compré en una subasta. Otra de las cosas que Carla me ha quitado.

Alzo los brazos para protegerme y la llave y los guantes salen volando por el aire.

Un destello metálico.

Un rugido en mis oídos.

«Las noticias de las cinco.»

La radio gorjea alegremente desde el aparador de pino, donde hay un

montón de fotografías (vacaciones, graduación, boda); un precioso plato de color azul y rosa, y una botella pequeña de Jack Daniel's, parcialmente tapada por una felicitación de cumpleaños.

El dolor, cuando se presenta, es tan agudo que casi no parece real.

Una rápida serie de preguntas cruza mi mente. ¿Qué pasará con Tom cuando yo no esté? ¿Quién le comprenderá? ¿Cómo podrán soportar mamá y papá la muerte de otro hijo?

Por encima de mí, en la pared, hay un cuadro de una casa blanca en Italia, salpicada de buganvilla morada. Un recuerdo de la luna de miel. El cuadro que Ed me ayudó a pintar.

Aquí estoy aún, una hora después, apoyada contra la pared, con los miembros del todo entumecidos. Sangrando y esperando. Sigue saliéndome sangre de la cabeza, del golpe que me he dado contra la pared. Noto una palpitación en el pecho. ¿Me estará dando un ataque al corazón? La pulsera de plata de la luna de miel, que, absurdamente, continúo llevando siempre, se me ha clavado en la muñeca con la caída. Y el tobillo, que antes me producía un dolor sordo, ahora me está matando.

Al menos, el olor a humo empieza a disiparse. Era un olor a goma. Como de neumático quemado. ¿Los guantes?

Si Carla los ha destruido, no quedará ninguna prueba.

Y si Joe cuenta la verdad sobre la llave, podría ser yo la que acabara en la cárcel.

Carla

El empujón de Lily la había enviado a trompicones contra la encimera de la cocina. Un platito se cayó al suelo, haciéndose pedazos. Carla no se había hecho daño. Sólo estaba algo aturdida por el empujón. Lo cual no le impidió volver a empujar a Lily, que se fue hacia atrás y se golpeó con violencia contra la pared. Sonó un crujido hueco.

Carla recordaba vagamente que se había acercado tambaleante al fregadero y había intentado deshacerse de los guantes. «Prueba inculpativa.» ¿Cuántas veces había leído esta expresión en los expedientes de la oficina? Era vital deshacerse de esos guantes.

No acababan de arder bien, así que los había cortado en trocitos y los había arrojado por el inodoro. Después se había desplomado en el pasillo, bajo uno de los bocetos al carbón de Ed para La niña italiana.

Parecía un sitio adecuado para detenerse. No tenía ninguna herida en el cuerpo, pero su mente daba la impresión de haber dicho basta.

Desde donde se encontraba tendida, oía los gemidos de Lily. ¿Quién habría dicho que podía salir tanta sangre de una herida en la cabeza?

Si no fuera porque las piernas no parecían responderle, quizá se habría levantado para ayudarla. Ahora ya había tenido tiempo para pensar, tras el shock inicial que había sufrido al ver aquellos guantes ensangrentados. Curiosamente, no odiaba a Lily por querer delatarla a la policía. Ella, en su lugar, quizá habría hecho lo mismo.

Durante toda su vida había deseado cosas que pertenecían a otros. El estuche con forma de oruga. La ropa bonita. Un padre. Incluso su propia madre, que pertenecía a Larry cuando ella era niña. Y, por supuesto, Ed. Hasta que al final lo había conseguido y había descubierto cómo era de verdad.

Pero ella no había pretendido hacerle daño a Ed, se recordó a sí misma. Lo único que hizo fue intentar defenderse. Se había llevado un susto de muerte cuando el cuchillo se clavó en el muslo de Ed. ¡Con qué facilidad se había hundido la hoja! Incluso ahora se le revolvía el estómago al pensarlo.

Merezco que me atrapen, se dijo. Ha ido todo demasiado lejos. Entonces su mirada se detuvo en la foto de Ed y Tom que había en la estantería. Padre e hijo rodeándose mutuamente con el brazo, con una sonrisa que parecía salirse del marco.

Poppy.

¿Cómo se las arreglaría su hija sin ella? Las madres debían proteger a sus hijos. Ahora entendía por qué mamá le había dicho al principio que su padre estaba muerto. Y por qué le había ocultado, más tarde, que tenía un cáncer.

Ella no podía permitir que Poppy sufriera ahora porque su madre estaba en la cárcel. De niña, Carla había creído que ya era bastante desgracia tener una madre que hablaba con acento extraño y que estaba siempre trabajando. Pero la cosa iba a ser muchísimo peor para Poppy. Cuando fuera al colegio, Poppy sería «Diferente», con D mayúscula, de todas sus compañeras. De eso no cabía duda.

Tenía que obligar a su cuerpo conmocionado a levantarse y a salir de allí, aunque sólo fuera por Poppy. La realidad empezaba a reaparecer. Ya se había entretenido bastante tiempo. Debía llevarse unas cuantas cosas. El anillo de la abuela de Ed costaba una buena suma y serviría para que pudieran mantenerse las dos unas semanas.

Sonó un quejido.

En verdad, no quería que Lily muriera, se dijo, sobre todo ahora que ya se había deshecho de los guantes. Además, sólo le había dado un empujón, aunque ese crujido contra la pared había sonado fatal. Sin embargo, tampoco podía ayudarla. Si lo hacía, inevitablemente se pondría en peligro. Quizá cuando saliera de casa podía meterse en una cabina y hacer una llamada anónima para avisar de que había una mujer herida.

—Lily...

Sonaron pasos. Alguien se acercaba desde la puerta principal. Con un escalofrío, Carla comprendió que Lily debía de haberla dejado abierta.

—¿Dónde está mi Lily? ¿Qué le has hecho?

Carla alzó la vista, con la garganta atenazada de temor. ¡Era él! El hombre que había irrumpido por la puerta aquella noche. Algo en esos ojos negros le despertó otro recuerdo más lejano. ¡El desconocido del funeral de Tony!

El hombre pasó junto a ella. Corrió hacia Lily.

—Tranquila, cariño. Estoy aquí.

Carla no oyó la respuesta de Lily.

Los pasos volvieron a acercarse. Distinguió en las manos del hombre un destello metálico.

Sintió una extraña calma.

—¡La has herido! —gritaba él—. ¡Has herido a Lily!

Lo último que captó fue el silbido en el aire de una hoja de metal que se abatía sobre ella.

63

Lily

Tardé mucho en recuperarme.

No tanto física como mentalmente.

Parece increíble todo lo que ha pasado.

Cuando comprendes que no vas a morir al fin y al cabo, sientes una oleada inicial de euforia. «Has tenido mucha suerte», me repetía todo el mundo. «Alguien debe de haber velado por ti», era otra de las frases recurrentes.

Y tú te lo crees. Te lo crees de verdad. Miras por la ventana del hospital y ves pasar a la gente, ves ambulancias entrando en urgencias, pacientes en sillas de ruedas, otros con bastón, cabizbajos, otros riendo con alivio. Y te das cuenta de que ése es el mundo real. El mundo en el que se salvan vidas, no el mundo donde los malvados tratan de segar vidas.

Es después, al salir de nuevo a ese mundo real, cuando vuelven a entrarte las dudas. Cuando empiezas a pensar. Si no me hubiera casado con Ed... Si mi jefe no me hubiera encargado la apelación de Joe cuando aún era demasiado joven e inexperta... Si no me hubiera dejado llevar por mis sentimientos... Si no hubiera conocido a Carla y a su madre... Si no me hubiera tomado esa copa con Joe en Highgate... Si no se me hubiera caído la llave... Si no hubiera defendido a Carla... Si no hubiera abierto ese sobre...

—No debes pensar en todos los «y si» —dice Ross.

Él es una de las personas que han venido a verme con regularidad a la

casa de Devon, donde he estado desde que me dieron el alta. Me va a quedar para siempre una cicatriz en la cabeza, aunque quizá no se vea mucho cuando vuelva a crecerme el pelo. Las costillas fracturadas (de ahí el dolor espantoso que sentía en el pecho) ya se han curado. Pero la muñeca aún me sigue dando guerra; y ya no llevo la pulsera de la luna de miel, que se me quedó clavada al chocar contra la pared. El tobillo, que me fracturé también en la caída, va mejorando poco a poco.

—Los «y si» te volverán loca —continúa Ross—. Lo hiciste lo mejor que pudiste, Lily. De veras. Y si cometiste algunos errores por el camino..., bueno, así es la vida.

Mamá entra con una bandeja de café para nuestro visitante y oye el final de la última frase. Me mira a los ojos un momento y luego desvía la vista. Pero ya es tarde. Sé lo que está pensando. Si de verdad quiero curarme, he de contar la verdad. La última parte de mi historia. El trocito que nunca le conté a mi marido, ni tampoco al terapeuta que me recomendaron en el hospital que fuera a ver.

Ross es un buen amigo. Se lo debo. Y lo que es más importante quizá, me lo debo a mí misma.

Tenía once años cuando mis padres adoptaron a Daniel. No era la primera vez que me habían anunciado que había otro niño en camino. Yo recordaba que papá me había hablado varias veces del hermanito o la hermanita que iba a tener pronto. Sólo más adelante me enteré de que mamá había sufrido un aborto tras otro. Así que mis padres optaron finalmente por el sistema de acogida para que yo tuviera «compañía».

Por supuesto, fue una gran idea de su parte. Pero a mí no me lo pareció en ese momento.

Algunos de los niños estaban bien. Otros, no. A veces, cuando volvía del colegio, me encontraba a mamá jugando con un crío de tres años. Yo quería contarle cómo me había ido el día, pero ella estaba demasiado ocupada: la asistente social iba a venir a hacer una inspección; o ella tenía que llevar a la criatura al médico porque tenía dificultades respiratorias.

A mí no me habría importado, salvo por el hecho de que no eran hermanos o hermanas de verdad. Alejaban a mis padres de mí. Y me hacían sentir diferente. Mis amigas del colegio encontraban extraño que mis padres —unos padres concienciados socialmente— acogieran a un niño tras otro y cuidaran de ellos desde unos pocos días hasta incluso un año, antes de que se marcharan y fueran reemplazados por otros.

Al final, mis padres captaron el mensaje.

—Vas a tener un hermano a tiempo completo —me anunció mi padre una mañana.

Lo recuerdo muy bien. Estábamos comiendo huevos pasados por agua en nuestra casa de Londres: una casa adosada impecable, revestida de enguijarrado. Tampoco demasiado grande, a pesar de que la familia de mi madre era bastante pudiente, porque la ostentación no encajaba con los principios socialistas de mis padres.

—Es un niño que ha tenido un inicio muy duro en la vida —dijo mi madre—. El pobre tenía unos padres que..., bueno, que hicieron cosas malas. O sea, que a veces también él se porta mal. Ha estado en varias casas de acogida, pero nosotros ahora vamos a adoptarlo. Le daremos un hogar de verdad. —Mamá me dio un achuchón—. Y tú también puedes ayudar, Lily, siendo una buena hermana mayor. Tienes que cuidar de él también, como nosotros.

Y entonces llegó Daniel.

Yo tenía once años. Él tenía uno menos, pero parecía mayor con su físico alto y desgarbado y con una gran mata de pelo negro desgreñado. Visto de forma retrospectiva, mis padres podrían habérselo pensado mejor. Pero ellos querían marcar la diferencia: quedarse al niño que nadie había querido. Más adelante, descubrí que la madre de Daniel había sido una prostituta adicta a la heroína, aunque él decía que era una trapecionista de circo. (Se le daba muy bien inventar detalles rebuscados para hacer las cosas más interesantes.) Su padre estaba en la cárcel por un doble crimen inducido por las drogas. (Daniel nunca hablaba de él.)

Desde el momento en que llegó, Daniel empezó a traspasar los límites. Se negaba a ir al colegio. No volvía a casa a la hora que había prometido. No, no

había robado dinero del monedero de mamá. ¿Acaso no confiábamos en él?

De hecho, sólo había una persona en la que Daniel confiara.

—Tú —dice Ross en voz baja.

Miro a través de la ventana el prado donde Tom está jugando a croquet con mi padre. Cuando logra pasar la bola por el aro, lanza el mazo al aire con alegría, como solía hacer Daniel. Cuando falla un tiro, golpea el suelo con el pie. A veces, las semejanzas entre ambos son extraordinarias, a pesar de que no haya un vínculo de sangre.

¿Naturaleza o educación?, me pregunto a menudo.

—Sí —murmuro—. Daniel confiaba en mí. Por alguna razón, se aferró a mí. Me adoraba. Pero yo le fallé.

Ross me coge de la mano. De un modo firme, reconfortante. Sin juzgarme. Pienso en cómo me ayudó a superar todas las traiciones de Ed. Y pienso que así como Daniel confió en mí, yo puedo confiar en Ross. A él no le voy a contar la versión a medias de la muerte de Daniel que le conté a Joe en el pub. Ni la versión que le di a Ed, suprimiendo una escena esencial.

A Ross le voy a contar toda la verdad.

Fueron las otras chicas del colegio las que empezaron. A todas les gustaba mi hermano adoptado. Daniel era muy guapo: un chico tan alto, con esa mata de pelo y esa sonrisa ligeramente torcida tan entrañable. ¡Cómo se reían todos con él! Se había especializado en el papel del payaso de la clase. Replicaba a los profesores. Se burlaba de ellos. Se metía en líos. Cuanto más lo reñían, peor se volvía. Empezó a robar dinero a los demás niños, y luego juraba que no había sido él.

Mamá, al morir su padre, heredó la casa de Devon. Aquello sería como empezar de nuevo para mi hermano, dijeron mis padres cuando yo armé un gran escándalo por tener que dejar mi colegio. Y, en efecto, fue como empezar de cero. A Daniel y a mí nos encantó nuestro nuevo hogar. ¡Era toda una novedad vivir junto al mar!

Hago una pausa y vuelvo a mirar por la ventana. Contemplo las olas, que azotan las rocas del otro extremo de la bahía.

Mis padres hicieron lo imposible para que Daniel fuera feliz. Le compraron un caballo, Merlin, y adoptaron un perro abandonado al mismo

tiempo. No hacían caso de su mala conducta; preferían el sistema de elogiar las cosas que hacía bien. Le compraron la chaqueta nueva que quería cuando a mí no me habían dejado comprarme el mullido suéter azul en el que tenía puesto el ojo. (Él lo necesitaba, y yo no, al parecer.)

—Ellos me escogieron a mí —decía Daniel a veces con orgullo.

Pero, en sus momentos más negros, se le caía la máscara.

—Yo no quiero ser diferente, Lily —decía—. Quiero ser como tú. Como todo el mundo.

Daniel no era el único que estaba confuso. A veces, yo tenía celos de toda la atención que mis padres ponían en él. Y otras veces me sentía desbordante de amor por mi nuevo hermano y agradecida por tener al fin la compañía que había deseado. Pero de vez en cuando sucedía algo que me impulsaba a preguntarme cómo habrían sido las cosas si mis padres hubieran escogido a otro.

Por supuesto, Daniel seguía metiéndose en líos, igual que en Londres. Era la misma historia de siempre. Mentiras sobre los deberes. Mentiras sobre dónde había estado. Yo le cubría. Era lo que una hermana debía hacer. Una vez, un tendero salió corriendo detrás de nosotros, empeñado en que Daniel había robado una bolsa de caramelos.

—Él no haría una cosa así —le repetí yo.

Pero, cuando por fin nos dejaron marchar, Daniel se sacó el paquete del calcetín.

Volví a la tienda y expliqué que todo había sido un malentendido. Y Daniel me juró que no volvería a hacerlo nunca más.

—Te lo prometo. Te lo prometo.

Su infancia —y la mía— estuvo salpicada de incidentes similares.

Unos años más tarde, cuando él acababa de cumplir quince, una chica empezó a decir que se habían acostado juntos. La noticia corrió por todo el colegio.

—No es verdad —dijo, riendo, cuando se lo pregunté—. ¿Por qué iba a querer acostarme con ella? Es una zorra. Además, yo sólo deseo a una chica.

—¿A cuál? —pregunté burlona.

Su rostro se cerró en banda, como si lo hubieran tapado con una cortina.

—No te lo voy a decir.

Pero entonces, un día, yo tuve mi primera cita.

Me detengo, con las mejillas coloradas.

—Era uno de los chicos del colegio. Para entonces, a todas mis amigas les habían pedido una cita. Pero ellas eran más monas que yo. Más delgadas.

Mi madre estaba entusiasmada por mí.

—¿Qué te vas a poner?

Daniel estaba furioso. No me hablaba. Y cuando finalmente bajé, después de una eternidad arreglándome, mi hermano me dijo que el chico había llamado para decir que no iba a poder venir. Más adelante, me enteré de que Daniel se había apostado fuera, para esperarlo, y le había contado una mentira. Le dijo que yo al final no quería salir.

Ross me interrumpe suavemente.

—¿No te preguntaste si...? —Se interrumpe a media frase.

—No. Ya sé que parece tonto, pero sólo pensé que se estaba portando mal otra vez. Que estaba creando problemas como siempre. —Inspiro hondo—. Pero entonces empezó a rozarme el brazo con el suyo «sin querer». Por las noches, manteníamos largas conversaciones hasta muy tarde. Y una noche, cuando bajamos a las cuadras a dar de comer a Merlin, me besó.

Cierro los ojos. Incluso ahora recuerdo aquel beso. Un beso como ningún otro. Nunca en toda mi vida me han besado así. Saber que estaba mal no hacía más que aumentar la excitación. Sí, yo también le deseaba. En el fondo, me di cuenta de que había deseado desde siempre que él hiciera aquello. Que había tenido celos de esa chica que decían que se había acostado con él. Pero cuando al final me aparté, me sentí abrumada de vergüenza.

—Da igual —dijo Daniel, con la voz ronca y jadeante—. No somos parientes. Podemos hacer lo que queramos.

Pero no daba igual. Y ambos lo sabíamos. Al poco tiempo, los besos se volvieron más osados. Incluso mientras lo voy diciendo, siento aún el estremecimiento de lo ilícito.

Mamá empezó a notar algo.

—Tal vez estoy equivocada —me dijo, con las mejillas rojas—. Pero ve con cuidado, ¿vale? Daniel quizá no sea tu hermano de sangre, pero no

olvides que es tu hermano adoptado.

Yo estaba muerta de vergüenza. Asqueada de mí misma. Así que hice lo que hace la mayoría de la gente cuando la acusan de algo. Le devolví la acusación.

—¿Cómo puedes pensar algo tan asqueroso?! —grité.

Mamá se puso como la grana, pero aguantó el tipo.

—¿Estás segura de que me dices la verdad sobre Daniel?

—Claro que estoy segura. ¿Cómo puedes ser tan repugnante?

Sus palabras me asustaron, no obstante. Yo había cumplido entonces los dieciocho. Daniel tenía diecisiete. No lo habíamos «hecho», como lo llamaban mis compañeras de clase. Pero estábamos cerca. Peligrosamente cerca.

A veces, mi amor por Daniel era tan abrumador que apenas podía respirar cuando me sentaba frente a él durante el desayuno. Otras veces, en cambio, a duras penas soportaba estar en la misma habitación que él. Eran los mismos sentimientos que habría de tener más tarde respecto a Joe.

Y ahí está el quid de la cuestión, ¿entiendes? A causa de Daniel, yo era incapaz de sentirme atraída por un hombre a menos que estuviera mal. Por eso me sentí tan atraída por Joe. Por eso mi luna de miel había sido un desastre. Y por eso siempre me resultó difícil con Ed.

—Entonces —continúo con voz entrecortada—, el mismo chico del colegio volvió a pedirme para salir. Yo le había dicho que había habido un malentendido en la cita anterior. Esta vez no iba a permitir que Daniel me lo impidiera. Era la única forma que tenía de liberarme.

Cierro los ojos y vuelvo a verlo todo: mi habitación, las paredes cubiertas de carteles, el escritorio lleno de cuadernos de deberes, mi hermano mirando con ojos furiosos la blusa ajustada que me había puesto para la cita; una plateada y reluciente (para la que había tenido que ahorrar) que marcaba con toda claridad mis curvas...

—No tienes por qué explicármelo —dice Ross, percibiendo mi angustia.

—Necesito explicártelo.

Haciendo un esfuerzo, le describo cómo se enfureció Daniel. Estaba totalmente enloquecido por los celos. Me dijo que yo nunca podría dejar de

hacer lo que habíamos estado haciendo los dos. Me llamó de todo.

Putá.

Zorra.

Gorda.

Me dijo que nadie más me querría.

Y fue entonces cuando pronuncié aquellas palabras funestas.

«Ojalá no hubieras nacido.»

Daniel se quedó muy callado. Me miró durante lo que me pareció una eternidad y luego salió de la habitación. Yo me cubrí de maquillaje para disimular el rastro del llanto y bajé corriendo la escalera.

Me interrumpo un momento. Me recompongo antes de continuar con la parte final de la historia.

Cuando ya salía, mamá me detuvo.

—Estás muy guapa —dijo, echando un vistazo a la blusa—. Pero necesitarás el abrigo. Hace frío.

Estaba tan desesperada por salir que se me había olvidado. Descolgué el abrigo del perchero.

Mamá me habló con voz trémula.

—¿Vas a salir con Daniel?

—No —dije, casi escupiéndole la palabra y poniéndome toda roja, como si estuviera mintiendo—. He quedado con otro chico.

Ella estaba tan colorada como yo.

—¿Me lo prometes? —dijo.

—Claro que te lo prometo. Daniel... ha ido a otro sitio.

Ésta es la parte más difícil. Tan difícil que las palabras me ahogan y me cierran la garganta. Pero tengo que decirlo. Ya he llegado al final. Si no lo hago ahora, nunca lo haré.

Ross me sujeta la mano. Inspiro hondo.

—Cuando volví..., y volví temprano, de hecho, porque la cita no fue demasiado bien, mamá estaba histérica. Habían encontrado una nota de Daniel. Sólo decía: «Me voy». ¿Yo sabía algo? ¿Se había fugado? Y entonces se me ocurrió. Debía de haber ido a nuestro rincón. A nuestro rincón preferido.

Ross me aprieta la mano mientras las palabras fluyen de mi corazón.

—Estaba colgado con su chaqueta roja de una de las vigas de la cuadra, y Merlin le acariciaba los pies con el hocico. ¿Y sabes qué había en el suelo helado?

Ross niega con la cabeza.

—Mi muñeca. Mi vieja muñeca. La que solía llevar a todas partes. Amelia. Debía de haber vuelto a entrar para recogerla de mi habitación y escribir la nota. Y yo sé por qué. Amelia debió de hacerle sentir que yo estaba con él en el último momento...

Mientras lo explico, me viene durante un instante la imagen de Carla de niña, preguntándome por mi muñeca en un taxi, cuando la llevaba de casa al hospital. «¿Todavía la tienes?», me había preguntado. «No», le respondí. Y era cierto.

Les pedí a mis padres que la pusieran en el ataúd.

El dolor por haberme permitido recordar se ha vuelto abrumador. Me asfixia. Me hace respirar con jadeos breves y desesperados. Veo a mi padre. Sollozando. Sin poder dar crédito a lo que le mostraban sus ojos. Veo a mi madre, abrazándose a sí misma, meciéndose de rodillas, repitiendo una y otra vez la misma frase: «Tiene que ser un error...».

Me vuelvo hacia Ross.

—¿Te das cuenta? Fue culpa mía. Si no hubiera salido con ese chico del colegio, Daniel no se habría quitado la vida. Por eso no volví a salir con nadie más. Hasta que llegó el cambio de milenio y mi padre me dijo que ya era hora de pasar página.

—Que fue cuando conociste a Ed —señala Ross en voz baja.

—Exacto. Por eso también quise ser abogada. No para arreglar el mundo, sino para arreglarme a mí misma. Quería asegurarme de que no volvería a cometer otro error.

Me detengo.

—Y entonces... —apunta Ross con delicadeza.

—Entonces conocí a Joe Thomas.

64

Lily

Querida Lily:

Siento mucho todo lo ocurrido. Hice cosas que no debería haber hecho. Y no hice otras que dijeron que había hecho. En todo caso, ahora estoy pagando por ellas...

En efecto, hay una posdata en esta historia.

Nadie entiende cómo sobrevivió Carla. La magnitud de la ira de Joe Thomas fue espantosa. A una mujer del jurado tuvieron que sacarla de la sala cuando vio las fotografías.

Una cosa es segura. La niña italiana ya nunca volverá a tener el mismo aspecto. Ha desaparecido aquella piel preciosa. En su lugar, ahora hay una masa de cicatrices. Un ojo no se le volverá a abrir. La boca se le tuerce hacia un lado. Sólo conserva su lustrosa cabellera.

La vida es muy larga. Sobre todo cuando ya no tienes a la belleza de tu lado...

CRIMEN PASIONAL

UN EXCONVICTO Y SU ABOGADA METIDOS EN UN ENIGMÁTICO CASO DE
ASESINATO

LA VIUDA DEL PINTOR IMPLICADA EN UN ESCÁNDALO CRIMINAL

Los titulares se sucedieron durante días. Tuvieron que celebrarse dos juicios, claro. Uno para Joe. Y otro para Carla.

Por suerte para ella, Carla encontró a un nuevo paladín. Su auténtico padre. Un hombre que no había mantenido ninguna relación con ella porque tenía su propia familia. Una vez que sus hijos se fueron de casa, sin embargo, él se divorció y contrató a un detective para localizar a su hija. Para entonces, ella estaba viviendo en Italia. El hombre decidió no dar ningún paso más, pero fue lo bastante sentimental como para comprar el retrato que su detective había descubierto en una pequeña galería de Londres. El cuadro se titulaba simplemente La niña italiana, pero los documentos que lo acompañaban mencionaban el nombre de la modelo.

Carla Cavoletti.

A él, durante un tiempo, le bastó con el retrato. Pero cuando leyó las noticias sobre el primer juicio de Carla y se enteró de la muerte de Francesca, su conciencia reaccionó por fin. Pagó el importe de la fianza y obligó al abuelo de Carla a mantener el secreto, diciendo que lo había pagado con su dinero.

Luego, cuando ella fue condenada por agredirme y por asesinar a Ed, él tuvo el valor de intervenir abiertamente y darse a conocer. Los periódicos se pusieron otra vez las botas.

EL PADRE DE LA CHICA ITALIANA PROMETE CUIDAR DE SU NIETA

Aunque me alegro de que a la pequeña Poppy la vaya a cuidar una familia mientras su madre cumple la condena, procuro no pensar en todo esto y seguir con mi vida.

Ya me he cansado de los procesos criminales. Mi nuevo despacho de asesoría jurídica familiar funciona de maravilla. Tom va varios cursos por delante gracias a su dominio de las matemáticas, pero todavía tiene rabietas de niño pequeño si le mueven los zapatos. Debo recordarme a mí misma que, según los expertos, debería decir *crisis*, no *rabietas*, porque ese término

implica un cierto grado de intencionalidad. Y debo recordarme, en efecto, que Tom sencillamente no puede evitarlo.

No obstante, Alice, su nueva amiga del colegio, ha ayudado lo suyo. Alice nos cae bien a todos. Tiene los mismos problemas que mi hijo. Le comprende. A lo mejor algún día llegan a ser algo más que amigos.

Entretanto, tengo a mi lado a mamá y a papá, que se están haciendo mayores y hablan de vender la casa. Y tengo a Ross, claro, que ya se ha convertido en una visita regular. Sin abusar, sin molestar nunca. Pero viene a verme con frecuencia. Incluso después de mi confesión.

Como hoy mismo, cuando me ha traído la carta de Carla.

Inspiro hondo y leo el resto.

... Te escribo para decirte que voy a volver a casarme en cuanto Rupert consiga el divorcio. La boda se celebrará en la cárcel, pero no importa. A Rupert no le importa que no tenga la misma cara de antes. Quiere a Poppy como si fuera suya. (No lo es.) Mi abogado dice que una condena de por vida no siempre significa de por vida.

Perdóname, por favor.

Espero que quieras desearme de corazón que sea feliz.

Tuya,

CARLA

Dejo la carta sobre la hierba. Ondeada al viento y sale volando. No hago el menor intento de atraparla. No significa nada. Carla siempre ha sido una hábil mentirosa. Y, sin embargo, hay algo que me reconcome. Algo que no acaba de encajar...

—¿Chicle, cinta adhesiva, tijeras, objetos punzantes?

Otra vez estoy en la cárcel. En una diferente de la anterior. Y no vengo como abogada. Sólo soy una visita.

—Levante las manos, por favor.

Me están cacheando. Deprisa, pero a conciencia.

Pasa un perro con su adiestrador. El animal no me presta atención, pero se sienta en silencio junto a la chica que va detrás en la cola. Enseguida se la llevan. Al parecer, así es como actúan los perros rastreadores. No ladran ni gruñen. Tan sólo se sientan.

—¿Por qué has venido?

Estoy sentada cuando entra Joe Thomas. Lo veo más flaco. Y no sé cómo, pero parece más bajo. Me mira con expresión glacial. Debería asustarme. Pero no me asusto. Hay mucha gente a nuestro alrededor.

—Quiero saber qué pasó exactamente.

Él se arrellana en la silla, inclinándola hacia atrás, y luego se ríe.

—Ya te lo dije. Se lo conté a todo el mundo en el juicio.

Dejo que mi mente retroceda... A la época en la que Carla fue condenada por atacarme y por asesinar a Ed. Al juicio celebrado unos días más tarde, cuando Joe fue condenado por atacar a Carla. Y por su complicidad en el asesinato de Ed.

Increíble, ¿no?

Pero eso fue lo que pasó. Joe fue llamado a declarar en el juicio de Carla y dijo que la había conocido en el funeral de Tony (otro de los asistentes testificó que habían estado hablando) y que luego se habían mantenido en contacto. Juró que Carla, conocedora de sus antecedentes criminales, lo había contratado más tarde como asesino a sueldo y le había prometido pagarle cuando cobrara el seguro de vida de Ed. Habían acordado que él se presentaría en la casa una noche determinada. Pero cuando Joe llegó allí, la encontró en un estado terrible... y enseguida vio por qué. Carla ya había apuñalado a Ed ella misma. En el muslo. Y después huyó precipitadamente, dejando allí a Joe para que fuera él quien se llevara las culpas.

Carla negó todo esto con vehemencia. De manera instintiva, yo tampoco sentí que sonara cierto. No acababa de imaginarme a Carla contratando a un asesino a sueldo.

Pero el abogado litigante era bueno. Muy bueno. Con su persistente interrogatorio, consiguió al final que Carla se desmoronara y que reconociera que sí, que ella le había clavado el cuchillo a Ed. Él lo había blandido primero, había dicho Carla entre sollozos. Ella pensó que iba a atacarla por

los celos que tenía de Rupert. Fue en defensa propia. Pero desde luego no había contratado como asesino a Joe. Eso era mentira.

El nuevo jurado, sin embargo, no creyó su declaración. Las mentiras que ya había contado le quitaban toda credibilidad.

Yo había temido con verdadero terror que Joe fuera a implicarme. Pero en cuanto explicó que Carla lo había contratado, comprendí que lo hacía para protegerme. Supongo que la llave debería haber constituido otra pista en ese sentido. Me refiero a la llave que él me envió en un sobre, junto con los guantes de goma de Carla. En aquel momento, yo pensé que me estaba animando a vengarme.

Ahora me pregunto si no me estaba dando un salvoconducto para evitarme la cárcel.

Joe explicó su presencia en casa de Carla, una vez que ella fue absuelta, diciendo que se presentó allí para exigir su dinero. Y que se la encontró justo cuando me estaba atacando.

Pero yo sé que no fue así, por supuesto. Él había vuelto allí por mi causa. Debió de sospechar que, después de abrir el sobre con los guantes de goma, yo iría a ver a Carla. Quería comprobar que no me pasaba nada malo.

Soy consciente, dolorosamente consciente, de que si Joe hubiera contado la verdad acerca de todo esto, yo también estaría en la cárcel.

Pero ése es el problema de las mentiras. Como dije al principio, empiezan siendo pequeñas, simples mentirijillas. Y luego se multiplican. Una y otra vez. Hasta que las mentiras piadosas se vuelven tan siniestras como las mentiras de verdad. Y, sin embargo, su mentira me ha salvado.

Increíblemente, el jurado creyó a Joe. También contribuyó el hecho de que, tras el asesinato de Ed, no se encontraran signos de que la entrada hubiera sido forzada. Era lógico pensar, pues, que Carla le había dejado entrar de forma voluntaria.

Lo condenaron a cadena perpetua por su complicidad en el asesinato de Ed y por el ataque a Carla. La misma condena que recibió Carla por asesinar a Ed. La misma que Joe debería haber recibido por la pobre Sarah Evans.

Podría considerarse que se ha hecho justicia. Pero no estoy tan segura. Por eso he venido aquí.

—Sé que no decías la verdad. Quiero saber qué ocurrió en realidad.

Él sonríe. Como si estuviéramos jugando a un juego, como al principio, cuando él me había obligado a averiguar el sentido de aquellas cifras de las temperaturas del agua.

—Tócame. —Lo dice bajando tanto la voz que apenas lo oigo. Vuelve a repetirlo—. Tócame y te lo contaré.

Echo un vistazo en derredor. Celadores de brazos cruzados. Mujeres hablando apresuradamente con los hombres que tienen delante. Parejas que guardan silencio.

—No puedo.

—Mira —me dice, con los ojos fijos en los míos—. A tu derecha.

Hago lo que dice. La mujer que está junto a mí tiene el pie levantado, entre las piernas de su hombre.

—No voy a hacer eso. —Me arde la cara.

—Entonces no te lo cuento.

Esto es chantaje. Tal como intentó chantajearme con el análisis de ADN y la llave.

Vuelvo a mirar. La celadora más cercana se aproxima hacia la mesa de mi derecha. No nos mira a nosotros.

—Deprisa —dice.

Mi corazón se pone a palpar aceleradamente, como ocurrió en el paseo marítimo cuando cogió mi llave. Una oleada de deseo empieza a difundirse por la parte inferior de mi cuerpo, por más que trato de sofocarla.

Entonces me viene la imagen de las cuerdas. Daniel con el cuello flácido. Amelia, mi muñeca, tirada en el suelo, bajo el cuerpo de mi hermano. Y Merlin, el pobre Merlin, con una expresión perpleja en aquella cara suya tan querida y tan sabia. Muerto a manos del asesino de Sarah Evans —o de alguien en su nombre— en un intento de asustarme.

Es una llamada de atención. Un codazo que me devuelve la cordura.

—No —digo con firmeza, todavía con los pies en el suelo—. No, no lo voy a hacer. Ya estoy cansada de estos juegucitos, Joe. Se acabó.

Una expresión decepcionada cruza su rostro un instante, seguida de un encogimiento del tipo «bueno, como quieras».

Se dispone a levantarse, pero luego parece cambiar de idea.

—Vale. Estás de suerte, hoy me siento generoso. Te daré una pista aun así.

—Ya te lo he dicho. —A punto estoy de dar un puñetazo en la mesa—. Basta de juegos.

—Pero éste es por tu propio interés, Lily. Te dará paz. Créeme. —Su sonrisa me hiela hasta los tuétanos—. Observa mi dedo. Atentamente.

Está trazando un número sobre la mesa. Hay un «0». Luego un «5». Y luego, me parece, un «6».

—No lo pillo. —Me suben lágrimas a los ojos. Siento náuseas. El tiempo de visita casi se agota. Yo pensaba que tal vez encontraría una especie de conclusión al venir aquí, pero no ha sido así. Lo único que estoy haciendo es tratar de buscarles sentido a los juegos de un loco.

—Mira otra vez.

Un «0», sin duda.

Un «5», o eso parece.

Un «6».

«056.»

—Cinco minutos —suelta el celador a mi espalda.

Joe mueve los ojos hacia el reloj. ¿Es otra pista?

Inténtalo, me digo. Piensa en este enigma como hace tu hijo. Míralo desde otro ángulo.

—No lo sé —sollozo—. No lo sé.

Otros internos empiezan a mirar. Joe también lo nota.

Se pone a hablar. Lentamente. Con calma. Como un padre tranquilizando a un niño.

—Entonces te lo voy a decir. No significa nada. A veces creemos ver pistas que no son nada. La verdad, Lily, es que tú eres una buena persona en el fondo. Pero fuiste débil aquella noche. Estabas herida. Asustada. Por eso dejaste que me llevara la llave. Yo sabía que si la usaba para hacer algo terrible, tú nunca podrías perdonártelo. Bueno, ya puedes perdonarte. Hablaba en serio cuando te dije que no tuve que usar la llave. Por eso te la devolví por correo.

Un atisbo de esperanza destella en mi interior.

—¿De veras?

Por primera vez me doy cuenta de que realmente no conozco a este hombre. Nunca lo he llegado a conocer. Sí, quizá puede parecerse a Daniel. Quizá habla como él. Pero no es Daniel. Es un asesino. Y un mentiroso.

Sonríe.

—Es verdad. Carla ya había abierto la puerta. Estaba a punto de salir cuando yo llegué.

—Entonces ¿yo no tuve la culpa de que Ed fuera asesinado?

Menea la cabeza.

—Pero ¿por qué dijiste que te contrató como asesino a sueldo?

Otra sonrisa.

—Yo sabía que me condenarían por el ataque a Carla, así que pensé que, ya puestos, podía tratar de arrastrarla conmigo.

—Pero eso te costó una sentencia más larga —susurro.

—Sí, bueno. —Se encoge de hombros. Parece avergonzado—. Digamos que fue mi penúltimo acto de amor hacia la mujer que nunca pude conseguir.

—¿Penúltimo? —susurro.

—Sí. Y éste es el último. —Se inclina hacia mí—. Carla fue condenada por asesinar a Ed porque le clavó el cuchillo, ¿verdad?

Asiento.

—Pero luego el cuchillo lo encontraron en el suelo.

Rememoro las preguntas formuladas en el juicio cuando surgió esta cuestión en concreto. Sí, había dicho Carla por fin. Ella había acuchillado a Ed. Sin embargo, no recordaba lo que había pasado después. Todo era una gran confusión...

—Escucha, Lily. Cuando yo llegué aquella noche, el cuchillo estaba todavía clavado en el muslo de Ed. —Joe habla muy despacio. Pausadamente—. La muy idiota se había limitado a dejarlo ahí. Nunca debes sacar un cuchillo clavado si no tienes los conocimientos médicos necesarios. ¿Lo sabías? Porque al sacarlo puedes provocar unos daños mucho mayores.

Apenas puedo respirar.

—Así que volví atrás. Después de ver cómo Carla arrojaba los guantes,

volví a la casa. Tenía que averiguar si había algo que pudiera incriminarme. Aguardé fuera unos minutos, oculto tras un seto, pero nadie parecía haber notado que la puerta estaba entornada. Eso es lo mejor que tienen estas casas tan grandes. Están situadas a distancia de la calle. Son un blanco perfecto para los rateros.

Lo dice con tal ligereza que apenas puedo disimular un escalofrío.

—Entré otra vez. No pude resistirme a echarle un vistazo. Entonces me di cuenta de que aún respiraba. Yo no paraba de pensar en todo el daño que te había hecho. Así que me decidí. Saqué el cuchillo de un tirón. La sangre salió a borbotones. Él soltó un ruido extraño, como un gorgoteo...

Aparto la mirada, ahogada de angustia.

—Y luego me largué. Más tarde, quemé mis ropas y mis guantes, yo había llevado los míos, claro, y esperé a que la policía me localizara. —Me lanza una sonrisa torcida—. No me lo podía creer cuando me enteré de que ella había sido detenida. Y después supe que tú ibas a defenderla. Durante un tiempo, supuse que pretendías engañar al sistema. Que aunque fingías demostrar su inocencia, querías perder el caso usando a ese abogado titubeante y asegurarte de que acababa en la cárcel. Te envié los guantes de Carla para ayudarte. Pero como tú no los utilizaste, ella salió libre.

—Así que fuiste tú en realidad quien mató a Ed —digo muy despacio.

—Podríamos decir que lo matamos entre los tres. —Sus ojos negros me miran con firmeza.

Yo vuelvo a hacer una mueca.

Joe extiende las manos hacia mí. Titubeo. Luego dejo que la yema de mi dedo toque el suyo. Sólo un momento. Por mucho que me resista, Joe y yo siempre estaremos vinculados por nuestra historia común. Él estaba encerrado en la cárcel cuando nos vimos por primera vez, mientras que yo estaba fuera (apenas empezaba a introducirme entonces en ese mundo nuevo e intimidante de puertas dobles, largos corredores y guardias carcelarios). Pero simplemente porque estaba haciendo lo posible para sacarlo de allí, había sido como si estuviéramos luchando los dos contra el resto del mundo.

Añadamos después nuestro estúpido arrebató pasional en el parque Heath, el nacimiento de Tom, el asesinato de Ed, la condena de Carla... Y ya se

entiende por qué las líneas entre el bien y el mal se han vuelto tan borrosas.

—Te quiero —me dice con esos ojos negros fijos en los míos—. Te quiero porque me comprendes.

Daniel me decía lo mismo.

Pero mira lo que ocurrió.

—No puedo... —empiezo.

—Lo sé. —Joe me aprieta la mano.

Yo la aparto de un tirón.

—Tienes más fuerza de lo que tú crees, Lily —dice casi divertido. Luego su expresión se ensombrece—. Cuida de mi chico.

Pienso en los maravillosos dibujos de Tom. En la capacidad que tiene para echar un vistazo a una cosa y reproducirla en un papel. Es una destreza que ha desarrollado últimamente y que yo ignoraba que poseyera hasta que llegó al colegio un nuevo profesor de arte, recién salido de la universidad. Es increíble la diferencia que puede marcar un profesor estimulante. Alguien de verdad capaz de comprender a un chico con síndrome de Asperger o sin él.

Este tipo de dones artísticos suelen ser heredados. O eso dice el profesor, al menos.

Joe sigue mirándome fijamente.

—Me lo he estado pensando —dice—. No quiero otra prueba de ADN. Necesito fingir que Tom es mío. Me servirá para seguir adelante. Y no te preocupes por mí. Es justo que haya acabado volviendo a la cárcel.

—¡Tiempo!

Joe me suelta la mano. Tengo una breve sensación de pérdida, seguida de una abrumadora oleada de libertad.

Entonces su tono cambia con brusquedad.

—No vuelvas, Lily. —Me mira con avidez, como memorizando cada parte de mi rostro—. No vuelvas a venir. No sería justo. Para ninguno de los dos. Espero que tengas una vida maravillosa.

Esos ojos negros se clavan en los míos por última vez.

—Te lo mereces.

EPÍLOGO

Verano de 2017

MATRIMONIOS

La boda de Lily Macdonald y Ross Edwards se celebró discretamente el pasado 12 de julio...

—¿Feliz? —me pregunta Ross mientras volvemos a casa después de la ceremonia en la iglesia.

Sí... Ross y yo. Ocurrió de una forma tan natural que me pregunté cómo no había pasado antes.

Mamá lleva un traje de seda rosa y está loca de alegría. Tom va de la mano de Alice (su relación se va consolidando). Mi hijo tiene el mismo aspecto que Ed a esa edad, según el álbum de fotos que mi exsuegra me dejó al morir. Ahora me siento más segura para cuidar de Tom. Ya no tengo el temor de que pueda empujarlo por el precipicio, como hice con Daniel.

Mientras tanto, papá se ocupa de la barbacoa.

Podríamos ser una pareja más de mediana edad que contrae matrimonio. Hay muchos como nosotros. Y Carla no es la única que va a casarse en la cárcel. También va a hacerlo Joe, al parecer. En el periódico salió una foto de su futura esposa. Me di cuenta en el acto de que era mi antigua secretaria: la que había anunciado su compromiso en la oficina con excitación, la que llevaba un diamante reluciente en la mano izquierda. «Me puso el anillo en el pudín de Navidades. Por poco me lo trago.»

¡Así que era ella la infiltrada de Joe! Mientras él proclamaba su obsesión por mí, estaba también con esa chica. Y, por lo visto, ella ha decidido que sigue amándole aunque sea un asesino.

Una prueba más, por si hacía falta, de que debo pasar página. Ahora puedo hacer borrón y cuenta nueva. Cada día me prometo que voy a dejar atrás el pasado.

Aun así, la culpa vuelve a atormentarme a veces con terribles pesadillas. Si le contara a la policía lo que Joe me dijo, o sea, que fue él quien sacó el cuchillo, es posible que Carla obtuviera una reducción de condena. Pero Joe es imprevisible. Eso me consta. Y si el caso volviera a abrirse, cabe la posibilidad de que explicara ante el tribunal lo de la llave y que alegara que yo prácticamente lo había contratado, tal como aseguró con anterioridad que había hecho Carla.

Un escenario que no quiero contemplar siquiera. ¿Cómo se las arreglaría Tom sin mí? ¿Cómo me las arreglaría yo sin él?

Así que Carla permanece en la cárcel por el bien de mi hijo.

Todo lo cual me pesa, puedo asegurarlo.

Desde que Ross y yo estamos juntos, he pensado mucho. Él me ayudó a perdonar a mi antiguo yo por mi relación con Daniel. Ahora veo que cometí muchos errores porque era joven y vulnerable. Daniel me hacía sentir bien conmigo misma en una época en la que me acosaban en el colegio por ser gorda. Pero, paradójicamente, como me ha señalado Ross con delicadeza, mi hermano adoptivo era también un acosador. «A veces cuesta darse cuenta en ese momento —me dijo con dulzura—. En especial cuando amas a alguien. Su difícil infancia, antes de que tus padres lo adoptaran, también debió de contribuir a que se comportara de esa manera.»

Cierto. Las personas a veces son diferentes sin más, tanto si llevan como si no llevan una etiqueta como el Asperger.

Ross también me ha ayudado a aceptar mi conducta de aquella noche en el parque, después de ganar la apelación. «Estabas en plena euforia después del juicio —me dijo—. Pensabas que no tenías futuro con Ed. Y Joe te recordaba a Daniel.»

Ross es bueno. Siempre ve el lado mejor de las personas.

Pero yo todavía no he sido capaz de explicarle la última confesión de Joe. Que Carla no lo contrató. Que Joe sacó el cuchillo, haciendo que Ed muriera desangrado. Sospecho que Ross me diría que tengo la responsabilidad moral de informar a la policía, sean cuales sean las consecuencias.

Cuando siento la necesidad de justificarme (cosa que sucede muy a menudo), me recuerdo a mí misma las palabras de una de las profesoras de la facultad. «Lo creáis o no, la ley no siempre es justa. Algunos criminales salen impunes. Algunos van a la cárcel por crímenes que no han cometido. Y cierto porcentaje de esos “inocentes” habrán cometido antes impunemente otros crímenes. Así que puede decirse que al final la cosa queda compensada.»

Quizá tenía razón. Joe debería haber ido a la cárcel por Sarah. Y en cambio está allí por Carla y por Ed. Carla no debería haber cargado con toda la culpa por la muerte de Ed. Quizá su condena es el castigo que ha recibido por asesinar mi matrimonio. Por desear algo que no le correspondía.

En todo caso, aunque haya sido condenada a cadena perpetua, como dijo su abogada con razón, la perpetua hoy en día no significa de por vida. Saldrá en libertad antes de envejecer.

Mi propia condena, por el contrario, me acompañará hasta el día de mi muerte. Porque así es como soy: una persona que quiere ser buena, pero que no siempre lo ha conseguido.

—¿Lista? —pregunta Ross.

Con galantería, me coge en brazos para cruzar el umbral del granero reconvertido que mis padres acaban de construir en los terrenos de la casa para proporcionarnos un poco de intimidad.

Mientras todos nos arrojan confeti y nos desean mucha felicidad, yo me prometo a mí misma que con la ayuda de Ross mi vida será diferente a partir de ahora.

—Te quiero —me dice, antes de posar suavemente sus labios sobre los míos.

Yo también le quiero. Y, no obstante, en parte todavía echo de menos a Ed. Son las pequeñas cosas las que recuerdo. A Ed le gustaba el té flojo, mojando la bolsita sólo un momento. Él sabía que a mí me gustaban los cereales de arroz sin leche. Estas pequeñas muestras de comprensión,

acumuladas durante años, crean un vínculo ineludible.

Y además, por supuesto, teníamos a Tom. No importa que no fuera capaz de someterme a la prueba de paternidad (no sabía si podría asimilar los resultados). Con razón o sin ella, me resulta más fácil no saber si mi querido hijo es de Ed o de Joe.

El hecho es que Ed crio a Tom como si fuera suyo (aunque él no tenía motivo para creer otra cosa). Y ahora Ross me ha prometido hacer lo mismo. «Tom siempre podrá contar conmigo, Lily. Y tú también.»

Ya lo sé. No le merezco. O, por lo menos, mi lado oscuro no le merece. Pero quizá todos tengamos dentro capas de bondad y maldad. De veracidad y de engaño.

Ahora, mientras Ross y yo nos disponemos a cortar el pastel de boda rodeados de todos nuestros amigos y familiares —Tom está a mi lado—, estoy segura de una cosa.

Ya no soy la señora de Ed Macdonald.

Soy la nueva esposa de mi marido.

Para bien.

O para mal.

AGRADECIMIENTOS

Estoy en deuda con mi agente, Kate Hordern, por enamorarse de mi libro y por sus sensatos consejos. Una gran capitana.

Bendigo el día en que conocí a Katy Loftus, mi maravillosa editora de Penguin, que de inmediato entendió a mis personajes tan bien como yo. Sus aportaciones y su oficio han resultado inestimables.

No hay palabras para expresar lo bien que me acogió la familia Penguin en su totalidad. Su fe, su aliento, su profesionalidad y su apoyo han sido increíbles. Cada vez que entro en sus oficinas me recorre un delicioso estremecimiento. Es demasiada gente para mencionarlos uno a uno, pero me gustaría destacar a Annie Hollands, a Poppy North, a Rose Poole y a Stephenie Naulls, así como a las chicas absolutamente increíbles del Departamento de Derechos, que me apoyaron desde el principio. El fotógrafo Justine Stoddart hizo un gran trabajo lidiando con mi flequillo bajo una lluvia torrencial. Y Caroline Pretty, mi correctora, fue también muy eficiente con las fechas de entrega.

Debo hacer, asimismo, una mención especial a la legendaria Betty Schwartz, que me ayudó a elaborar el primer manuscrito y que se ha convertido desde entonces en una amiga de la familia, junto con su amable y divertido marido, Ronnie.

He hecho un gran esfuerzo para asegurarme de que la descripción de las prácticas legales era correcta. Muchas gracias a Richard Gibbs, juez retirado y compañero de tenis. También al abogado Ian Kelcey de Kelcey & Hall, con

quien me puso en contacto el Colegio de Abogados. De todos modos, esto no es un manual jurídico. La parte legal es sólo un telón de fondo para el argumento.

Estoy en deuda con Peter Bennett, antiguo director de una prisión en la que vine a ser durante tres años una escritora-residente. Debo aclarar que la cárcel Breakville de la novela no pretende tomar como modelo la prisión en la que trabajé. Sin embargo, esa experiencia me ayudó a ver mejor el otro lado. La vida carcelaria es extrañamente adictiva para un outsider y resulta siempre sorprendente.

La National Autistic Society me proporcionó una ayuda inestimable para documentarme. Si queréis más información, visitad por favor la página <www.autism.org.uk>.

No me hacía una idea de lo difícil que era matar a un personaje hasta que hablé con la doctora Elizabeth Soilleux, médica patóloga, profesora clínica honoraria de la Oxford University Hospitals NHS Foundation Trust, de la Universidad de Oxford. ¡Gracias, Elizabeth, por todas nuestras conversaciones telefónicas a altas horas de la noche y por los diversos «es- posible» escenarios!

Como autora, sé perfectamente lo difícil que es llegar a todo. Así que estoy muy agradecida a los escritores que dedicaron su tiempo a leer La mujer de mi marido.

Muchos escritores creen que nadie ve las cosas como ellos. Pero ha sido un placer encontrar a lo largo de los años otras mentes afines. Quiero mencionar en particular a mis amigas Kate Furnivall, Bev Davies y a todos los miembros del Freelance Media Group, así como a los de Prime Writers, un nuevo descubrimiento para mí. Gracias por acogerme como afiliada.

Por último, quiero dar las gracias a la antiquísima institución del matrimonio. Tanto si lo amas como si lo detestas, ese anillo nupcial da lugar a situaciones extraordinarias...

NOTAS

* *Lily* significa «lirio». (N. del T.)

* *Poppy* significa «amapola». (N. del T.)

La mujer de mi marido
Jane Corry

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *My Husband's wife*

© Jane Corry, 2016

Publicado originalmente en inglés por Penguin Books Ltd, London

© por la traducción, Santiago del Rey, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño basado en diseño original de Zoe Norvell

Fotografía de la cubierta: © Jovana Rikalo / Stocksy

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-670-5348-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!

